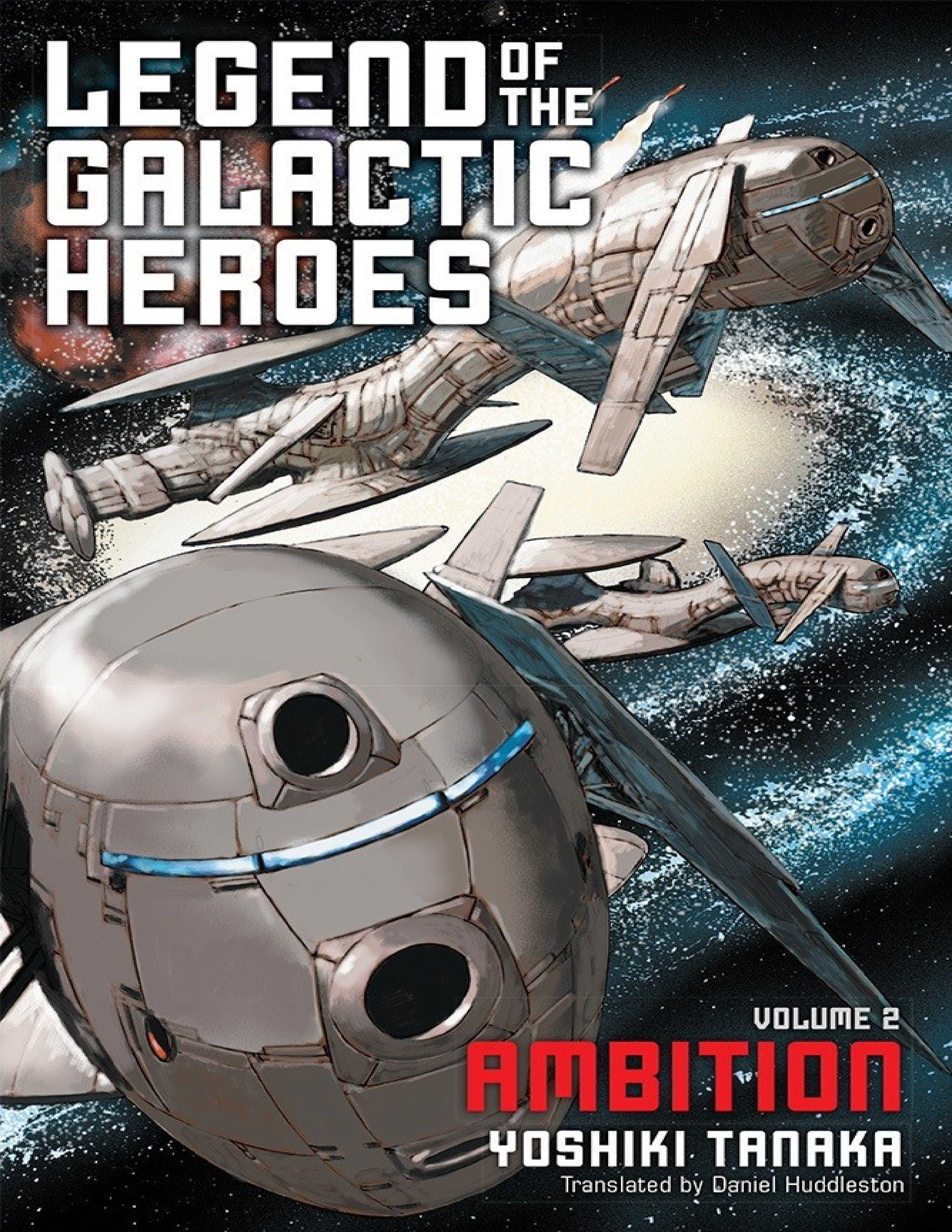
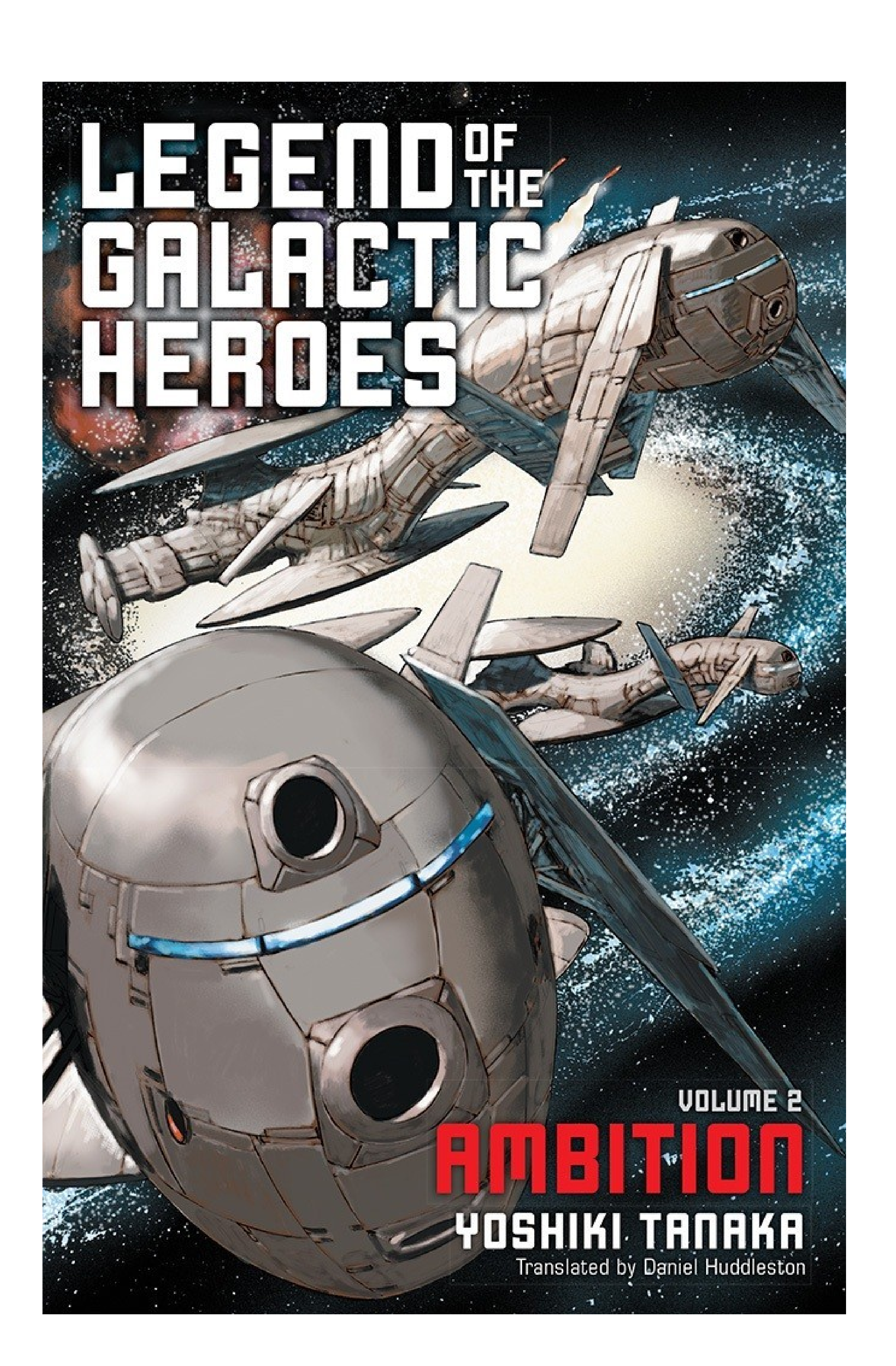

LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 2
AMBITION
YOSHIKI TANAKA
Translated by Daniel Huddleston


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 2
AMBITION
YOSHIKI TANAKA
Translated by Daniel Huddleston

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

Capítulo 01: Antes de la Tormenta

I

MIL MILLONES DE ESTRELLAS BRILLABAN de cien mil millones de luces. Sin embargo, esas luces eran débiles, y la mayor parte de la expansión infinita del espacio estaba dominada por la oscuridad de obsidiana.

Una noche sin final. Un vacío infinito. Frialdad para mendigar la imaginación. El universo no rechazó a la raza humana. Simplemente ignoraba a la humanidad por completo. El universo era vasto, aunque para los humanos nunca parecía haber suficiente espacio. Esto se debía a que el espacio solo tenía un significado para los humanos dentro del rango que podían percibir y actuar en él.

Los seres humanos dividieron el universo de forma prosaica — en regiones habitables e inhabitables, en regiones navegables e imposibles de navegar. Y los más desamparados de los humanos — los soldados profesionales — dividieron todas las estrellas y todo el espacio en regiones controladas por el enemigo y controladas por aliados, regiones para ser capturadas y defendidas, y regiones donde la batalla era fácil y dónde era difícil.

Ninguna de estas divisiones tenía nombres originalmente. Para distinguir las zonas reconocibles, los humanos minúsculos hablaban de ellos en símbolos de su propio diseño.

Había una región del espacio llamada el Corredor Iserlohn — un largo y estrecho túnel de seguridad que recorre un tramo del espacio galáctico innegable. Por su interior volaba un solitario acorazado. Bajo la luz de una estrella G0, su casco aerodinámico probablemente hubiera lucido un gris plateado, y la inscripción de su nombre, *Ulises*, se habría destacado con una claridad vívida.

Ulises. Esta nave, llamada así por el héroe de la antigua leyenda, pertenecía a la flota de patrullas de Iserlohn de la Alianza de Planetas Libres.

Seis meses antes , *Ulises* había sido parte de la Octava Flota de la Marina de la Alianza. Esa flota había luchado en la batalla de la Región Estelar de Amritsar — el choque militar de mayor escala en la historia humana —

donde más del 90 por ciento de sus naves y personal se habían perdido para siempre. Con esta derrota llegó la disolución de la propia flota. Sus escasos sobrevivientes habían sido trasladados a otras flotas y bases.
Ulises , héroe de muchas batallas, se enfrentó a muchas luchas de vida o muerte y vivió para contarlo. La nave en sí era un gran héroe. Su tripulación también.
Dicho esto, el nombre del acorazado Ulises no era tanto un objeto de respeto ahora como un alimento para bromas benignas.
En la batalla de Amritsar, el daño recibido por Ulises había sido leve. Todo lo que había sido destruido era el sistema de tratamiento de aguas residuales bacterianas, pero eso había provocado que la tripulación tuviera que luchar mientras el tobillo se hundía en aguas residuales regurgitadas.
La espera de Ulises a su regreso fue el descriptor más indeseable — “el acorazado con los inodoros rotos”.
El teniente comandante Nilson, el capitán de la nave, y su primer oficial, el suboficial Eda, habían apestado hasta el cielo cuando llegaron a Iserlohn, y los que los saludaron, diciendo “Buen trabajo” y cosas por el estilo, lo hicieron en un tono difícilmente adecuado a sus sentimientos. Aun así, ante una derrota insoportablemente miserable en la que se había perdido el 70 por ciento de los treinta millones desplegados, tal vez la gente necesitaba a *Ulises* — ya fuera como el inicio de una conversación o el chiste de una broma — Con el fin de evitar ser desquiciado mentalmente. Sin embargo, el frío podría ser para la tripulación, incluso suponiendo que fuera cierto.
En la actualidad, *Ulises* estaba lejos de la fortaleza de Iserlohn en servicio de patrulla. Estas misiones de patrulla habían servido durante mucho tiempo como entrenamiento para la tripulación, pero más allá de esta región del espacio — repleta de estrellas variables, gigantes rojos y campos gravitacionales irregulares — había un peligro humano aún más vasto. El territorio de la Alianza de Planetas Libres se extendió solo hasta la región que rodea a Iserlohn; más allá de la vasta extensión de la frontera del Imperio Galáctico. En tiempos pasados, esta región había sido testigo en muchas ocasiones de combates a gran escala, y de vez en cuando, todavía se descubrían aquí fragmentos de naves espaciales destruidas hace siglos.
El corpulento cuerpo del capitán Nilson se levantó del asiento de mando.
Un operador había informado el avistamiento de una nave espacial no identificada. El sistema de detección de enemigos de *Ulises* , como los de otras naves, consistía en un radar, sensores de detección de masas,

dispositivos de medición de energía, enjambres de satélites de vigilancia avanzada y más — y todos respondían. Lo que habían detectado no era una flota sino una sola nave.

“No hay amigos en este sector ahora, ¿verdad?”

“No, señor. En la actualidad, no hay un solo nave amiga en este sector”.

“Entonces el proceso de eliminación nos dice que es un enemigo. ¡Todas las manos, alerta de nivel uno!”

Las alarmas sonaron, y los niveles de adrenalina de 140 miembros de la tripulación comenzaron a dispararse. Las voces se dispararon de un lado a otro desde cada departamento — a una distancia de treinta y tres segundos luz… Los cañones de los rieles se ponen verdes… Los cañones de calor están listos1… Se completaron los ajustes del fotoflujo de la pantalla de visualización — y el capitán, con una voz sorprendentemente resonante, ordenó que se enviara una transmisión señal comprensible:

“Detengan su nave. Si no cumples, le atacaremos”.

Cinco minutos después, una respuesta regresó a la tensa y sudorosa tripulación. El oficial de comunicaciones que lo recibió ladeó la cabeza con desconcierto cuando le entregó su tablet al capitán. Escrito había lo siguiente:

No tenemos ningún deseo de intercambiar golpes. Buscamos negociar y humildemente les rogamos que honren esta petición.

“¿Negociar?”, Murmuró el capitán Nilson, como si buscara la confirmación de sí mismo. El primer oficial Eda se cruzó de brazos.

“Ha pasado un tiempo desde el último, pero me pregunto si podríamos tener un visitante”.

Por lo que quiso decir “un desertor”.

“En cualquier caso, el examen detallado viene después. No se retiren de las estaciones de batalla todavía. Dígales que detengan los motores y conecten su pantalla de comunicación”.

El capitán Nilson se quitó la boina de su uniforme, todo negro, excepto por su marca blanca de cinco puntas, y la utilizó para abanicar su cara. Sería mejor si se pudiera evitar una matanza mutua. Después de todo, incluso si ganara, su nave no se iría sin víctimas. Se quedó mirando la nave enemiga que había flotado a la vista en una de sus pantallas de visión. No era tan diferente en apariencia a *Ulises,* y el Capitán Nilson se preguntó: *¿las personas que están allí también están esperando con alfileres y agujas, sudando como nosotros?*

Iserlohn era un planeta artificial ubicado en la frontera entre los territorios del Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres, girando alrededor de la estrella Artena. Ubicado en el mismo centro del Corredor Iserlohn, era imposible lanzar una incursión militar en el territorio de ambos lados sin antes pasarlo. Construido por el imperio y robado por la alianza, este mundo artificial tenía sesenta kilómetros de diámetro. Si su interior fuera cortado en rodajas finas, podría dividirse en varios miles de pisos. En su superficie había una armadura multicapa de acero ultra endurecido, fibra cristalina y supercerámica, todos tratados con un revestimiento de espejo resistente a las vigas. Para asegurar la fortaleza, cuatro capas de esta armadura se apilaban una sobre la otra.
Estaba equipado para cada función que requería una base estratégica: ofensiva, defensa, reabastecimiento, R & R, mantenimiento, médico, comunicaciones, control de tráfico espacial, recolección de inteligencia. Su puerto espacial podría atracar veinte mil embarcaciones, y sus talleres de reparación podrían dar servicio a cuatrocientos simultáneamente. Sus hospitales tenían doscientas mil camas. Sus arsenales podrían fabricar 7.500 misiles de fusión por hora.
El número combinado de soldados en la fortaleza y su flota de patrullas ascendió a un total de dos millones, y otros tres millones de civiles también vivían dentro de ella. La mayor parte de ese número eran familiares de soldados, aunque también incluía a aquellos a quienes los militares habían delegado la operación de instalaciones relacionadas con el estilo de vida y el entretenimiento. Entre estos se encontraban una serie de establecimientos que solo emplean mujeres.
Aunque Iserlohn era una fortaleza militar, también era una gran ciudad que contaba con una población de cinco millones. Entre los mundos habitados de la galaxia, no pocos tenían poblaciones que eran más pequeñas. Su infraestructura social también estaba bien equipada. Escuelas que había tenido desde el principio, y además estaba amueblada con teatros, salas de conciertos, un centro deportivo de quince pisos, clínicas de maternidad, guarderías, sistemas autónomos de reservorio y drenaje, reactores de

hidrógeno que se duplicaban como plantas de reciclaje de agua dulce. jardines botánicos que funcionaban como parte del sistema de suministro de oxígeno y como lugares para la “terapia forestal”, y ranchos hidropónicos que eran principalmente fuentes de proteínas vegetales y vitaminas.
Sirviendo como comandante de la flota de patrullas y fortalezas, fue el hombre responsable en última instancia de esta gigantesca ciudad en el espacio, el líder de sus fuerzas de combate, el Almirante de la Marina de la Alianza de Planetas Libres Yang Wen-li.

II

Fue difícil para la mayoría de las personas imaginar a Yang Wen-li como uno de los mejores VIP en el ejército de FPA. En primer lugar, no parecía un militar, ni siquiera con uniforme.
No era un viejo caballero de aspecto pensativo con una postura perfecta. Tampoco era un enorme gigante musculoso. Tampoco tenía la apariencia de un genio de cabeza fría o de un joven noble de rostro pálido.
Tenía treinta años, aunque parecía dos o tres años más joven que él. Su cabello y sus ojos eran negro, su estatura y promedia constitución, y aunque no era exactamente guapo, su aspecto ciertamente no revelaba el valor del talento raro que poseía.
Lo extraordinario de él no era lo que estaba fuera de su cráneo, sino lo que estaba dentro de él. El año pasado, en *SE 796* , había tenido un completo monopolio sobre los éxitos militares de la Alianza de Planetas Libres.
Había robado de las manos del imperio la fortaleza Iserlohn, cuya inexpugnabilidad había sido reconocida en la canción, y lo había hecho sin derramar una sola gota de la sangre de sus tropas. En las regiones estelar de Astarté y Amritsar, las Fuerzas Armadas de la Alianza sufrieron aplastantes derrotas a manos del Almirante de la Armada Imperial Reinhard von Lohengramm, pero en ambos casos fue el comando operacional, tranquilo e ingenioso de Yang, el que había rescatado a sus compatriotas de la destrucción total.
Si no hubiera estado allí, los anales de guerra de la Alianza de los Planetas Libres habrían necesitado una sola palabra para describir el SE 796 — *la derrota* . Ese hecho fue admitido por todos. Por ese motivo, Yang había sido ascendido de comodoro a almirante en menos de un año. El joven almirante, sin embargo, apenas se había conmovido hasta las lágrimas por

este avance excepcional. Porque, aunque era un maestro de la guerra que no se encontraba en ningún otro lugar, el mismo Yang no había descubierto nada de valor en la cosa llamada guerra.
Más de una vez había soñado con retirarse del ejército para convertirse en un civil sin ninguna nota especial, pero todavía no había podido hacerlo.
Ese día, él estaba disfrutando de un juego de ajedrez 3-D en sus habitaciones privadas.
"¡Mira!", Gritó Julian Mintz.
Yang, rascándose la cabeza de pelo negro, reconoció la derrota. Por alguna razón, no parecía que fuera a ser llamado un gran almirante cuando se trataba de ajedrez.
"Oh bien. ¿Así que esto hace diecisiete derrotas consecutivas?" Él suspiró, pero no había frustración ni petulancia.
"Dieciocho", corrigió Julian, mostrando una sonrisa. Aún en medio de la infancia, solo tenía la mitad de la edad de Yang. Con sus ojos de color marrón oscuro y su cabello rubio que tenía ondas sutiles y naturales, todos estuvieron de acuerdo en que era un joven apuesto.
Hace tres años, Julian había sido enviado a vivir con Yang gracias a la aplicación de la llamada Ley de Travers, por la cual los hijos de soldados muertos en acción podían criarse en las casas de otros soldados. Era un estudiante de primer nivel en la escuela, el máximo anotador de los chicos del año en el deporte de la pelota voladora, y desde que recibió un estatus equivalente al de lanza corporal como un empleado civil del ejército, había mostrado una extraordinaria destreza para los tiradores. Si bien todo fue un poco embarazoso para su guardián Yang, también fue una fuente de orgullo.
"El único defecto de Julian", Alex Caselnes — el agudo de clase superior de Yang de la Academia de Oficiales — había opinado una vez, "es que adora el terreno por el que caminas, Yang. Honestamente, eso es simplemente un sabor terrible. Si no fuera por eso, con gusto le daría la mano de mi hija en matrimonio".
Caselnes, de treinta y seis años, tenía dos hijas, en realidad, el mayor de las cuales tenía siete años.
Yang, que aún no había aprendido la lección, dijo: "Un juego más".
"¿Realmente quieres tener una racha de diecinueve juegos perdidos? No es que me importe, pero…"
Yang había enseñado a Julian a jugar ajedrez 3D, pero no le había llevado al discípulo ni seis meses superar a su maestro. Desde entonces, la brecha

entre sus respectivas habilidades solo se había ampliado. Sin embargo, cada vez que Julian se describía a sí mismo como bueno en el ajedrez, siempre era algo más que una broma. Esta tendencia no se limitó al ajedrez, tampoco, y las habilidades triviales no fueron el problema; en un nivel más fundamental, Julian tenía en mente que nunca podría acercarse a igualar a Yang en nada.

Una suave campana sonó, y una atractiva oficial con ojos color avellana y cabello castaño dorado habló desde la pantalla del visiofono.

“Comandante, esta es la teniente Greenhill”. Había estado trabajando como ayudante de Yang desde el año pasado y recientemente había sido promovida.

“Estoy un poco ocupado en este momento. ¿Qué pasa?” El tono de Yang sonaba terriblemente poco entusiasta.

“Un acorazado de la Armada Imperial ha llegado con un enviado. Él desea verte en algún asunto urgente.”

“¿Tiene que ser, ahora?”

Sin sonar terriblemente sorprendido, Yang puso la partida de ajedrez en espera y se puso de pie, pero justo cuando estaba a punto de abandonar la sala, Julian dijo: “Excelencia, ¡espere! Has olvidado su arma.” Todavía estaba tendido en su escritorio donde la había tirado antes.

“No la necesito, no la necesito”, dijo el joven almirante con irritación, rechazando la sugerencia.

“Pero ir desarmado también es—”

“Suponiendo que tomo un arma”, dijo Yang, “y suponiendo que la dispare… ¿Realmente crees que incluso golpearé al tipo?”

“Er … no, señor”.

“Bueno, entonces, no tiene sentido que lo tome, ¿verdad?”

Yang comenzó a caminar de inmediato, y Julian, presa del pánico, lo siguió. No era que Yang fuera intrépido y osado; él solo vio la capacidad humana como una cosa demarcada con líneas afiladas. Él fue el que causó que el impenetrable Iserlohn se cayera tan fácilmente, usando un truco inteligente que ninguna otra persona había podido anticipar. Eso le había enseñado aún más que no había perfección en lo que se refería a los humanos, ni garantías absolutas.

Yang — que nunca había tenido la menor intención de convertirse en soldado, sino que había aspirado en cambio a la vida de un historiador — había aprendido a través de sus estudios que no importa cuán poderosa sea

una nación, eventualmente colapsará sin fallar: eso no importa cuán grande sea. El héroe, después de ganar poder, llega una caída.
Lo mismo se aplica a la vida también. Un héroe que ha sobrevivido a muchas batallas muere por complicaciones de la gripe. El último en pie después de una sangrienta lucha por el poder es derribado por un asesino desconocido. El antiguo emperador galáctico Ottfried III, temeroso de ser envenenado, no comía casi nada y finalmente se desgato.
“Cuando se acaba tu suerte, se acaba tu suerte, incluso si tienes cuidado”.
Yang ni siquiera tomó ningún guardia. Cuando lo asignaron por primera vez a Iserlohn, había tenido cuatro equipos de doce que lo cuidaban en turnos rotativos, pero incluso lo habían estado siguiendo al baño, por lo que finalmente se hartó y los despidió.
Por otro lado, Yang prestó gran atención al funcionamiento del sistema de seguridad de la fortaleza. sus funciones de control se dividen entre tres estaciones diferentes, poniéndolos bajo la vigilancia mutua cruzada para que el sistema no pudiera ser secuestrado sin ganar simultáneamente el control de las tres estaciones. Además, se agregaron dispositivos al sistema de aire acondicionado que analizaba las moléculas componentes de la atmósfera local para detectar intentos de envenenamiento de la fortaleza.
Los sistemas de seguridad no reflejaban las intenciones originales de Yang; había miembros del ejército que no se callaban ante ellos, así como nerviosos subordinados, burócratas preocupados por el hecho de que no se estaba gastando el presupuesto, políticos amantes de la inspección y periodistas que esperaban con impaciencia que algo saliera mal. Para estas personas, tenía que hacer algunas relaciones públicas para decir: “Mira, el sistema de seguridad es perfecto”.
“Puedo ver totalmente cómo el pensamiento de la gente se vuelve cada vez menos puro a medida que se elevan más y más”, Yang se había quejado una vez con Julian.
Hablando como si él fuera el adulto en la habitación, Julian respondió: “Si entiendes eso, no serás arrastrado por ellos. Siempre y cuando no haya problemas innecesarios, ¿no crees que eso es lo suficientemente bueno?”.
Luego agregó la siguiente opinión: “Lo que me preocupa es que cuanto más subes, más aumenta tu consumo de alcohol. Por favor, trata de dejarlo un poco”.
“¿Realmente estoy bebiendo mucho más?”
“Al menos cinco veces lo que hiciste hace tres años”.

“¿Cinco veces? No hay manera de que sea tanto”.
Ante los ojos dudosos de Yang, Julian había producido datos de gastos del hogar por valor de tres años. El índice de 100 aplicado a los gastos de bebidas alcohólicas hace tres años aumentó a 491. Dado que este número no incluía la cantidad consumida fuera del hogar, de hecho, había motivos para la insistencia de Julian en un aumento de cinco veces o más.
Incapaz de discutir, Yang había prometido abstenerse de beber, aunque tanto el promisor como el prometido sentían poca confianza en cuánto tiempo podría mantenerlo.
Dos horas más tarde, Yang reunió a su personal ejecutivo en la sala de conferencias. Esta era la cámara histórica en la que los comandantes de la Fortaleza de Iserlohn y su flota estacionada permanentemente se reunirían cuando la fortaleza había estado bajo control de la Armada Imperial — donde el bloqueo de transmisión, la discusión y luego los caminos separados habían sido la norma.
Los empleados reunidos alrededor de la mesa fueron los siguientes:
Contralmirante Alex Caselnes, Director Administrativo de la Fortaleza.
Comodoro Walter von Schönkopf, comandante de las defensas de la fortaleza. El contraalmirante Fischer, vice comandante de la flota de patrulla de Iserlohn.
Contralmirante Murai, Jefe de Estado Mayor.
Comodoro Patrichev, Jefe de Estado Mayor Adjunto.
Capitán Blood-Joe y el Comandante Lao, oficiales del personal. El teniente Frederica Greenhill, el principal ayudante del comandante.
También estuvieron presentes el Comandante Nilson, capitán de la nave de combate Ulises, y su primer oficial, el subteniente comandante Eda.
Yang hizo una demostración convencional de mirar a su alrededor las caras de los oficiales reunidos, luego abrió la boca para hablar. Realmente no era él quien hablaba en cadencias graves y solemnes; sonaba más como si estuviera hablando con amigos tomando una taza de té.
“Creo que ya lo saben, pero el acorazado de la Armada Imperial Brocken ha llegado como enviado militar con una propuesta bastante interesante. Quieren hacer un intercambio de prisioneros de los dos millones de prisioneros de guerra que el imperio y la alianza mantienen entre ellos”.
“Así que también están teniendo dificultades para alimentar a los suyos”, dijo Caselnes con sarcasmo. De estatura media y con una constitución gruesa y de aspecto saludable, era más un burócrata militar que un soldado,

con mucha más experiencia en el servicio de retaguardia que en las líneas del frente. Como maestro del trabajo de escritorio, era especialista en dirigir líneas de suministro, organizaciones operativas y en la gestión de instalaciones. Después de la derrota en Amritsar, la culpa por el fracaso del plan de suministro se le había echado encima — aunque ese desastre se debió en realidad a la ingeniosa estrategia del Mariscal Imperial von Lohengramm — y antes había sido trasladado a un puesto remoto. siendo reasignado a Iserlohn a petición de Yang.
Era justo decir que Alex Caselnes era el alcalde inmediato de la ciudad de Iserlohn de cinco millones. Su capacidad para manejar la administración pública probablemente habría resultado útil incluso en organizaciones más grandes y complejas.
“Eso es probablemente parte de eso”, dijo Yang. “En cualquier caso, también tengo la mitad de la culpa”. Al tomar Iserlohn, Yang había adquirido prisioneros de guerra en cantidades equivalentes a la población de la vasta ciudad.
El comodoro von Schönkopf sonrió ante el intercambio. Con treinta y tres años de edad y una apariencia refinada, él fue quien recibió crédito por haber ejecutado exitosamente el plan de Yang. Era un hombre de noble nacimiento, que había sido llevado cuando era niño pequeño del imperio a la alianza cuando sus abuelos desertaron. Tenía tanto coraje e inteligencia que perder, y un espíritu indomable que en ocasiones se interpretaba como peligroso. En cuanto al hombre mismo, siempre estuvo tranquilo, incluso ante la sospecha y las miradas fijas.
“Aún así, esto realmente no es cosa de risa”, dijo Yang. “La frase” tener dificultades para alimentarlos” conlleva una implicación seria— que las circunstancias pueden no estar muy lejos cuando no habrá forma de que lo hagan”.
“¿En qué sentido?”
“En pocas palabras, deberíamos ver esto como una señal de que Reinhard von Lohengramm finalmente ha decidido meterse en un conflicto armado con la confederación de los altos nobles”.
Cuando Yang pronunció el nombre de ese joven de cabello rubio, que la Armada de la Alianza consideraba su mayor amenaza, un silencio mortal cayó en toda la cámara.

Durante los últimos meses, Yang lo había estado pensando constantemente:

qué hacer con el marqués Reinhard von Lohengramm a medida que se acercaba cada vez más al asiento del poder en el Imperio Galáctico.
Para que Reinhard asegurara el poder absoluto, tendría que destruir a un poderoso grupo de altos nobles que lo veían como un enemigo. Eso probablemente implicaría el estallido de una guerra civil a gran escala. La inteligencia que Yang tenía no era de ninguna manera abundante, pero fue suficiente para dejar en claro que Reinhard estaba avanzando constantemente con los preparativos para tal conflicto.
El problema era que Reinhard estaba estableciendo el tablero no solo dentro del imperio, sino también dentro de la Alianza de Planetas Libres. Reinhard no estaba dispuesto a quedarse al margen y permitir que la confederación de los aristócratas se uniera a la FPA, o permitir que la Alianza de la Armada atacara a ambos lados después de haberse agotado. Las heridas que la Armada de la Alianza había sufrido en su pérdida en Amritsar aún no habían sido sanadas; no tenían nada que ahorrar para campañas externas, pero Reinhard aparentemente no estaba dejando nada al azar.
Entonces, ¿qué debemos hacer?
Yang intentó analizar las circunstancias en las que Reinhard había sido empujado. Había ciertas limitaciones con las que Reinhard estaba sometido, y no había duda de que haría sus planes de acuerdo con ellos.
Analizados y ordenados, los resultados se veían así:

1. Las fuerzas de Reinhard tendrían sus manos llenas simplemente luchando contra la confederación de nobles de alta cuna.

2. Abrir una operación de dos frentes sería, por lo tanto, una imposibilidad.

3. Debido a las condiciones 1 y 2, lo que debía hacer era atacar al FPA a través de un subterfugio en lugar de la fuerza militar.

4. Dividir al enemigo y enfrentarlos entre sí era la esencia de la conspiración.

Dado que Reinhard había avanzado a esta etapa, Yang podía adivinar qué movimiento se produciría a continuación: ¡encontraría la manera de destrozar a las Fuerzas Armadas de la Alianza desde dentro!
Eso era lo que Reinhard haría. Eso era lo que tenía que hacer. Incluso si

Yang estuviera parado en los zapatos de Reinhard, no podría llegar a ninguna otra cosa. Si las facciones de la alianza de militares estuvieran luchando entre sí, Reinhard sería libre de luchar contra los nobles, sin temor a ser golpeado por detrás.

Bien, entonces, qué hará específicamente… Para cuando los pensamientos de Yang habían avanzado hasta ese punto, había llegado a una conclusión.

Tal vez estoy pensando demasiado esto, Yang no pudo evitar preguntarse. Realmente no estaba tan lleno de confianza como otros pensaban que estaba.

Sin embargo, el trabajo en el que estaba involucrado no era sobre la búsqueda de la verdad y la humanidad. No se trataba de perseguir algún valor absoluto. Fue ganar o perder. Era competencia. Ganar y perder eran simplemente términos relativos, por lo que si se adelantaba un paso a su oponente— si lograba una ventaja sobre el enemigo— entonces su trabajo había terminado. Eso hizo que pareciera que era fácil, pero obtener una ventaja sobre un genio como el Marques Reinhard von Lohengramm fue un asunto extremadamente difícil.

Para Yang, había una pequeña cosa que lamentaba.

Durante la batalla en Amritsar el año pasado, Yang había dado una actuación de combate que nadie más había podido igualar, pero no podía decir necesariamente que había hecho todo lo posible en la reunión de operaciones que había tenido lugar antes. Incluso si hubiera terminado convirtiéndose en un combate de lucha libre, ¿no debería haber tratado de bloquear la retórica irresponsable y agresiva de las líneas ultra dura?

Por supuesto, hubiera terminado perdiendo incluso si hubiera luchado con ellos, Yang reflexionó con una mueca.

En cualquier caso, una propuesta para un intercambio de prisioneros había llegado desde el imperio, y Yang necesitaba reportarlo a la capital de la alianza de Heinessen, el planeta llamado así por el padre fundador de la nación. El gobierno probablemente aceptaría la propuesta con gusto. Los prisioneros de guerra no disfrutaron del sufragio, pero los soldados que regresaron lo hicieron. Eso sumó dos millones de votos más los votos de sus familias. Sin duda se celebraría una gran celebración vacía.

“Oye, Julian, ha pasado un tiempo, pero parece que podríamos volver a Heinessen”.

Su voz era alegre, lo que Julian sentía era un poco extraño. Heinessen estaría lleno de ceremonias, fiestas, discursos y todo tipo de cosas que Yang

odiaba.
Pero ahora había una razón por la que Yang necesitaba ir a Heinessen.

III

El intercambio de prisioneros no se llevó a cabo bajo los auspicios de los dos gobiernos involucrados. Ambas naciones se consideraron la única autoridad de gobierno legítima de la humanidad, y como tal no dieron reconocimiento oficial a la existencia del otro. Siendo ese el caso, no había forma de establecer relaciones diplomáticas.
Si hubiera existido una cabeza tan estúpida entre un par de individuos, las personas probablemente se habrían reído con desprecio. Entre dos naciones, sin embargo, las personas aceptaron todo tipo de corrupción en nombre de la dignidad y la autoridad.
El 19 de febrero de ese año, la ceremonia de intercambio de prisioneros se llevó a cabo en la fortaleza de Iserlohn. Representantes de ambos ejércitos se presentaron, intercambiaron listas y firmaron certificados.
La Armada Imperial Galáctica y la Armada de la Alianza de los Planetas Libres, de acuerdo con los principios de la regulación militar, por la presente determinan devolver a todos los oficiales y soldados capturados a sus respectivas patrias, y por su honor deberán hacerlo.
Año imperial 488, 19 de febrero. Almirante superior Siegfried Kircheis, Representante de la Armada Imperial Galáctica.
Era espacial 797, 19 de febrero. Almirante Yang Wen-li, Representante de la Marina de la Alianza de los Planetas Libres.
Cuando Yang terminó de firmar, Kircheis se volvió hacia él con una sonrisa juvenil.
“Las formalidades pueden ser necesarias, pero al mismo tiempo, hay algo bastante absurdo en ellas, ¿no crees, almirante Yang?”
“Estoy de acuerdo en su totalidad”.
Yang observó a Kircheis. El mismo Yang era joven, pero Kircheis era aún más joven — solo tenía veintiún años. Era un joven apuesto —con el pelo tan rojo como si estuviera teñido de rubíes disueltos, ojos azules de aspecto agradable y una estatura inusualmente alta — Y, aunque se sabía que era uno de los almirantes más audaces y poderosos del imperio, parecía haber causado una impresión favorable en las mujeres de Iserlohn. Yang lo había comprometido en combate directo en Amritsar, sabía que él era la mano

derecha del marqués Reinhard von Lohengramm — y aún así encontraba al joven difícil de disgustar.
Parecía que Kircheis se había formado una impresión similar de Yang. Su apretón de manos cuando se separaron fue algo más que superficial.
Después, Julian expresó su impresión: “Un compañero agradable, ¿no es así?”
Yang asintió, pero cuando lo pensó, le pareció extraño sentir más favor hacia un comandante enemigo que hacia los políticos de su lado. Por supuesto, no había nada inusual en el hecho de que el enemigo en el frente fuera mucho más directo que los que estaban detrás de la espalda de uno, y tampoco era que la configuración actual de aliados con el enemigo estuviera grabada en piedra por toda la eternidad.
En cualquier caso, la ceremonia de bienvenida para los soldados que regresaron le proporcionó a Yang la excusa pública que necesitaba para regresar temporalmente a Heinessen.

IV

Cuatro semanas después de partir de Iserlohn, Yang y Julian llegaron a la capital de Heinessen. Habiendo evitado el puerto espacial central, que se había convertido en un atolladero asesino por dos millones de soldados que regresaban, los familiares vinieron a saludarlos y una enorme multitud de periodistas, llegaron a través del Puerto 3 — que servía exclusivamente a las líneas locales de pasajeros y carga — y inmediatamente se dirigió a las casas de los oficiales en un taxi sin conductor. Sin embargo, cuando pasaban por los almacenes y apartamentos de la clase trabajadora en la calle Hutchison, se encontraron con una barricada. Los oficiales de policía sudaban mucho mientras dirigían grandes multitudes de personas. Parecía que estaban tratando de hacer físicamente el trabajo del mal funcionamiento del sistema de control central para el tráfico terrestre, pero Yang y Julian no podían ver por qué la carretera estaba cerrada. Yang salió del taxi y se acercó a un joven oficial de aspecto inexperto.
“¿Qué pasa?”, Dijo. “¿Por qué no podemos pasar?”
“No es nada. Por favor, no te acerques más — es peligroso”.
Hablando de contradicciones, el oficial empujó a Yang hacia atrás, con una expresión tensa en su rostro. Yang estaba en su ropa de civil, y el joven oficial aparentemente no reconoció quién era él. Por un instante, Yang sintió

una ligera tentación de revelar su nombre y averiguar qué estaba pasando, pero al final se quedó en silencio y volvió al taxi. Su disgusto por el privilegio del ejercicio superó su curiosidad.

El asunto solo se aclaró después de que habían dado un gran rodeo y regresaron a la casa en Silver Bridge Street, vacíos estos últimos cuatro meses.

Tan pronto como seleccionaron el canal de noticias de la solivisión, la escena entró en su sala de estar.

"… En la actualidad, el estallido de los delitos cometidos por los soldados que regresan está en curso. También hoy, la tragedia golpeó la calle Hutchison, e incluso ahora, la situación sigue sin resolverse. Al menos tres han muerto…"

La expresión en el rostro del anunciador de aspecto triste estaba en desacuerdo con la animada cadencia de su voz.

Los soldados que usaban alucinógenos y estimulantes para escapar del miedo a la muerte en el campo de batalla a menudo se convertían en adictos y luego volvían a la vida civil. Un día, simplemente explotarían. El miedo y la locura se convirtieron en un magma invisible que eventualmente se desbordó, quemando todo lo que los rodeaba.

Se le ocurrió a Yang un pensamiento. Llamó a Julian y lo hizo sacar y enviar algunos materiales relacionados con estadísticas de delitos del Servicio de datos. Lo habría hecho él mismo, excepto que no sabía muy bien cómo buscar en las bases de datos; no estaba tratando deliberadamente de empujar todo a Julian.

Fue justo como Yang había esperado. Los casos criminales aumentaron un 65 por ciento en comparación con hace cinco años. Por otro lado, las tasas de arresto se habían reducido en un 22 por ciento. A medida que avanzaba la ruina del corazón humano, la calidad de la aplicación de la ley también disminuyó.

A lo largo de esta larga guerra, hubo millones de muertes. Los militares llenaron las vacantes que quedaron atrás. Como resultado, la escasez de recursos humanos había aparecido en todos los campos de la sociedad. Médicos, educadores, oficiales de policía, administradores de sistemas, técnicos en computación… el número de trabajadores experimentados había disminuido en todos los ámbitos, y sus asientos estaban ocupados por los inexpertos o simplemente estaban vacantes. De esta manera, la estructura de apoyo militar— la sociedad misma— se estaba debilitando. Una sociedad

débil inevitablemente debilitó a los militares, y un ejército debilitado volvió a perder soldados y buscó reemplazos en la sociedad…
Se podría decir que este círculo vicioso era una acumulación de contradicciones unidas por la rueda giratoria que era, en cierto sentido, una guerra. *Me gustaría mostrarle esto a todos aquellos animadores que pregonan: "La corrupción que proviene de la paz me asusta más que la destrucción que proviene de la guerra"*, pensó Yang. ¿Qué insistirían en que estaban luchando para proteger a medida que instaban al colapso de la sociedad?
¿Qué era todo esto para proteger?
Dejando a un lado los materiales que había obtenido, Yang se dio vuelta y se recostó boca arriba en su sofá. Después de reflexionar sobre la pregunta, no pudo evitar preguntarse qué significado tenía en lo que él mismo estaba haciendo. Para Yang, no llenó el corazón de alegría al pensar que todo podría carecer de sentido.
La ceremonia se llevó a cabo en la tarde del día siguiente y terminó con la elocuencia libre de contenido y el frenesí militarista histérico.
"Siento que he agotado la paciencia de toda una vida en esas dos horas", Yang se quejó al Julián que estaba esperando cuando salió del auditorio.
Realmente lo sostuvo bien esta vez, pensó Julian. En el pasado, Yang había mostrado un antagonismo de cara aburrida en tales ceremonias e incluso permaneció sentado cuando todos los demás en el auditorio se pusieron de pie. Esta vez, no había ido más allá que murmurar: "¿De qué estás hablando? ¡Eso es ridículo!" Demasiado bajo para que alguien más lo escuche.
Yang soltó un profundo suspiro, como si descargara vapores venenosos absorbidos en el auditorio, y luego notó que un grupo de unos cien que marchaban por la calle. Llevaban largas túnicas blancas con flecos rojos y cantaban algo mientras sostenían en alto pancartas que leían LA SANTA TIERRA, EN NUESTRAS MANOS mientras caminaban tranquilamente.
"¿Quiénes son?" Yang le preguntó a un joven oficial de pie junto a él.
"Oh, esos son seguidores de la Iglesia de Terra".
"¿La iglesia de terra?"
"No has escuchado? Es una religión que se está volviendo loca en estos días. Su 'objeto de adoración', si ese es el término correcto … es la Tierra misma".
"¿Tierra…?"

“La Tierra, el lugar de nacimiento de la humanidad, es en cierto sentido la tierra santa suprema. En este momento, está bajo el control del Imperio Galáctico. Quieren recuperarlo militarmente y construir una catedral allí para guiar las almas de toda la humanidad. Para unirnos a una guerra santa con ese propósito, no importa qué sacrificios deba hacerse…”
Yang no podía creer lo que acababa de escuchar.
“No pueden ser serios. Algo así es absolutamente imposible”.
“No estaría tan seguro”, dijo Julian, girándose hacia él con vehemencia inesperada.
“Tenemos la justicia de nuestro lado y, sobre todo, el almirante Yang, tenemos un gran guerrero como tú, por lo que podemos destruir el tiránico Imperio Galáctico e incluso podemos recuperar la Tierra. ¿Me equivoco?”
“No lo sé…” Yang respondió, teniendo cuidado de no dejar que su mal humor saliera a la superficie. “Nada es tan fácil, ya sabes”.
Las semillas del fanatismo existían en cada generación. Aun así, esta última iteración sonaba excepcionalmente mala.
La tierra era, en efecto, madre de toda la raza humana. Sin embargo, para decirlo en términos extremos, no era más que un objeto de sentimentalismo ahora. Hace ocho siglos, la Tierra había dejado de ser el centro de la sociedad humana. Cuando el alcance de una civilización se expandió, su centro cambió. La historia había probado esto.
¿De dónde habían sacado la idea de que podían derramar la sangre de millones solo para recuperar un viejo mundo desgastado?
“Ahora que lo mencionas”, dijo Yang, “me recuerdan a otro grupo. ¿Qué pasa con los caballeros patrióticos hasta estos días?”
“Realmente no lo sé, aunque escuché que algunos de sus miembros se han unido a la Iglesia de Terra. En cualquier caso, sus ideas se combinan bastante estrechamente, por lo que no me parece antinatural”.
“Me pregunto si tienen el mismo respaldo”, dijo Yang, en una voz tan baja que el oficial no parecía haber oído.
Yang, habiendo decidido descansar en casa hasta la hora de la fiesta esa noche, se subió a un taxi sin conductor con Julian y cayó en un profundo ensueño.
Hace mucho, mucho tiempo, había personas llamadas cruzados en la Tierra. Habían declarado que recuperarían la Tierra Santa y, usando el nombre de Dios, invadieron otros países, destruyendo sus ciudades — saqueando sus tesoros y matando a su gente. Lejos de sentirse avergonzados por esos actos

inhumanos, en realidad se enorgullecían de sus logros en perseguir a los incrédulos.
Era una mancha en el registro histórico, provocada por la ignorancia, el fanatismo, la auto intoxicación y la intolerancia, y era una prueba amarga del hecho de que aquellos que creían, sin dudar, en Dios y en la justicia podían convertirse en los más brutales, los La más violenta de todas las personas. ¿Fueron estos Terraistas tratando de recrear a escala galáctica una locura de más de 2,400 años en el pasado?
Hubo un proverbio que decía: “El que obra la virtud lo hace en soledad, pero el que trabaja por la locura busca compañeros”. La pena esperaba a cualquiera que siguiera a esas personas.
¿Pero este movimiento para recapturar la Tierra realmente no era más que la estupidez que parecía estar en la superficie?
Detrás de las Cruzadas, había mercaderes marineros en Venecia y Génova que planeaban debilitar la influencia de los incrédulos y monopolizar el comercio entre el Este y el Oeste. La ambición respaldada por el frío cálculo había apoyado ese fanatismo. Suponiendo que un poco de historia se repitiera también…
¿Podría el tercer poder, Phezzan, estar detrás de esto?
Yang se quedó atónito ante la idea, ya que se le ocurrió en un instante en el fondo de su mente. En el asiento del taxi estrecho, se movió tan repentinamente que los ojos de Julian se abrieron de golpe, y le preguntó qué pasaba. Después de darle una vaga respuesta, Yang volvió a pensar.
Desde el punto de vista de Phezzan, sería muy bienvenido que el imperio y la alianza alcancen nuevos niveles de odio y asesinato mutuos en una disputa sobre la Tierra. Eso era lo que él podía ver. Sin embargo, si ambos lados cayeran y hubiera un colapso completo del orden, ¿no sería Phezzan — una nación dependiente del comercio — la que más se angustiaría? A menos que la actividad se limite a un rango que pueda ser controlado por la voluntad y los cálculos de Phezzan, fomentar algo como esto no tendría sentido. Y era seguro decir que la energía de un espíritu fanático inevitablemente se liberaría de control y explotaría. No había forma de que Phezzan no supiera eso.
No podía creer que tenían el serio objetivo de recuperar la Tierra militarmente y restaurar su gloria perdida, pero…
“Simplemente no lo entiendo”, murmuró Yang con una mueca involuntaria. “¿Qué está pensando Phezzan?”. Luego, divertido para sí mismo, pensó

arrepentido, *me preocupo demasiado por nada — es casi imposible que Phezzan tenga algo que ver con este movimiento de Terraísmo.*
Regresaron a la residencia oficial de Yang, y queriendo una bebida para ayudar a despejar su agotamiento, Yang llamó a Julian.
"¿Me puedes conseguir un brandy?"
"Tenemos un poco de jugo de vegetales, pero…"
Después de una pausa, Yang dijo: "Ahora escucha, ¿crees que la inspiración proviene del jugo de vegetales?"
"Lo que importa es lo difícil que estás intentando".
"¡Gah! ¿De dónde sacaste una expresión como esa?"
"Todos en Iserlohn son mis maestros".
Yang gruñó cuando los rostros de los de lengua venenosa Caselnes y von Schönkopf se alzaron en su mente.
"Debería haber pensado un poco más en tu ambiente educativo de la niñez".
Julian sonrió y le recordó a Yang que era "solo un vaso" mientras le traía su brandy.

V

La fiesta fue una mejora, al menos en comparación con la ceremonia que la precedió.
Aunque continuaron los discursos de políticos, financieros y burócratas de alto rango, sin humor, hubo un contenido histéricamente poco predecible.
También en Iserlohn, se celebraron fiestas con el propósito de mantener relaciones civiles-militares, pero como el último responsable de ellas, Yang insistió en hacer las cosas en su propio estilo personal. Cuando se le pedía que diera un discurso, él decía: "Todos, disfruten la fiesta", y con eso se inició. Tanto en el sector militar como en el privado, había muchas personas notables que amaban los discursos, pero cuando Yang hizo eso, los otros dignatarios no tuvieron más remedio que acortar sus discursos también.
"El discurso de dos segundos del almirante Yang" se había convertido en una especialidad de Iserlohn.
El almirante de pelo negro, que se había convertido en un héroe de leyenda cuando aún era joven y estaba vivo, era incluso en esta fiesta un objeto de curiosidad para ciertas damas famosas y se vio obligado a usar su boca para otros fines que no fueran comer y beber toda la noche.
"Almirante Yang, ¿por qué no usas tus medallas?"

“Bueno, esas cosas son pesadas, así que cuando las llevo, termino inclinándome hacia adelante cuando camino”.
“¡Oh, mi dios; oh, mi dios!”
“Mi pupilo me dice que parezco un anciano caminando con la columna torcida, así que…”
Las damas se rieron agradablemente, pero la que les estaba diciendo que no lo estaba pasando tan bien. Simplemente estaba haciendo un compromiso porque esto era parte de lo que le pagaban.
En un rincón de un salón de baile espacioso en exceso, Julian había encontrado un asiento, y sin nada más que hacer, estaba mirando a la multitud mientras la gente caminaba de un lado a otro. Todos los diez mil asistentes eran personas de renombre, y si se llamaba una vista magnífica, una vista magnífica era lo que era.
El jefe de estado de la alianza, el Alto Consejo Presidente Trünicht, estaba allí. Reconocido como un maestro de la retórica florida, Yang odiaba al hombre tan profundamente que apagaría la solución cada vez que apareciera. Quizás sabiamente, Trünicht parecía estar evitando a Yang también.
Finalmente, Yang salió del anillo de damas y caminó rápidamente hacia Julian.
“Julian, creo que es hora de que nos escapemos de aquí”.
“Sí, señor, almirante”.
Todos los preparativos habían sido presentados de antemano. Julian fue a buscar una bolsa que se había dejado con el asistente en la recepción, mientras que Yang fue al baño y se puso una ropa de civil indescriptible. Su uniforme de vestir entró en la bolsa, y luego los dos salieron del edificio, sin que nadie se diera cuenta.
El restaurante de Mikhailov— aunque por llamarlo así forzó el principio de verdad en la publicidad— era un modesto puesto de comida que estaba abierto todo el día en la entrada del parque Courtwell, ubicado en una esquina del centro de la ciudad donde había muchos obreros.
Las parejas pobres con poco de nada, excepto la juventud y los sueños, vendrían a comprar comida y bebida, y luego se sentarían a hablar debajo de la luz de seguridad. Era ese tipo de lugar.
Cuando las cosas estaban ocupadas, el trabajador Mikhailov— que incluso en sus días militares había sido cocinero— no prestaba atención a las caras de todos y cada uno de los clientes. Así que cuando la peculiar combinación

de un anciano, un joven y un niño se acercó a su mostrador —también estaba el hecho de que la iluminación era tenue— tampoco les prestó atención.

Los tres pidieron pescado frito, papas fritas, quiche y té con leche, luego se sentaron juntos, ocuparon completamente uno de los bancos y comenzaron a comer y beber. Era un picnic de tres generaciones. Después de todo, ninguno de los tres había comido mucho en la fiesta…

"Vaya, es un dolor en el cuello tener que escabullirse a un lugar como este solo para hablar sin ser visto", dijo el mayor de los tres.

"Me divertí bastante", dijo Yang. "Me devolvió a mis días en la Academia de Oficiales. Nos reventaríamos los cerebros en ese momento y encontraríamos nuevas formas de romper el toque de queda".

Si se hubieran dado cuenta de que el anciano era el almirante Bucock, comandante en jefe de la armada espacial de la FPA, y el joven era el almirante Yang Wen-li, comandante de la fortaleza de Iserlohn, tanto el propietario Mikhailov como los otros clientes se habrían quedado sin palabras. Los dos líderes militares se habían apartado del partido por separado para reunirse en este lugar.

Había algo sobre una comida ligera de pescado y papas fritas que despertó sentimientos similares a la nostalgia. En sus días en la Academia de Oficiales, Yang a veces salía del dormitorio con su compañero en el crimen Jean Robert Lappe para saciar su apetito adolescente con comida deliciosa y barata de puestos como este.

Oh, hombre, debería haberlo dejado, después del vino, había estado pensando. Yang había pedido aguardiente, y apenas había salido de la barra, había caído con fuerza sobre la acera y se encontraba incapaz de moverse. El propietario había llamado a Jessica para que lo llamara, y ella se apresuró y lo arrastró a la parte posterior de la barra, para que no los vieran sus severos instructores. Ella había tratado sus heridas allí.

"¡Jean Robert Lappe! ¡Yang Wen-li! ¡Despierta! ¡Siéntate derecho! ¡Quién sabe qué pasará si no estamos de vuelta en los dormitorios al amanecer!"

El café que Jessica había preparado para los dos jóvenes con resaca, a pesar de ser negro, había probado un sabor extrañamente dulce…

Ese mismo Jean Robert Lappe había sido asesinado en acción el año pasado en la Batalla de Astarte. Jessica Edwards, que había estado comprometida para casarse con él, había sido elegida como delegada para el distrito electoral del Planeta Terneuzen y ocupó un asiento en la Asamblea

Nacional, donde ahora estaba a la vanguardia de la facción pacifista contra la guerra.
Todo cambió. A medida que el tiempo avanzaba, los niños se hicieron adultos, los adultos envejecieron y las cosas que nunca se podían deshacer se multiplicaron.
La voz del viejo almirante interrumpió el ensueño de Yang.
“Bueno, nadie nos va a reconocer aquí. Escuchemos lo que tienes que decir”.
“Está bien, entonces”, dijo Yang lentamente, después de lavar su palito de pescado frito décimo con leche té. “Es posible que podamos ver un golpe de estado en este país en poco tiempo”.
Hablaba con tono despreocupado, pero fue suficiente para que los dedos del viejo almirante se detuvieran repentinamente en el aire y se dirigieran a su boca.
“¿Una copa?”
“Sí.”
Esa fue la conclusión que Yang había llegado. Explicó claramente, pero con gran detalle, su percepción sobre las intenciones del Marqués Reinhard von Lohengramm, así como el hecho de que quienquiera que comenzara, probablemente no se daría cuenta de que estaba siendo manipulado por el Marqués von Lohengramm. Bucock reconoció sus puntos y asintió.
“Entiendo. Es bastante lógico. Pero, ¿crees realmente el marqués von Lohengramm que un golpe puede tener éxito?”
“Incluso si falla, eso está bien con él. Porque desde su punto de vista, todo lo que importa es que nuestros militares estén divididos”.
“Entiendo.” El viejo almirante aplastó su vaso de papel vacío en su mano.
“Aún así”, continuó Yang, “antes de que puedas fomentar un golpe de estado, debes convencer a los que lo hacen para que tengan éxito. Eso significa crear un plan detallado para mostrarlos — uno que a simple vista parece altamente factible”.
“Hmm”.
“Una rebelión localizada, a menos que fuera bastante grande y acompañada por una reacción en cadena que afectara a otras regiones, no tendría la posibilidad de que una bola de nieve sacudiera a las autoridades centrales. El método más eficiente sería apoderarse del capital desde dentro. Especialmente si también pueden tomar como rehenes a las autoridades”.
“Eso es cierto”.

“Pero el cuello de botella es que el centro del poder político es también el centro del poder militar. Si un levantamiento se enfrenta a una fuerza militar más fuerte y mejor organizada en el momento en que estalla, va a fracasar. Cualquier éxito que tuviera sería de corta duración”.
Yang tiró el último trozo de papa frita en su boca antes de continuar.
“Lo que crea la necesidad de combinar orgánicamente la incautación del centro político en la capital con la rebelión localizada”.
Sentados al lado de Yang, los ojos de Julian brillaban cuando la teoría del joven comandante se desarrollaba ante él. Este fue el resultado de una disputa mental que se había prolongado en su cabeza durante meses.
“En resumen”, dijo Bucock, “tienen que dispersar a las fuerzas militares de la capital. Para hacer eso, sembrarán rebelión en la frontera. No habrá más remedio que movilizar a los militares para sofocarlo. Pero su objetivo real será tomar la capital mientras nos vamos. Hmm. Si todo saliera bien, saldría hermosa como una imagen”.
“Como dije antes, sin embargo, no tiene que tener éxito en lo que concierne a Marques von Lohengramm. Mientras la alianza esté llena de división y agitación — y no pueda interferir en el conflicto interno del imperio — podrá lograr sus objetivos”.
“Piensa en las ideas más problemáticas”.
“Para los que realmente los ejecutan, sí. Pero no es como mucho trabajo se requiere de uno que los hace”.
Para ese joven indomable de cabello dorado, Yang pensó que este tipo de cosas no era más que un juego que se jugaba después de las comidas para ayudar a facilitar su digestión.
“Supongo que no puedes decirme quién está involucrado en esta trama, ¿verdad?”, Dijo Bucock.
“Eso es lo que se llama un no puede hacerlo”.
“En resumen, es probable que se produzca un golpe de estado en breve, y dices que tengo que detenerlo antes de que comience”.
“Una vez que se haya estallado, necesitarás mucha fuerza militar y mucho tiempo para dejarlo, y eso dejará cicatrices. Pero si puedes detenerlo antes de que comience, todo se puede resolver con una sola compañía de parlamentarios”.
“Entiendo. Esa es una gran responsabilidad”.
“Y hay otra cosa que me gustaría preguntar.”
“¿Sí?”

Yang inconscientemente bajó la voz, atrayendo al viejo almirante.
Sentado solo un poco alejado de ellos, el joven Julian no pudo escuchar lo que se dijo. Se sintió un poco decepcionado, pero si era algo que estaba bien que escuchara, Yang se lo contaría con el tiempo. Lo que había oído hasta ahora era suficiente por sí mismo para hacer que su corazón se acelerara.
“Está bien”, dijo Bucock, asintiendo con firmeza. “Voy a ver que se alcance antes de tu partida a Heinessen. Por supuesto, es mejor que algo así no sea accesible”.
Yang sopló dentro de la bolsa de papel vacía en la que habían entrado las papas, inflando, y luego la golpeó con la mano. Estalló con un fuerte estallido, sobresaltando a la gente cercana.
“Lo siento por todos los problemas, pero con las cosas como están, no puedo llevar esto a los demás sin cuidado”.
Yang tiró la bolsa de papel arrugada, y un robot de limpieza hemisférico se alejó de ella, arrastrando la melodía de una canción que había sido popular hace veinte años. Bucock también arrojó su bolsa hacia el robot de limpieza, se frotó la mandíbula que sobresalía ligeramente y se levantó.
“Supongo que eso es todo, entonces. Vamos por separado. Cuídate.”
Después de que el viejo almirante hubiera desaparecido en la noche de la ciudad, Yang y Julian también se levantaron.
Julian pensó repentinamente cuando caminaba junto a Yang hacia la parada de taxis. ¿Estaban las personas planeando este golpe de estado en algún lugar fuera de la vista en este momento, discutiendo sus planes en secreto? Cuando Julian le mencionó eso a Yang, Yang sonrió con diversión.
“Puedes apostar a eso. Con una mejor comida de la que tenemos y miradas más serias en sus caras”.

VI

Era una habitación sin ventanas, espartana, sin muebles que expresaran la personalidad de su dueño. La iluminación se atenuó hasta el punto de que los rostros de los diez o más hombres sentados alrededor de la mesa de reuniones estaban indistintos.
“Está bien, vamos a repasarlo una vez más. El 3 de abril del calendario estándar.”
Un punto rojo brilló en el cuadrante inferior derecho de la tabla de estrellas.

Se intercambiaron suaves susurros entre los hombres.
“La distancia desde Heinessen es de 1.880 años luz. Está ubicado en el centro del Distrito de la Cuarta Frontera y tiene un puerto espacial, un centro de recolección de suministros y una base de transmisiones interestelares. 3 de abril, no lo olvides. El líder de la revuelta en este sector será el Sr. Herbay…”
La silueta oscura del hombre cuyo nombre había sido pronunciado asintió lentamente.
“El segundo ataque será en el planeta Kaffah, el 5 de abril. Son 2.092 años luz de Heinessen, ubicado en el Distrito de la Novena Frontera…”
El tercer ataque tuvo lugar en el Planeta Palmerend, el 8 de abril, y el cuarto en el Planeta Shanpool, el 10 de abril. El hombre explicó cómo los cuatro levantamientos se ubicaron en puntos cercanos a la superficie de una esfera imaginaria con Heinessen como centro, y mostró en la carta estelar cómo estaban muy alejados el uno del otro. El gobierno tendría que enviar fuerzas para reprimir estas rebeliones, y cada una de ellas tendía en direcciones completamente diferentes.
“Esto solo será suficiente para vaciar a Heinessen del poder militar. Con un pequeño número de tropas, podremos tomar el control de sus puntos vitales”.
Se nombró al Consejo Superior, la Asamblea Nacional, la Sede Operacional Conjunta, el Centro de Tráfico de Transmisiones Militares y otros objetivos que se ocuparán, y se reiteraron los tiempos de los asaltos, los nombres de los comandantes y los números involucrados. Sin embargo, estas cosas ya se habían discutido en reuniones más de diez veces, y todos los asistentes estaban plenamente conscientes de todo el plan y de los roles que jugarían en él.
Los asistentes compartieron un entendimiento común y una sensación de crisis de que si las cosas siguieran como estaban, la Alianza de Planetas Libres sería destruida. Dejando de lado la magnitud del golpe sufrido el año pasado en la Batalla de Amritsar, el rápido avance de la corrupción política y el debilitamiento de la economía y de la sociedad en general impulsó este sentido de crisis.
Estos problemas no pueden, bajo ninguna circunstancia, dejarse en manos de los actuales políticos, quienes intercambiaron el poder político como los jugadores de póker colocando fichas. Todo ese lote necesitaba ser purgado.
El hombre de la cabecera de la mesa miró a todos los presentes.

“Con nuestras propias manos, debemos purificar nuestra tierra natal de esta mobocracia que ha escupido sobre nuestros ideales y ha alcanzado el pináculo de la corrupción. Esta es una batalla justa, y no podemos evitarla para renovar nuestra nación”.
Su voz estaba totalmente controlada, con algo que dibujaba una línea, distinguiendo al orador de la clase de fanático simplemente borracho de sí mismo. Para mostrar su confianza en él, todos los presentes asintieron con igual entusiasmo.
“Ahora, en la actualidad, hay un individuo que va a ser un problema”.
El discurso del hombre se hizo más formal, y los otros hombres enderezaron su postura un poco.
“Ese hombre es el almirante Yang Wen-li, comandante de la fortaleza de Iserlohn. En parte porque no ha estado en la capital, no lo he convertido en uno de nuestros compatriotas, pero si hay alguna opinión al respecto…”
Cuando el hombre terminó de hablar, estalló una discusión.
“¿No estamos en condiciones de ganarlo? Su mente y popularidad serían extremadamente útiles. Tampoco podemos ignorar el valor estratégico de Iserlohn”.
“Si él se lanzara con nosotros, podríamos tomar control de todo el territorio desde Heinessen hasta Iserlohn”.
“Es a finales de marzo, ¿y crees que podemos hacer tiempo para tratar de convencerlo?”
“No necesitamos atraer a un hombre así para que se una a nosotros”.
La voz que pronunció esas palabras era la más joven de las presentes, pero era una voz extrañamente hosca — de falta de espíritu. Hubo un ligero desajuste entre el tono con fuerza asertiva y la calidad de la voz. Al ver que se humedecía el ánimo de los demás asistentes, el hombre que estaba en la cabecera de la mesa abrió la boca para hablar en tono de reproche.
“Es mejor no dejar que tus sentimientos se te escapen. Sin embargo, también es cierto que no tenemos tiempo para tratar de ganárnoslo. En su lugar, me gustaría considerar esto de nuevo después de la revuelta. Teniendo en cuenta la situación astrográfica, debería ser Yang quien se encargue de reprimir el levantamiento de Shanpool…”
Incluso utilizando la navegación por pulsos a velocidad máxima de combate, tardaría cinco días en llegar a Shanpool desde Iserlohn. Incluso si partía de Shanpool de inmediato y corría a la capital en el momento en que le llegaban los informes del golpe de Estado allí, sería necesario un mínimo

de veinticinco días. Treinta días en total. En ese lapso de tiempo, podrían obtener el control total de la capital y, lo que es más importante, mientras controlaran el Collar de Artemisa — un temible sistema de defensa espacial que consta de doce satélites de combate conectados — lo que no permitiría recuperar a Heinessen sería una tarea fácil. Incluso “Milagroso Yang” sería bloqueado.

“Si podemos negociar con Yang en esas circunstancias, podremos convencerlo más fácilmente de lo que podríamos esperar. Por ahora, debemos actuar de acuerdo con el plan, y una vez que el poder esté en nuestras manos, se magnificará la autoridad de nuestro nuevo orden”.

“Me gustaría hacer una propuesta…” Al igual que antes, la voz joven pero sombría dibujó todos los ojos en la habitación. “Deberíamos enviar a uno de nuestros compañeros a Iserlohn y dejar que vigile a Yang. Si comienza a tomar alguna acción que nos ponga en desventaja, debería ser eliminado”.

Hubo un momento de silencio, después del cual surgieron voces de acuerdo de varias de las figuras. Los factores que ponen en peligro el éxito deben ser eliminados.

“¿Los que se oponen? Muy bien, entonces — se adopta la propuesta. Vamos a agilizar la selección de nuestro agente”.

Sin embargo, había renuencia en la voz del líder.

Un hombre que estaba sentado en un rincón, sin decir una palabra, dejó escapar un profundo suspiro. Un suspiro que apestaba a alcohol. Una botella de whisky Rotherham estaba en su mano, y su contenido había disminuido en aproximadamente la mitad desde que comenzó la reunión.

Su nombre era Arthur Lynch.

Los gruñidos maliciosos salieron a la superficie del corazón de Lynch como burbujas en la cerveza. *Baila, baila, baila… todos bailan como locos en la palma de la mano del destino. Si pierdes el equilibrio y te caes en el camino, o sigues bailando hasta el día de tu muerte, todo depende de la habilidad de cada hombre.*

Si esperaba el éxito del golpe o su fracaso era algo de lo que ni siquiera Lynch estaba completamente seguro. Tenía la sensación de que desde aquel día, hace nueve años, ni siquiera su propio futuro podía interesarle.

Hasta ese día, la vida de Lynch nunca había sido particularmente trágica. Había marcado éxitos moderados en el servicio de primera línea y en el trabajo de escritorio, y se había convertido en almirante desde los cuarenta

años. La gente lo había llamado “Excelencia”. Pero entonces él había cometido un pequeño paso en falso. Cuando luchó contra el imperio en el sistema de El Fácil, se vio envuelto en extraños terrores y, después de abandonar a los civiles en un intento de huir, se convirtió en un prisionero del imperio. Todavía vivo, se había convertido en la vergüenza de la armada, y desde ese día en adelante se había convertido en un cobarde.

Pues bien, ¿cómo van las cosas?

Lynch cerró los ojos. Más allá de una gruesa cortina tejida de alcohol y tedio, un solo planeta mostraba su vago contorno.

De regreso en Odín, capital del Imperio Galáctico, separado de este lugar por diez mil años luz de espacio vacío, el hombre que le había encomendado esta misión — Reinhard, el joven marqués de Lohengramm — debe estar contemplando el vasto mar de estrellas, con la luz aguda de la ambición brillando en sus ojos.

Capítulo 02: Punto de Ignición

I

FUE EN NOVIEMBRE DEL año anterior cuando se designó a Arthur Lynch para comparecer ante Reinhard von Lohengramm, comandante supremo de la Armada Imperial Galáctica. Esto fue poco después de que Reinhard aplastara las fuerzas militares invasoras de la Alianza de Planetas Libres en la Región Estelar de Amritsar. Lynch había estado viviendo en un bloque correccional en la frontera del imperio desde su ignominiosa captura en la región estelar de El Fácil. Los campos de internamiento de prisioneros de guerra como tales no existían dentro del Imperio Galáctico. Más bien, los miembros capturados de las “fuerzas rebeldes” fueron — por crímenes de pensamiento maliciosos contra el gobierno imperial — remitidos a instalaciones como esta, que buscaban inculcar el “pensamiento correcto y la moral”. Dentro de estas vastas instalaciones, los reclusos de alguna manera lograron cultivar solo la comida suficiente para vivir. El ejército imperial mantuvo sus fronteras bajo vigilancia, y cada cuatro semanas entregaba ropa y suministros médicos. Interfirieron poco en estas colonias de prisioneros de guerra. Esto no puso en evidencia la generosidad de los militares imperiales tanto como lo hizo su escasez de fondos y mano de obra. A pesar del hecho de que existía un sistema de reclutamiento, los recursos humanos no eran infinitos, y era un hecho que el alcance de los militares no se extendía a todos los rincones de la frontera. La situación era tal que cada vez que estos “criminales de pensamiento” tenían la amabilidad de matarse unos a otros en sus disputas internas, el ejército estaba agradecido por los problemas salvados. En la Alianza de Planetas Libres, los prisioneros del imperio al principio habían sido tratados con gusto como invitados. Esta había sido una especie de psicópata, diseñada para educarlos a través de la experiencia directa sobre lo buena que podría ser una sociedad libre. Después de que la guerra se había prolongado durante un siglo y medio, sin embargo, el FPA ya no podía permitirse dar aires. Hoy en día, los cautivos fueron tratados como algo intermedio entre ciudadanos comunes y prisioneros. Lynch y sus antiguos subordinados habían estado

viviendo juntos en la misma colonia durante algún tiempo, cuando la noticia de sus acciones ignominiosas en El Fácil se había propagado de la boca de otros soldados enviados al mismo bloque correccional, colocando a Lynch al final de las frías miradas de sus compañeros presos. Incapaz de defenderse incluso ante la invectiva más amarga, Lynch había huido al alcohol para escapar. También había aprendido de los cautivos recién llegados que su esposa había sido borrada de su registro familiar y había regresado a la casa de sus padres con sus dos hijos. A medida que se hundía cada vez más en la botella, arrastraba su reputación cada vez más en la cuneta, hasta que incluso aquellos que habían sido sus subordinados directos habían empezado a mirarlo con odio y desprecio. En estas circunstancias apareció un único destructor de la Armada Imperial, que lo llevó a la capital del imperio, Odín. A diferencia de Yang Wen-li, la apariencia de Reinhard von Lohengramm había sido excepcionalmente destilada. Su edad en ese momento tenía veinte años, y en su figura esbelta se podía ver un exquisito equilibrio de gracia, fuerza y coraje. Su cabello suavemente rizado y brillantemente dorado era más largo que el año anterior y ahora se usaba en un estilo que se parecía a la melena de un león. No había una mancha en su piel de porcelana, y había una gracia exquisita en sus rasgos. En su persona fue monopolizado todo el favor de la diosa de la creación. Solo los destellos de luz en sus ojos azul hielo los hicieron demasiado afilados, demasiado intensos, para compararse con los de un ángel — a menos que tal vez se refiriera a los ojos del ángel caído Lucifer, quien había anhelado superar a Dios mismo. “Contralmirante Lynch”. Con estas palabras, una sola silla había sido colocada frente al escritorio del marqués von Lohengramm, en la que los guardias habían obligado a sentarse a su solitario prisionero. Reinhard había sido muy consciente de que su voz carecía de calidez, pero no tenía intención de volver a empezar por el desgraciado y detestable infeliz que estaba sentado ante él. Después de un momento de vacilación, Lynch le había dicho: “¿Quién eres?” “Reinhard von Lohengramm”, respondió. Los ojos rojizos y nublados de Lynch se habían abierto de par en par. “¿Seriamente? Te ves horrible… joven, ¿verdad? ¿Conoces El Fácil? ¿Cuántos años atrás fue? Debes haber sido solo un niño cuando eso sucedió… yo era un contraalmirante…” A la izquierda de Reinhard, había un joven oficial alto y pelirrojo, cuyos ojos azules habían albergado tanto compasión como disgusto. “Lord Reinhard, ¿puede algún hombre de su clase realmente ser útil para nosotros?” “Lo

haré útil, Kircheis. De lo contrario, su vida no vale nada”. El joven mariscal de cabello dorado había vuelto sus ojos hacia Lynch con una mirada que lo atravesaba como una espada de hielo. “Escucha bien, señor Lynch— no lo repetiré. Te delegaré cierta misión y espero que la ejecutes. Si tienes éxito, te concederé el rango de contraalmirante en la Armada Imperial”. La reacción de Lynch había sido lenta pero segura. Las llamas parecían arder en el fondo de sus ojos nublados e inyectados de sangre, y Lynch negó con la cabeza repetidamente, como si ahuyentara la niebla tóxica de alcohol que yacía en su cerebro. “Contralmirante… ja, ja, ja… un contraalmirante, ¿es…?” Su lengua había emergido para lamer sus labios superior e inferior. “Eso no suena como un mal trato en absoluto. ¿Entonces qué hago?” “Te infiltraras en tu tierra natal, encenderás a elementos descontentos dentro de sus fuerzas armadas y los convencerás para que den un golpe de estado”. Durante mucho tiempo después, el aire se había agitado por el sonido de la risa desquiciada de Lynch. “Je, je, je, je, eso no va a pasar, hombre. Algo así… es completamente imposible. Quiero decir, estás sobrio aquí, ¿verdad?” “Es posible, y tengo el plan operativo aquí mismo en mi mano. Síguelo al pie de la letra y lo lograrás”. Esa luz apagada había comenzado a brillar de nuevo en los ojos de Lynch. “Pero… si ese plan fracasara, sería un hombre muerto. Estaría absolutamente, positivamente muerto. Me matarían…” “Entonces, si se trata de eso, ¡muere!” La voz de Reinhard había partido el aire como el chasquido de un látigo. “¿Crees que tu vida vale algo en tu estado actual? Eres un cobarde. Usted huyó sin vergüenza como una liebre asustada, abandonando tanto a los civiles que debía proteger como a los hombres a los que debía dirigir. No hay un hombre vivo que abogue por ti. Sin embargo, aún así, ¿todavía te aferras a la vida por encima de todo lo demás?” (JuCaGoTo; ¡¡Auch!! Justo en la yugular.) Su voz dominó el espíritu embotado de Lynch, devastado por el alcohol, agitando algo en el hombre. La calidad y cantidad de la energía mental de Lynch no era nada en comparación con la de Reinhard. Cuando se sentó allí, todo su cuerpo comenzó a temblar, y gotas de sudor incluso comenzaron a desprenderse de su cuerpo. “Es verdad. Soy un cobarde “, había murmurado con voz débil pero clara. “Es demasiado tarde para salvar mi nombre. Entonces, ¿por qué no tomarlo todo el camino? ¿La cobardía, la vergüenza…?” Él había levantado su rostro. La nubosidad en sus ojos no se había dispersado, pero ya se retorcía en ellos llamas como las de un horno de fundición. “Está bien, lo haré. la nave de contralmirante es una cosa

segura, ¿verdad?” En esa voz había el más leve rastro del espíritu que había poseído hacía más de una década.

II

Después de que Lynch se hubo marchado, Reinhard miró a su amigo pelirrojo. “Si esto tiene éxito, Yang estará demasiado ocupado con las preocupaciones domésticas para interferir con nosotros aquí”. “Estoy de acuerdo… y con su paz doméstica interrumpida, los militares rebeldes también abandonarán cualquier plan que pudieran haber hecho contra nosotros”. “Paz. ¿Sabes qué es la paz, Kircheis?” La lengua de Reinhard había goteado ácido. “Se refiere a una edad bendita cuando la incompetencia no se considera el mayor vicio. Sólo mira a esos aristócratas.” El imperio estaba, en su superficie, en un estado de guerra en curso con la Alianza de Planetas Libres, pero en medio de todo eso, los que tenían rango dentro de la aristocracia estaban solos disfrutando de “paz dentro de las murallas de la fortaleza”. a miles de años luz de distancia, los soldados heridos cayeron temblorosos por el miedo a la muerte, bolas decadentes estaban siendo retenidas bajo los candelabros de cristal del palacio real — con el champán más exquisito, la carne de venado asada con vino tinto y los chocolate bavarois… Gatos persas de las más puras horquillas de perlas azules, blancas, adornos de pared de ámbar, jarrones de porcelana blanca transmitidos a través de los siglos, pieles de martas negras, vestidos largos adornados con innumerables gemas, vitrales ricos en colores y luz… *¿Es esta… esta disparidad trágicamente absurda la verdadera realidad?* Eso era lo que un niño de ojos azul hielo había pensado la primera vez que apareció en una pelota. *Sí,* lo había pensado. *Esta es la realidad. Entonces la realidad debe ser cambiada.* Esos pensamientos se habían convertido rápidamente en una firme convicción, y desde entonces, los salones de baile y las fiestas tenían lugares para observar a los enemigos que algún día debía destruir. Después de muchas noches de tales observaciones, Reinhard había llegado a una conclusión: no había nadie a quien necesitara temer entre estos hombres altos con sus vistosos trajes. Esa opinión le había revelado a Kircheis y no a otro. “Tampoco creo que debamos temer a ningún noble”, había respondido Kircheis. Fue en esta época cuando Kircheis comenzó a asumir un comportamiento más humilde hacia Reinhard. “Pero debemos tener cuidado con la nobleza”. Ante esas

palabras, Reinhard había mirado a su amigo sorprendido. La voluntad unificada de un grupo — incluso cuando no era más que una colección de rencores personales contra un enemigo común — no era nada para tomarse a la ligera. Mientras cruzas espadas con el enemigo frente a ti, alguien más podría meter una daga en tu espalda. “Oh”, había dicho Reinhard. “En ese caso, estaré en guardia”. Esa parte afilada de su alma — que como la hoja de una espada estrecha era demasiado afilada para su propio bien — fue mantenida envainada y restringida por su querido amigo. Uno más había suavizado sus bordes más afilados y había enfriado las emociones furiosas dentro de él: su hermana mayor por cinco años, Annerose. Encerrada a la edad de quince años en el palacio interior del anterior emperador Friedrich IV, en ese momento parecía haber renunciado a todas las perspectivas futuras de la suya. Apodada Gräfin — o Condesa — Von Grünewald por el emperador, había tomado a Reinhard de la cáscara inestable de su padre y le había brindado soporte y apoyo a Kircheis, el niño que era como un hermano para él, y se convirtió en la principal benefactora de ambos. Ahora sus antiguos dependientes, que la habían superado enormemente en estatura, llevaban títulos de almirantazgo y corrían por las zonas de guerra de la galaxia. Sin embargo, cada vez que aparecían ante ella, la pareja podía revertirse en poco tiempo a los días de su adolescencia — a aquellos días luminosos y brillantes de antaño, llenos de luz dulce y clara. Desde que la vida completamente desarreglada del emperador Friedrich IV había llegado a un repentino final, las autoridades gobernantes del Imperio Galáctico habían sido visitadas por el equivalente político de los trastornos geológicos intermitentes. Primero, el niño de cinco años Erwin Josef se había convertido en el nuevo emperador. Aunque era el nieto del difunto Friedrich IV, su sucesión había invitado a la ira y los celos de dos aristócratas de alto rango — el duque Otto von Braunschweig y el marqués Wilhem von Littenheim. Ambos estaban casados con hijas de la difunta Friedrich IV, y sus esposas habían dado a luz a sus propias hijas. Estos hombres abrigaban ambiciones de hacer a sus propias hijas emperatrices y de gobernar al imperio a sí mismos como regentes. Con el desmoronamiento de esas ambiciones, se habían unido a sus enemigos comunes y habían jurado venganza. Esos enemigos fueron el niño emperador Erwin Josef II y los dos poderosos vasallos que lo apoyaron — el primer ministro imperial en funciones de setenta y seis años, el duque Klaus Lichtenlade, y un marqués de veinte años llamado Reinhard von Lohengramm. De esta manera, la

división de la clase dominante del Imperio Galáctico en dos facciones se hizo inevitable. Estaba la facción del emperador, el eje Lichtenlade-Lohengramm, y la facción anti-emperador, la confederación de Braunschweig-Littenheim. Muchos preocupados por el futuro del imperio, o por su propia seguridad personal, trataron de permanecer neutrales, pero el empeoramiento de las tensiones no les permitiría quedarse al margen por tiempo indefinido. *¿Con qué lado debo aliarme si quiero vivir? ¿Cuál lado es el correcto para seguir como sujeto del imperio y tiene posibilidades de ganar?* En estos asuntos, su juicio y percepción fueron puestos a prueba. Las emociones se inclinaron desde el principio hacia von Braunschweig y von Littenheim, pero se sabía que Reinhard era un genio militar. Incapaces de decidir fácilmente, fueron atrapados en el valle entre sus corazones y sus cabezas, tratando desesperadamente de adivinar de qué manera soplarían los vientos. “Los nobles están todos corriendo como ratones, atormentando sus cerebros sobre qué lado será más ventajoso alinearse con ellos. Está hecho para la gran comedia en los últimos tiempos”. A quien Reinhard hizo ese comentario un día fue el jefe de personal de Armada espacial Imperial, el vicealmirante Paul von Oberstein. “A menos que se trate de un final feliz, en realidad no se puede llamar comedia”. Von Oberstein era un hombre totalmente desprovisto de frivolidad, por lo que se creía que carecía por completo de sentido del humor. Aunque todavía en sus treinta y tantos años, la mitad de su cabello ya se había vuelto blanco, y la luz fría brillaba en sus ojos artificiales, que albergaban computadoras internas con fotones. Sus labios eran delgados y fuertemente estirados, y sus expresiones faciales no contenían nada que pudiera llamarse atractivo. El propio hombre también fingió ignorancia de su reputación, sin importar lo que se pueda decir de él. “En cualquier caso, Su Excelencia debe permanecer paciente mientras observa a sus enemigos retorcerse, por supuesto”. “Ciertamente. Me tomare mi tiempo con paciencia”. Reinhard, por supuesto, no solo estaba esperando pasivamente. Empleando una gran cantidad de tácticas inteligentes, había incitado a los altos nobles a la ira ciega mientras aún no tenían una oración de victoria. Sus histéricas explosiones de indignación eran exactamente lo que Reinhard quería. Sus propias conspiraciones contra él se hicieron a un lado con la pura pasión de un niño que perseguía hermosas mariposas. “Realmente no hay necesidad de llevar a los nobles a una esquina”, dijo Reinhard, mientras sus suaves yemas de los dedos jugaban con el pelo rojo de su amigo. “Es suficiente solo para hacerles creer que van a ser

acorralados”. De hecho, la riqueza y el poder militar de la nobleza habrían superado por mucho a Reinhard solo si se hubieran unido contra él. Sin embargo, las respuestas de esos nobles acosados — *¡A este ritmo, seremos destruidos! ¡Tenemos que defendernos de alguna manera!* — Carecían d e razón y para Reinhard parecía simplemente absurdo. La mente de Reinhard ya no era la de un niño, sino algo de la infancia que aún permanecía en su corazón. Aquellos que se oponían a él odiaban con seriedad, sin embargo, cada vez que notaba alguna cualidad única en las palabras o acciones de sus oponentes — incluso si era una cualidad que difícilmente podría llamarse atractiva — despertaría en él cierta curiosidad. En la actualidad, sin embargo, no podía ver tales cualidades entre los aristócratas, y en eso, se sentía un poco decepcionado.

III

El conde Franz von Mariendorf, un hombre amable y concienzudo, disfrutó de la confianza no solo de los aristócratas, sino también de su propia gente. Indeciso sobre la mejor manera de lidiar con las circunstancias actuales, se sentía cada día como si tuviera la cabeza en las manos. Quería mantener la neutralidad si es posible, pero ¿esa iba a ser una opción? En uno de esos días, su hija mayor Hilda hizo un breve regreso a casa desde la universidad en Odín. Hilda— la hija del conde Hildegard von Mariendorf — acababa de cumplir veinte años. Su cabello rubio sombreado se cortó para facilitar el movimiento. Había una especie de belleza dura en sus rasgos, sin embargo, no le dio una impresión fría o dura, un hecho que probablemente se debió al brillo vivo de sus ojos azul verdoso. Esos ojos estaban prácticamente llenos de vida e intelecto vibrante, dando más la impresión de una joven aventurera. Un anciano con brillantes mejillas rosadas se encontró con ella en el vestíbulo de la mansión e inclinó su corpulento cuerpo hacia adelante en una reverencia. “Milady, es bueno ver que estás bien”. “Te ves bien, Hans. ¿Dónde está mi padre?” “Está en la habitación del sol. ¿Voy a decirle que estás aquí?” “No es necesario — iré yo misma. Oh, ¿puedes traer café, por favor?” Aparte de una bufanda rosa atada alrededor de su cuello, la hija del conde no estaba vestida de manera diferente a un hombre, y ella caminó por el pasillo con un paso rítmico. Un par de sofás habían sido colocados junto a la amplia ventana de la habitación solar, y allí, a la luz del sol, el conde von Mariendorf estaba sentado con la espalda encorvada, perdido en

sus pensamientos. Mirando el sonido de la voz de su hija, forzó una sonrisa y la hizo un gesto para que se acercara. “¿En qué estabas pensando en este momento, padre?” “Oh, ah, nada de gran importancia”. “Eso es tranquilizador — decir que el destino del Imperio Galáctico y el futuro de la Casa Mariendorf no son de gran importancia”. El conde Franz von Mariendorf dio un gran estremecimiento involuntario. Su rostro se puso rígido, y miró a su hija. Con una expresión que era traviesa — pero no meramente traviesa — Hilda le devolvió la mirada a su padre. Hans el mayordomo vino con un café en una bandeja de plata. Un largo silencio se prolongó hasta que se retiró; Fue la hija quien lo rompió. “Entonces, ¿has decidido lo que vas a hacer, padre?” “Espero permanecer neutral. Sin embargo, si no me queda más remedio que tomar un lado o el otro, apoyaré a von Braunschweig. Como noble del imperio, ese es mi —” “¡Padre!” Con un grito agudo y una mirada severa, la hija había cortado las palabras de su padre. El padre de Hilda miró sorprendido a su hija. Sus ojos azul verdosos brillaban intensamente. Albergaban una extraña belleza, como las llamas que bailaban dentro de las joyas. “Hay un hecho del cual la mayoría de la aristocracia está evitando sus ojos. Es así que, como seguramente todos los humanos nacidos morirán algún día, la muerte también llega a las naciones. No ha habido una sola nación para escapar de la destrucción final desde que la civilización surgió por primera vez en un planeta de unos treinta años llamado Tierra. Cómo puede el Imperio Galáctico — la Dinastía Goldenbaum — ¿ser una excepción a eso?” “¡Hilda! ¡Detente, Hilda!” “La dinastía Goldenbaum sobrevivió casi quinientos años”, dijo la audaz hija del conde. “Gobernaron a toda la raza humana durante más de doscientos de esos años, haciendo lo que quisieran con su riqueza y poder. Mataron personas, robaron a las hijas de otras casas, crearon leyes para su propia conveniencia…” Estaba casi golpeando la mesa con su fervor. “Lo han hecho sin embargo, han complacido durante tanto tiempo. Si finalmente cayera el telón, ¿a quién podrías culpar? Por otra parte, es natural estar agradecido por quinientos años de prosperidad continua. Pero incluso las leyes de la naturaleza dicen que no puede durar para siempre”. Fue un ataque digno de un revolucionario, y su padre de buenos modales al principio se quedó sin palabras. Por fin, sin embargo, reunió el espíritu suficiente para un contraataque. “Aun así, Hilda, eso no significa que haya razones para participar con el Marques von Lohengramm”. “Oh, pero hay una razón”. “¿Qué tipo de razón?” Su voz estaba llena de dudas cuando

hizo esa pregunta, y al mismo tiempo contenía un toque de súplica. “Hay cuatro razones. ¿Me escucharás?” Su padre asintió. La explicación de su hija fue la siguiente: Primero: el marqués von Lohengramm se había puesto del lado del nuevo emperador, y por orden de ese emperador, solo había hecho para someter a los que se oponían a él. Comparado con eso, el campo de Braunschweig-Littenheim se estaba preparando para librar nada más que una guerra privada de ambición desnuda. Segundo: el poder militar del Duque von Braunschweig y los demás era grande, y tarde o temprano la mayoría de los aristócratas se consolidarían detrás de él. Por lo tanto, incluso si la Casa Mariendorf participara, no se vería como un aliado particularmente importante y no recibiría un tratamiento especial. El campo de Lohengramm, por otro lado, era la fuerza más débil, y si la Casa Mariendorf se aliaba con ella, sus fuerzas no solo se fortalecerían, sino que también tendría un impacto político — lo que significaba que era seguro que la Casa Mariendorf recibiría una cálida Bienvenida. Tercero: el duque von Braunschweig y el marqués von Littenheim solo estaban uniendo fuerzas por el momento; carecían de la voluntad de cooperar a largo plazo. Más importante aún, la cadena de mando en sus fuerzas militares no estaba unificada, y eso podría ser fatal. Por otro lado, el campamento Lohengramm operaba con un propósito y una estructura de comando unificada. Independientemente de lo que pudiera suceder en el camino hacia el final, fue evidente quién saldría en la cima al final. Cuarto: Ni Reinhard von Lohengramm ni ninguno de sus principales subordinados eran de linaje noble, y por eso era muy popular entre la clase común. Era imposible pelear una guerra con solo oficiales, y los soldados ordinarios de ambos campos eran todos plebeyos. Entre los soldados de alto rango del campamento del duque de Braunschweig, se desataron disturbios y motines como resultado de la hostilidad acumulada hacia los oficiales de alta cuna. Incluso existía el peligro de colapso desde dentro… “¿Qué piensas, padre?” Después de que Hilda hubo concluido, el conde von Mariendorf se quedó en silencio, simplemente limpiándose la frente. No podía discutir con la lógica de su hija. “Creo que la Casa Mariendorf debería alinearse con el ganador — es decir, con el Marqués von Lohengramm. Como prueba de nuestra lealtad, también deberíamos ofrecerle tierra y un rehén”. “La tierra no es un problema — por supuesto, dale algo. Pero no proveeré rehenes. Eso está fuera de —” “¿Ni siquiera si el rehén lo desea?” “Pero, quién quería —” En la mitad de la frase, una mirada temerosa apareció en el rostro del conde

von Mariendorf. “No, No tú…” “Sí. Iré.” “¡Hilda!”, Su padre se quedó sin aliento, pero ella seguía calmadamente agregando azúcar y crema a su café. Estaba segura de que su cuerpo no estaba predispuesto hacia el aumento de peso. “Te lo agradezco, padre. Me trajiste al mundo en vísperas de algunos momentos muy interesantes”. El conde von Mariendorf miraba atónito en silencio. “No puedo impulsar la historia por mi cuenta, pero puedo observar con mis propios ojos cómo se mueve la historia y cómo la gente atrapada vive y muere”. Después de tomar su café, Hilda se levantó y abrazó la cabeza de su padre, frotando su mejilla contra su cabello castaño y sin brillo. “No te preocupes por mí, padre. Pase lo que pase, voy a proteger a la casa Mariendorf. No importa lo que tenga que hacer”. “Entonces lo dejo en tus manos”. La calma comenzaba a volver a la voz del anciano von Mariendorf. “Sea cual sea el resultado final, no me arrepentiré. Pero no es necesario que te sacri fiques por la casa Mariendorf. En su lugar, piensa en cómo puedes usar la casa Mariendorf como una herramienta, para abrir un camino para tu propia supervivencia. ¿Harías eso?” “Padre…” “Cuídate.” Ella inclinó la cabeza y besó la frente de su padre. Luego, como una mariposa, se dio la vuelta y salió de la terraza.

IV

Después de un viaje de seis días, Hilda llegó a Odín. O, desde su perspectiva, ella volvió. Ella había estado viviendo en Odín durante cuatro años completos. Hilda tomó un robocar desde el puerto espacial al almirantazgo Lohengramm. Tal vez porque estaba en un estado de ánimo tan elevado, no sentía fatiga alguna. En cualquier caso, una vez que esto terminara, ella podría descansar tanto como quisiera. “¿Tiene alguna cita, fraülein?”, Preguntó el joven oficial de aspecto juvenil en la ventana. Llevaba una etiqueta con el nombre que decía LUGARTENIENTE VON RÜCKE. “Me temo que no. Pero esto concierne a las vidas y las esperanzas de mucha gente. Estoy seguro de que Su Excelencia, el mariscal, dará su consentimiento para verme, así que ¿puedo pedirle que me anuncie?” A la vista de la hermosa expresión de la hermosa joven — alrededor del 30 por ciento de la cual era un acto — el teniente von Rücke parecía vencido por un espíritu caballeresco. La hizo esperar brevemente en el vestíbulo, pero después de hacer varias llamadas, él finalmente le sonrió, como si fuera el único a quien se le había pedido. “Él dice que te verá. Por

favor, toma el ascensor 4 hasta el décimo piso”. “Muchas gracias. Lamento haberte metido en tantos problemas “, dijo Hilda con total sinceridad, y abordó un ascensor que se duplicó como un sistema de detección de armas. Ese día, Reinhard estaba esperando la llegada de un informe en particular, pero no parecía que llegara, y se interesó por la noticia de que una hermosa joven estaba aquí para verlo. Para Reinhard, por supuesto, las mujeres hermosas no debían ser muy apreciadas. Aun así, la vista de la belleza de Hilda — cruda y natural, sin maquillaje notable — lo dejó un poco impresionado de lo diferente que era la hija de un aristócrata que aparecía. “Es una pena que Kircheis no esté con nosotros hoy”, dijo Reinhard una vez que estuvieron sentados en la sala de recepción. “¿Sabías que tiene un poco de historia con los von Mariendorfs?” “Sí, por supuesto. Salvó la vida de mi padre durante la Rebelión de Kastropf el año pasado. Sin embargo, nunca lo he visto en persona”. Después de un momento de silencio, Reinhard dijo: “Entonces, ¿dices que tienes negocios conmigo hoy?” El café fue traído por un joven que parecía un cadete de una escuela preparatoria militar. Reinhard estaba recogiendo el frasco de crema cuando Hilda habló. “Con motivo de la próxima guerra civil, la Casa Mariendorf se pondrá del lado tuyo, Marques von Lohengramm”. Por una fracción de segundo, la mano de Reinhard se congeló, pero luego completó la operación en una serie de movimientos imprevistos. “¿Guerra civil, dices?” “El contra el Duque von Braunschweig, que podría estallar mañana por lo que sabemos”. “Eres un audaz, ¿verdad? Suponiendo que algo así sucediera, mi victoria difícilmente estaría asegurada. Aun así, ¿dices que me apoyarías?” Hilda calmó su respiración y relacionó con el joven mariscal imperial los puntos que le había explicado a su padre. Los ojos azules de Reinhard brillaron. “Tienes una visión notable”, dijo. “Muy bien. Si así es como están las cosas, podría usar un aliado. Su consideración sin duda será recompensada. Prometo cuidar bien de la Casa Mariendorf — naturalmente — así como de cualquier otra casa con la que puedas hablar a mi favor.” “Sus palabras generosas harán que sea más fácil persuadir a nuestros conocidos y relaciones — así como a nosotros mismos, milord”. “¿Qué pasa? Acabas de convertirte en mi aliado. No podría tratarte con descortesía. Pagar sus esfuerzos y coraje es lo más natural que puede hacer. Si hay alguna manera en que pueda serle de ayuda, no dude en preguntar”. “En ese caso, entonces, si me aprovecho de sus amables palabras, tengo una petición”. “Ciertamente”, dijo Reinhard. “Adelante.” “En reconocimiento a nuestra

lealtad… Me gustaría un documento oficial de garantía, reconociendo a la Casa Mariendorf y garantizando sus tierras y títulos”. “¿Oh? ¿Un documento oficial?” Una cierta cautela se había deslizado en el tono de Reinhard. Miró a Hilda con una mirada ligeramente diferente a la que la había considerado hasta ahora. La hija del conde von Mariendorf miró sin temor al joven señor. Reinhard lo pensó por un momento, pero no le tomó mucho tiempo llegar a una decisión. “Muy bien. Lo pondré por escrito y se lo enviaré a usted al final del día”. “Tienes mi mayor gratitud”. Respetuosamente, Hilda inclinó la cabeza. “La Casa Mariendorf le jura a Su Excelencia nuestra absoluta lealtad y se esforzará por servirle en asuntos grandes y pequeños”. “Contaré contigo, entonces. ¿Y Fraülein von Mariendorf?” “¿Sí? ” “¿Serán necesarios tales documentos de garantía para cualquier otra casa que pueda persuadir a unirse a nosotros?” “Les pido que se los den a quienes los soliciten por su propia cuenta. Para los que no lo hacen, no veo la necesidad”. Las palabras de Hilda salieron de su lengua sin la menor vacilación. “Bien, bien …” dijo Reinhard, sonriendo. La intención de Reinhard era purgar completamente el imperio del antiguo sistema que sirvió como estructura de apoyo de la Dinastía Goldenbaum. Desde hace cinco siglos, los aristócratas se han acaparado de privilegios, y Reinhard no tenía la menor intención de permitirles sobrevivir en el nuevo régimen. Una vez que su poder era absoluto, tenía la intención de eliminar a todos menos a los más útiles, o lanzarlos a las multitudes, tal vez, si la gente clamara por sangre. *Dejen que perezcan quienes no tienen la capacidad de sobrevivir*— esa había sido la creencia de Rudolf, a quien sus antepasados habían servido. Y ahora en la generación presente se vestirán con los pecados de los padres. Hilda había visto lo que venía y había venido a Reinhard buscando una garantía oficial escrita en su propia mano. A diferencia de una promesa hablada, una que se estableció por escrito no podía romperse fácilmente. No solo hacerlo dejaría una mancha en el honor de Reinhard, sino que también provocaría desconfianza en su propio sistema de autoridad. Habiendo tomado tal medida en nombre de su propia familia, Hilda estaba diciendo: “En cuanto a los otros aristócratas, mata y escatima, otorga y confisca a tu propio placer”. Sin embargo, no hablaba desde una posición meramente egocéntrica. —Diciendo, “si está bien conmigo y con lo mío, entonces que ardan el resto”, estaba declarando que no se alinearía lateralmente con las antiguas familias aristocráticas. Los instintos políticos y diplomáticos de la joven eran incisivos, terriblemente alarmantes. De

entre las miles de familias aristocráticas del imperio, por fin apareció un talento digno de elogio, a la tierna edad de veinte años, y una mujer, nada menos. Por supuesto, el mismo Reinhard era solo un año mayor que ella. *Es un signo de los tiempos,* pensó Reinhard. La era del gobierno de los ancianos estaba llegando a su fin. Y no solo en el imperio. En la Alianza de Planetas Libres, el almirante Yang acababa de cumplir treinta años, mientras que Landesherr Rubinsky de Phezzan todavía tenía cuarenta años. Aun así, esta joven … Reinhard miró a Hilda de nuevo y comenzó a decir algo. En ese momento, sin embargo, hubo una conmoción afuera de la puerta que apenas tuvo tiempo de registrar antes de que un oficial de alto rango irrumpiera en el interior, con la cara enrojecida de emoción. Su enorme cuerpo era tan grande que podía bloquear la entrada solo.
"¡Excelencia! ¡Los nobles descontentos finalmente han empezado a moverse!" Su voz alta era un rival para su constitución. Karl Gustav Kempf, uno de los almirantes del almirantazgo de Reinhard así como un ex piloto de caza, era bien conocido en estos días como un oficial al mando audaz y intrépido. Reinhard se puso de pie. Esta era la noticia que había estado esperando. Los ojos de Hilda se abrieron de par en par a pesar de ella misma, sus movimientos habían sido sorprendentemente ágiles y elegantes.
"Fraülein von Mariendorf, he disfrutado la oport unidad de conocerla hoy. Me gustaría cenar contigo alguna vez". Cuando Kempf estaba siguiendo a Reinhard fuera de la habitación, pareció por un momento volverse una mirada curiosa hacia Hilda.

V

Los nobles que se oponían al eje Lohengramm-Lichtenlade se habían reunido en Odín en la villa del Duque von Braunschweig en el bosque de Lippstadt. Oficialmente, habían asistido a una subasta de pinturas de antiguos maestros, con una fiesta en el jardín. Sin embargo, en una sala subterránea, se habían recogido firmas en un "Rollo de los Patriotas" que se oponía a la tiranía del Marqués von Lohengramm y el Duque Lichtenlade. Esto fue referido generalmente como el Acuerdo de Lippstadt, y la organización militar aristocrática a la que dio a luz se llamó la Coalición de Señores de Lippstadt. En total, participaron 3.740 nobles. La fuerza combinada de sus ejércitos regulares y privados era de 25,600,000. El líder de la coalición fue el duque Otto von Braunschweig. El vicepresidente de la

coalición fue el marqués Wilhelm von Littenheim. El rollo que contenía cerca de cuatro mil nombres aristocráticos también generó críticas ampollas al Duque Lichtenlade y el Marques von Lohengramm, y en un lenguaje grandioso y exaltado declaró que el deber sagrado de proteger la Dinastía Goldenbaum había sido otorgado a "los elegidos" de la aristocrática de clase tradicional. "El patrocinio divino del gran Señor Odín está sobre todos nosotros, y del triunfo de la justicia no puede haber duda". Esas fueron las palabras con las que se concluyó la declaración. "Me pregunto, ¿podría el gran Lord Odín realmente ser su patrón?" Después de escuchar el informe de Kempf, Reinhard pronunció esas palabras con una cucharada llena de sarcasmo y miró las caras de los subordinados que se habían reunido en la sala de reuniones. Siegfried Kircheis estuvo presente. Von Oberstein estuvo presente. Los otros almirantes presentes también eran todos comandantes talentosos, la crema de la cosecha de las fuerzas armadas. "Si van a pedir ayuda a los dioses desde el principio, incluso el lord Odín fruncirá el labio con disgusto. Podría ser diferente si le ofrecieran un hermoso sacrificio de una virgen, pero conociendo al Duque von Braunschweig, él podría simplemente tomarla para él". Mittermeier, von Reuentahl y Wittenfeld alzaron sus voces a carcajadas. El cuerpo de Wolfgang Mittermeier era un poco pequeño, pero con su físico firme y bien proporcionado, ciertamente se veía agudo y ágil. Había despeinado el pelo rubio del color de la miel, y los ojos grises vivos. Cuando se trataba de maniobras tácticas de alta velocidad, no tenía par. En la batalla de Amritsar el año pasado, persiguió a una flota enemiga que había tomado vuelo y se movió tan rápidamente que la vanguardia de su propia flota se había mezclado en la cola de la formación enemiga que huía. Desde ese momento, había sido honrado con un apodo: Wolf der Sturm— "el lobo Gale". Oskar von Reuentahl era un hombre alto, con el pelo castaño tan oscuro que era casi negro. Era bastante guapo, pero lo que siempre desconcertaba a la gente eran sus ojos. Gracias a una casualidad genética llamada heterocromía, su ojo derecho era marrón y su ojo izquierdo era azul. Había realizado muchas hazañas atrevidas, tanto en Amritsar como en otras batallas, y era muy apreciado por su habilidad como comandante de operaciones. Fritz Josef Wittenfeld tenía el pelo algo más rojizo anaranjado y los ojos castaños pálidos. Algunos probablemente sintieron que algo estaba ligeramente apagado en el contraste de su cara estrecha y su constitución poderosa. Como táctico, le faltaba un poco de flexibilidad, lo que había perjudicado a sus compañeros en Amritsar.

Además de estos, los principales ejecutivos de Reinhard incluían a los almirantes Kornelias Lutz, August Samuel Wahlen, Ernest Mecklinger, Neidhart Müller y Ulrich Kessler. Cada uno era único a su manera, y todos eran jóvenes. Juntos, formaron el activo más preciado de Reinhard. Hablando de activos, últimamente hubo rumores de una crisis financiera inminente debido a la prolongada guerra y el caos en la corte. Pero cuando Reinhard dijo: “La crisis fiscal se resolverá de un solo golpe”, no estaba simplemente disparándose de manera irresponsable. Dejando a un lado los activos de la familia imperial, quedaba una gran fuente de ingresos sin explotar: los activos de los nobles. Naturalmente, confiscaría hasta la última cosa que poseyera el Duque von Braunschweig y el Marques von Littenheim; ni perdonaría a los que se habían unido a su causa. Y una vez que aplicara un régimen de impuestos a la herencia, impuestos a los activos fijos e impuestos progresivos a los nobles que quedaban, la tesorería se desbordaría con dinero que superaría fácilmente los diez billones de reichsmark. Los cálculos de prueba ya se habían completado. Habría una necesidad política para un trato más gentil de aquellos nobles que se pusieron de su lado, así que desde esa perspectiva, cuantos más nobles lo convirtieran en su enemigo, mejor. Exprimir a los nobles hasta secarlos haría más que simplemente satisfacer las necesidades fiscales del imperio. La clase común había acumulado una ira y hostilidad de cinco siglos hacia aquellos que vivían inmersos en estilos de vida extravagantes y tenían enormes fortunas en las que no pagaban impuestos. Reinhard tuvo que calmar esa ira, y él también tuvo que usarla. Ciertamente, tenía un deseo de reformar la política y la sociedad. Pero para Reinhard, eso tuvo que venir con el beneficio secundario del derrocamiento de la Dinastía Goldenbaum. Todo esto sería en vano si la reforma política y social diera nueva vida a la Dinastía Goldenbaum. *La dinastía Goldenbaum que fundó Rudolf debe terminar en derramamiento de sangre y devorando llamas de juicio.* Ese fue el juramento sagrado que había tomado cuando era niño, el día en que su amada hermana Annerose había sido robada por un viejo gobernante horrible. También fue un voto que compartió Siegfried Kircheis. Eugen Richter y Karl Bracke fueron considerados como líderes del grupo conocido alternativamente como la Facción de la Reforma y la Facción de la Civilización y la Ilustración. Una forma en que mostraron la postura que habían asumido fue omitir voluntariamente el Von de sus nombres, a pesar de su noble nacimiento. Había sido justo a principios de marzo que fueron

convocados por Reinhard y ordenados a redactar un documento extremadamente prospectivo llamado Plan de Reconstrucción Social y Económica. Aproximadamente un mes había pasado desde que se firmó el Acuerdo de Lippstadt. Cuando dejaron la presencia de Reinhard, no pudieron evitar mirarse el uno al otro. “Pudiste leer lo que Marques von Lohengramm tiene en mente. Tiene la intención de presentarse como un reformador para ganar el apoyo de la gente. Ese será un arma poderosa cuando compiten con los altos nobles” Bracke asintió ante las palabras de Richter. “Lo que significa que nos está utilizando para aumentar su ambición. No puedo decir que me guste. No hay manera de decir que no, pero ¿y si fingimos estar de acuerdo con esto y luego lo saboteamos?” “Ahora espera un minuto. Incluso si estamos siendo utilizados en este momento, no estoy seguro de que realmente me importe. Si las reformas que hemos estado esperando durante todo este tiempo finalmente se implementan, ¿no es algo bueno, independientemente del nombre en el que se haga?” “Bueno, eso es cierto, pero…” “Visto de otra manera, también hay un sentido en el que estamos usando al Marques von Lohengramm. Es posible que tengamos ideales y políticas, pero no tenemos la autoridad y la fuerza militar para implementarlos. El marqués von Lohengramm lo hace. Por lo menos, sería mucho mejor que un líder reaccionario como el Duque von Braunschweig. ¿Me equivoco, Karl?” “No, definitivamente estás en lo correcto. Está claro que si el Duque von Braunschweig y sus compañeros obtienen las riendas del poder, tomarán al gobierno y a la sociedad en una dirección retrograda”. Richter le dio a Bracke una palmadita en el hombro. “En resumen , nosotros y el marqués von Lohengramm nos necesitamos mutuamente. Con ese entendimiento, deberíamos cooperar cuando podamos y hacer todo lo posible para dirigir a la sociedad en una mejor dirección, sin importar cuán pequeño sea el efecto”. Bracke inclinó la cabeza ante las palabras de Richter. “Pero una vez que obtiene el poder absoluto, el marqués von Lohengramm no necesariamente continuará adoptando una actitud civilizada e iluminada. No hay garantía de que no se convierta en un dictador despótico de la noche a la mañana”. Richter asintió lentamente. “Eso es exactamente correcto. Y es contra ese mismo día que tenemos que llevar estas reformas a casa ahora. Tenemos que cultivar una ciudadanía equipada para criticar y resistir a partir del día en que el marqués von Lohengramm abandone su postura como reformador”.

VI

La necesidad de organizar sus fuerzas militares dispares se cernía sobre los jefes de los nobles que habían firmado el Acuerdo de Lippstadt. Esto se debía a que una sede de comando unificada, una estrategia unificada y un sistema de liderazgo y suministro unificados serían esenciales si esperaban contrarrestar el genio de Reinhard. En orden de prioridad, lo primero que se debía hacer era decidir quién sería el comandante supremo de las unidades de combate. La composición y el posicionamiento de esas unidades dependerían de su pensamiento y planificación. Al principio, el Duque de Braunschweig tenía la intención de asumir el mando completo de las operaciones de combate, pero el Marqués de Littenheim argumentó que esta silla debería ser ocupada por un táctico profesional. “Debemos hacer que el almirante Merkatz sea el comandante en jefe. Tiene un excelente récord y es muy respetado. Además, ¿qué tipo de líder iría al frente en persona?” Aunque era obvio que la verdadera intención del marqués von Littenheim era impedir que el Duque von Braunschweig lograra cualquier logro militar, el argumento en sí era acertado y, por lo tanto, no podía ser desviado. “Bueno, si es el almirante Merkatz, supongo que podría vivir con eso”. Al encontrar a los otros aristócratas de acuerdo, el Duque von Braunschweig tuvo que guardar su actitud interna y mostrarse como un hombre de mente amplia y disposición generosa. Extendiendo todas las cortesías, invitó a Merkatz a su villa y le rogó encarecidamente que se convirtiera en comandante en jefe de las fuerzas de la coalición. El almirante senior Wiliabard Joachim Merkatz, un experimentado guerrero de cincuenta y nueve años, tenía un brillante historial de servicio y un pensamiento estratégico impecable y confiable. En la batalla por la región estelar de Astarté, luchó junto a Reinhard contra las flotas de la Alianza de Planetas Libres. Fue conocido como uno de los primeros en reconocer el genio del hombre. Merkatz no aceptó la solicitud del Duque von Braunschweig fácilmente. Él se oponía fundamentalmente a esta guerra sin sentido y había estado tratando de preservar su neutralidad cuando el choque se hizo inevitable. Merkatz se negó, pero el duque von Braunschweig no aceptó un no por respuesta. Si se rechazara a von Braunschweig después de negociar en persona habría dejado una mancha en su autoridad como líder de la coalición. Al predicar la verdadera lealtad al imperio ya la familia imperial, el duque siguió intentando persuadirlo. Gradualmente, los matices de la

amenaza implícita comenzaron a invadir sus palabras, y cuando su alcance llegó a abarcar la seguridad de su familia, Merkatz finalmente cedió. “En ese caso, acepto, aunque pueda tener un humilde talento. Sin embargo, hay dos puntos en los que quiero el acuerdo de los aristócratas por adelantado. Es decir, que me otorgan toda la autoridad en asuntos relacionados con el combate, y que la cadena de mando esté unificada. En consecuencia, obedecerán mis órdenes, sin importar qué tan alta sea su posición o estatus, y serán castigadas de acuerdo con las regulaciones militares en caso de insubordinación. Debo tener un acuerdo sobre estos puntos”. “Muy bien. Considéralos aceptados”. El Duque von Braunschweig asintió y pronto organizó un banquete para entretener a su nuevo comandante en jefe. Después de que esta fiesta terminara, Merkatz, el invitado de honor, regresó a su oficina tarde esa noche. Su ayudante—, un teniente comandante con cabello rubio opaco llamado Bernhard von Schneider— pensó que era extraño ver a Merkatz con un corazón tan claro. “Excelencia, se ha convertido en comandante en jefe de las fuerzas de la coalición, y sus líderes han aceptado ambas demandas. Tal vez sea solo yo, pero ¿no es el sueño de un guerrero liderar una gran flota en la batalla contra un enemigo poderoso? ¿Por qué te ves tan sombrío?” Merkatz hizo una especie de risa triste. “Von Schneider, todavía eres joven. El duque von Braunschweig y el resto se han tragado las condiciones que establecí. Lamentablemente, sin embargo, eso es sólo un servicio de labios. Estarán interfiriendo con las operaciones de una manera u otra en ningún momento. E incluso si intento probarlas por ley militar, no se quedarán quietos y se someterán a ella. No pasará mucho tiempo antes de que me odien aún más que Reinhard von Lohengramm”. “Seguramente no…” “El privilegio es el peor de los venenos. Que pudre el alma. El noble ha estado impregnado de él durante docenas de generaciones. Se ha convertido en una segunda naturaleza para que se justifiquen y cambien la culpa a otra persona. Hablo así ahora, pero yo mismo nací aristócrata— en la parte inferior de la jerarquía— fíjate, y no me di cuenta de nada de eso hasta que empecé a trabajar con soldados de bajo rango en la marina. Solo espero que estos nobles puedan llegar a comprender antes de encontrar la espada del marqués von Lohengramm colgando en el aire sobre sus cabezas”. Después de despedir al joven y fiel oficial con el pelo rubio opaco, Merkatz se dirigió a su escritorio y, con movimientos torpes, se puso a trabajar con su procesador de textos. Estaba escribiendo una carta a su familia. Fue una carta de despedida.

VII

Hubo algunos de los subordinados del Duque von Braunschweig que intentaron evitar el choque entre las facciones pro y anti-Reinhard. Esto no fue porque se mantuvieron en una posición de pacifismo absoluto, sino porque no vieron ninguna esperanza de victoria si peleaban con Reinhard. El comodoro Arthur von Streit fue el más destacado de estos. Buscó una reunión con el duque von Braunschweig y, aceptando una notoriedad temporal, argumentó que Reinhard debía ser asesinado para evitar la guerra. El duque aplastó la propuesta con una sola palabra. “Ridículo.” “Pero, Excelencia…” “He reunido un ejército de varios millones, y tengo la intención de enfrentar a ese mocoso dorado de frente y aplastarlo. Eso es lo que mostrará el marqués von Littenheim— y todo el imperio— mi justicia y mis habilidades. ¿Asesinarás eso? ¿Deseas arrastrar mi honor a través del barro tan mal?” “Excelencia, me duele decir esto, pero el Marques von Lohengramm es un genio táctico. Incluso si luchamos y ganamos, las bajas serán astronómicas, las llamas de la guerra envolverán a todo el imperio y los daños también vendrán a la gente. Por favor, te ruego que lo reconsideres.” La sincera súplica de Von Streit fue recompensada con gritos furiosos. “‘¿Incluso si ganamos?’ ¿Qué se supone que significa eso? No necesito hombres que carezcan de nuestra fe en nuestra victoria segura— si tu vida significa mucho para ti, ve a refugiarte en un mundo fronterizo y cultiva verduras o algo.” Después de que von Streit se retiró consternado, un capitán llamado Anton Ferner ofreció su opinión al duque von Braunschweig. Su argumento también fue para una campaña de terrorismo a pequeña escala, y se mantuvo apasionado mientras trataba de convencer a su señor. “No hay necesidad de una fuerza de millones. Solo préstame trescientos soldados entrenados en operaciones secretas, y podrás verlo usted mismo cuando el Marques von Lohengramm respire por última vez”. “Silencio. ¿También quieres decirme que no puedo vencer a ese mocoso dorado?” “Excelencia, lo que quiero decir es que si esto se convierte en una guerra importante que divide el imperio en dos, la catástrofe simplemente será demasiado grande, y El vencedor sin duda saldrá herido también. El marqués von Lohengramm pretende reconstruirse después de la destrucción, por lo que está dispuesto. Pero, Excelencia, en su posición, tiene la obligación de preservar el sistema. Para usted, no es suficiente simplemente ganar”. “¡No me hables con tanta insolencia!” Duchado con

muchos rugidos furiosos, Ferner se retiró antes de von Braunschweig, pero eso no significaba que había abandonado sus creencias. Despreciaba la obstinación de su maestro y las formas indirectas, pero al igual que von Streit, no se limitó a agacharse y dejarlo así. “Con las cosas como están, solo tendré que hacerlo yo mismo. Incluso si no puedo matar al marqués von Lohengramm, todavía existe la opción de tomar a su hermana, la condesa von Grünewald, como rehén”. Recolectó armas de fuego y un grupo de trescientos soldados compuesto principalmente por sus subordinados inmediatos, y luego, una noche, sin el conocimiento de su maestro, intentó organizar un asalto a la residencia de Reinhard. Sin embargo, terminó en fracaso. La finca de Schwarzen donde vivían Reinhard y Annerose ya estaba bajo la cuidadosa guardia de cinco mil soldados armados liderados por el mismo Kircheis. No había ninguna apertura para un ataque sorpresa en absoluto. “Debería haber esperado tanto del Marqués von Lohengramm como de su mano derecha. Supongo que no son del tipo que se enamora de trucos baratos como yo”. Abandonando la idea, Ferner disolvió su equipo en el acto y se escondió. Era seguro que había incurrido en la ira del duque von Braunschweig, habiendo movilizado tropas sin permiso. El duque de Braunschweig, al enterarse de lo que había surgido directamente de la boca de los soldados que regresaban con las manos vacías, estaba realmente furioso e hizo que sus hombres buscaran el paradero del subordinado entrometido para castigarlo. Sin embargo, no estaba en ninguna parte. “Humph. Ah, bueno, dondequiera que esté, no hay lugar de refugio en todo el universo para él ahora. Al final, morirá en una alcantarilla en alguna parte. ¿Lo dejamos como esta?” Las cosas avanzaban rápidamente en el presente, y alejarse de Odín y volver a su propio dominio tenía prioridad sobre la búsqueda de personas como Ferner. El plan de evacuación fue elaborado por un comodoro llamado Ansbach. Se corrió la voz de que el duque von Braunschweig invitaría al emperador a una fiesta en el jardín de su villa. Incluso se enviaron invitaciones, pero la noche antes de que se llevara a cabo, el duque escapó en secreto solo con su familia y un pequeño número de subordinados. Cuando Reinhard se enteró de esto, supo de inmediato que había llegado el momento de poner en práctica su propio plan de larga gestación. Bajo las órdenes de Reinhard, Wittenfeld, al mando de ocho mil soldados armados, ocupó todos los edificios pertenecientes al Ministerio de Asuntos Militares y, con el arresto del Mariscal Imperial Ehrenberg, tomó el control de su capacidad para enviar órdenes formales a

todo el ejército del imperio. En cuanto a la facción anti-Reinhard, la mayor parte de su número ya se había alejado de la capital de Odín, sin dejar a nadie que se opusiera a Wittenfeld, aparte de un único capitán que se encontraba bloqueando su camino ante la puerta de la oficina del ministro. El capitán sufrió graves lesiones cuando Wittenfeld sacó su arma personal y le disparó. El mariscal de pelo blanco con su monóculo anticuado no mostraba signos de angustia, incluso cuando vio a Wittenfeld entrar por la puerta. Él asumió una actitud que no fue perturbada hasta el punto de la arrogancia. “¿Y quién te dio permiso, tú recién llegaste, para venir a ir a mi oficina? No sé lo que quieres, pero es evidente que no sabes nada del decoro adecuado”. Con una sonrisa fría en sus ojos, Wittenfeld enfundó su arma y saludó con burlón respeto. “Perdonen mi rudeza. Lo que quiero, Su Excelencia, es que todas las personas reconozcan que los tiempos están cambiando”. Entre los dos había una diferencia de edad de medio siglo. El anciano pertenecía a un campamento que mostraba sus tradiciones en su espalda; El joven a uno que estaba tratando de cambiar esas tradiciones. Después de que los dos hombres se miraron el uno al otro por un largo momento, los viejos hombros del comisario se desplomaron. A continuación, el cuartel general del Comando Militar Imperial fue ocupado por la fuerza, y el mariscal Steinhof, el secretario general, también fue arrestado. En ese momento, fuera de la atmósfera del planeta Odín, la órbita satelital estaba bajo el control completo de la flota de Kircheis, y las flotas Kempf y von Reuentahl estaban ubicadas más allá de él en el espacio exterior, en alerta máxima. Hubo algunos de los nobles que, al enterarse de que Odín había sido tomada por la facción Reinhard, hicieron intentos de huir, pero los que llegaron a los puertos espaciales fueron arrestados por guardias de seguridad bajo el mando de Mittermeier. Incluso a los que despegaron en una nave privada encontraron imposible deslizarse a través de la red de vigilancia de Kircheis. Kircheis trató con cortesía a estos nobles capturados, aunque eso apenas disminuyó su sensación de derrota. Los varios que corrieron a la propiedad del conde Franz von Mariendorf pidiendo protección y mediación con Reinhard estaban entre los más inteligentes de todos. Estos fueron recibidos por Hilda, quien se ganó su confianza con sus tonos lúcidos y confiados. Teniendo cuidado de no sonar demasiado agresivo, ella logró de manera constante y segura endeudarlos. Entre los que no habían evacuado se encontraba el comodoro von Streit. Se había quedado atrás cuando su señor y maestro habían abandonado

secretamente a Odín. Los hombres y mujeres de la Casa Braunschweig no lo habían abandonado intencionalmente; desde su punto de vista, simplemente lo habían olv idado. Von Streit, colocado bajo arresto y atado con esposas electromagnéticas, fue arrastrado ante Reinhard e interrogado. “Hay un rumor de que usted aconsejó a al Duque von Braunschweig que me asesinaran. ¿Es verdad?” “Es verdad”. Tal vez se había resignado a su destino; Streit no sintió rastro de vergüenza. “¿Por qué sugeriste tal cosa?” “Porque era obvio que si te dejábamos solo, las cosas terminarían como están hoy. Si mi señor hubiera sido más decisivo, no sería yo con estas esposas— serías usted. Es una pena que no lo fuera, no solo para la Casa del Duque von Braunschweig, sino también para la Dinastía Goldenbaum”. Reinhard no se enojó. Más bien, parecía que estaba admirando la valentía del hombre mientras lo miraba, y al final le ordenó a un guardia que le quitara las esposas. Cuando von Streit se frotó las doloridas muñecas, no pudo evitar sentirse sorprendido. “Odiaría matar a un hombre como tú”, dijo Reinhard. “Voy a darte un pase de viaje, para que puedas ir al Duque von Braunschweig y cumplir tu juramento de lealtad”. Esta generosa propuesta no fue recibida con gratitud incondicional. “Si me permito que escuches una petición egoísta, me gustaría que te permitieras quedarme aquí en Odín”. “¿Oh? ¿Entonces no volverás con tu maestro?” “Sí, milord. Mi razón es esta…” Había un tono de amargura en la voz de von Streit. Incluso si salía sin peligro de Odín y corría directamente hacia al Duque von Braunschweig, su maestro no se alegraría de su llegada. Más bien, sospecharía de él y, sin duda, llegaría a la conclusión de que se debió a un acuerdo secreto con Reinhard que le habían permitido salir. Dependiendo de cómo iban las cosas, incluso existía la posibilidad de que fuera encarcelado o ejecutado. Como cuando huyó de Odín, el duque von Braunschweig dejó atrás a muchos subordinados y vasallos y tendió a tener poca consideración por el sentido de lealtad de sus seguidores. “Ese es el tipo de hombre que es. Ciertamente no es una persona estúpida, pero… ” El comodoro se fue apagando con un suspiro. “Entiendo. En ese caso, ¿por qué no vienes a trabajar para mí? Te haré un contraalmirante”. “Aprecio la oferta, pero no tengo ganas de hacer un enemigo mañana del señor al que he servido hasta hoy. Por favor perdóneme.” Reinhard asintió, le dio a Von Streit una tarjeta de identificación y lo dejó en libertad. El capitán Ferner también había estado entre los que tardaban en huir. Escondido en el área del centro de la ciudad, logró evitar el arresto, pero eso no tuvo efecto en el dilema en el

que se encontraba. Después de una cuidadosa consideración, decidió entregarse voluntariamente a la policía militar, reunirse directamente con Reinhard y, en Al hacerlo, se abre camino para sí mismo. Ferner, un hombre mucho más práctico que von Streit, le dijo a Reinhard: “Me he rendido con mi señor, el duque von Braunschweig, así que, ¿qué hay de aceptarme como su subordinado?” Tampoco trató de ocultar el hecho de su tropa La movilización y lo que había estado planeando. “En ese caso, contéstame esto: ¿por qué motivo tu sentido de lealtad te ha permitido abandonar a tu señor durante tantos años?” “Un corazón leal es algo que solo le das a alguien que puede comprender su valor. Dedicarse a un maestro que no puede reconocer las cualidades de sus sirvientes sería como arrojar una joya al barro. ¿No estaría de acuerdo en que eso sería una pérdida para la sociedad?” “Hombre descarado, ¿verdad?” Reinhard sacudió la cabeza con incredulidad, pero reconociendo que no había nada siniestro en las palabras y los hechos de Ferner, lo aceptó como oficial del personal. Si el hombre tuviera tanto nervio, era poco probable que se atrofiara incluso con Von Oberstein, cuya cabeza fría se comparaba con el hielo. Von Oberstein no era el tipo para acosar intencionalmente a sus subordinados, pero su comportamiento era demasiado severo y calmado, por lo que había entre los jóvenes oficiales de su departamento que no podían hacer una broma descuidada. Cuando Ferner se unió a sus filas, al principio fue objeto de miradas frías, pero rápidamente estableció su equilibrio. Conocía muy bien su propia posición y papel. Él estaba allí para trabajar como antiveneno. Y si lo necesitara y estará allí, también fue un hombre que podría convertirse en un antídoto poderoso y de acción rápida para el problema de Von Oberstein. Reinhard agregó a sus deberes como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial los de ministro de asuntos militares y comandante en jefe del cuartel general del Comando Militar Imperial, alcanzando así poderes dictatoriales completos, al menos en lo que respecta a los militares. El emperador Erwin Josef II le dio a Reinhard el título de Comandante Supremo del Ejército Imperial. Naturalmente, esta no fue la idea del niño de seis años, sino la de quien recibió el título. Al mismo tiempo, un edicto imperial fue transmitido a Reinhard. Decía: “Poner en sujeción al duque von Braunschweig y sus cohortes, quienes, habiéndose unido en la confederación privada para planear la rebelión contra el emperador, se han convertido en traidores a la nación”. Era el 6 de abril. Los informes ya habían llegado a Reinhard con respecto a la serie inusual

de sucesos que se estaban produciendo uno por uno dentro de la Alianza de Planetas Libres. Todas las piezas estaban en su lugar. Reinhard y Kircheis se dieron la mano con motivo de su separación temporal. Kircheis lideraba un tercio de todo el ejército como una fuerza separada. “Muy pronto, Kircheis. Muy pronto el universo será nuestro.” La expresión de Reinhard fue de absoluta intrepidez. ¡Lo precioso que tenía Kircheis es haber apreciado esa mirada, esos ojos, desde su infancia!

Capítulo 03: La Flota Yang se Moviliza.

I

EL PRIMER GOLPE CONTRA LA ALIANZA DE PLANETAS LIBRES fue golpeada el 30 de marzo. No habían pasado muchos días desde que Yang Wen-li había salido de la capital de Heinessen.

Como tal, el Almirante Bucock, comandante en jefe de la armada espacial, tuvo poco tiempo para avanzar mucho en su investigación de un posible esquema de golpe de Estado. También estaba el hecho de que el comando de vastas flotas siempre había estado donde estaba el corazón del viejo almirante; nunca había disfrutado del tipo de trabajo que hace la policía militar. Sin embargo, para este punto ya había seleccionado a un equipo de investigadores y había dado personalmente el primer paso para subir el lado oscuro del ejército.

Lo que Yang había desvelado antes de que Bucock hubiera sido una obra de arte en el pensamiento lógico, pero eso no significaba que viniera con evidencia física clara. Debido a que el mismo Yang había sido muy consciente de esto, había llevado sus preocupaciones a Bucock y a nadie más.

“Soy el único en quien el joven confía en no involucrarse en ese tipo de tonterías. Lo que para mí significa que debo asegurarme de que su confianza sea recompensada”.

El viejo almirante había perdido a su hijo en la batalla durante la larga

guerra y, al no tener nietos, solo vivía con su esposa. El sabor de la comida sencilla que él había compartido con Yang y Julian era un buen recuerdo para él— no es que alguna vez se lo hubiera admitido a nadie.

La marcha casi había terminado.

Fue el almirante Cubresly quien se encontró con la inesperada desgracia.

Cubresly, director del Cuartel General de Operaciones Conjuntas Militares de la Alianza de los Planetas Libres, había asumido ese puesto a fines del año pasado. El puesto había sido ocupado por el mariscal Sitolet durante los cinco años anteriores; sin embargo, había renunciado al cargo el año pasado en la aceptación de la culpa de la histórica derrota de la alianza en la Región Estelar de Amritsar.

El propio Sitolet había estado en contra de esa imprudente invasión, pero como el oficial número uno en uniforme, la responsabilidad había sido ineludible. Actualmente se encontraba lejos de Heinessen, dirigiendo un huerto en su planeta natal, Cassina.

El día que sucedió, el Director Cubresly, después de haber completado un recorrido de inspección de las instalaciones militares en el distrito estelar más cercano a Heinessen, acababa de regresar del puerto espacial militar al cuartel general de operaciones conjuntas. Llegó flanqueado por su mejor ayudante y cinco guardias.

Cuando entraron en el vestíbulo, una figura se levantó de un asiento en la sala de espera de los visitantes y se acercó a ellos con pasos ligeramente desequilibrados. Los guardias se pusieron rígidos, pero entonces una sonrisa —o en realidad solo la forma de uno— se alzó en el rostro incrédulo del hombre, que aún no tenía treinta años, y llamó al director.

“Almirante Cubresly, soy yo, señor— Andrew Fork”.

Después de un momento de pausa, el reconocimiento apareció en la cara de Cubresly.

“Oh, pensé que todavía estabas en rehabilitación”, dijo.

Comodoro Fork, el hombre directamente responsable de la imprudente planificación de la Batalla de Amritsar, había sufrido un ataque de histeria de conversión justo antes de la batalla, había perdido la vista temporalmente y, después de que se había ordenado la derrota para el servicio de reserva y la hospitalización obligatoria. Había sido un duro revés para la joven élite que se había graduado en la cima de su clase en la Academia de Oficiales.

“Ya he sido dado de alta del hospital. Y hoy he venido ante Su Excelencia para solicitar mi regreso al servicio activo”.

“¿Servicio activo?” Cubresly inclinó su cabeza ligeramente sorprendido. Por lo general, habría sido una violación del decoro detener al director en el vestíbulo e intentar hablar con él en el acto, pero Cubresly conocía personalmente a Fork y, al no ser así para adoptar una actitud arrogante hacia un subordinado, decidió en el lugar para escuchar Fork.

“Bueno, ¿qué tiene que decir tu doctor?”

“Que he hecho una recuperación completa, por supuesto. No hay objeciones a mi regreso al servicio activo”.

“¿Es eso así? En ese caso, necesita pasar por el procedimiento formal. Obtenga un certificado médico y una declaración de garantía de su médico, y devuélvalos a la división de Recursos Humanos del Comité de Defensa junto con su formulario de Solicitud de devolución al servicio activo. Luego, si se acepta formalmente, su solicitud será concedida”.

“Ese camino tomará demasiado tiempo, señor. Si es posible, me gustaría volver a servir a mi país en servicio activo tan pronto como sea mañana”.

“Los procedimientos formales toman tiempo, comodoro”.

“Es por eso que pensé que con la ayuda de Su Excelencia…” El brillo en los ojos del Almirante Cubresly se volvió más agudo.

“Comodoro en reserva Fork, parece que hay algo que no entiendes. Estoy autorizado para garantizar que se sigan los procedimientos, no para romper las reglas. He escuchado rumores sobre usted en varias ocasiones. Dicen que tienes una tendencia a darte un tratamiento especial, y desde mi punto de vista, es difícil decir que todavía estás completamente recuperado”.

Los rasgos de Fork se pusieron rígidos, y su piel— pálida para empezar— quedó prácticamente blanca como una sábana.

“Primero, debe comenzar siguiendo los procedimientos prescritos. A menos que hagas eso, no podrás llevarte bien con los otros hombres incluso si regresas. Eso sería malo para ti y malo para los que te rodean. Te lo digo por tu propio bien. Inténtalo de nuevo y comienza de nuevo.”

Cubresly no comprendía realmente el nombre de la enfermedad de Fork: la histeria de conversión. Significaba que el paciente buscaba la satisfacción completa de su ego, haciendo que el sistema neurológico se desequilibrase. No importaba cuánta razón y sinceridad hubiera en la advertencia de Cubresly, para Fork no tenía sentido. Al igual que un tirano del mundo antiguo, todo lo que le interesaba era un sí sin reservas.

“¡Excelencia!”

El asistente de Cubresly, el Capitán Witty, gritó una advertencia mezclada con un grito, justo cuando un destello de luz brillaba de la mano de Fork, penetrando silenciosamente en el lado derecho del director de la sede operativa conjunta.

El almirante Cubresly le devolvió la mirada sin comprender y se tambaleó cuando su cuerpo sólido y corpulento perdió el equilibrio. El capitán Witty lo atrapó y evitó que se cayera.

Comodoro Fork ya estaba atrapado debajo de los cuerpos apilados de varios guardias de seguridad robustos. El desintegrador en miniatura que había escondido en su manga también había sido arrebatado.

“¡Llamen a un doctor!”, Gritó Witty. En el calor de su ira, incluso gritaba a

los guardias. “¡Están lento! ¿Por qué no lo agarraste antes de que disparara? ¡Eres inútil! ¿Para qué crees que estás aquí?”

Los guardias se disculparon; Fork cautivo golpeó más de lo que realmente era necesario.

El pelo despeinado de Fork se aferraba a su frente sudorosa. Debajo, estaba mirando fijamente a su propio futuro perdido, con los ojos enfocados en nada.

Cuando escuchó el informe, el almirante Bucock, literalmente, saltó de su silla. Nunca había imaginado que el ataque furtivo podría venir en tal forma. El viejo almirante, por supuesto, no creyó ni por un segundo que se trataba de un incidente aislado y único.

“Entonces, ¿cómo está el director?”

“Él va a salir adelante, señor. Sin embargo, dicen que necesita tres meses para recuperarse por completo y descansar en cama sin problemas por el momento”.

“Oh, bueno, supongo que deberíamos contar nuestras bendiciones”, murmuró Bucock.

Sintió algo parecido a un desagradable regusto. En el momento de la Batalla de Amritsar, él había sido el que había atacado a Fork por su incompetencia e irresponsabilidad, provocando su episodio. Si la intención de Fork hubiera sido equilibrarse, la víctima podría haber sido Bucock en lugar de Cubresly.

La noticia de que Comodoro en reserva Fork había asaltado y herido al almirante Cubresly, director de la sede operativa conjunta, envió una onda de horror a todo el planeta Heinessen, luego montó las redes FTL a todos los rincones de la Alianza de Planetas Libres.

El incidente fue tan vergonzoso para los militares que algunos incluso

dieron una voz melancólica a este pensamiento peligroso:

“Si este fuera el imperio, podríamos prohibir la cobertura de este tipo de cosas”.

El asunto más apremiante ahora era la necesidad de un líder en la sede operativa conjunta. O un director interino o un sucesor para Cubresly, tuvo que ser nombrado.

Si el puesto número uno entre los oficiales uniformados era el director del Cuartel General de Operaciones Conjuntas, el número dos era el comandante en jefe de la armada espacial.

Cuando el Comité de Defensa le hizo saber a Bucock que asumía también las funciones de director interino temporal, se negó en el acto. Dar las posiciones número uno y número dos de la organización a la misma persona sería abrir un camino hacia los poderes dictatoriales. Este fue un razonamiento sólido por parte del anciano almirante, pero internamente, también pensó que era necesario mantener estos dos objetivos para los ataques terroristas bien separados entre sí.

Bucock no tenía miedo de ser blanco de terroristas. Sin embargo, si fuera asesinado después de que ambas oficinas hubieran sido unificadas en su persona, entonces dos grandes organizaciones — la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza y el Cuartel General de Operaciones Conjuntas — perderían a su jefe y se paralizarían. Si incluso uno de esos dos no estuviera en funcionamiento, todo el ejército del FPA podría perder su capacidad para funcionar.

Al final, el elegido para ser director interino fue el mayor de los tres directores adjuntos, el almirante Dawson. Cuando Bucock escuchó las noticias, pensó para sí mismo: *Tal vez debería haber aceptado el trabajo después de todo.*

Dawson no era un hombre tan serio como tímido y nervioso. Las posiciones que había ocupado en su carrera incluían al comandante de escuadrón del MP y al director de la Oficina de Inteligencia del Comité de Defensa, pero

cuando se había desempeñado como jefe de personal del Servicio Posterior de la Primera Flota, se había comportado como un burócrata mezquino, advirtiendo contra el desperdicio de alimentos. Inspeccionando los conductos de polvo de cada cocina en cada barco de la flota y conduciendo a las tripulaciones a la distracción con anuncios de cosas como cuántas docenas de kilos de papas se habían tirado innecesariamente esa semana. También tenía una reputación de mantener rencor personal. Un hombre que lo había superado en la Academia de Oficiales en términos de clasificación de clase solo aparentemente había sido degradado por algún tipo de error y terminó bajo el mando de Dawson — la historia era que lo había atormentado sin cesar.

En cualquier caso, sin embargo, el nombramiento fue resuelto. El siguiente incidente tuvo lugar al día siguiente.

Hubo un accidente en una base terrestre bajo los auspicios del cuartel general del Comando de Defensa de la Capital. Un misil interplanetario envejecido explotó repentinamente cuando estaba siendo inspeccionado en el centro de mantenimiento.

La causa había sido un aislamiento inadecuado, que había permitido que una corriente eléctrica del sistema de propulsión fluyera hacia el fusible en el cuerpo principal. Esto claramente implicaba una debilidad en el sistema de producción de armas, pero lo que sorprendió al público fue que los catorce mecánicos atrapados en la explosión — todos los cuales murieron al instante — eran menores, todos ellos aún en su adolescencia.

¿Se había secado la reserva de recursos humanos?

Un escalofrío recorrió la ciudadanía. Ellos entendieron la razón. Fue porque la guerra había durado demasiado tiempo. Incluso dentro de las fuerzas armadas, los adultos estaban desapareciendo de todas partes, excepto la línea del frente…

Jessica Edwards, que representa a la facción contra la guerra en la Asamblea Nacional, expresó sus condolencias a las familias de las víctimas y, después de criticar la falta de capacidad de gestión de los militares, hizo

que la sociedad en su conjunto se empeñara en continuar haciendo la guerra.

“¿Qué futuro puede haber para una sociedad que sacrifica en el altar de la guerra a los jóvenes que deberían asumir su futuro? ¿Puede una sociedad como esa incluso ser llamada sana? Debemos despertar de este sueño loco y preguntarnos: *¿Cuál es el mejor y más realista curso para nosotros ahora?* Y esa pregunta tiene una sola respuesta. La respuesta es paz…”

Bucock estaba viendo la transmisión dentro de su oficina en la Sede del Comando de la Armada Espacial. Su ayudante, el teniente comandante Pfeifer, respondió a su disgusto.

“Esa mujer solo dice lo que quiere, ¿no es así? Ella no tiene idea de lo duro que trabajamos. Después de todo, si el imperio invadiera, no habría activismo contra la paz ni tampoco libertad de expresión. Ella tiene mucho nervios”.

“No, lo que ella está diciendo es verdad”, dijo el viejo almirante, poniendo un freno a la explosión de la lógica emocional de su ayudante. “Una sociedad donde las personas de más edad son las que mueren primero es una que, como diría, tiene que actuar en conjunto. Es uno donde vive un viejo soldado como yo, mientras mueren los muchachos que están jodidos en alguna parte. Y si nadie está ahí para señalarlo, la locura seguirá empeorando cada vez más. La sociedad necesita gente como ella. Aunque no creo que me quiera casar con una mujer que fuera tan buena oradora”.

Ese último comentario fue el tipo de broma que a menudo le gusta hacer a Bucock.

El propio Bucock estaba últimamente en una especie de bofetón que habría sido insoportable si no hubiera hecho una broma de vez en cuando. Anteriormente ese día, había ido a presentar sus respetos al recién nombrado director interino de la sede operativa conjunta. Dawson, de catorce años menor que Bucock, había jodido tanto que era cómico, decirle a Bucock en voz más alta que lo necesario, cosas totalmente innecesarias: “Espero que incluso aquellos con registros de servicio muy largos respeten

el orden dentro de la organización y obedezcan mis órdenes".

Bucock casi se había puesto de mal humor con él. Si el viejo almirante hubiera empezado a hablar sobre la posibilidad de un golpe de estado y qué medidas deberían tomarse para evitarlo, el tímido director en funciones podría haber comenzado a hacer espuma en la boca.

En la penumbra, una conversación se sostenía en voz baja.

"El comodoro Fork casi asesina al director Cubresly. El director va a salir adelante, sin embargo".

"Fork puede hablar un buen juego, pero hablar es todo lo que hace. Él siempre ha sido así. Incluso durante la pelea en Amritsar…"

En esa voz había un complejo tejido de ridículo y desilusión. Las palabras de acuerdo murmuradas surgieron de todos lados.

"Pero al herir gravemente al director, nuestro objetivo de degradar la Funcionalidad de la sede operativa conjunta se ha logrado al menos como mínimo. En ese sentido, Fork está bastante bien. Recuerda, un fracaso miserable era también una posibilidad".

"¿Sin embargo, confío en que no hay peligro de que él hable de nosotros? Como las cosas son como son, incluso los parlamentarios podrían hacer la vista gorda ante la ilegalidad de la tortura o hacer uso de sueros de la verdad".

"Probablemente lo harán. Sin embargo, eso no es motivo de alarma. Ha sido sometido a un tratamiento de sugerencias muy profundo: Fork planeó y ejecutó todo el proceso por sí mismo. No hubo órdenes ni sugerencias de nadie".

Debido a que esto era gratificante para la propia imagen de justicia de sí mismo de Fork, había sido un juego de niños hacer creer al hombre mismo,

y las raíces de esa creencia se habían hundido profundamente. Salvo el uso de algún dispositivo imaginario que pudiese penetrar en las profundidades más profundas de la conciencia humana — que podría analizar y recrear una construcción representativa de la misma — no había manera de desentrañar la verdad detrás de sus acciones.

“Fork vivirá el resto de sus días como un loco en un hospital psiquiátrico. Es triste para él, pero hay muchas personas en peor situación. Tenemos el deber de salvar nuestra patria, destruir al imperio y ejecutar la justicia en todo el universo. No hay lugar aquí para el sentimentalismo”.

La voz resonó solemnemente, hablando casi como si su dueño estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

“Más importante es lo que sucede después. Aunque el Director Cubresly vive, durante los próximos dos o tres meses, bien puede estar muerto en lo que respecta a su vida como funcionario público. En cuanto a su reemplazo como actor, Dawson, es extraño que un hombre como él incluso sea el almirante completo y, aparte de las habilidades clericales, los hombres no tienen confianza en él. Al menos por un tiempo, la sede operativa conjunta estará plagada de brotes de confusión… lo que significa que no hay razón para retrasar la ejecución. Haz cada preparación para el día D”.

II

Ese año, desde finales de marzo hasta mediados de abril, a los trece mil millones de ciudadanos de la Alianza de Planetas Libres no les faltó material para provocar el miedo y la ansiedad.

30 de marzo: Intento de asesinato del director de la sede operativa conjunta de Cubresly.

3 de abril: El planeta Neptis ocupado por un levantamiento parcial de las fuerzas militares estacionadas allí.

5 de abril: Revuelta armada en el planeta Kaffar.

6 de abril: Estalla una guerra civil a gran escala en el Imperio Galáctico.

8 de abril: Planeta Palmerend ocupado por fuerzas rebeldes.

10 de abril: Planeta Shanpool bajo la ocupación de las fuerzas armadas.

Desde un lugar muy alejado de la capital de Heinessen, Yang estaba observando cuidadosamente estos incidentes.

Aunque sus predicciones no habían abarcado el intento de asesinato del Director Cubresly, todo lo demás se estaba desarrollando como lo había esperado. ¿Estuvo bien felicitarse por leer la mano del Marques von Lohengramm esta vez?

Y, sin embargo, desde el punto de vista de Reinhard, en última instancia, esto no era más que un tipo de acción preventiva; incluso si fallara, todavía habría muchas oportunidades para recuperar el terreno perdido. Para Reinhard, la importancia de este esquema probablemente se redujo al nivel de “ningún daño en el intento”.

Y sin embargo, toda la Alianza de los Planetas Libres se había volcado por eso.

¿Fue el marqués von Lohengramm — como dicen algunos — un “gran maestro en mover a sus soldados por el tablero”? Yang se encogió de hombros. Ese niño de pelo rubio había echado a toda la alianza al caos sin movilizarse tanto como un soldado, ¿verdad?

Decir “leí tu mano” después de eso simplemente se sentiría vacío. Yang no había podido detenerlo, ni podía prever cómo se desarrollarían las cosas desde aquí, aparte de la posibilidad de un intento de golpe de estado en la capital. Incluso el mismo Reinhard, autor y director de este pequeño drama, probablemente no había escrito el escenario más allá de ese punto.

Lo que significa que lo que sucedió de aquí en adelante dependería de las

habilidades del elenco primario y del apoyo . *En ese caso,* pensó Yang, *¿quién es el protagonista? ¿Quién es el cabecilla que va a apretar el gatillo en el golpe? Supongo que lo sabremos muy pronto en cualquier caso, pero todavía estoy terriblemente curioso.*

El 13 de abril, llegó una FTL de Heinessen con órdenes del Almirante Dawson.

“Almirante Yang: movilice a la flota de patrullas de Iserlohn y, con toda la prisa posible, reprima las revueltas en Neptis, Kaffar, Palmerend y Shanpool”, dijo.

“¿En los cuatro lugares?”

Yang, como era de esperar, fue sorprendido por esto. Había esperado que una orden de movilización cayera tarde o temprano, pero solo para un sitio. Había estado seguro de que la flota de Heinessen se movilizaría para tratar con los otros tres.

Yang insistió en su preocupación: “Eso va a vaciar la fortaleza de Iserlohn durante bastante tiempo. ¿Estás bien con eso?”

“En la actualidad, el imperio se encuentra en un estado de guerra civil a gran escala. El peligro de que ataquen a Iserlohn con una gran fuerza es extremadamente pequeño. Lo que le pido, comandante Yang, es que cumpla con sus deberes como soldado, sin preocupaciones ni reservas”.

Entiendo, pensó Yang, impresionado . *Así que realmente hay personas en el mundo que piensan de esta manera también, que obtienen la causa y el efecto, la acción y la reacción, simplemente magníficamente hacia atrás. Es cierto, no tienen idea de lo que realmente está pasando, pero aún así…*

Esto se había vuelto inesperadamente humorístico. El almirante Dawson, director interino del cuartel general de operaciones conjuntas, tenía una reputación de planificación táctica mediocre, y contrariamente a todas las expectativas, eso podría significar que era el tipo de hombre que *no haría* exactamente lo que Reinhard quería.

Si se dejara sentado a un gran regimiento en la capital, eso destruiría el plan y causaría problemas a los conspiradores. Incapaces de hacer su movimiento incluso si quisieran, su plan nunca podría ponerse en práctica. Por supuesto, incluso si estuvieran obstruidos, probablemente intentaran algo más, pero al menos por el momento no podrían atacar con la flota y hacer lo que quisieran con una capital indefensa.

Por supuesto, todo esto acababa de suceder de esta manera. La intención de Dawson era probablemente trabajar con Yang y sus subordinados hasta los huesos. Eso era lo que Yang había deducido, pero lo que no podía entender era la razón por la que Dawson lo estaba haciendo. Aunque había escuchado que Dawson no era alguien que olvidara un rencor personal, Yang nunca había conocido al hombre en persona; por lo tanto, no había manera de que él pudiera haberlo menospreciado.

La pregunta de Yang fue respondida por Julian. Nadie tenía los labios más apretados que ese chico, así que a veces Yang lo dejaba escuchar cuando pensaba en voz alta, a medio camino hablando consigo mismo.

Cuando Julian escuchó a Yang preguntándose en voz alta sobre la motivación de Dawson, se rió y dijo que era fácil de explicar.

“¿Cuántos años tiene este tipo Dawson?”

“Mediados de los cuarenta, probablemente”.

“Y tienes treinta años, almirante, ¿verdad?”

“Sí, eso finalmente sucedió”.

“Entonces eso lo explica. Ambos son almirantes completos, a pesar de que están tan separados en edad. A menos que seas tan viejo como el almirante Bucock, él te va a envidiar”.

Yang se rascó la cabeza.

“¿Es así? Entiendo. Qué descuidado de mí parte”.

Yang no tenía igual a la hora de adivinar los pensamientos de un enemigo en el campo de batalla, pero Julian acababa de señalar su punto ciego.

En el transcurso del año pasado, Yang se disparó a la prominencia, subiendo tres rangos de comodoro a almirante total. Para el hombre en sí, esto no era más que dolor de cabeza y molestia, pero para otros — en particular el tipo de rango y posición — todo era sin duda un objeto de envidia y celos.

Ese era el tipo de personas que no podían reconocer la existencia de valores que diferían de los suyos, por lo que no había forma de creer que el deseo de Yang era retirarse del servicio activo lo antes posible, vivir de su pensión, y escribe un libro sobre historia en algún momento antes de su muerte.

Si eres el hombre al que llaman Milagroso Yang, veamos como descartas las cuatro insurrecciones por ti mismo. Si tienes éxito, está bien y estupendo; Si fallas, puedo tratar contigo como me guste. Eso era probablemente lo que Dawson estaba pensando.

Si fallo, tal vez me dejen jubilarme, fue el pensamiento de Yang.

Fue justo cuando ese pensamiento indignante le estaba ocurriendo a Yang cuando Julian volvió a hablar.

“Atacar a los cuatro lugares uno por uno va a llevar demasiado tiempo y será un gran dolor de cabeza, ¿no?”

“Lo dijiste,” Yang estuvo de acuerdo con un fuerte asentimiento. “Por encima de todo, va en contra de mi filosofía personal de ganar con el menor esfuerzo posible. ¿Cómo resolverías esto si dependiera de ti?”

Julián se inclinó hacia delante. Últimamente, el interés de Julian en las tácticas militares había ido creciendo.

“Qué te parece esto: concentra a los enemigos de los cuatro sitios en un solo

lugar y golpéalos allí”.

Yang se quitó su boina militar negra y miró hacia el techo.

“Esa es una buena idea, pero hay dos problemas con eso. Uno es el método: ¿Cómo conseguir que los enemigos de cuatro sitios diferentes se muevan al mismo lugar? El enemigo causó múltiples levantamientos simultáneos con el propósito expreso de reducir las fuerzas del gobierno, por lo que no veo que desperdicien esa ventaja voluntariamente. Después de todo, si concentran sus fuerzas, solo se deduce que nosotros también concentraremos las nuestras”.

A la ligera, puso la boina de nuevo en su cabeza.

“Y la otra cosa es que concentrar a los enemigos de uno en una ubicación va en contra de los fundamentos de la estrategia, que dice que debes eliminar los regimientos de tu oponente uno por uno, sin permitir que se unan”.

“¿Así que es una mala idea?”

Julian se veía decepcionado. El chico había pensado que sus células cerebrales habían estado corriendo a toda velocidad.

Yang le dio una pequeña sonrisa.

“La idea está bien. Solo hay que pensar en cómo aplicarlo. Bien, por el momento, dejemos de lado la cuestión de cómo atraerlos”.

Pensó en ello por un rato, luego continuó.

“Los alejamos de sus fortalezas, esa parte está bien — Pero en ninguna parte está escrito que tenemos que esperar a que se reúnan. Entonces, en cambio, predecimos la ruta por la cual el enemigo intentará enlazarse, luego los eliminamos individualmente en el camino. Si las fuerzas enemigas y aliadas son aproximadamente del mismo tamaño numéricamente, nuestro lado puede dividirse en dos grupos: el primero puede golpear a los

enemigos A y B a intervalos escalonados, y el otro puede golpear a C y D. La probabilidad de victoria sería muy alta, ya que estaríamos golpeando a cada formación enemiga con el doble de su propia fuerza”.

Julian asintió con apasionada intensidad.

“También hay otra forma de hacerlo, donde toda la flota se mueve junta. Primero golpeamos las formaciones enemigas A y B por separado, luego nos dirigimos al punto de encuentro del enemigo para enfrentar las formaciones C y D. En ese punto, nos daría un multiplicador de fuerza si pudiéramos engañar al enemigo para que confundiera a amigos y enemigos o si pudiéramos, Dividir la flota en dos para atraparlos en un movimiento de pinza. Con este método, luchas contra el enemigo cuatro a uno al principio, luego dos a uno más adelante, por lo que las probabilidades de ganar son realmente bastante buenas”.

El niño suspiró con admiración, mientras que al mismo tiempo se sentía desesperadamente patético. El almirante Yang desparramó planes astutos como una fuente. Julian, por otro lado, no habría sido rival incluso para el yo anterior de Yang a los quince años. Esto, a pesar del hecho de que quería mejorar, por más pequeño que fuera el incremento, para poder ayudarlo.

Julian no tenía la intención de vivir complacientemente como pupilo de Yang. Si bien nunca soñó con algo tan grandioso como convertirse en un socio en igualdad de condiciones con él, quería, de alguna forma o de algun modo, hacerse indispensable para Yang.

“Pero de todos modos, no quiero usar ninguna de esas estrategias esta vez. Después de todo, son soldados de la alianza, igual que nosotros. Incluso si lucháramos y ganáramos, no dejaría más que cicatrices”.

“Esa es la verdad.”

“Entonces, pensemos en cómo lograr que se rindan sin pelear. De esa manera, lo más importante, es fácil”.

“Fácil para los soldados, pero duro para los comandantes”.

“Ah, ya lo entiendes”. Yang sonrió, pero su sonrisa no duró mucho. “Aún así, me imagino que más de la mitad de las personas vivas ahora lo tienen tan difícil como los comandantes, que matan a tantos soldados”.

Las voces que decían que Yang Wen-li había alcanzado su posición con demasiada facilidad habían llegado incluso a los oídos del propio Yang. Esas voces provenían de múltiples fuentes, al parecer, y tal vez Dawson había echado una mano para extenderlas. En cualquier caso, sin embargo, si Yang hubiera tenido más en cuenta esas palabras irresponsables, podría haber reconocido instantáneamente lo que acechaba bajo la orden de Dawson…

III

Yang convocó a su personal a la sala de reuniones y transmitió las órdenes del almirante Dawson.

“¿Entonces nos está diciendo que suprimamos los cuatro levantamientos?”

Los oficiales del personal de Yang — Fischer, Caselnes, von Schönkopf, Murai y Patrichev — También quedaron atónitos por lo que parecía pase fuera del campo izquierdo. Von Schönkopf fue el primero en recuperar la compostura.

“Así que mantendrá la fuerza de la capital en reserva mientras nosotros trabajamos hasta los huesos”.

Hizo la misma suposición que Yang, pero también se aferró a la razón con una precisión similar al láser.

“Parece que alguien está celoso, Almirante”, dijo, mirando a Yang con una sonrisa. No había nada que Yang pudiera decir a eso. Tal vez Julian y von Schönkopf no eran tan perceptivos como Yang simplemente no tenía ni idea.

“En cualquier caso, es un pedido de la sede operacional conjunta, así que todo lo que podemos hacer es seguirlo. El más cercano a Iserlohn es Shanpool, así que ¿debemos empezar por allí?”

Murai estaba alcanzando el interruptor de la pantalla 3-D cuando sonó un timbre, y la imagen de un oficial de comunicaciones apareció en una pantalla en la pared.

Yang notó que la bufanda uniforme que llevaba alrededor del cuello del oficial de comunicaciones tenía una mancha enorme. Probablemente se había sorprendido mientras tomaba café y accidentalmente había inclinado demasiado su taza.

“Almirante, hay un disturbio en la capital. Acabamos de recibir una inteligencia impactante—”

“¿Qué tipo de perturbación?” Murai exigió regañando.

El oficial de comunicaciones tragó audiblemente y logró exprimir estas palabras: “¡Es… es un golpe de estado, señor!”

Todos excluyendo a Yang contuvieron el aliento. Patrichev se sorprendió tanto que su enorme cuerpo tembló, y se puso de pie.

La vista en la pantalla cambió y apareció el Centro Capital FTL. Sin embargo, en lugar de la cara de un anunciador sonriente — o fingiendo sonreír — un soldado en su apogeo estaba sentado altivamente en el asiento de transmisión.

“Repito: Por la presente declaramos que a partir del 13 de abril del año SE 797, la capital de Heinessen se ha colocado efectivamente bajo el control del Congreso Militar de Planetas Libres para el Rescate de la República. Se suspende la Carta de la Alianza, y todas las leyes serán reemplazadas por las decisiones e instrucciones del Congreso Militar para el Rescate de la República”.

Los oficiales de alto rango de Iserlohn se miraron entre sí. Luego, al unísono, todos se volvieron y miraron a su joven comandante de cabello oscuro.

Yang miró fijamente a la pantalla en silencio. Parecía notablemente tranquilo a los oficiales de su personal.

Así que, en última instancia, parecía que los planes del almirante Dawson carecían de la fuerza necesaria para hacer que la facción golpista cambiara sus planes. ¿O era mejor decir que los conspiradores habían tomado una acción rápida? ¿O que las respuestas de Dawson habían sido incluso más lentas de lo que esperaban? Lo más probable, fue una combinación de estos dos últimos.

"El 'Congreso Militar para el Rescate de la República', eh…"

El tono murmurado de Yang sonaba muy poco de apoyo. No sintió belleza ni sinceridad en palabras exageradas como "salvar el país" y "patriotismo" y "preocupación por el futuro de la nación". ¿Por qué los que se lanzaron alrededor de esas líneas de manera más fuerte, más descaradamente, fueron los que calificaron, Vidas cómodas lejos del peligro?

Finalmente, el Congreso Militar para el Rescate de la República anunció una serie de enmiendas a la Carta de la Alianza. Los cambios fueron los siguientes:

1. Establecimiento de un sistema político para unir la voluntad de la gente en torno al noble objetivo de derribar el Imperio Galáctico.

2. El control ordenado de las actividades políticas y el discurso opuesto a los intereses de la nación.

3. Otorgamiento de poderes judiciales policiales a miembros de las fuerzas armadas.

4. Declaración de la ley marcial nacional por un período indeterminado. En consecuencia, todas las manifestaciones y huelgas laborales también estaban prohibidas.

5. Completar la nacionalización de todas las instalaciones de transporte y transmisión interestelares. En consecuencia, todos los puertos espaciales también serían puestos bajo la administración militar.

6. Expulsión del sector público de todos los que tenían creencias contra la guerra y / o antimilitares.

7. Suspensión de la Asamblea Nacional.

8. Criminalización de la objeción de conciencia al servicio militar.

9. Castigo severo por la corrupción entre políticos y empleados públicos.

10. La eliminación de los entretenimientos dañinos, de acuerdo con la recuperación de la simplicidad no afectada y la fuerza virtuosa en las maneras y costumbres de la nación.

11. Abolición de la ayuda gubernamental excesiva a los débiles, para prevenir el debilitamiento de la sociedad…

“Oh querido, ¿qué tenemos aquí, ahora?”

Mirando a la pantalla, Yang estaba francamente asombrado. Lo que este Congreso Militar para el Rescate de la República quería era la esencia misma de un sistema de gobierno militarista reaccionario. Además, casi no había diferencia entre su sistema y el que Rudolf von Goldenbaum había defendido cinco siglos atrás.

¿Qué han sido estos últimos quinientos años para la raza humana? Con el ejemplo de Rudolf justo delante de ellos para estudiar, ¿qué aprendió la humanidad? Este Congreso Militar para el Rescate de la República estaba a punto de dar nueva vida al cadáver de Rudolf, y todo en nombre del derrocamiento del imperio que él había dado a luz.

Yang se echó a reír. No había manera de que él no pudiera. Esto fue una farsa incomparable— una farsa espantosa sin paralelo.

Pero aunque este primer acto se había desarrollado como una farsa, no era así como debía terminarse.

“Ciudadanos y soldados de la alianza, ahora presentaré al presidente del Congreso Militar para el Rescate de la República —”

Y cuando se pronunció ese nombre, se sintió como si el aire en la habitación se hubiera condensado en un líquido pesado.

El hombre de mediana edad que se muestra en la pantalla era alguien que Yang conocía bien. Cabello castaño salpicado de gris, una cara delgada pero hermosa. Yang había hablado con ese individuo innumerables veces, incluso había cenado con él. Él tenía una hija, y esa hija era…

El sonido de un grito bajo hizo que Yang se diera la vuelta.

Su ayudante de campo, la teniente Frederica Greenhill, estaba de pie detrás de él, con el rostro pálido.

Sus ojos color avellana miraban fijamente la pantalla, se abrían tanto que no podían abrir más.

Estaba mirando la cara de su padre, el almirante Dwight Greenhill, que se mostraba en la pantalla.

IV

El dominio de la tierra Phezzan.

Un estado de comercio y tráfico comercial situado dentro del llamado Corredor Phezzan que se encuentra entre el Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres. Su mundo natal y sus colonias artificiales albergaban una población de dos mil millones, y su riqueza era tal que rivalizaba con la del imperio y la alianza.

En la actualidad, el aparato de recolección de inteligencia de Phezzan estaba funcionando a plena potencia. La información reunida pasó a través de la secretaría, desde donde se derramó en manos del jefe de estado, Landesherr Adrian Rubinsky.

Fue por este mecanismo que Rubinsky, "el zorro negro de Phezzan", pudo mantenerse al tanto de los acontecimientos relacionados con el golpe de estado desde la comodidad de su hogar.

13 de abril. El día del golpe.

El almirante Bucock, comandante en jefe de la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza, recibió un mensaje en su oficina del almirante Greenhill, jefe de la Oficina de Investigaciones de Campo del Comité de Defensa.

"Las unidades de combate en tierra realizarán ejercicios de entrenamiento a gran escala en toda la capital hoy. Los planes para estas maniobras se hicieron a principios de año, por lo que pedimos a todos los departamentos que no le presten atención y hagan su trabajo habitual como si nada fuera de lo común. Esta capacitación será de gran importancia con respecto a la situación en la frontera…"

Ese mensaje fue transmitido a casi todos en el liderazgo militar, y el público también fue notificado por transmisiones ordinarias.

Luego se siguió que, incluso cuando los grupos de soldados armados fueron vistos en acción en las calles de la ciudad, había pocos que sospechaban que algo andaba mal. Incluso cuando alguien sospechó y llamó a la policía militar, todas las dudas se basaron en una sola frase: "Es solo un simulacro". Cuando llegó un mensaje en nombre del máximo ejecutivo de la Oficina de Investigaciones de Campo, el más profesional Los oficiales fueron los que menos lo cuestionaron.

Incluso Bucock no lo había pensado demasiado — pero estaba muy

ocupado con la supervisión de la armada espacial mientras se preparaba para la acción en la frontera — y nunca se le había ocurrido que alguien podría dar un golpe de estado mientras el La fuerza principal de la armada espacial todavía estaba en la capital.

Sin embargo, al mediodía, el viejo almirante era llevado a punta de pistola para reunirse con los principales conspiradores del golpe.

Estos eran el almirante Dwight Greenhill, director de la Oficina de Investigaciones de Campo, y el vicealmirante Bronze, director de la Oficina de Inteligencia. Desconcertó al viejo almirante al ver a funcionarios de alto rango participar.

"Entiendo", resopló Bucock. "¿Así que supongo que la Oficina de Inteligencia y la Oficina de Investigaciones de Campo han sido corrompidas por bastante tiempo?"

Los deberes de la Oficina de Investigaciones de Campo — en el ámbito nacional — abarcaban la gestión y el funcionamiento de actividades no relacionadas con el combate, como la capacitación, las operaciones de rescate y la migración de tropas e instalaciones, por lo que si su director fuera uno de los conspiradores, sería un asunto simple mover las unidades requeridas en posición.

Desde algún lugar entre los varios hombres que lo rodeaban, surgió un hedor a alcohol.

"Humph, recuerdo ese olor." El comandante en jefe de pelo blanco dirigió una mirada amarga a la fuente de ese olor. "El contraalmirante Lynch, capturado por el imperio en El Facil hace algunos años".

"Me siento honrado de que me recuerdes", respondió Lynch con una carcajada.

"Por mucho que me gustaría olvidar, eso no es posible. Después de todo, abandonó su deber de proteger a los civiles… abandonó su responsabilidad para con los soldados bajo su mando… y trató de escapar a la seguridad por

su cuenta… Oh, *usted es una celebridad* “.

Lynch no parecía que sus sentimientos estuvieran heridos. Aceptó esas mordidas palabras con una leve sonrisa y luego, con un gesto elegante, sacó una pequeña botella de whisky, desenroscó la tapa y le dio un trago. Los oficiales que lo rodeaban — los ascetas genuinos — le fruncían el ceño con el ceño fruncido. El hecho de que los compatriotas de Lynch lo mantuvieran en desacato era evidente, y Bucock no pudo explicar lo que un hombre como él estaba haciendo en sus filas para empezar. Volvió sus ojos hacia Greenhill.

“Su Excelencia, había pensado en usted como un bastión de la razón y la conciencia, incluso dentro del ejército”.

“Me siento honrado.”

“Parece que te he sobreestimado, sin embargo. Todo lo que puedo pensar ahora mismo es que esa razón y tu conciencia deben estar dormidas al volante para que participes en algo como esto”.

“He pensado en esto largo y duro. Intenta pensarlo de esta manera, almirante. ¿Qué tan corruptos son nuestros políticos en la actualidad? ¿Qué tan sofocada está nuestra sociedad? Tenemos una *mobocracia* desenfrenada, ya que se esconde detrás de una pequeña palabra como *democracia*, y en ninguna parte veo la más mínima esperanza de que pueda reformarse. ¿Qué otra manera hay para traer disciplina y reforma?”

“Eso es todo. Ciertamente, el sistema actual está dañado y se ha llegado a un punto muerto. Entonces, lo que quiere decir a continuación es: ‘Por lo tanto, lo estoy derribando con la fuerza armada’. Pido solo para ver qué dirá, pero qué sucede cuando se corrompe, ¿especialmente dado que tiene todo el armamento? ¿Quién te va a disciplinar y cómo?”

El tono de Bucock era agudo, y su oponente claramente vaciló.

“No nos corromperemos”, dijo otra voz con convicción. “Tenemos ideales. A diferencia de ellos, conocemos la definición de vergüenza. Somos

incapaces de hacer lo que hace la clase política actual. Ellos engordan sus propios vientres en nombre de palabras bonitas como *democracia* , complaciendo al electorado para ganar poder, haciendo acuerdos cómodos con los capitalistas — descuidando todo el tiempo nuestra carga sagrada para derribar el Imperio Galáctico. Solo estamos haciendo lo que exige nuestra pasión por la restauración de nuestra nación. Nos levantamos de mala gana, porque no teníamos otra opción. La corrupción surge de la búsqueda del interés propio — nunca nos corromperemos".

"Me pregunto", dijo Bucock. "Me parece que estás justificando un asalto ilegal de poder con palabras bonitas como *restauración, carga sagrada y pasión, etc* .".

La lengua envenenada del viejo almirante se adentró en el sentido de orgullo de los oficiales y los picó con fuerza. Las voces se alzaban en ira.

"Almirante Bucock, queremos ser lo más caballerosos posible al respecto, pero por mi parte, no puedo evitar pensar que esas últimas palabras cruzaron la línea".

"¿De caballeros?" La risa de Bucock resonó en la habitación, llena de sarcasmo. "Desde los días en que los seres humanos se arrastraban a cuatro patas hasta esta misma tarde, a las personas que rompen las reglas usando la violencia nunca se les ha llamado caballeros. Sin embargo, si así es como quieres que te llamen, ahora tienes el poder, así que mientras lo tengas, te recomiendo que alguien te escriba un nuevo diccionario".

La furia estaba surgiendo de los oficiales como un espejismo de calor. Con una mirada, Greenhill mantuvo su ignición bajo control.

"Podríamos hablar todo el día, pero no creo que encontremos ningún punto en común. Solo pedimos a la historia que sea el juez de las decisiones que hemos tomado".

"La historia puede no tener nada que decirte, almirante Greenhill".

Ante eso, Dwight Greenhill, presidente del Congreso Militar para el

Rescate de la República, miró hacia otro lado.

“Llévalo a otra habitación. No debemos faltar la cortesía”.

Los puntos estratégicos de Heinessen estaban bajo el control de las unidades rebeldes.

La sede operativa conjunta, la sede de ciencia y tecnología y el Centro de Control y Mando de la Defensa Espacial, así como el Edificio del Consejo Superior y el Centro de Comunicaciones Interestelares, cayeron en manos de las unidades rebeldes sin apenas derramamiento de sangre. Incluso el almirante Dawson, director interino de la sede operativa conjunta, había sido confinado.

Sin embargo, el objetivo final del ataque — el presidente del Alto Consejo Job Trünicht — no se encontraba en su oficina. Se creía que había escapado a través de un pasaje secreto para usar en emergencias y había desaparecido bajo tierra…

V

Yang sintió que tenía una buena comprensión de cómo lo que llamamos los destinos son intrínsecamente mezquinos, como las viejas brujas.

Sin embargo, ahora estaba siendo golpeado en casa para él, que ese era solo su sentimiento. Si los destinos hubieran sido provistos con mentes y personalidades, este era el punto en el que él hubiera querido elevar su voz en una queja, diciendo: “¡Vamos! ¡Nunca antes habías sido tan malo!” Eso, por supuesto, era imposible. El destino fue una coincidencia combinada con innumerables voluntades acumuladas, no una especie de entidad trascendente.

¡Pero tener que luchar contra el padre de Frederica Greenhill para poder

proteger la autoridad de un hombre como Trünicht!

Yang había perdido la cuenta de cuántas docenas de vueltas había caminado por su habitación privada. Cuando se recuperó, el joven Julian Mintz estaba de pie junto a la pared, mirándolo fijamente. Yang podía ver un brillo preocupado en esos ojos marrón oscuro. Incapaz de ser de ayuda para Yang, el niño se sentía frustrado e impotente.

Pero lo que debía hacer a continuación era una decisión que solo Yang podía tomar, y en ninguna parte del mundo había alguien con quien pudiera compartir eso. Respirando un suspiro, Yang forzó una sonrisa feliz y despreocupada.

“Julian, tráeme una copa de brandy. Después de eso, ¿puedes reunir a mi personal ejecutivo en la sala de reuniones en unos quince minutos?”

“Sí señor. Inmediatamente.”

“Además, llame a la teniente Greenhill de inmediato”. El chico salió corriendo de la habitación.

Si estuviera bien no tomar decisiones cuando no quería hacerlo, estaría viviendo *la vie en rose* . Aunque los antiguos habían dicho que agrega sabor a la vida cuando las cosas no salen como nos gustaría, esta vez, la especia parecía un poco demasiado caliente.

Frederica Greenhill apareció dos minutos después. Tenía una expresión tranquila, pero no podía ocultar su tez enfermiza. Yang tenía su propia manera de resignarse a su papel aquí: después de haber perdido a su padre a los dieciséis años, se había inscrito en el Departamento de Historia Militar en la Academia de Oficiales luego de buscar una escuela donde pudiera estudiar historia sin costo. No tenía absolutamente ningún deseo de convertirse en un soldado, por lo que de alguna manera, veía lo que tenía que hacer ahora como la cuenta que se debía a su elección egoísta.

Pero para Frederica, esto era como estar atrapado en el tipo de experimento mental que la gente solía probar para probar el absurdo de los dioses.

Estaba siendo puesta en la posición de tener que convertirse en el enemigo de su propio padre. Era una cosa dura para una joven de veintitrés años.

“Teniente Greenhill, informando.”

“Ah. Te ves alegre”.

Con eso, Yang realmente se había puesto el pie en la boca. En cuanto a Frederica, ella también.

Parecía perdida en cuanto a cómo responder.

“¿Para qué me necesitas?”

“Correcto… Estoy reuniendo al personal para otra reunión, así que me gustaría que manejen la preparación y ejecuten los controles”.

Frederica se quedó sorprendida.

“Y-Yo… pensé que iba a ser relevado de mis deberes como su ayudante. Vine aquí esperando que…”

“¿Quieres dimitir?”

El tono de voz de Yang en ese momento era bastante cortante.

“No pero…”

“Si no estás ahí para mí, lo pasaré mal. Tengo una memoria terrible, y tampoco soy bueno con ese horrible panel de control. Necesito un ayudante competente”.

“Sí señor. Cumpliré con mis deberes, Excelencia”.

Por solo un instante, fue capaz de ver a través de su expresión profesional y vislumbrar la risa y las lágrimas que se agitaban debajo.

“Lo aprecio. Ve a la sala de reuniones.”

Había otras maneras en que podría haberlo expresado, pero para Yang, era lo mejor que podía manejar.

Cuando salió de su habitación, se encontró con Von Schönkopf en el pasillo. El ex ciudadano del imperio saludó y sonrió a su superior.

“Parece que no has despedido a la Srta. Greenhill”.

“Por supuesto que no. ¿Por qué lo haría cuando no puedo encontrar a alguien que pueda hacer mejor el trabajo?”

“Estás evitando el problema”, respondió von Schönkopf, aunque fue grosero de su parte decirlo.

“¿Y qué se supone que significa eso?”

“Nada, señor, es solo que… bueno, me he estado preguntando acerca de varias cosas… como lo que ella piensa de Su Excelencia. Desde el punto de vista de un subordinado”.

“Bueno, ¿qué piensas de mí?”, Dijo Yang, ensayando un escape torpe.

“Hmm, no sé correctamente, para ser honesto. Eres una montaña de contradicciones”. Von Schönkopf miró la cara decepcionado de su superior con una sonrisa amistosa. “¿Qué me hace decir eso? En primer lugar, no hay un hombre vivo que odie la estupidez de la guerra tanto como tú. Sin embargo, al mismo tiempo, tampoco hay nadie mejor en librar una guerra que tú. ¿Me equivoco?”

“¿Qué piensas del Marqués Reinhard von Lohengramm?”

“Que sería divertido intentarlo con él”. Esta declaración escandalosa provino del ex ciudadano del imperio sin la menor vacilación.

“Creo que si ambos estuvieran operando en condiciones equivalentes,

probablemente lo golpearían”.

“Los hipotéticos como ese no tienen sentido”, dijo Yang.

“Lo sé, señor.”

La táctica era el arte de mover tropas para ganar en el campo de batalla. La estrategia fue el arte de preparar las condiciones que permitieron que las tácticas de uno se usaran a su máximo potencial. En consecuencia, la suposición de von Schönkopf era irrelevante para las realidades sobre el terreno, ya que había ignorado el elemento de la estrategia en la guerra.

“En cualquier caso, vamos a pasar al siguiente punto. Usted tiene una conciencia que se extiende directamente hasta el hueso de cómo está fuera de control la actual estructura de poder del FPA— tanto en términos de sus capacidades como de su moral. Sin embargo, a pesar de eso, harás todo lo que esté a tu alcance para salvarlo. Eso es una gran contradicción”.

“Digamos que “perfecto” es el enemigo del “bueno”. Sin duda reconozco que las actuales autoridades de la alianza están “fuera de control”. Pero mire usted mismo los lemas emitidos por el personal del Rescate de la Republica. ¿No son esos tipos peores de lo que tenemos ahora?”

“Si tengo que responder…” dijo von Schönkopf, con los ojos llenos de una luz extraña, “Digo que dejemos que estos bufones del Congreso Militar purguen el régimen actual. A fondo y por completo. En cualquier caso, expondrán sus propios defectos a su debido tiempo y perderán el control de la situación. En ese momento, usted ingresa, expulsa al personal de limpieza y toma el poder como el restaurador de la democracia. Eso es lo que yo llamaría lo “mejor”.”

Atónito, el joven comandante de Iserlohn miró a su subordinado. Von Schönkopf ya no sonreía.

“¿Qué te parece? Incluso si fuera solo una formalidad, como dictador podría salvaguardar la práctica de un gobierno democrático—”

"'Dictador Yang Wen-li', ¿eh? De cualquier forma que lo gire, simplemente no suena como mi estilo".

"Ser soldado no era su estilo, tampoco, originalmente. Sin embargo, aquí estás, haciéndolo mejor que nadie. Probablemente, también serías bastante bueno en la dictadura".

"Comodoro von Schönkopf".

"¿Qué pasa, señor?"

"¿Has compartido tus pensamientos sobre esto con alguien más?"

"Por supuesto que no".

"Me alegra oírlo…"

Sin decir nada más, Yang le dio la espalda a von Schönkopf.

Siguiendo cinco o seis pasos detrás de él, von Schönkopf sonrió un poco. ¿Era Yang incluso consciente de que no había otros oficiales de alto rango en el servicio que permitieran a sus subordinados decir lo que pensaban tan libremente como él? Fue un trabajo bastante difícil, desempeñándose como oficial al mando de von Schönkopf.

Había muchos civiles viviendo dentro de Iserlohn, y sus inquietudes se habían visto incrementadas por las noticias del golpe de Estado en el país y la guerra civil que había estallado en el imperio. Una de esas personas se fijó en Julian cuando había salido a un distrito residencial civil para hacer un recado para Yang y le preguntó si realmente había alguna posibilidad de ganar.

El joven miró fijamente el rostro del que lo acosaba y luego, reprendiéndole por su pánico, respondió con confianza y espíritu.

“El almirante Yang Wen-li no pelea batallas que no se puedan ganar”.

En poco tiempo, este intercambio se hizo famoso en todo Iserlohn. “El almirante Yang no pelea batallas que no se pueden ganar”. De hecho, la victoria fue el compañero constante del hombre. Por lo tanto, estaba seguro de ganar esta vez también. Al menos en la superficie, la ansiedad civil se había calmado.

Yang, que se enteró de lo que había sucedido más tarde, confirmó los hechos del asunto con Julian, y luego le habló con tono burlón.

“No lo esperaba, pero incluso tienes talento como portavoz de relaciones públicas”.

“Pero lo que le dije no era solo un engaño, es un hecho. ¿No es así, Excelencia?”

“Uh, sí. Esta vez, de todos modos.”

Julian no podía dejar de pensar que la frente de su tutor se había surcado ligeramente.

“Claro que espero que siempre funcione así…”

Cuando Julian salió a practicar como piloto de una de las naves de combate de un solo asiento llamadas espartanos, Yang llamó al comodoro von Schönkopf.

Yang había decidido dividir la flota bajo su mando en una unidad móvil de alta velocidad que él mismo ordenaría y una unidad de soporte trasera construida alrededor del suministro y la funcionalidad de potencia de fuego defensiva. Sin embargo, todavía se preguntaba a qué unidad asignaría a von Schönkopf. Sobre esto consultó al hombre mismo, y finalmente decidió colocarlo como oficial del personal a su lado.

Fue durante esta conversación que Yang le preguntó por Julian. Esto se debió a que von Schönkopf fue el instructor de Julian en los disparos y en el combate cuerpo a cuerpo.

“Si te refieres a ser un guerrero, él tira de su propio peso de manera espléndida— en ese sentido, será mucho más útil que tú, Excelencia.”

Von Schönkopf no conocía reserva.

“Sin embargo, ese no es el tipo de cosas que Su Excelencia espera para Julian, ¿verdad?”

La respuesta de Yang estaba a medio camino dirigida a sí mismo. “Hay límites a lo que las personas pueden hacer, pero aun así, podemos cambiar el destino dentro de los rangos de nuestras habilidades. Quiero que Julian cambie el destino dentro del rango más amplio posible— incluso si en realidad no lo hace, quiero que tenga ese potencial”.

“¿Qué hay de tu potencial?”

“No se puede hacer. Estoy involucrado un poco demasiado profundamente en el FPA para ese tipo de cosas. Tengo que cumplir mis obligaciones con los que pagan mi salario”.

Von Schönkopf parecía no haber tomado esa respuesta por completo como una broma. “Entiendo. ¿Es por eso que no convertirás a Julian en un soldado regular? ¿Para que no tenga que sentirse obligado a la Alianza de Planetas Libres de la forma en que lo hace?”

“Realmente no lo había pensado tan lejos…”

Yang sacudió la cabeza dos o tres veces. No era como si siempre hubiera actuado basándose en una reflexión cuidadosa y en una planificación a largo plazo. Sin embargo, eso no era lo que otros parecen pensar. Yang no podía decir con seguridad si eso era ventajoso o no.

El cuartel general de operaciones conjuntas de la Alianza Militar en Heinessen se había convertido en un bastión del Congreso Militar para el Rescate de la República. Sus principales líderes se reunieron en una sala de reuniones subterránea.

Cuando el almirante Greenhill les informó que "Yang Wen-li se ha negado a participar en el Congreso Militar para el Rescate de la República", surgió un suave revuelo entre los asistentes.

"Bueno, todo lo que podemos hacer es luchar contra él, entonces".

"Hagamos que el Milagroso Yang nos muestre lo que tiene. Ver por nosotros mismos si él es tan hábil como dicen".

Quizás estas voces agresivas se alzaron para alejar la inquietud de los oradores.

Sin embargo, el almirante Greenhill no se unió a su entusiasmo forzado.

No pensó en buscar el perdón de su hija. Tampoco había ninguna posibilidad de que ella lo perdonara. Sus acciones estaban enraizadas en sus creencias. Si la renovación no llegara a través de los militares, su tierra natal colapsaría en las profundidades de la corrupción. Si Yang no entendiera eso, entonces nada más que la guerra podría permanecer entre los dos. La decisión no fue fácil, pero una vez que se tomó, su voluntad no se vería afectada.

"Almirante Legrange".

En respuesta a su llamada, un hombre de mediana edad con una mandíbula cuadrada y cabello rubio platino muy corto se puso de pie.

"Tome la Undécima Flota, y vaya a Iserlohn para luchar contra Yang".

"Como usted ordene, señor, pero… ¿qué pasa con su hija?"

No era un secreto que Frederica Greenhill era la ayudante de campo de Yang.

“Eso no es un problema”, dijo Greenhill con fuerza. Luego, en un tono más moderado, agregó: “Renuncié a mi hija en el momento en que concebí este plan. También es probable que Yang la haya relevado del deber y la haya puesto bajo arresto domiciliario. No hay necesidad de tenerla en cuenta”.

“Como desee, señor. Yang será masacrado o forzado a rendirse”.

La Undécima Flota era una rareza en la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza: un regimiento ileso por el combate anterior. Había apoyado el golpe de Estado, y ahora, para impedir la movilización del avance de Yang, estaba movilizando una fuerza vasta, poderosa y completa.

El 20 de abril, Yang nombró a Caselnes como comandante temporario de la fortaleza y ordenó la movilización de toda su flota. Cuando se le preguntó el destino, respondió así:

“En última instancia, Heinessen”.

Capítulo 04: Derramamiento de Sangre en el Espacio

I

JUSTO ANTES DE SU EMBARQUE en el buque insignia de Brünhild, Reinhard recibió la visita de un secretario que había llegado desde el Ministerio de Asuntos Militares.

“Declare su negocio.”

El secretario se quedó mirando con admiración al joven y apuesto comandante con su elegante uniforme negro y plateado mientras afirmaba con torpeza el asunto en cuestión: que la nomenclatura oficial del enemigo aún no estaba decidida.

“¿Nomenclatura oficial?”

“S-sí, milord. Quiero decir, se están llamando a sí mismos Ejército de la Liga de Señores Justos, pero, naturalmente, no podemos poner algo así en los documentos oficiales. Dicho esto, si usamos “las fuerzas rebeldes”, no las distingue de la llamada Alianza de Planetas Libres. Aun así, tenemos que decidirnos por algún tipo de nombre oficial”.

Reinhard asintió y, pellizcando su barbilla bien formada con dedos largos y flexibles, pensó en ello por un momento. Antes de que hubieran transcurrido cinco segundos, sus dedos se alejaron.

“Aquí hay un término apropiado para su clase: bandidos y usurpadores.

Consúltelos como tales en documentos oficiales — bandidos y usurpadores. ¿Entendido?”

“Sí, milord. Como desées.”

“Publíquelo en todo el imperio para que así esté ordenado, y déjeles saber a los que se llaman exactamente dónde están parados: ‘Ustedes son un ejército de bandidos y usurpadores'”.

Reinhard alzó la voz, riendo. Fue una risa cruel, pero aun así resonó, hermosa y clara, como el anillo de joyas preciosas una contra la otra.

“Como parece que no tienes otro asunto, seguiré mi camino. No olvides lo que te acabo de decir.”

Cuando Reinhard se volvió para irse, sus pasos eran tan ligeros como un hombre en caída libre. Los almirantes Von Oberstein, Mittermeier, Von Reuentahl, Kempf y Wittenfeld lo siguieron en su estela, y por fin el cielo azul profundo fue casi borrado por una gran flota de buques de guerra que partían hacia el campo de batalla.

El vicealmirante Mort, oficial al mando de las fuerzas dejadas atrás, saludó al despedirse con sus ayudantes.

Reinhard solo había dejado una fuerza mínima en Odin: solo treinta mil oficiales y soldados, apostados para proteger la residencia del castillo del emperador en el Palacio de Neue Sans Souci, la Almirantía y el Ministerio de Asuntos Militares, y la finca donde residían él y su hermana. El vicealmirante Mort, a quien se le había encomendado esta guardia, ya estaba en la mediana edad. No era del tipo que se llamaría un maestro táctico, pero era leal y un hombre como él, en el que se podía contar.

El secretario, al regresar al Ministerio de Asuntos Militares, puso en marcha la orden de Reinhard de inmediato. Las transmisiones de FTL saltaron por el vacío a cada cuarto del imperio, repitiendo la frase “bandidos y usurpadores”.

“¡Bandidos y usurpadores! ¡Se atreven a llamarnos un ejército de bandidos y usurpadores!”

De hecho, ese nombre asestó un gran golpe al orgullo de los altos nobles, quienes se aferraron rápidamente a la idea de sí mismos como un pueblo elegido. Los rostros se volvieron blancos de odio y humillación, rompieron sus copas contra el piso, sintiendo una hostilidad renovada hacia el mocoso dorado.

Aunque al oír a alguien como el ayudante de Merkatz von Schneider decirlo, los altos nobles también hablaron mal de Reinhard, así que, ¿esto no fue suficiente?

Los nobles estaban motivados por la emoción incluso en asuntos pequeños, y por lo tanto, no era sorprendente que las reuniones de estrategia de sus militares aliados también estuvieran constantemente influidas en una dirección u otra por sus emociones.

El duque de Braunschweig pasó por él un plan táctico: construiría nueve bastiones militares a lo largo de la ruta desde la capital imperial de Odín hasta la base de la confederación, una fortaleza llamada Gaiesburg o “Castillo del águila calva”, que se posiciona en grandes fuerzas. Cada uno para interceptar el avance de la flota de Reinhard. Mientras luchaban por pasar una fortaleza tras otra, las fuerzas de Reinhard no sufrirían pequeñas pérdidas en términos de vidas y naves, y las que permanecían se degradarían en el momento en que llegasen. Fue entonces cuando lanzó un ataque desde Gaiesburg y los aplastó a todos de un solo golpe.

Merkatz se mostró escéptico de cuán efectivo sería eso. Si bien sería bueno que Reinhard tuviera la amabilidad de atacar las nueve fortalezas una por una por invitación especial de sus enemigos, ¿qué se suponía que debían hacer si él no lo hacía? Si Reinhard volviera impotente a cada fortaleza destruyendo sus líneas de suministro y red de comunicaciones, y luego se dirigiera directamente a Gaiesburg para un asalto total, la estrategia de von Braunschweig se demostraría inútil. Peor que inútil, en realidad, ya que posicionar grandes fuerzas en cada fortaleza, naturalmente, dejaría a Gaiesburg sin intervención.

Cuando Merkatz expresó al Duque von Braunschweig su opinión sobre el tema, la cara del duque cambió de color dramáticamente. La transformación fue tan vívida como si se capturara con la fotografía de lapso de tiempo.

En momentos como estos, sus asistentes se tiraban al suelo y se disculpaban, con las frentes apretadas contra el suelo mientras pedían el perdón de su maestro.

Merkatz, por supuesto, no hizo tal cosa.

Cuando por fin el duque von Braunschweig sacó de su garganta una respuesta: "Bueno, entonces, ¿qué debemos hacer?" – Explicó Merkatz, fingiendo desconocimiento del estado mental de von Braunschweig.

Si bien no hubo necesidad de abandonar la idea de las nueve fortalezas, tampoco hubo necesidad de colocar grandes fuerzas en ellas. En cambio, la función de cada fortaleza debe permanecer limitada al reconocimiento y la vigilancia electrónica del enemigo, con el potencial de combate concentrado en Gaiesburg.

"¿Así que arrastramos al mocoso de oro hasta Gaiesburg para una batalla decisiva? Hmm, de esa manera salimos a encontrarnos con un enemigo que está lejos de casa en una campaña lejana y peleamos contra ellos en la cima de su agotamiento".

El Duque von Braunschweig dijo esto para demostrar que no ignoraba completamente la teoría táctica militar.

"Exactamente."

Pero ante la breve respuesta de Merkatz, otra voz habló: "En realidad, hay una táctica aún más efectiva que podemos usar".

Fue el almirante Staden, quien se creía un experto en teoría estratégica.

Anteriormente, había servido bajo Reinhard en Astarte, pero a diferencia de

Merkatz, no reconoció los talentos de Reinhard.

“¿Y qué sería eso, Almirante Staden?”

“Una revisión parcial de la idea del Comandante en Jefe Merkatz”, dijo Staden, con una mirada de soslayo a Merkatz.

El experimentado almirante frunció el ceño. Fácilmente podía adivinar lo que Staden estaba a punto de decir. Sería la misma idea que Merkatz había abandonado por alguna razón.

“En resumen, organizamos una segunda fuerza a gran escala y, después de atraer al mocoso dorado a Gaiesburg, los enviamos en la dirección opuesta a Odin, donde capturarán un capital débilmente defendido y le brindarán nuestro apoyo a Su Majestad el Emperador”.

“Hmm…”

“Entonces, una vez que lo hayamos hecho emitir un edicto imperial en el sentido de que Marquis von Lohengramm es el verdadero traidor rebelde, sus posiciones y nuestras serán revertidas. El mocoso dorado se convertirá en un huérfano en el espacio, sin un hogar al que volver”.

Eso era exactamente lo que Merkatz había esperado. Miró su café, que todavía no había tocado sus labios. Staden era un teórico, pero de alguna manera carecía de información cuando se trataba de realidades en el terreno. Ciertamente, era cierto que el marqués von Lohengramm había vaciado la capital imperial de Odín. ¿Y por qué había hecho eso? Porque había una razón por la que sentía que podía vaciarla tan descuidadamente. Si Staden solo pensara en eso, se daría cuenta de que su propuesta no podría tener una efectividad realista.

“¡Espléndido!”, Gritó un joven noble, el conde Alfred von Lansberg. Su rostro estaba enrojecido de emoción. Con una exclamación tras otra, elogió la grandiosidad, la elegancia, la agresividad del plan propuesto por Staden, alentándolo fácilmente con una abnegación y una inocencia infantil.

“Entonces”, agregó, “¿quién va a comandar la segunda fuerza? Será un gran honor y responsabilidad”.

Entonces la habitación quedó en silencio.

Las palabras del conde Alfred von Lansberg agitaron el fango, liberando algo parecido a un miasma que había estado al acecho en el fondo.

Capturar la capital imperial de Odin; robar el joven emperador. Fue él quien logró hacer aquello cuyos hechos serían los más grandes y más distinguidos en esta guerra civil. Los logros de quien atrajo a Reinhard a Gaiesburg se perderían en el resplandor de un logro tan sobresaliente, como los asteroides que pasan frente a una estrella.

No hace falta decir que quien haya marcado los logros más destacados en la guerra tendrá la voz más fuerte en el orden de la posguerra. Y lo que es más importante, al convertirse en el protector del emperador, uno se convirtió en un aliado — aunque solo sea como una formalidad — de la autoridad más alta del imperio, lo que permitiría monopolizar la posición y el poder invocando el decreto imperial.

Comandante de la segunda fuerza.

La ruta más corta al máximo poder. Que no debe ser entregado a nadie más.

A los ojos del duque von Braunschweig y del marqués von Littenheim, surgieron miradas que brillaban como capas de aceite sobre el agua.

Ya, la discusión se había alejado de la estrategia y las tácticas, y se había desplazado a la dimensión del juego político. Apenas habían mirado el bosque, pero ya estaban evaluando el valor de las pieles negras de sus sables.

Merkatz había sabido que esto sucedería. Por eso había abandonado esta estrategia en su mente, a pesar de que pudiera parecer altamente efectiva desde un punto de vista puramente militar. Era un plan que solo se podía llevar a cabo mediante una voluntad y una organización altamente

unificadas. No debe faltar una inquebrantable confianza mutua entre el comandante de la fuerza principal y el comandante de la fuerza secundaria.

Y eso no existía en los militares de la noble confederación. Esa fue exactamente la razón por la que el marqués von Lohengramm podía sentirse tan libre para dejar a Odín ligeramente defendido.

Desde el principio, la noble confederación había sido construida sobre una base de odio hacia Reinhard para vencer a sus mejores. No se había logrado un consenso sobre la cuestión de quién heredaría la posición y la autoridad de Reinhard en caso de que fuera derribado. Fue algo fácil causar una grieta en su solidaridad.

Y ahora Staden había causado exactamente tal grieta antes de que la lucha hubiera comenzado. En términos de resultados, se podría decir que acababa de hacerle al enemigo un enorme favor. Ahora su falsa solidaridad había cedido su asiento a la avaricia en bruto. Las pasiones egocéntricas se elevaban como los humos sulfurosos de un volcán desde el Duque von Braunschweig, Marquis von Littenheim y los otros aristócratas, y Merkatz se sintió atraído por la sensación de que se estaba asfixiando.

¿Podría ganar contra Reinhard de esta manera?

E incluso si pudiera — ¿por quién estaría ganando?

II

Para Merkatz, la palabra “operación” a partir de entonces llegó a significar una elección inútil entre comprometerse y pegarse a sus armas, aunque sabía muy bien que sería ignorado.

En el momento en que se convirtió en comandante en jefe de las fuerzas de combate reales, los jóvenes aristócratas, ansiosos por la batalla, lo habían recibido con un espíritu de bienvenida, pero el estado de ánimo pronto se

agrió. No acostumbrados a ser ordenados por otros, les había resultado extremadamente difícil — aunque no imposible — mantener sus propios egos bajo control. Los mayores deberían haber sido guiados por un buen sentido equivalente a sus años, pero estaban dispuestos a agitar el radicalismo de los jóvenes para usarlo en su propio beneficio.

Lo primero en lo que Merkatz se vio obligado a comprometerse fue enviar una vanguardia bajo el mando de Staden, quien claramente lo veía como un competidor. Muchos jóvenes aristócratas, ansiosos por saciar su sed de batalla, fueron atraídos por sus palabras:

“Primero, me gustaría probar su temple en combate”.

¿También necesitas salir y ensangrentarte la nariz? Merkatz pensó. Sin embargo, no fue eso; Necesitaban hacerlo para ser convencidos por sí mismos.

Los jóvenes aristócratas ni siquiera trataron de ocultar el hecho de que se estaban preparando para la batalla, por lo que la información sobre el lanzamiento de la “fuerza de bandidos” llegó incluso al escritorio de Reinhard.

“Llama a Mittermeier aquí.”

Cuando el almirante Wolfgang Mittermeier, de constitución pequeña pero de apariencia bastante ágil, apareció ante él, Reinhard le preguntó: “Entiendo que aprendió teoría táctica con Staden cuando estaba en la escuela de oficiales”.

“Lo hice, milord. Si hay algo del asunto—”

“Hay noticias de que Staden está liderando la primera ola de fuerzas nobles — bandidos — Parece que intentan probar suerte y dar una vuelta con nosotros”.

“Ah, así que por fin ha comenzado”, dijo el joven y audaz almirante con calma.

“¿Qué te parece? ¿Puedes vencerlo?”

La insinuación de una sonrisa que se levantó en los ojos de Mittermeier fue aguda e indomable.

“El instructor Staden tenía una gran cantidad de conocimientos, pero cuando el hecho y la teoría estaban en desacuerdo, su tendencia era dar prioridad a la teoría. Como estudiantes, solíamos hablar mal de él, llamándolo ‘Teoría del Cansancio Staden'”.

“Muy bien entonces. Aquí están sus órdenes: dirija su flota hacia la región estelar de Artena y enfrente a su antiguo instructor allí. En cinco días vendré también. Puedes enfrentarlo en una batalla antes de esa fecha o fortalecer nuestras defensas y esperar. Te dejo el control operacional total.”

“¡Sí señor!”

Mittermeier hizo una reverencia y dejó el puente de la nave insignia de *Brünhild* con un resorte definido en su paso. Cualquier otra cosa que se pueda decir, era un honor para los guerreros estar a la cabeza del ataque.

Era el 19 de abril, en el año 488 del calendario imperial y 797 del calendario SE.
Así fue como comenzó lo que se conoció como la Guerra de Lippstadt.

La flota de dieciséis mil naves liderada por Staden y la flota de quince mil naves liderada por Mittermeier se acercaron una a la otra, cada una eligiendo la ruta más corta hacia el territorio de su oponente. El objetivo de esta escaramuza no reside en la incautación de alguna ubicación estratégica — sino en el efecto psicológico — si es que lo hay, de ganar la primera batalla y aprender algo de las capacidades tácticas del enemigo.

Las dos fuerzas se encontraron cara a cara en el espacio interestelar cerca del sistema Artena. Sin embargo, Mittermeier colocó seis millones de minas

de fusión frente a sus propias fuerzas para bloquear el camino de ataque del enemigo, reagrupó su flota en una formación esférica y luego permaneció inactivo en su lugar. Pasó un día y luego otro, pero él no se movió de esa posición.

Staden se volvió sospechoso y temeroso. El agudo intelecto de Mittermeier y la rápida ferocidad le habían valido el apodo de "Gale Wolf / Lobo Vendaval". Se le había dado el honor de liderar la vanguardia. Sin embargo, aquí estaba, simplemente apuntalando defensas sin hacer ningún movimiento para atacar. ¿Qué estaba haciendo Mittermeier? Tenía que estar planeando algo— Staden no podía imaginarlo de otra manera. Pero ¿qué estaba planeando?

Así fue como Staden también detuvo su avance.

Mientras Staden lidiaba con la situación, lo más frustrante eran los jóvenes aristócratas bajo su mando. Beneficiarios desde el nacimiento de innumerables privilegios, habían caminado por la vida a pie de otros, por así decirlo, casi libres de cualquier impedimento, y habían crecido mirando hacia abajo a aquellos que no poseían privilegios— para ellos, un deseo era Una cosa para realizar sin esfuerzo. Si decidieron que querían ganar, simplemente deberían ganar. El comportamiento de Staden les parecía más precavido que cauteloso, e incluso hubo algunos de ellos que lo dijeron abiertamente. Tenían una autoestima de obesidad mórbida y eran completamente insensibles a los sentimientos de los demás.

Con palabras tranquilizadoras y halagos, Staden continuó disuadiéndolos de una acción imprudente, incluso mientras soportaba el aguijón de sus abusos. Esto requería no poco esfuerzo.

"Debería ser el momento justo ahora. ¿Le pagamos al Instructor Staden por toda su ayuda hace años?"

Fue cerca del final del tercer día que Mittermeier dio órdenes a sus hombres.

Un oficial de comunicaciones compareció ante Staden para informar que habían interceptado una transmisión de la flota de Mittermeier. El análisis del audio había revelado que mientras Mittermeier estaba comprando tiempo al no atacar, la fuerza principal del Marqués von Lohengramm se estaba acercando cada vez más. Mittermeier planeaba reunirse con ellos, luego lanzar un asalto total con una superioridad numérica abrumadora.

¿Mittermeier filtró eso intencionalmente? Staden se preguntó. Sin embargo: *si esa inteligencia es correcta, puedo entender por qué Mittermeier tomaría una posición defensiva firme y no intentaría atacar. Si ese es el caso, ¿Mittermeier podría haber filtrado deliberadamente la información correcta?*

Staden estaba perplejo. Ya no podía ver consistencia en las acciones de Mittermeier. Sin embargo, dio órdenes de poner a la flota en alerta máxima, teniendo en cuenta la amenaza de un ataque furtivo.

La indignación de los jóvenes nobles estaba a punto de estallar. ¡Qué pasividad! ¡Qué indecisión! ¿No era el objetivo de llegar a esta región estelar para cruzar espadas con el enemigo, probar su temple y aplastar su moral?

“No podemos confiar más en nuestro comandante”, dijeron.

“Todo lo que podemos confiar es en nosotros mismos”.

Los jóvenes nobles se aconsejaron entre sí, llegaron a un consenso y luego fueron a Staden para exigirle que lanzara un ataque. Sus demandas sonaban muy cercanas a las amenazas. Si se negaba, bien podrían sumir a la flota en un combate desordenado de todos modos, después de arrojarlo en el calabozo.

Por fin, Staden cedió y autorizó el ataque. Sin embargo, para intentar controlar a los jóvenes nobles en la medida de lo posible, les proporcionó un plan de batalla. Toda la fuerza se dividió hacia estribor y puerto para desviarse alrededor del campo minado. Después de que el ala de babor

chocara de frente con la fuerza de Mittermeier, el ala de estribor giraría en círculos hacia la parte trasera del enemigo, los atacaría por el flanco y por el lado posterior y los conduciría al campo minado. Según los estándares de Staden, era un plan bastante descuidado, pero estaba claro que cualquier cosa demasiado elaborada dejaría a sus compañeros incapaces de actuar bien en el concierto.

Staden comenzaba a lamentarse por hacerse cargo de una fuerza como esta. Sin embargo, no había nada que hacer en este punto, excepto destruir a Mittermeier lo más rápidamente posible, luego retirarse antes de que llegara la fuerza principal de Reinhard. Tomó el mando personal del ala de babor de su regimiento, le dio el mando del ala de estribor a un joven noble llamado Conde Hildesheim, y comenzó la operación.

El conde Hildesheim se apresuró con su flota. Ansioso por hacerse un nombre, ni siquiera intentó reprimir su agresión en ebullición. Ocho mil barcos se dirigieron en la misma dirección, pero no pudieron mantener una formación ordenada como grupo.

Para entonces, las fuerzas de Mittermeier, por supuesto, se habían alejado de su posición original. Se habían movilizado a un punto alejado del campo minado. Visto directamente desde arriba, esto colocó las fuerzas de Hildesheim entre el campo minado y la fuerza de Mittermeier.

“¡Las ondas de energía y los múltiples misiles se acercan desde las tres en punto!”

A medida que el pánico invadía a los operadores a bordo de todas las naves de la fuerza de Hildesheim, se produjo un destello de luz blanca desde la primera explosión de fusión. Antes de que tuviera tiempo de desvanecerse, siguieron las explosiones segunda y tercera. Rayos de energía, misiles de fusión y enormes proyectiles lanzados por cañones de rieles enjambrados con una rapidez que no dejaba tiempo libre para que nadie pudiera captar lo que estaba sucediendo y envolvía al cosmos en rayos de colores del arco iris. Cuando los rayos desaparecieron, todo había vuelto a la nada. Los cuerpos humanos, incinerados o rotos, habían sido devueltos a sus componentes atómicos, que se mezclaban con el polvo interestelar. Quizás

en unos pocos miles de millones de años, esa mezcla pueda formar el núcleo de una estrella recién nacida.

El conde Hildesheim fue asesinado en acción antes de que él mismo pudiera darse cuenta. Probablemente fue el primero de los nobles en perder la vida en la guerra civil.

Después de aplastar el contraataque desesperado y desorganizado de la fuerza de Hildesheim, Mittermeier hizo que su flota continuara avanzando a toda velocidad. Esto era para rodear en el sentido de las agujas del reloj alrededor del campo minado y atacar a la fuerza principal de Staden desde la retaguardia. Atacar el lado trasero de una fuerza enemiga reducida a la mitad lo posicionaría bien para una victoria segura. ¿Y quién sino el Gale Wolf podría haberlo hecho?

Cuando llegó la flota principal de Reinhard, la batalla de Artena ya había terminado. Mittermeier, elogiado por Reinhard por su uso superlativo de la fuerza, se disculpó por dejar que Staden se deslizara entre sus dedos, luego agregó con una sonrisa que sería un gran dolor recuperar todas las minas que había utilizado para establecer el campo de juego.

III

Mientras que los elementos dentro del imperio y la alianza todavía intentaban burlarse o matarse unos a otros, o ambos, el estado comercial conocido como el Dominio de la Tierra de Fezzan estaba lleno de energía industrial. A medida que seguía evadiendo los horrores y las tragedias de la guerra, el funcionamiento de su economía codiciosa estaba absorbiendo hasta el último beneficio que se podía obtener de ella. A todas las facciones vendían todo tipo de mercancías— armas, alimentos, minerales, uniformes militares, inteligencia y, ocasionalmente, personas en forma de mercenarios. Se estaban esforzando por monopolizar toda la riqueza en el universo.

De la Court, ubicado no lejos del puerto espacial de la capital, era un bar donde se reunían comerciantes independientes, del tipo que viajaba por toda la galaxia sin un activo a su nombre, excepto una sola nave espacial y un puñado de hombres de negocios inteligentes.

Boris Konev, de veintiocho años, fue uno de esos mercaderes libres y capitán del barco mercante *Beryozka* . Aunque tenía el espíritu suficiente para varios hombres, en general se le conocía como un comerciante de poca monta. Estaba disfrutando de una cerveza negra durante su escaso tiempo libre cuando otro comerciante independiente de su conocido lo llamó.

Después de intercambiar dos o tres bromas, el comerciante dijo: “Por cierto, he escuchado un extraño rumor”.

“La mayoría de los rumores son extraños”.

Konev terminó su cerveza negra y le preguntó sobre el rumor.

“Bueno, básicamente, Su Excelencia, Landesherr Rubinsky, aparentemente tiene algo realmente grande en las obras”.

“¿Esa cúpula cromada?”

El rostro de Rubinsky se dibujó en el fondo de la mente de Konev, muy lejos de cualquier cosa pura o refinada, y mientras escuchaba al otro hombre contar su historia, se volvió incapaz de reprimir una sonrisa irónica.

“Así que él hace que los dos grandes poderes — el imperio y la alianza — se borren el uno al otro, y luego Phezzan viene y recoge las piezas. Eso es una locura, ya sabes”.

“Bueno, dije que era un rumor extraño, ¿verdad? No te rías así — no soy yo quien lo sugirió”.

“Honestamente, me pregunto a quién se le ocurre ese tipo de cosas”.

Konev extendió su mano hacia otra cerveza negra, sin darse cuenta de la mueca en un lado de su boca. En lo que respecta a la heurística, “un rumor es extraño, por lo tanto, carece de credibilidad” no siempre fue útil. Dijeron que Rubinsky siempre había sido un líder competente, pero siempre era posible que realmente fuera un megalómano y que nadie lo supiera o que algún día pudiera volverse mentalmente inestable.

Phezzan era un parásito, creía el joven Konev. Sin un anfitrión, no podría vivir. Si sus anfitriones, el imperio y la alianza fueran destruidos, Phezzan se marchitaría y moriría. No debería meterse con cosas en las que no era bueno, como los asuntos militares y la política.

“De todos modos”, dijo Konev, decidiendo cambiar de tema, “¿sabes cuál será tu próximo trabajo?”

“Sí, entiende esto: estoy transportando a treinta mil miembros de algún tipo de religión de la Tierra. Aparentemente, están en peregrinación a Tierra Santa”.

“¿Tierra Santa?”

“Se refieren a la Tierra”.

“Huh. ¿Así que la Tierra es Tierra Santa?” El joven capitán se rió burlonamente.

Para él, las religiones y los dioses no eran más que forraje para bromas: ¿puede un dios todopoderoso hacer que una mujer que no lo escuche? Si no puede, entonces no es todopoderoso, pero si lo hace y entonces no puede hacer que la escuche, bueno, tampoco es todopoderoso en ese caso…

Aun así, era un hecho que la fe terraista estaba aumentando su membresía con una energía sorprendente. En cuanto a Konev, no podía juzgar si esto era positivo o negativo.

Después de drenar su segunda cerveza, Konev se separó de su conocido, dejó el bar y se dirigió al edificio del puerto espacial, donde se le asignó

una pequeña oficina.

“Oficial Marinesk, ¿cuál es mi próximo trabajo?”

El oficial Marinesk era solo cuatro años mayor que el capitán de la nave espacial, aunque la diferencia se parecía más a diez.

Aunque todavía era joven, Marinesk había perdido la mitad de su cabello, estaba ceñido con flecos innecesarios y tenía un rostro carente de alegría y generosidad — nada podía borrar la impresión que le causaba a un hombre de mediana edad agotado por la vida. Sin embargo, sin la confiabilidad de la oficina y las habilidades contables de este hombre, el barco mercante libre *Beryozka*, sin duda, habría sido vendido a una gran empresa capitalista hace mucho tiempo.

“Esta vez, la carga es humana”.

“¿La encantadora hija de algún multimillonario?” Eso era más un deseo que una pregunta.

“Un grupo de peregrinos que se dirigen a la Tierra”. Siguió un incómodo silencio.

Sus cejas se juntaron cuando tomó el papeleo y hojeó sus páginas, y al final cerró el cuaderno de mala gana.

“Si vamos a un lugar como la Tierra, ¿no estará vacía la nave en el camino de regreso?”

“No hay todavía una cantidad de recursos en ese planeta”.

“Solo toma otro grupo de peregrinos que regresan de la Tierra. Les conseguí pagar sus tarifas por adelantado. A menos que haga pagos a tres proveedores diferentes para mañana, *Beryozka* estará tan cerca del bloque de la subasta”.

El joven capitán habló y se preguntó en voz alta en qué planeta estaba

ocurriendo este llamado auge de la guerra. Solo una vez, le gustaría volar de un sistema a otro, se mantiene apretado con radio líquido o diamantes en bruto, y luego adorna su cabina con un trofeo que se lee EL PREMIO DE ESTE AÑO DEL GANADOR DEL SINBAD.

Sin embargo, la confiabilidad era la ropa que usaba Marinesk todos los días y, naturalmente, al escucharlo decirlo, fue cuando uno abandonó esos sueños de hacer fortuna de la noche a la mañana cuando se abrió el camino para convertirse en un verdadero gran comerciante.

En cualquier caso, Konev no estaba en condiciones de ser exigente con los trabajos que tomó. Después de todo, no solo tenía a sí mismo sino también a su tripulación de veinte miembros para alimentar.

A cinco días del puerto principal de Phezzan, *Beryozka* se encontró con una enorme flota de decenas de miles de embarcaciones. El espacio era vasto, pero las regiones que podían usarse como rutas de navegación eran limitadas, por lo que no era una coincidencia impensable. Cuando Konev y su tripulación recibieron una transmisión que decía: “Detén tu nave. Si no cumples, atacaremos”, ya estaban rodeados. Solo podían rezar para que el comandante fuera alguien con quien se pudiera razonar. Si no lo estaba, incluso existía el peligro de que se les disparara bajo sospecha de espionaje.

Esta era una flota que operaba muy lejos de Reinhard, sofocando la resistencia entre las regiones estelares fronterizas. Su comandante fue Siegfried Kircheis.

La cara que apareció en la pantalla de comunicación tenía una expresión suave, por lo que, sintiéndose aliviada, Konev explicó la situación.

“Como pueden ver, las personas que tengo conmigo son peregrinos. No son soldados. Son principalmente personas mayores, mujeres y niños. Comprenderé si desea abordar con nosotros y ver por sí mismo, pero… ”

“No, no habrá necesidad de eso”, dijo Kircheis, sacudiendo la cabeza.

Había simpatía en los ojos azules que miraban a los peregrinos que estaban cerca de Konev. Ciertamente parecían pobres. Durmiendo en camas simples instaladas dentro del buque de carga y tomando sus tres comidas de las raciones portátiles que habían traído consigo, estaban soportando un viaje que requería un mes solo para llegar a su destino. El uso de un barco de carga cuesta solo una décima parte de lo que tendría un barco de pasajeros. Legalmente, sin embargo, fueron tratados como carga, e incluso en el caso de un accidente, la compensación no podía pagarse por la pérdida de vidas.

"¿Te falta algo en términos de alimentos o suministros médicos?", Dijo Kircheis, girándose hacia un anciano de la banda de peregrinos. El anciano asintió y respondió que les faltaban algunas cosas, como leche para bebés, proteínas artificiales y detergente para lavar la ropa. Kircheis le dio instrucciones a su subordinado, el capitán Horst Sinzer, para que los suministros se enviaran desde las tiendas del regimiento.

A las tartamudezas palabras de agradecimiento del anciano, Kircheis sonrió y le dijo que cuidara, y luego cortó la transmisión. Marinesk, impresionado, se frotaba la palma de la mano hacia adelante y hacia atrás sobre su cuero cabelludo calvo.

"Es un hombre realmente agradable, ese almirante Kircheis".

"Sí, es una pena, ¿no?"

"Eh? ¿Qué es una pena?"

"La gente agradable no vive mucho tiempo, especialmente en tiempos como estos".

Konev se volvió para mirar a Marinesk, pero como no contestó, caminó hacia su asiento.

Mirándolo por detrás mientras se alejaba, el jefe de la oficina negó con la cabeza. Estaba pensando, *si solo nuestro capitán no se sintiera obligado a soltar líneas de ese estilo en momentos inapropiados…*

Todavía era un largo, largo camino a la Tierra.

IV

La Fortaleza de Rentenberg, que el Duque de Braunschweig asumió al principio que sería su tercer bastión militar, ocupó un asteroide en el sistema de Freya. Si bien no era rival para Iserlohn en gran escala, Rentenberg todavía tenía la capacidad de mantener a los millones de soldados y más de diez mil barcos, y estaba equipado para una amplia variedad de funciones, como combate, comunicaciones, reabastecimiento y mantenimiento y reparación. También sirvió de hospital. Como tal, fue una importante instalación para los militares de la confederación aristocrática.

Derrotado por Mittermeier y puesto en fuga por la fuerza principal de Reinhard, Staden, defendido por el resto de sus fuerzas, apenas escapó a esta fortaleza, y allí descansó su cuerpo y espíritu heridos.

Si eso hubiera sido todo, Reinhard podría haber ignorado esta fortaleza como una piedra al lado del camino. Sin embargo, Rentenberg albergó un centro de control para varios satélites de reconocimiento y dispositivos de radar a bordo de vehículos espaciales, así como un centro de transmisión FTL, un sistema de interferencia de comunicaciones, instalaciones de reparación de naves espaciales y más. Además, una gran cantidad de soldados habían estado estacionados allí desde antes de que comenzara la batalla. Si lo ignoraba y seguía adelante, existía el peligro de que los insectos que se retorcían pudieran hacer planes a sus espaldas. Los brotes venenosos deben ser arrancados temprano.

“Reuniremos toda nuestra fuerza y capturaremos a Rentenberg”, decidió Reinhard. Convocó a los almirantes al puente de su buque insignia Brünhild y, con mapas transversales y planos de la fortaleza mostrados en la pantalla, dio a cada uno de ellos sus órdenes.

Cuando tomó el Ministerio de Asuntos Militares en Odín, una gran cantidad

de documentos de alto secreto también cayeron en las manos de Reinhard. Los planos para la fortaleza de Rentenberg habían estado entre ellos. Sus puntos fuertes y sus debilidades estaban todos en manos de Reinhard, y el enemigo no había tenido tiempo de apuntalar sus vulnerabilidades.

El único problema al tomarlo fue el Corredor Seis. La fortaleza había sido construida ahuecando un asteroide, y en su centro había un reactor de fusión que suministraba energía a toda la instalación. El Corredor Seis formó la ruta más corta entre la pared exterior y el reactor de fusión, y si pudieran atravesarlo y capturar el reactor, tendrían el poder de la vida y la muerte sobre la fortaleza. Sin embargo, concentrar su poder de fuego invitó al peligro de una explosión secundaria causada por un impacto directo en el núcleo del reactor.

Siendo ese el caso, el único camino a través del combate cuerpo a cuerpo.

Tres días después, las fuerzas de Reinhard, que se habían cerrado en la Fortaleza de Rentenberg, lanzaron un ataque total. Von Reuentahl y Mittermeier fueron puestos a cargo de las operaciones de combate.

Siguiendo los pasos del primer intercambio de disparos de cañones, la flota estacionada allí salió corriendo de la fortaleza, desafiando a la flota de Reinhard en el combate de barco a barco. Las fuerzas de Reinhard, sin embargo, bloquearon su camino con un largo muro de acorazados que contaba con una potencia de fuego superior y los atacó en ambos flancos con cruceros de alta velocidad. Misiles entrecruzados y rayos de energía tejían una red de muerte, y las bolas de fuego encadenadas creaban obras de exquisita joyería en el vacío negro.

Después de menos de una hora de combate, el enemigo, reducido a la mitad de su fuerza de su fuerza original, se retiró a la fortaleza. Von Reuentahl y Mittermeier siguieron pisándoles los talones, y mientras el tiempo de los artilleros de la fortaleza estaban apagados — temían disparar a los aliados — se metieron en un punto ciego de los cañones gigantes cuya presencia habían calculado a partir de los planos.

Ingenieros militares vestidos con trajes espaciales atravesaron la pared con

una bomba de hidrógeno activada por láser, en cuyo punto una aeronave de aterrizaje de asalto se movía en sincronía con la rotación de la fortaleza que se unía y desbordaba fila tras fila de infantería con armadura de poder. Mittermeier y von Reuentahl habían creado un centro de comando temporal dentro de ese barco unido a la muralla de la fortaleza y, observando a través de una cámara de vigilancia el estado del combate, llevaron a cabo el comando de la operación desde la línea frontal.

Se pensó que la caída de la fortaleza sería solo una cuestión de tiempo. Sin embargo, los dos jóvenes almirantes estaban muy nerviosos. Esto se debió a que sabían que el hombre al mando de la defensa del Corredor Seis era Ofresser, Comisionado del Cuerpo de Granaderos Acorazados.

El almirante mayor Ofresser era un hombre enorme de unos cuarenta años, con músculos firmes y poderosos que envuelven un cuerpo resistente. Como un toro cuando fue desafiado por un matador, era un hombre lleno de poder físico y la voluntad de usarlo.

Alrededor de su pómulo izquierdo había una cicatriz púrpura vívida. Era un símbolo de lo feroz almirante que era. Una vez, cuando luchaba contra las fuerzas de la Alianza de Planetas Libres, un soldado enemigo le había disparado con un láser, cortando la piel, los músculos e incluso una parte de su cráneo. Por supuesto, le había pagado al soldado por el favor — aplastando su cráneo con un golpe de su hacha gigante de batalla tomahawks.

Los tomahawks utilizados en el combate mano a mano se hicieron con cristales de carbono de diamante duro. El tipo estándar tenía una longitud de ochenta y cinco centímetros, pesaba seis kilogramos y se balanceaba con una mano. Sin embargo, el hacha de Ofresser tenía 150 centímetros de largo, pesaba 9,5 kilogramos y se manejaba con ambas manos. Cuando un arma de este tamaño gigantesco se combinó con la extraordinaria fuerza y la destreza de lucha de Ofresser, su poder destructivo se volvió inimaginable. Incluso si los cascos y la armadura de poder pudieran resistir uno de sus golpes, el humano dentro no podría. Incluso si el soldado aún vivía dentro del traje blindado, un esternón roto y órganos rotos le privarían de la capacidad de seguir luchando.

“Si te encuentras con Ofresser en una pelea uno contra uno, ¿qué hariás?”, Dijo Von Reuentahl.

“Correr por mi vida”, respondió Mittermeier.

“Me siento igual. Un hombre así debe haber nacido con el único propósito de golpear a la gente hasta la muerte”.

En todo, desde la puntería hasta el combate cuerpo a cuerpo, los dos jóvenes almirantes eran guerreros de primera clase, pero sabían cuán inhumana era la ferocidad de Ofresser. Algunos dirían seguramente que no había vergüenza en huir de un oponente como él— y el hecho de no reconocerlo fue impetuoso o idiota.

Dicho esto, las circunstancias actuales no les permitieron dirigirse a los hombres y decir:

“Realmente no nos importa si te escapas de él”. Tuvieron que tomar el Corredor Seis sin destruirlo. La armadura eléctrica estaba equipada con filtros de aire, por lo que incluso si se gaseaban los pasillos, no tendría ningún efecto. Mano a mano era la única manera.

Allí, en el Corredor Seis, era probable que los soldados de las fuerzas de Reinhard se convirtieran en un río de sangre repleto de cadáveres, gracias a Ofresser y su escuadrón. Había que dar una orden, que incluso para Mittermeier, e incluso para von Reuentahl, era un poco deprimente:

“No importa el costo, aseguren el Corredor Seis”.

De esta manera, la erupción en el Corredor Seis de combate primitivo y brutal se hizo inevitable.

Carga y retirada.

Durante ocho horas, los granaderos acorazados de Reinhard cargaron nueve veces en el Corredor Seis y nueve veces fueron rechazados.

Entre los oficiales de alto rango del ejército imperial, incluidas las facciones pro y anti-Reinhard, ningún hombre había matado a tantas personas con sus propias manos como Ofresser. Nacido como un aristócrata de bajo rango, este hombre había alcanzado los más altos escalones del ejército imperial, no a través del poder político y no a través de la magia táctica, sino simplemente a través de la gran cantidad de sangre rebelde que había derramado. Este hombre había inundado el Corredor Seis con el explosivo gaseoso conocido como partículas Seffl, negando a sus oponentes y sus aliados el uso de armas de fuego incluso ligeras. Determinadamente usando solo su cuerpo y su fuerza física, siguió luchando para enviar a *uno más* , solo un oponente más, a la muerte.

Su tomahawk, como si fuera propio de los espantosos deseos de su dueño, aplastó los cuerpos de los hombres de Reinhard, reduciéndolos a trozos de carne salpicados de sangre.

Tanto Mittermeier como Von Reuentahl eran hombres muy alejados de lo que podría llamarse pillaje. Sin embargo, incluso ellos no pudieron evitar apartar sus ojos de la escena cuando un soldado con una pierna cortada en la rodilla intentaba desesperadamente arrastrarse con ambas manos, y Ofresser simplemente se acercó a él y le golpeó la cabeza con la cabeza. Tomahawk gigante, ensangrentado.

En los ojos de Ofresser, apenas visible a través de su casco de rostro completo, surgieron olas de risas brutales. Lo que alejó a Mittermeier y von Reuentahl de los elogios inequívocos del hombre fue esa brutalidad, que trascendió los límites de la valentía, inspirando reacciones fisiológicas de disgusto.

Independientemente de cómo se sentían con respecto a él, era un hecho incuestionable que la misión se había estancado, con el Corredor Seis todavía sin reclamar debido a este hombre solitario y bestial. Su ira hacia Ofresser se duplicó por ese hecho.

“No podemos dejar que ese monstruo viva”, dijo Mittermeier en voz baja. Sin embargo, a pesar de su tono y la mirada intensa en sus ojos, sus palabras carecían de un poco de golpe. La capacidad de conducir enormes flotas de barcos a través de la inmensidad del espacio colocó a estos dos hombres en la clase más alta de toda la raza humana, sin embargo, con las condiciones que tenían y el ambiente tan limitado, se sintieron impotentes ante el espíritu de lucha Y la fuerza bruta primitiva de Ofresser.

Y, sin embargo, ¿qué era lo que mantenía a Ofresser y su equipo física y mentalmente unidos ante las repetidas olas de ataque de las fuerzas de Reinhard? Continuaron luchando y repeliéndolos, incluso sin tropas nuevas para aliviarlos.

Normalmente, sería impensable luchar ininterrumpidamente en una armadura de poder durante un período de hasta ocho horas.

La armadura de poder estaba completamente aislada, e incluso el frío absoluto del espacio exterior no tendría ningún efecto en el interior humano. Pero de la misma manera, el calor liberado por el cuerpo humano no tenía a dónde ir, por lo que un soldado en las temperaturas difíciles de soportar de un traje usado demasiado tiempo perdería rápidamente su fuerza física. Un dispositivo de control de temperatura lo suficientemente pequeño como para no representar un obstáculo para el combate podría simplemente bajar la temperatura a 7 u 8 grados centígrados por debajo de la del cuerpo humano.

Así que incluso enloquecidos por el odio y la hostilidad hacia Reinhard, la alta temperatura y varios otros elementos desagradables — sudor, picazón, problemas excretores, sentimientos de desesperación — deberían haberse vuelto insoportables después de dos horas. Que hayan aguantado ocho…

“Están usando drogas”.

No hubo otra conclusión. Solo mediante el uso de estimulantes para mantenerse excitados y despiertos, pudieron realizar este trabajo sobrehumano. En ese momento, hubo una transmisión de Reinhard solicitando un informe sobre el estado de la batalla, y ambos se retiraron

brevemente de la primera línea de la pelea.

“Ofresser es un héroe”, opinó Reinhard con una insinuación de una sonrisa fría después de escuchar su informe. “Pero él es un héroe de la Edad de Piedra”.

Sin embargo, no iba a vestir a sus dos almirantes humillados.

“Dejarlo vivo no sirve para nada, y lo más importante, la supervivencia no es algo que el hombre esté deseando para sí mismo. Mátenlo tan espectacularmente como puedan.”

“Espere un momento”, interrumpió una tercera voz. Era el jefe de personal, Von Oberstein.

“Me gustaría llevarlo vivo. Permítame mostrarle a Su Excelencia cómo puede ser de utilidad.”

“¿Crees que un hombre tan obstinado podría ser útil para mí?”

“No se trata de que él esté dispuesto”.

Las cejas de Reinhard se juntaron ante esas palabras.

“¿Le lavaras el cerebro, querras decir?” Reinhard no pudo reunir sentimientos favorables hacia el lavado de cerebro químico o neuroeléctrico.

Su jefe de personal solo sonrió y por un momento no dijo una palabra.

“No haré nada tan *grosero* como eso”, dijo por fin von Oberstein.

“Por favor, déjame todo a mí. Entonces puedes ver como yo siembro una semilla de desconfianza mutua entre los nobles… ”

“Muy bien, entonces, lo dejo en tus manos”.

Mientras Reinhard hablaba, llegó un informe de un oficial de comunicaciones.

Ofresser, dijo el oficial, había aparecido en la pantalla de comunicación. Ante la noticia de que estaba gritando triunfalmente algo, Reinhard le hizo colocar la señal en su pantalla de visualización.

“¿El mocoso dorado es lo suficientemente valiente como para mirarme a los ojos, incluso a través de una pantalla de visualización?”

Ofresser todavía llevaba el casco y ocupó toda la pantalla con su enorme cuerpo. Su armadura estaba teñida de sangre humana, e incluso había trozos de carne pegados aquí y allá. Alrededor de Reinhard, había gruñidos de ira y jadeos de miedo.

Así era como se veía el gigante bestial cuando comenzó a lanzar insultos a Reinhard a través del sistema de comunicaciones de su armadura. Después de llamarlo un traidor que había pisoteado el favor de la familia imperial, un cobarde, un monstruo inmoral y un cachorro inexperto que acababa de tener suerte, agregó: “Y tú y tu hermana usaron el sexo para engañar a nuestro emperador anterior — ”
*(JuCaGoTo: “Y tuvo que tocar la escama invertida del dragón”… pero en este caso seria m’as apropiado decir “que piso la cola al tigre”)

Fue en ese instante que la buena razón en los rasgos agraciados de Reinhard se fue volando, dejando su asiento a una ira explosiva. Un relámpago brilló en esos ojos azul hielo, y el sonido de dientes rechinados resbaló entre sus finos labios.

“¡Von Reuentahl! ¡Mittermeier!”

“¡Señor!”

“Arrastra a ese obsceno patán delante de mí. Vivo. Incluso si tienes que arrancarle los brazos y las piernas, *no lo maten* . ¡Voy a romper su sucia boca en pedazos con mis propias manos!”

Los dos almirantes intercambiaron una mirada. Eso iba a ser una tarea difícil. Demasiado tarde, se dieron cuenta de que Reinhard era simplemente otra criatura emocional.

V

Los granaderos de la fuerza de Reinhard estaban a punto de evaluar su décima carga. Una barricada de cadáveres se había erigido en su camino, y el escuadrón de Ofresser, borracho bajo la influencia de las drogas y el derramamiento de sangre, miró al enemigo con ojos brillantes.

“Si van a venir, ratones cobardes, ¡apresúrense y vengan!” Sus feroces gritos desgarraron el aire.

“¡Voy a tirar tus cuerpos en una olla y me haré un gran revoltío de fricasé! Aunque puedo imaginar lo mal que sabrá la carne de los humildes. Aún así, no puedes ser exigente en el campo de batalla”.

“Bárbaro”, escupió von Reuentahl. “Como dijo el comandante supremo, él es un héroe de la Edad de Piedra. Acaba de nacer veinte mil años demasiado tarde”.

“Y eso significa que vamos a tener un tiempo bastante difícil veinte años después”, agregó Mittermeier con amargura. Convocó a su ayudante y le ordenó que trajera dos armaduras de poder.

“Almirante, ¿no están ambos pensando en enfrentarlo a ustedes mismos?”

“Vamos a ser el cebo”, dijo von Reuentahl. “Eso hace que cierta trampa sea más completa… ¿Cómo van a venir los preparativos para su carga?”

“Creo que estamos casi listos, señor. Pero no hay nada que sus Excelencias necesiten hacer ustedes mismos”.

“Los dos somos almirantes completos”, dijo von Reuentahl. “Esa bestia Ofresser es un almirante de alto rango. Sería bueno si eso hiciera las cosas iguales”.

¿Cómo reaccionaría Ofresser cuando Mittermeier y von Reuentahl aparecieran juntos ante él? A juzgar por su aparente estado mental, no debería haber manera de que nadie más tuviera una presa tan valiosa. Estaba claro que vendría corriendo ansioso por un combate único — una parte de la herencia de la humanidad transmitida desde la Edad de Piedra.

Para que su truco tuviera éxito, el cebo era esencial, y ese cebo tenía que ser delicioso.

Si fuera el mismo Reinhard, las condiciones serían perfectas, pero como eso podría terminar haciendo el mecanismo demasiado obvio, fueron los dos los más apropiados.

Entraron en su armadura de poder, y tan pronto como entraron en el corredor, susurros escaparon de los hombres de Ofresser. Como la valentía de von Reuentahl y Mittermeier fue ampliamente conocida, habría un gran honor para el hombre que se llevó sus vidas. Después de silenciarlos, el gigante miró a los dos almirantes.

“¿Piensa que puedes ganar viniendo a mí juntos? ¿Es ese el alcance del ingenio del mocoso?”

“Nunca lo sabremos a menos que lo intentemos”, replicó Mittermeier. Tomando eso como un desafío irrespetuoso, Ofresser pasó por encima de la barricada de cadáveres y salió para acercarse a ellos. Caminó con grandes zancadas. Incluso a través de su armadura, la energía de su feroz deseo de matar abrumó al lugar. Con los ojos brillando con sed de sangre, saltó hacia los dos hombres—

Y en ese instante, la forma imponente de Ofresser se hizo más corta. Aunque su estatura llegó a casi 200 centímetros, su cabeza fue repentinamente mucho más baja que la de von Reuentahl de 184 centímetros o la Mittermeier de 172 centímetros. Enemigos y aliados por

igual se tragaron el aliento como si acabaran de presenciar la magia. ¿Podría acaso lo que habían visto acababa de suceder?

El suelo había cedido debajo de él. Ofresser se había hundido en el suelo hasta su pecho, y sus brazos apenas lo habían detenido para que no se hundiera más. El tomahawk de dos manos que era su otro yo había caído al suelo a un metro de distancia.

Era un escollo, un agujero arrancado de un piso hecho de fibras cristalinas compuestas. O más precisamente, la irradiación por poblaciones invertidas de hidrógeno y fluoruro se llevó a cabo durante un período de tres horas desde el nivel debajo del sexto corredor, debilitando los enlaces moleculares de las fibras para que no pudieran soportar el impacto del peso y las acciones de Ofresser.

Mittermeier saltó hacia adelante y pateó a Tomahawk fuera del alcance de Ofresser. La cara de Ofresser, aturdida por este inesperado cambio, se volvió de un púrpura rojizo dentro de su casco cuando se dio cuenta de sus circunstancias.

"¡Tenemos a Ofresser!" Gritó von Reuentahl. "Y no tenemos uso para el resto de ellos. Todos los granaderos blindados: ¡A la carga!"

Von Reuentahl recogió el tomahawk que su colega había pateado y favoreció a su presa con una sonrisa fría.

"Pensé que necesitaríamos una trampa para atrapar a una bestia salvaje, y has caído en ella espléndidamente. Una trampa barata que nadie más podría caer".

"¡Cobarde!"

"Lo tomaré como un cumplido."

Una corriente de soldados cargados rozó su costado cuando pasaron.

Habiendo perdido a su comandante, los hombres de Ofresser se retiraron de

la carga de las fuerzas vigorizadas de Reinhard. Quizás cuando perdieron a su atrevido comandante, su espíritu de lucha se había secado como un charco bajo el sol abrasador.

Las vengativas fuerzas de Reinhard se acercaron a los hombres de Ofresser y, con columpios de sus hachas de batalla tomahawk, se lanzaron a la masacre. Dos veces, las olas de un contraataque rodaron contra ellos, y dos veces, los aplastaron.

El corredor seis había sido asegurado — y pintado de rojo.

Atado con dos juegos de esposas, usando un casco eléctrico usado en ejecuciones y con una docena de armas apuntando hacia él, Ofresser fue arrastrado frente a la pantalla de comunicaciones.

Ante las relucientes llamas de la furia y el odio de Reinhard, así como la muerte casi segura, Ofresser mantuvo su cabeza erguida con altanería. A pesar de las deficiencias del hombre, era cierto que no era un cobarde.

Sin embargo, la pantalla de comunicación se cerró de inmediato. En el buque insignia *Brünhild* , el jefe de personal estaba tratando de cambiar la opinión de su comandante.

“Matarlo es fácil, pero Ofresser no teme a la muerte. No solo eso, matarlo ahora elevaría su reputación, lo convertiría en un héroe indomable — un mártir de la Dinastía Goldenbaum. Seguro que eso no es lo que deseas”.

Reinhard no respondió.

La tormenta que azotaba su interior se veía claramente en sus ojos azul hielo. Por fin, sus apretados labios se separaron mientras sacaba una breve pregunta.

“¿Qué vas a hacer con él?”

“Envíarlo de vuelta a la base de los nobles. Sin daños, por supuesto.”

“¡Ridículo!”

Fue Mittermeier quien había gritado. Su joven rostro estaba enrojecido de ira y alarma.

“Después de todo ese trabajo duro… después de dejar morir a todos esos soldados, ¡finalmente atrapamos a ese animal salvaje! ¿Y dices que lo vas a liberar? No importa cuán generosamente pueda ser tratado, ese tomahawk de su voluntad todavía derramará mucha sangre de nuestra gente en el próximo campo de batalla. Puede apostar en él — no es que haya nada que ganar incluso si gana esa apuesta. Reconozco que no hay razón para mantenerlo vivo. Deberíamos ejecutarlo inmediatamente.”

“De acuerdo”, dijo von Reuentahl, sucintamente, pero con un tono de voz fuerte. ¿Qué estaba haciendo von Oberstein, soltando a una bestia indomable en el campo? Exigió esa respuesta, pero el jefe de personal permaneció inmóvil.

“Cuando los nobles ven a Ofresser devuelto ileso, ¿qué crees que van a creer?”, Dijo. “Siempre han sido sospechosos— y hemos ejecutado a dieciséis de los principales líderes entre los subordinados de Ofresser, escenas de las cuales incluso los nobles han sido informados por FTL. Si Ofresser regresa, solo e ileso, después de eso…”

“Está bien”, dijo Reinhard, cortando a von Oberstein. La luz en sus ojos estaba cambiando a la de feroz pero suprimida emoción. Miró a sus dos subordinados trabajadores e insatisfechos.

“Tienes que reconocer eso, también. Quiero dejar que von Oberstein se encargue de esto. ¿Alguna objeción?”

“Ninguno, milord. Como su Excelencia desea.”

Von Reuentahl y Mittermeier respondieron como uno solo. Ellos también se habían dado cuenta de lo que pretendía von Oberstein. La ligera amargura

en sus expresiones fue probablemente porque no estaba a su gusto.

Ofresser fue lanzado, e incluso se le dio una lanzadera con capacidad FTL. Unas palabras de gratitud modestas no salían exactamente de sus labios, pero era un hecho que estaba estupefacto. Con la cabeza inclinada por el desconcierto, abordó el transbordador y salió de la fortaleza.

Dieciséis de los colegas y subordinados de Ofresser habían sido eliminados públicamente por un pelotón de fusilamiento. Staden había sido hecho prisionero todavía acostado en su cama de hospital. El joven mariscal imperial no había visto la necesidad de reunirse con él.

VI

Si bien Ofresser no había puesto sus esperanzas tan altas como para esperar la bienvenida de un héroe y los aplausos de la adulación, las circunstancias que lo recibieron al llegar a la base militar de Gaiesburg, confederada, estaban fuera de sus expectativas.

Cuando envió la transmisión informando de su regreso seguro, el oficial de comunicaciones había reaccionado con un shock total, y cuando el transbordador fue puesto en el puerto, fue inmediatamente rodeado — no por mujeres hermosas que llevaban ramos de flores, sino por soldados fuertemente armados.

“¿Y usted sería el almirante senior Ofresser, quien luchó tan valientemente en Rentenberg?”. El hombre que hablaba en estos tonos afectados era el comodoro Ansbach, arquitecto del plan para escapar de Odín y se decía que era la mano derecha de Duque von Braunschweig.

“¿No puedes decirlo mirando?” Ofresser dijo, irritado.

“Sólo me estoy asegurando. Nuestro líder espera, así que por favor, venga por aquí.”

Desde allí, el héroe de Rentenberg fue conducido a un amplio y espacioso auditorio. Las filas de oficiales y soldados que estaban sentados allí giraron sus miradas hacia él, pero no había calidez en ninguno de sus ojos.

En la parte superior de los escalones que conducían al escenario había una silla magníficamente diseñada, en la que estaba sentado el Duque von Braunschweig. Llevaba un comportamiento altanero, aunque también tenía algo extraño, como si fuera una especie de emperador en entrenamiento.

“Es bueno ver que has regresado vivo y bien, Ofresser”. El tono era claramente uno reservado para los interrogatorios. “Los que fueron jefes entre sus subordinados, hasta el último hombre, han sido ejecutados públicamente. Entonces, ¿por qué has vuelto solo con vida?”

“¿Ejecutados?”

La boca de Ofresser se abrió de par en par. Sus mandíbulas estaban llenas de dientes falsos; Al igual que la cicatriz en su mejilla, eran la prueba de un luchador que había vivido el purgatorio del combate cuerpo a cuerpo. Gritos de enojo mezclados con sarcasmo burlón golpearon la cara del atónito almirante y de mandíbula superior.

“¡Qué tonto! ¡Mira esto!”

Las imágenes de video comenzaron a reproducirse en una pantalla en la pared. Ofresser dio un gruñido bajo. Caras familiares estaban alineadas en una fila. Esta fue la escena de su ejecución pública por las fuerzas de Reinhard en la Fortaleza de Rentenberg. Emociones abrumadoras de terror y derrota aparecieron en esas caras — caras que una a una se convirtieron en agujeros vacíos en el instante en que los rayos láser perforaron sus cerebros.

“¿Qué te parece, Ofresser? ¿No tienes nada que decir por ti mismo?” Pero Ofresser seguía sin hablar.

“Creo que solo tú has regresado vivo con nosotros porque nos has

traicionado y vendido tu conciencia al mocoso dorado. ¡Perro desvergonzado! ¿Qué le prometiste? ¿Llevarle mi cabeza?”

Al otro lado del rostro escarpado de Ofresser, de repente se extendió una expresión de furia y comprensión, y abrió la boca una vez más.

“¡Es una trampa! ¡Esto es una trampa! ¡Idiotas! ¿No puedes ver eso?”

Era menos un grito que un rugido. Los oficiales y soldados que habían estado formando un muro humano a su alrededor saltaron hacia atrás como si estuvieran presionados por una energía invisible. Varias manos alcanzaron reflexivamente a sus desintegradores en sus cinturones.

“¡Dispárenle!”, Gritó von Braunschweig. “¡Dispárenlo y matenlo!”

Esa orden convocó caos en lugar de calma. Aunque los desintegradores fueron rápidamente atraídos, todos sabían el peligro de disparar en medio de una multitud.

El destello de un puño monstruoso atrapó a uno de los soldados en la mandíbula. Con un sonido grotesco, su mandíbula inferior se rompió, y el soldado salió volando por el aire.

El gigante furioso rugió las palabras “¡Esto es una trampa!” Una y otra vez mientras cargaba hacia el Duque von Braunschweig, que estaba sentado en la parte superior de las escaleras. Incluso si solo hubiera querido hacer que el hombre escuchara, ciertamente no se parecía a los demás. Las órdenes del comodoro Ansbach sonaron, y unas pocas docenas de soldados se movieron para interponerse entre el duque y Ofresser. Bloqueando su camino hacia adelante, bajaron los cañones de sus rifles láser hacia el gigante de las manos desnudas. Fue una paliza literal. La piel se partió, la sangre salpicó y se escucharon los sonidos de nuevas fracturas de depresión. Un hombre normal se habría derrumbado, o posiblemente incluso habría muerto en el acto. Pero la carga de Ofresser ni siquiera se desaceleró. Derribados, gritando de dolor, los soldados cayeron por las escaleras en una avalancha.

Escupiendo saliva mezclada con sangre al suelo, el comodoro Ansbach se puso de pie. Él había sido uno de los derribados. Alisándose el pelo despeinado con una mano, sacó su pistola láser con la otra.

El comodoro se acercó a Ofresser, estabilizando su respiración, aunque no había inestabilidad en sus pasos. El colosal almirante convertido salpicadero de sangre nivelaba la luz apagada de su mirada sobre este nuevo enemigo, y luego, con un gruñido, lo alcanzó con brazos gruesos y macizos. Con un ligero respaldo, el comodoro esquivó el camino, luego presionó rápidamente el cañón de su arma contra la oreja de su oponente. Apretó el gatillo.

Acompañado por un destello de luz, la sangre brotó de la oreja al otro lado de la cabeza de Ofresser.

Las convulsiones ondulantes corrieron a través de la enorme forma de Ofresser. Cuando se calmaron, esa enorme masa de músculo sin vida permaneció inmóvil durante unos segundos, como apoyada por las manos de algún dios invisible, pero finalmente cayó hacia las escaleras. Cuando su frente golpeó la esquina de un escalón, sonó un sonido hueco, el acorde final de un espantoso capricho. Mientras rodeaban el cuerpo, nadie dijo una palabra por un tiempo.

“¡Ese traidor!”

Finalmente, el duque von Braunschweig comenzó a lanzar la invectiva en voz alta, aunque un fino velo de terror aún se aferraba a su rostro.

“Al final se entregó — cómo se atreve ese perro rabioso a intentar hacerme daño…”

El comodoro Ansbach se aclaró la garganta.

“Eso dices, pero ¿realmente tenía la intención de traicionarnos?”

“Es un poco tarde para preguntar eso. Si eso es lo que piensas, ¿por qué le disparaste?”

Ansbach negó con la cabeza y volvió a arruinar su cabello recién alisado.

“Eso fue para proteger la vida de Su Excelencia el Duque. Aún así, es posible, no es así, que se desencadenó por el shock al encontrarse a sí mismo bajo sospecha y porque se dio cuenta — si es como él mismo dijo — de que estaba atrapado en una trampa”.

“Posiblemente. Pero ¿qué pasa si lo hizo? Ahora está muerto, y nunca volverá a llevar un hacha de guerra. Incluso si lo hizo porque nos había traicionado, incluso si intentaba hacerme daño, no tiene sentido hacer distinciones en este punto”.

“Entendido. En ese caso, entonces, ¿cómo desea explicar este incidente? Quiero decir, estamos hablando de la causa de la muerte del Almirante Ofresser…”

Una serie de disturbios, según el orden y la disciplina de los nobles militares confederados, hubieran sido altamente ignominiosos, por lo que Ansbach, preguntándose en voz alta, preguntó de manera indirecta si sería mejor suavizar las cosas con una historia sobre su muerte por enfermedad.

El duque von Braunschweig se levantó de su silla. El disgusto era evidente en su rostro y en sus movimientos. Sus nervios siempre habían tenido poca elasticidad, y ahora parecía que estaban listos para romperse en cualquier momento.

“Incluso si logramos “suavizar las cosas”, eso no significa que podamos escapar ocultando esto. Ofresser fue ejecutado por el delito de traicionar a sus compañeros. Transmítelo a todas las fuerzas.”

Su líder partió, cada uno de sus pasos fue una patada en el suelo, y cuando se fue, Ansbach se encogió de hombros y ordenó a los soldados que se llevaran el cuerpo de ese gigante que en la vida había sido elogiado por su audacia y temido por su brutalidad. Los ojos vacíos del hombre muerto parecían mirar a Ansbach. Con una voz cansada, murmuró: “No me mires con resentimiento… Tampoco sé qué pasará mañana. Puede ser que me des

gracias en Valhalla por haber podido morir antes de que terminara el día”.

El comodoro se estremeció. Él mismo había escuchado un sonido extrañamente profético en esas palabras.

Los efectos posteriores de este incidente fueron grandes. Se suponía que Ofresser había estado al frente de la manada en desprecio a Reinhard. Si incluso él se hubiera vuelto traidor, ¿quién estaba entre ellos que pudiera ser tan fiel e inquebrantable hasta el final? Mientras los nobles intercambiaban miradas desconfiadas entre sí, algunos de ellos incluso comenzaron a perder la fe en sí mismos…

Ante la noticia de la horrible muerte de Ofresser, el humor de Reinhard se iluminó ligeramente. Fue una justa recompensa para un hombre que se había insultado no solo a sí mismo sino también a su hermana.

Reinhard nombró al vicealmirante Dickel comandante de la Fortaleza de Rentenberg, lo convirtió en una base para sus propias fuerzas, y una vez más se dispuso a planificar las operaciones para avanzar y atacar Gaiesburg.

Solo un efecto secundario permaneció entre las fuerzas de Reinhard. Los almirantes Von Reuentahl y Mittermeier recordaron esa montaña de cadáveres en el Corredor Seis cada vez que veían estofado y, por algún tiempo después, tenían náuseas cuando lo servían.

Capítulo 05: La Batalla de la Región Estelar de Doria

I

AL PRINCIPIO, YANG HABÍA INTENTADO ignorar la agitación en la región estelar de Shanpool, dirigirse directamente hacia Heinessen y utilizar un ataque sorpresa para golpear a la fuerza principal del Congreso Militar para el rescate de la República en la arena. Después de todo, cortar las raíces, y las ramas y las hojas se marchitarán.

Lo que había provocado que Yang cambiara de opinión y decidiera atacar a los enemigos en la región estelar de Shanpool primero fue que se dio cuenta de que mediante el uso de tácticas de guerrilla podían interrumpir las comunicaciones y las líneas de suministro entre la Flota Yang e Iserlohn. Si él fuera el comandante del Congreso Militar para la Región Estelar de Shanpool, huiría cuando la fuerza de supresión lo atacara y lo persiguiera cuando partiera para golpear su retaguardia y sus líneas de suministro. Al repetir este patrón tantas veces como sea posible, el regimiento enemigo se desgastaría. No estaba dispuesto a defender a alguien que le hacía eso.

“Pero el comandante del enemigo no es Yang Wen-li”, dijo Julian, y le preguntó si no se estaba preocupando por nada.

A lo que el comandante de pelo oscuro sonrió y respondió: “Podría llegar a ser el próximo Yang Wen-li”.

Después de todo, todos empezaron como un don nadie. ¿Quién había oído hablar de Yang Wen-li antes de El Fácil? Yang le dijo lo mismo a Julian y agregó: “Si esto fuera tiempo de paz, todavía sería un don nadie. Un historiador todavía se está gestando en su cáscara de huevo — ni siquiera

habría nacido en una gallina”.

Yang estaba hablando de la vida que anhelaba. En el día de hoy, aquellos que no sabían su nombre estaban en camino de ser una minoría, sin embargo, Yang no podía abandonar el deseo anhelante de ser un simple erudito. Se cantaban alabanzas sobre él como un gran almirante e invicto, pero para Yang más que nadie, eso era solo una imagen virtual proyectada en una pared por lente y espejo.

Fue su interés en personajes y eventos históricos lo que hizo que Yang quisiera ser un historiador. Lo ridículo para él era que ahora él mismo se estaba convirtiendo en un objeto de interés e investigación. El Imperio Galáctico, Phezzan y su actual enemigo, el Congreso Militar para el Rescate de la República, estaban estudiando las tácticas de Yang. No solo eso, hubo incluso una serie de planetas (comenzando con Heinessen), donde se publicaron libros y videos sobre él, llenos de contenido irresponsable y con títulos frívolos como *Estudios sobre el liderazgo a través de los ojos de Yang Wen-li; Pensamiento estratégico, pensamiento táctico: Las cuatro batallas de Yang Wen-li; y los perfiles del genio moderno III: Yang Wen-li.*

El brillante héroe moderno.

“Ese compañero Yang Wen-li es un gran tipo. Te estás quedando muy atrás para alguien con el mismo nombre”. Yang comentaría sarcásticamente así a su aspecto de no tan remotamente genial en el espejo.

“Pero realmente eres un gran hombre”, dijo Julian con fervor. “¿Cómo te imaginas eso?”

“Normalmente, seguramente habrías perdido el control de ti mismo hace mucho tiempo, te habrías confiado demasiado y habrías perdido la capacidad de tomar decisiones objetivas”.

Yang había tenido su cabeza inclinada hacia un lado cuando había hecho esa última pregunta, pero ahora, inesperadamente, frunció el ceño.

“No me digas eso a mi cara. Siento que me voy a deslizarme y creerte. Seré

como, ‘¿Oh en serio? Soy un gran hombre’”

Después de eso, se puso serio y le predicó a Julian un sermón: no debes elogiar a los que están por encima de ti muy a menudo. Si son demasiado blandos, los harás presumidos y los arruinarás al final; y si son demasiado duros, podrían terminar evitándote porque creen que estás tratando de ganarse el favor.

Tienes que ser cauteloso…

“Sí, señor”, dijo Julián. “Lo entiendo”. Sin embargo, interiormente, pensó que había algo extraño en esa inquietante e inusualmente extraña lección.

Yang acababa de cumplir treinta años y aún no estaba casado, pero aquí estaba dando una reprimenda a Julian como si fuera su padre.

El mismo día en que cayó Shanpool, el comandante Bagdash del Departamento de Inteligencia Militar, después de haber escapado de Heinessen, llegó en un transbordador para reunirse con Yang. Yang comenzó el ataque para retomar Shanpool el 26 de abril y, después de tres días de combate, lo liberó de las fuerzas rebeldes.

No fue una batalla especialmente interesante. A menos que un planeta tenga una gran población y armamentos pesados como Heinessen, el aterrizaje — o más bien, la caída — Las operaciones tenían un patrón fijo que no dejaba mucho espacio para que los comandantes mostraran sus estilos individuales. Primero, la supremacía espacial se estableció en órbita satelital. Luego, después de destruir el radar antiaéreo del enemigo y el armamento de defensa aérea con ataques a bordo de vehículos espaciales, las tropas de tierra fueron llevadas a la superficie bajo la protección de naves de escolta y de caza capaces de realizar maniobras atmosféricas. Finalmente, al coordinarse estrechamente entre sí, las fuerzas basadas en el espacio y la tierra tomaron el control de los puntos seleccionados.

Aún así, probablemente fue gracias a la destacada habilidad táctica de von

Schönkopf, comandante de los batallones de tierra, que pudieron concluir la operación en solo tres días. Un comandante ordinario podría haber tomado una semana o más. El plan de Von Schönkopf consistió en asegurar puntos estratégicos utilizando una potencia de fuego concentrada, y luego conectarlos entre sí con vehículos blindados desplegados lateralmente, formando líneas. Luego, al avanzar esas líneas, el área bajo su control se expandiría.

Más tarde, después de que esa táctica hubiera estado en uso durante un día completo, el enemigo comenzó a adaptarse y encontrar una manera de responder. Fue entonces cuando von Schönkopf cambió repentinamente a un patrón de ataque diferente, haciendo un avance de blitzkrieg (guerra relámpago) en línea recta en la fortaleza del enemigo desde uno de los puntos ya asegurados.

Las unidades rebeldes no pudieron adaptarse a este cambio repentino desde el lateral al frontal. Aunque el liderazgo se atrincheró dentro de los edificios del centro de comando del distrito de las Fuerzas Armadas de la Alianza, donde habían establecido su base de operaciones, el resultado de la batalla ya estaba decidido, ya que habían sido aislados de más de la mitad de sus fuerzas militares. Después de dos horas de disparos y combate cuerpo a cuerpo, el Capitán Marron, comandante de la unidad rebelde, se puso el desintegrador en la boca y apretó el gatillo, y los que quedaron levantaron una bandera blanca.

“Excelente trabajo”, dijo Yang, felicitando a von Schönkopf por su regreso a la nave insignia *Hyperion* . Se sorprendió al ver innumerables marcas de pintalabios en toda la cara, las manos y el uniforme de su comandante de las fuerzas terrestres. Simplemente pudo imaginar el entusiasmo salvaje de los locales después de haber sido liberado de más de medio mes de vivir con miedo.

“Bueno, tengo que disfrutar de los beneficios”, dijo von Schönkopf con una sonrisa, y ese fue el estado de cosas cuando el Comandante Bagdash hizo su aparición.

Una vez que se confirmó su identidad, Bagdash fue escoltado al puente de

inmediato. Todos estaban ansiosos por obtener información de la capital, pero el derecho a hacer la primera pregunta residía en Yang, quien más tarde ocuparía la cabecera de la mesa en la sala de reuniones.

La pregunta que Yang hizo mientras todos miraban atentamente era "¿A quiénes han ejecutado?"

Bagdash respondió: "La gente ha sido arrestada, pero al menos a partir de ahora no ha habido purgas. Sin embargo, no sé qué harán en el futuro".

"Entiendo…"

"Más importante aún, almirante, he venido con algo de información. La undécima flota se ha lanzado con la facción golpista y se dirige hacia aquí mientras hablamos".

En esto, hubo un jadeo colectivo. Yang, sin decir nada, hizo un gesto para que continuara Bagdash.

"El comandante, el vicealmirante Legrange, aparentemente espera una batalla directa, honesta y decisiva. No usará ningún truco".

Sin una nota particular de sarcasmo, Yang murmuró: "Bueno, gracias a Dios que no habrá trucos", y abrió el piso a sus subordinados para hacer sus preguntas.

Mientras estaba salpicado de preguntas de Fischer, Murai y el resto, Bagdash siguió mirando alrededor de la habitación como si estuviera buscando a alguien.

Finalmente, le dijo a Yang en tono casual:

"Su ayudante el teniente Greenhill parece estar ausente…"

"Su posición es la que es", dijo Yang, "La dejé en Iserlohn".

"¡Aagh!"

Todos reflexivamente giraron sus cabezas para descubrir que von Schönkopf había derramado café sobre su pecho.

“Oh bien”, dijo. “Ahí van mis marcas de beso… Disculpenme por un momento”.

Manteniendo contacto visual con Yang mientras hablaba, von Schönkopf salió de la sala de reuniones.

Julian estaba parado en el pasillo. Aunque carecía de las credenciales para entrar, por lo general se lo podía encontrar en algún lugar al alcance del oído de Yang.

“Usted no sabría dónde está el teniente Greenhill, ¿verdad?”, Preguntó von Schönkopf.

“Ella fue a la enfermería”, respondió Julian. “Ella dijo algo acerca de tener un dolor de cabeza desde esta mañana… Es una pena que no haya podido estar aquí”.

Agotamiento psicológico, muy probablemente. Asintiendo, Von Schönkopf se dirigió a la enfermería.

Cuando intentó ingresar a la enfermería, una pequeña enfermera echó un vistazo a su sucio uniforme de campo, vívidamente coloreado con pintalabios y manchas de café, y se adelantó, ensartándolo con una mirada de indignación.

“Creo que el teniente Greenhill está aquí”.

“Lo está, pero no vas a entrar aquí con ese atuendo sucio”.

La enfermera, que ni siquiera se acercó a los hombros de Von Schönkopf, se abrió camino con un rumbo decisivo, pero luego otra voz llamó y rescató al comodoro de su vergüenza.

“No me importa. Por favor, comodoro von Schönkopf, entre.”

La enfermera lo dejó pasar en silencio, aunque ella no se veía feliz por eso. Todavía vestida con su uniforme, Frederica estaba tendida en un sofá, pero se levantó de inmediato. Von Schönkopf, deseando en silencio poder verla con un vestido en algún momento, explicó brevemente la situación.

“… Y en cuanto al almirante Yang, también huele algo a pescado. La llegada de los fugados en estos días es un poco demasiado perfecta. Cuando el almirante prácticamente lo dijo, deliberadamente me derramé un café y grité, por lo que Bagdash no debería haber visto las expresiones de sorpresa de todos. Pero me pregunto si podrías tener una idea de quién es él.”

“Conocí al comandante Bagdash una vez. Hace cinco años, en el estudio de mi padre. Estaba expresando insatisfacción con el orden político actual”.

La reputación de Frederica por los extraordinarios poderes de la memoria era ampliamente conocida.

“Entiendo. Debió haber estado preocupado de que recordara algo, teniente Greenhill. Viendo que es un agente de la facción golpista”.

Aparentemente, incluso el Almirante Greenhill — el líder de la facción del golpe — no tenía todas las personas con las que podía contar para una misión como esta. El plan era probablemente asesinar al almirante Yang temprano si los recuerdos de Frederica ponen a Bagdash bajo sospecha. Si tal cosa sucediera en medio del combate con la Undécima Flota, la Flota Yang sería eliminada y el golpe de Estado tendría éxito. Incluso si Bagdash perdiera su vida, la vida de un asesino fue una pequeña inversión.

A Von Schönkopf no le importó mucho si la Alianza de los Planetas Libres fue salvada o destruida, pero si Yang pereciera, el desarrollo de la historia a partir de ese punto en adelante ciertamente perdería algo de su encanto. De forma sencilla y sin reservas, von Schönkopf tomó una decisión.

Justo antes de la cena, Yang le preguntó a von Schönkopf: “¿Va a venir el comandante Bagdash?”

“Él está durmiendo ahora”.

“¿Le hiciste algo?” El tono de Yang sugirió que él previó la respuesta.

Von Schönkopf guiñó un ojo y dijo: “Usé un agente especial para dormir. No debería abrir los ojos durante las próximas dos semanas. Con los tipos de inteligencia militar, incluso si los encierras, nunca puedes bajar la guardia mientras estén despiertos. Es mejor que lo hagamos dormir hasta que termine la próxima batalla”.

“Gracias por su arduo trabajo”. Las palabras de agradecimiento de Yang se mezclaron con una sonrisa irónica.

II

En estas tensas circunstancias, el calendario pasó a mayo. La Undécima Flota estaba cerrando constantemente una distancia de más de tres mil años luz de espacio interestelar. En este punto, la veracidad de la inteligencia de Bagdash había sido confirmada.

Yang llevó su flota hacia el sistema Doria, donde pasó sus días recolectando y analizando la inteligencia. El 10 de mayo, un destructor que había salido a realizar un reconocimiento a medida que se aproximaba el sistema de Elgon descubrió la presencia de una gran flota de buques de guerra. Después de enviar una transmisión de emergencia, sus comunicaciones se interrumpieron. Aunque todavía era la víspera de la batalla, el primer sacrificio se había hecho. La mente de Yang estaba corriendo de una cosa a otra. Confiaba en que podrían ganar incluso en un choque frontal, pero estaba esperando que llegara cierto informe de los barcos de reconocimiento que había ocultado en puntos estratégicos de esta vasta región del espacio. Si la Flota Yang no ganara esta lucha de forma rápida y completa, solo sería más difícil cortar todos los tentáculos de esta conspiración.

El 18 de mayo, Julian llevó el vigésimo informe del día a Yang, quien estaba caminando en círculos en su habitación privada. Los otros diecinueve que habían llegado hasta allí yacían en el suelo. Con indiferencia, Yang bajó su mirada al texto del informe.

"¡Lo sabía!" Dijo de repente. *"¡Eso es todo!"*

El joven comandante de pelo oscuro se levantó de un salto y gritó, arrojó el informe hacia el techo, agarró las dos manos de un sorprendido Julian y comenzó a bailar por la habitación con él. Mientras Julian estaba siendo colgado de esta manera, tuvo una súbita realización y gritó en voz alta: "¡Excelencia! Podemos ganar esto, ¿verdad? ¡Podemos ganar esto!"

"¡Puedes apostar que podemos ganar! '¡Yang Wen-li no pelea batallas sin esperanzas!' ¿No es así?"

Fue entonces cuando escuchó el sonido de alguien aclarando su garganta. Yang dejó de bailar y miró hacia donde había venido el sonido. Tres personas — von Schönkopf, Frederica Greenhill y Fischer — miraban fijamente a su comandante.

Yang soltó las manos de Julian y extendió la mano para alisar su cabello despeinado, en algún momento, su boina también se había ido volando.

"Buenas noticias", dijo. "El plan está decidido. Parece que seremos capaces de ganar esto de alguna manera".

Después de recibir los datos que había estado esperando, Yang había planeado la operación en un tiempo sorprendentemente breve. El plan de operaciones que compartió con toda su fuerza treinta minutos más tarde fue el siguiente, siendo el primer punto el contenido del informe que había estado esperando:

1. El enemigo ha dividido sus fuerzas en dos unidades. Creemos que pretenden un movimiento de pinza, en el que una unidad, aprovechando el hecho de haber sido eclipsada por la estrella Doria,

intentará atacarnos en nuestro flanco de babor, mientras que la otra se desviará hacia atrás e intentará golpear nuestro estribor de popa. .

2. Para contrarrestar esto, nuestras fuerzas, actuando seis horas por delante del enemigo, aprovecharán su estado dividido para destruir las unidades individualmente. Primero atacaremos a la unidad dando vueltas alrededor de nuestra popa, luego trataremos el ataque en nuestro flanco de puerto.

3. La operación comenzará hoy a las 22:00 con el Almirante Nguyen Van Thieu al frente de la carga. Cruzaremos la órbita del séptimo planeta y tomaremos posición en esa región del espacio, con la estrella Doria a nuestras espaldas.

4. El Contralmirante Fischer comandará nuestra unidad de protección trasera, que mantendrá la posición hasta las 0400 del día siguiente. Después, cruzará la órbita del sexto planeta y desplegará sus fuerzas allí para responder a los enemigos que planean atacar el flanco de nuestro puerto. Sin embargo, se debe tener cuidado para evitar la detección por los buques de reconocimiento de inteligencia y de recolección de inteligencia, por lo que esta unidad no debe cambiar su posición o estado de alerta hasta las 0400 del día siguiente.

5. Los otros grupos de combate seguirán al almirante Nguyen Van Thieu y se posicionarán en el puerto, estribor y popa de las coordenadas designadas.

6. El almirante Attenborough comandará los regimientos de la nave de artillería y los misiles, los colocará en órbita alrededor del séptimo planeta y, además de asegurar la ruta de comunicación entre nuestras fuerzas y la fortaleza de Iserlohn, proporcionará una alerta temprana de ataques de gran alcance originados en otro sistema estelar. Además, evitarán que las fuerzas enemigas que huyen escapen a otros sistemas estelares.

7. El comandante Yang dirigirá personalmente el grupo de combate central.

Cuando se transmitieron estas órdenes del Comandante Yang, una emoción de tensión y emoción se disparo a toda la flota.

“Recientemente, cuando viajé a Heinessen”, Yang le dijo a su personal en la sala de reuniones más tarde, “Recibí órdenes escritas de Su Excelencia el Almirante Bucock, comandante en jefe de la armada espacial, diciéndome que en caso de una revuelta, estaba dejarlo y restaurar la ley y el orden. En otras palabras, he recibido una justificación legal de lo que vamos a hacer. Esto no es una guerra privada”.

Al escuchar las palabras de Yang en la sala de reuniones, los oficiales de su personal se quedaron sin palabras ante el alcance de la visión de su comandante. Por supuesto, el mismo Yang estaba de mal humor. Después de todo, incluso si sus predicciones hubieran sido correctas, no habían podido evitar este estado de cosas actual. Eso era lo que Yang y Bucock habían estado esperando esa noche en esos bancos de parque en la ciudad de Heinessen.

Después de despedir al personal, Yang se retiró a su habitacion privada y llamó a Julian.

“Poco antes de la batalla de Amritsar”, Yang le dijo, “el almirante Bucock trató de reunirse con el mariscal Lobos. Sin embargo, no pudo hacerlo porque el mariscal estaba tomando su siesta. ¿Qué piensas sobre eso?”

“Creo que es horrible”, dijo Julian. “Es irresponsable, y…”

“Exactamente. Pero, ¿Julian?”

“¿Señor?”

“Estoy a punto de tomar una siesta. Por solo dos horas, no me transmitas a nadie. No me importa si son almirantes o generales — simplemente despídelos”.

En el puente de *Leonidas* , la nave insignia de la Undécima Flota…

“¿Ha habido alguna noticia del Comandante Bagdash?”, Preguntó el Vicealmirante Legrange, mirando al oficial del personal que era su jefe de inteligencia.

Cuando Legrange frunció el ceño ante la respuesta de “Ninguno, señor”, un oficial de comunicaciones miró al comandante de la flota.

“Estamos listos para la transmisión a toda la flota, señor. Por favor comience”.

El vicealmirante asintió. Pensando en los pensamientos de Bagdash de su mente, desplegó el borrador de su discurso.

“Atención, todas las manos. Esta es una batalla en la que se basan dos cosas: el éxito o el fracaso de esta revolución militar para rescatar a nuestra república, y la prosperidad o la ruina de nuestra patria. Realicen sus deberes con todo tu cuerpo y alma, y cumple su devoción a la patria. Nada en este mundo exige mayor respeto que la devoción y el sacrificio, y nada es más despreciable que la cobardía y el egocentrismo. El patriotismo y el coraje son lo que espero de todos ustedes y lo que anhelo sinceramente que me muestre. Dale todo su ser”.

La Undécima Flota cargó a través del vacío, segura de su próximo triunfo.

Con un ligero bostezo, Yang Wen-li levantó el respaldo de su silla. Julian le dio una toalla caliente y una taza de agua fría.

“¿Cuánto tiempo estuve dormido?”

“Una hora y media”.

“Quería dormir otros treinta minutos. Oh bien, no puedo volver a dormir

ahora… Gracias, lo hiciste genial”.

Después de devolverle al chico su taza escurrida, enderezó suavemente la bufanda del cuello. Pronto tendría que hacer otro pequeño discurso. Eso no era algo que a Yang le gustara hacer, pero el discurso también era uno de los deberes del oficial al mando. Se puso de pie y se dirigió al puente. Todas las caras en esa espaciosa habitación se volvieron hacia su comandante, usando expresiones tensas.

“La batalla está a punto de comenzar”, dijo Yang. “Es una batalla sin sentido, y por esa razón, sería mucho más inútil luchar y no ganar. Sin embargo, tenemos un plan para la victoria, así que solo relájense y hagan su trabajo, y no se esfuercen demasiado. Lo que depende de esto es, a lo sumo, la vida o la muerte del estado. Comparado con los derechos individuales y la libertad, el estado simplemente no vale tanto. Pues bien, todos, ¿empezamos?”

Cuando terminó de hablar por el micrófono, una brillante nube de luces comenzaba a aparecer en la pantalla principal. Brillaban con un blanco ominoso.

Se mostró una vista lateral de la fuerza principal de la Undécima Flota —una columna de siete mil buques de guerra. Más allá, las estrellas se extienden en una sucesión infinita.

“¡Flota enemiga avistada! ¡Todos las naves, prepárense para el combate!”

III

Yang no era el tipo de líder feroz comandante, pero siempre se lo podía encontrar en la línea del frente cuando iba a la batalla y en la retaguardia cuando se desenganchaba —Particularmente en perder batallas, en las que se quedaría atrás para cubrir el retiro de sus compañeros.

Eso, él creía, era su deber mínimo como comandante. Si no fuera así, ¿quién en su sano juicio confiaría su vida a un novato que acababa de cumplir los treinta?

Frente al buque insignia de Yang, tres mil embarcaciones bajo el mando del almirante Nguyen Van Thieu esperaban con gran expectación la orden de atacar. Como lo fueron sus camaradas en puerto, popa y estribor.

“Distancia relativa 6.4 segundos años luz…”

Las voces de los operadores, también, eran tan bajas como susurros.

“El enemigo se está moviendo de estribor a puerto perpendicular a nuestra flota. Velocidad 0.012 c. Cerca de la velocidad máxima para el vuelo en el sistema…”

En la iluminación restringida del tenue puente, el único otro sonido además de las voces de los operadores fue el de la respiración superficial.

Con la mirada fija en la pantalla, Yang levantó su mano derecha tan alto como la línea de su hombro. Esa fue la señal que comenzó todo.

“¡Fuego!”

La orden fue transmitida a los artilleros en cada barco.

En el siguiente instante, jabalinas de energía candentes, decenas de miles de ellas, atravesaron la oscuridad del espacio exterior. Estos no habían sido disparados en paralelo desde cada barco, pero estaban enfocados en un solo punto en medio de la flota enemiga.

Una característica sorprendente de las tácticas de cañón de haz de Yang fue su concentración de fuego en un solo punto, para aumentar geométricamente el poder destructivo de los rayos. Esta fue una de las razones por las que había lamentado tanto al imperio durante la Batalla de Amritsar el año pasado. Cuando varios barcos aliados rociaron un solo barco enemigo con su poder de fuego, los campos de neutralización de

energía del enemigo se sobrecargaron fácilmente.

“¡Las ondas de energía se acercan rápidamente!”

Los operadores de la Undécima Flota gritaron advertencias que eran gritos a medias. En ese instante, una gran masa de energía golpeó el primer golpe, estrellándose contra el flanco de la flota.

Había calor y luz como la de una pequeña estrella. En su medio, varios cientos de barcos fueron vaporizados, y tres o cuatro veces ese número explotó.

La luz blanca de las explosiones de fusión palpitaba, expandiéndose a cada instante, hasta que parecía como si esa luz espeluznante blanqueara toda la pantalla.

Julian estaba sentado al lado del escritorio de mando de Yang. Por primera vez en su vida, el chico fue testigo directo de un combate en el espacio exterior. Consciente del escalofrío que corría por su espina dorsal, trató de decirse a sí mismo que no era miedo sino emoción. Todavía no, todavía no. Apenas ha comenzado.

“Envíe un mensaje al almirante Nguyen Van Thieu”, dijo Yang. No estaba en su asiento, pero estaba sentado sobre su escritorio de mando con una rodilla levantada. Esto fue escandalosamente mal educado, y sin embargo, sus subordinados se sintieron extrañamente tranquilos al verlo así. “Dile que avance a toda velocidad y golpee al enemigo en el flanco”.

Al recibir la orden, Nguyen sintió que su espíritu se elevaba.

Nguyen Van Thieu era el tipo de comandante feroz, por lo que cuando fue apoyado por el liderazgo sensato del comando central, el poder destructivo que podía ejercer era enorme. Fuera de los subordinados de Reinhard, era muy similar a Wittenfeld.

“¡Carguen!”

La orden de Nguyen Van Thieu era la claridad en sí misma, y sus oficiales no tenían forma de confundirla.

“¡Carguen! ¡Carguen!”

Con su comandante al frente y en el centro, el grupo de combate de Nguyen Van Thieu atacó el flanco de la flota enemiga a la máxima velocidad de combate. Los rayos de energía y los proyectiles liberados de la boca de sus cañones llovieron contra el enemigo, y los destellos de luz de los lanzamientos y las explosiones iluminaron una pequeña esquina de la noche eterna.

Desde el vasto agujero abierto por la descarga de disparos de cañones, el grupo de Nguyen logró profundizar en la columna del enemigo.

Los oficiales del personal de la Undécima Flota palidecieron. Si permitieran que Nguyen avanzara más, toda la flota se dividiría en proa y popa. Y aunque teóricamente era posible usar una fuerza dividida como esa para atrapar al oponente en un movimiento de pinza, se requería una habilidad táctica muy flexible y refinada para hacer que funcionara — con una habilidad como la que posee Yang Wen-li.

Como no tenían tanta confianza en sí mismos, hicieron una respuesta más sensata. Las órdenes volaron: *¡Ataquen al enemigo desde todas las direcciones! ¡No envíes a un hombre o un barco a casa con vida!*

De inmediato, el grupo de Nguyen se vio expuesto a feroces ataques que convergían sobre ellos desde cinco direcciones: delante, arriba, abajo, puerto y estribor. Las bolas de fuego explotaron, las vibraciones sacudieron los marcos de las embarcaciones y las pantallas de visualización, a pesar de haber ajustado sus capacidades de fotoflujo, se llenaron con destellos lo suficientemente brillantes como para quemar las retinas.

En el puente de la nave insignia de *Maurya* , el almirante Nguyen levantó la voz con una risa alegre.

“Esto es perfecto — ¡nada más que enemigos de cualquier manera que

gires! ¡Tantos no hay necesidad de apuntar! Consíguelos ¡Y siguan disparando! ¡Fuego a discreción!”

Algunos quedaron impresionados por lo que vieron como la audacia y su temple de su comandante; otros presentes estaban seguros de que debía tener un tornillo suelto. De cualquier manera, una cosa era segura: no tendrían mañana a menos que mataran a los enemigos antes que ellos. No hubo tiempo para considerar el significado de esta batalla o las razones de esta masacre.

“¡Misiles cerrando a las diez! ¡Devolviendo el fuego!”

“¡Torreta cuatro, máxima salida!”

Voces estridentes y voces suprimidas impregnaron los canales de comunicación, y los sonidos de los impactos y el ruido de interferencia mezclados para atacar repetidamente a los oídos de la tripulación, aunque era un universo de silencio justo fuera de las embarcaciones.

Su visión estaba igualmente bajo ataque. La luz de las estrellas, congelada por toda la eternidad, fue destruida por los senderos de misiles entrecruzados y el brillo áspero de los rayos de energía. Y las luces blancas que borraron a todas y cada una de esas estrellas monopolizaron el campo de visión con su abrumador volumen.

Treinta minutos después de los disparos de apertura, incluso el buque insignia de Yang *Hyperion* tenía su nariz presionada contra el flanco de la Undécima Flota.

Hyperion estaba envuelto en la niebla del arco iris, prueba de que su casco estaba siendo protegido de los rayos de energía destructiva por su campo de neutralización de energía.

“Esto es más problematico de lo que esperaba”, murmuró Yang para sí mismo mientras mantenía sus ojos pegados a la pantalla. La resistencia de la Undécima Flota fue bastante formidable, y todos sabían que el Vicealmirante Legrange no era incompetente.

“¡Ese Bagdash inútil!” Gritó Legrange. “¿Para qué se infiltró en la Flota Yang?”

Mientras continúa supervisando la batalla, Legrange no pudo evitar reprender al hombre en su corazón. *Usar el error y la desinformación para desorganizar al enemigo, o si eso es imposible, disparar a Yang* . Se suponía que Bagdash se había infiltrado en el campamento enemigo en esta misión vital de vida o muerte, pero en este momento, Legrange dudaba que el hombre hubiera tenido éxito. Lejos de eso, en realidad, ya que era el lado que había sido golpeado en el flanco por lo que probablemente debería llamarse una emboscada. En lugar de atrapar al enemigo en un movimiento de pinza, ¿sus fuerzas divididas serían destruidas por separado?

¿Habían visto a través de Bagdash, después de todo? Legrange apretó los dientes con fuerza. Tal vez le había confiado el trabajo a alguien que no debería. Inquieto y arrepentimiento le golpeaban el pecho con manos invisibles.

La voz de un operador que solicitaba instrucciones hizo que su conciencia volviera a la realidad.

“¿Qué pasa?”

“Han atravesado el centro, señor. Nuestra fuerza ha sido dividida en dos direcciones, y parece que el enemigo está tratando de envolver la sección de popa”.

Aunque el grupo de combate de Nguyen, bañado con fuego de cañones feroz, había sufrido un daño considerable, por fin había logrado atravesar el centro. Luego, se dirigió al estribor y ahora avanzaba para envolver a la mitad de la fuerza enemiga dividida.

Legrange se quedó en silencio y miró a la pantalla. Sabía lo que Yang tenía en mente.

Ya entiendo. ¡Así que eso fue todo! Un tsk frustrado sonó desde dentro de su

boca.

“Milagroso Yang es un zorro bastante astuto, confundanlo”.

En resumen, Yang se había separado en el nivel táctico la mitad de una fuerza que ya estaba dividida en el nivel estratégico y ahora estaba tratando de destruirlos por completo, comenzando con uno de los extremos cortados.

Esto hizo que la relación de potencia de fuego entre esos dos fuera de cuatro a uno. Una vez que la batalla llegó a esta etapa, el comandante de la flota Yang ya no necesitaba oscilar entre la esperanza y la desesperación con el estado minuto a minuto de la batalla; simplemente podía mirar como sus comandantes de rango inferior eliminaban cada segmento uno por uno.

Desde la perspectiva de Yang, este tipo de cosas no era una estrategia extraordinaria; no era nada más que seguir uno de los principios rudimentarios de la teoría táctica: “Pelea con mayor fuerza que tu enemigo”. Se sorprendió y decepcionó cuando lo escuchó como un truco de magia o un milagro.

Las principales fuerzas de ambas flotas hicieron contacto. La densidad de la nave en la región aumentó, y el modo de combate cambió gradualmente de fuego de cañón de largo alcance a combate cuerpo a cuerpo. Aquí fue donde la nave de combate de un solo asiento conocida como espartanos subió al escenario. El teniente comandante Olivier Poplin, capitán de la escuadrilla de vuelo de *Hyperion*, había alineado a su equipo en modo de espera, pero en el instante en que la orden llegó a la salida, todos ellos abordaron su nave, se separaron de la nave nodriza y bailaron espacio.

“Whisky, Vodka, Ron, Applejack: el control de sus compañías se deja a los líderes de sus compañías. Jerez y coñac, sígueme. No rompas la formación”.

Poplin solía jactarse: “El vino y las mujeres son el pan y la mantequilla de la vida, y la guerra es simplemente su merienda a las tres en punto”, y era como él que se le ocurrieran esos nombres. Por supuesto, también hubo una historia en torno a que él había estado cerca de nombrar a sus compañías

después de la ropa interior femenina, pero, naturalmente, se había abstenido al final y se había conformado con el alcohol.

El espartano de Poplin cargó por delante, trazando un camino invisible a través del vacío. Las compañías Jerez y Cognac siguieron detrás del as piloto, y las otras cuatro se dispersaron en diferentes direcciones en busca de enemigos.

Las naves de la Undécima Flota también estaban lanzando cazas de un solo asiento, uno tras otro. Las peleas aereas entre espartanos comenzaron a estallar en todos los rincones en medio del fuego de cañones entrecruzados. Debido a que las especificaciones de la nave de combate eran idénticas, la victoria y la derrota se decidieron por la habilidad de los pilotos dentro de ellos. Muchos de los pilotos de combate se acercaron a su trabajo con el celo de un artesano, y para ellos una prueba como esta podría llamarse la oportunidad de su vida. En este momento, los involucrados no estaban pensando en el hecho de que se estaban matando unos a otros; más bien, simplemente estaban borrachos de la emoción hirviente de todo esto.

No habían transcurrido dos minutos desde el lanzamiento, y Poplin ya había anotado tres remates. Esquivando tanto el enemigo como el fuego aliado, corrió hacia adelante a la máxima velocidad a través de los mares de energías turbulentas. La vitalidad bruta de una existencia completamente autorrealizada estaba circulando a toda velocidad por todo el ser de Poplin. Con sus reflejos afinados a su máxima nitidez, cada célula de su cuerpo estaba llena de energía y vida.

El acorazado *Ulysses* también estaba en medio de la caótica lucha. El casco exterior de la nave había sido cortado por una cuchilla de energía, causando que el material absorbente de los impactos se filtrara en una nube blanca cuando envolvía la nave. La visibilidad desde las torretas traseras se había degradado y los sensores se habían vuelto inútiles, y después de maldecir a Dios y al demonio por igual, los soldados en el interior tuvieron que renunciar a hacer otra cosa que no fuera disparar en la dirección del fuego entrante.

Ocho horas fueron requeridas para que el combate desesperado llegara a su fin.

Después de atravesar el centro de la Undécima Flota y destruir su columna de popa, la Flota Yang envolvió la columna delantera encabezada por el Almirante Legrange y destruyó sus fuerzas nave por nave. Debido a que casi todos los barcos, continuando con una resistencia que alcanzó a los fanáticos, se negaron a rendirse, no había otra opción.

Lo que para Yang, también, fue una batalla deprimente de destrucción total, se terminó con el suicidio del almirante Legrange. Había continuado resistiéndose obstinadamente hasta que sus fuerzas restantes hubieran ascendido a su propio buque insignia y solo a un puñado de otros.

“Considero que es un gran honor para un oficial humilde como yo haber luchado contra el ilustre Yang Wen-li en mi batalla final. ¡Salve a la revolución militar!”

Estas fueron las últimas palabras de Lagrange, transmitidas a todos por el oficial de comunicaciones de su buque insignia.

El oficial de personal Patrichev dejó escapar un gran suspiro que vació sus pulmones.

“Bueno, entonces, eso es todo. Esa fue una gran pelea”.

Pero no importaba cuán intenso hubiera sido el combate, el ganador y el perdedor en esta ocasión habían sido determinados bastante pronto.

Numéricamente, el almirante Yang había tenido el doble de fuerza de su oponente y, además, había logrado dividirlo con un golpe en su flanco. Que hubiera tardado tanto en alcanzar la victoria total desde una posición tan abrumadoramente ventajosa era una prueba de que la Undécima Flota había luchado la buena batalla bajo la feroz dirección de Legrange. Sin embargo, Yang lo habría llamado una buena pelea sin sentido. *Si tan solo hubiera levantado sus manos temprano…*

“Si Legrange hubiera sido incompetente, habría habido un poco menos de muertes en ambos lados”, dijo von Schönkopf.

Yang asintió en silencio. Desde el momento en que se terminó la primera etapa de combate, parecía haberse visto abrumado por el agotamiento.

Entonces, en última instancia, ¿la Flota Yang es solo para este hombre? pensó von Schönkopf. Sin los esquemas inteligentes de sus jóvenes comandantes, la Flota Yang no era ciertamente una fuerza poderosa. Desde el principio, había sido una mezcla de restos derrotados y reclutas en bruto. Arrastrados por la invencible reputación de su comandante, siguieron luchando y ganando, y así lograron las hazañas militares de hoy. Pero incluso si eso fuera cierto, lo que von Schönkopf había dicho sobre Legrange también se aplicaba a Yang. Porque si Yang hubiera sido un comandante incompetente, esta flota habría sido eliminada temprano mientras que la escala del combate aún era pequeña, y a cambio, muchos soldados enemigos habrían vivido para regresar a sus lugares de origen.

Incluso si dejaron el pasado en el pasado, todavía existía un problema que se avecinaba en el futuro, porque había otra persona en esta galaxia que también tenía una reputación invencible.

Marqués Reinhard von Lohengramm. El día seguramente vendría cuando él y Yang lucharan con todas sus fuerzas y todas sus habilidades. No fue tanto el trabajo del destino o el destino como la rápida convergencia de los pasos de la historia lo que provocaría eso. En ese día, ¿podría la flota Yang derrotar a las fuerzas de Reinhard? O, mejor dicho, ¿podrían los subordinados de Yang vencer a los de Reinhard?

Esa es una pregunta difícil, reflexionó von Schönkopf. Por lo que él sabía, Kircheis era otro Reinhard en términos de habilidad, y las habilidades operativas de Mittermeier y von Reuentahl también eran extremadamente altas. Las inclinaciones de Nguyen Van Thieu probablemente no podrían competir con ellos.

Y aun así, cuando miró al Yang victorioso sentado allí tristemente, apenas

podía creer que fuera la misma persona que había visto bailar de alegría al recibir una inteligencia favorable. Sus cualidades como un invencible artista de la guerra y sus cualidades como un serio y concienzudo estudiante de historia siempre competían dentro de él, y cuando terminó la batalla, fue el estado de ánimo de este último el que lo dominó.

“¡Comandante Yang!”

La voz que hizo que el joven comandante de pelo negro diera la vuelta pertenecía a su ayudante, la teniente Frederica Greenhill.

“La mitad del enemigo todavía está abandonado. Cuanto más esperemos aquí, más pesada será la carga que tendrá que soportar el almirante Fischer. ¡Instrucciones, por favor!”

Sus palabras estaban en lo cierto. Yang parpadeó dos veces y se estiró.

“Todas las naves: ¡Formen Filas!”, Dijo. “Invierta el rumbo y diríjase a la órbita del séptimo planeta”.

Mientras tanto, se estaba librando una acalorada discusión entre la fuerza secundaria de la Undécima Flota, que había lanzado un ataque directo en el sector donde se suponía que Yang estaba, solo para encontrar a nadie allí. Un lado argumentó que deberían revertir el curso e ir a pelear con Yang, pero el otro lado tuvo la siguiente idea:

Dadas las circunstancias actuales, ¿no deberían abandonar la idea de una batalla corta y decisiva, retirarse del sistema Doria por el momento y esperar a que Yang asedie a Heinessen para atacarlo por detrás? Con el Collar de Artemisa allí, era imposible incluso para alguien como Yang conquistar a Heinessen en poco tiempo. Si lo atacaron por detrás, podrían ganar.

Este serio desacuerdo se prolongó entre los dos lados. La razón por la que no se pudo tomar una decisión rápida se debió a una falla que se vio

claramente: la máxima figura de autoridad aún no se había determinado claramente.

Finalmente, se decidió localizar a Yang y desafiarlo en la batalla, así que trajeron todas sus naves y comenzaron a moverse. Durante este período, sin embargo, el breve tiempo que Yang había perdido se había compensado en el tiempo que pasaron discutiendo.

Sin embargo, el contraalmirante Fischer, quien en ese momento estaba observando los movimientos de la fuerza enemiga secundaria, había determinado que la columna de naves que veía luchando contra el viento solar estaba en desorden y por lo tanto emitió la orden de abrir fuego.

El estilo de guerra de cañones de Fischer, siguiendo el ejemplo de Yang, también se caracterizó por el fuego concentrado en áreas localizadas. Atrapado en un aguacero completamente inesperado de rayos de energía en su flanco, el Congreso Militar para el Rescate de la República sufrió graves daños.

Fischer era un experto en operaciones de flotas, y no importaba cuánto durara el camino hacia el lejano campo de batalla, no temían que las naves perdieran el rastro de sus propias posiciones, o que la flota perdiera su forma debido a que los barcos abandonaban las filas, siempre y cuando como él estaba presente. Por otro lado, era bastante promedio como comandante de combate. Aun así, tenía un conocimiento preciso de sus propias habilidades y nunca se había confiado demasiado.

Mientras mantenía las bajas aliadas al mínimo, planeaba ganar tiempo hasta que Yang, que había destruido la fuerza principal de la Undécima Flota, pudiera correr para ayudar. Esa estrategia fue recompensada con éxito. La fuerza secundaria de la Undécima Flota, incapaz de ignorar el daño que estaba sufriendo, ensayó para luchar contra la flota de Fischer. Cuando lo hicieron, Fischer se retiró. Cuando la fuerza secundaria trató de partir, Fischer lo siguió pisándole los talones para lanzar un ataque desde atrás. Mientras repetía este patrón, la fuerza principal de Yang apareció en busca de un nuevo campo de batalla, y surgió una formación que hizo que el enemigo se viera atrapado en un movimiento de pinza entre su frente y su

popa.

Sin siquiera Legrange para guiarlos, la fuerza secundaria no tenía una estructura de comando unificada y, después de un combate valiente pero infructuoso, fue aniquilada. Yang había evitado el combate cuerpo a cuerpo y había dividido la columna enemiga y había destruido las piezas una por una usando una potencia de fuego completamente concentrada. No tomando casi ningún daño a sus propias fuerzas, aseguró así la victoria.

IV

“Undécima flota derrotada. El almirante Legrange se suicidio.”

“La flota de Yang está preparada para avanzar y atacar a Heinessen después de reabastecimiento y reparaciones”.

“Las fuerzas de seguridad y los soldados voluntarios de todos los planetas se unen constantemente detrás de Yang”.

Cuando llegaron estos informes, un aire opresivo surgió en el Congreso Militar para el Rescate de la República en Heinessen.

“Esto es lo que quieren decir con ‘miedos internos y miedos externos’”, murmuró alguien. Habían declarado la ley marcial en la capital y, mediante el uso de la fuerza militar, intentaban regular y administrar todos los aspectos de la sociedad, incluidas sus esferas política, económica y social. Sin embargo, no había manera de evitar la confusión. La delincuencia y los accidentes cotidianos se habían reducido por el toque de queda, pero lo que es más importante, los precios habían comenzado a subir y la escasez de consumibles se había hecho notable. Ante el temor de que aumentara el disgusto y la ansiedad de la ciudadanía, el Congreso Militar para el Rescate de la República se había embarcado en una investigación, preguntando, entre otras cosas, las opiniones de un comerciante que venía de Phezzan.

“Ustedes soldados simplemente no entienden la economía”, dijo bruscamente el comerciante. “Heinessen está actualmente aislado de otras regiones estelares. Cerrado, es una unidad económica autónoma, pero deformada, con un consumo mucho mayor que la producción. Siendo ese el caso, siempre que tenga un sistema económico basado en el mercado, es natural que los precios aumenten. Primero, debe dejar de regular la red de distribución y aflojar el control de los informes de noticias para tranquilizar a las personas. Si no lo hace, no van a tener una economía o sociedad saludable”.

El que escuchaba estos comentarios era un Capitán Evens, a quien se le confió el control de la economía, y para él, este argumento sólido no tenía ningún valor. Para el Congreso Militar para el Rescate de la República para gobernar a Heinessen con su pequeño número, el control sobre las transmisiones, el transporte y la distribución era esencial, y mejorar la salud de la economía era completamente irrelevante. Cuando los soldados diseñaron la política económica, el resultado a menudo terminó siendo un nacionalsocialismo implementado a través de un control y supervisión rígidos. El comerciante de Phezzan pudo ver que este capitán no era una excepción.

“Las economías son seres vivos”, dijo. “Trate de controlarlos, y nunca irán en la dirección que espera. En el ejército, un oficial puede ir tan lejos como para atacar a los subordinados para que sigan las órdenes, pero habrá problemas si la economía es tratada de esa manera. Si, en cambio, tuvieras que dejarnos las cosas a Phezzanese…”

“¡Conoce tu lugar!” Gritó el capitán. “Vamos a derrocar a los tiranos del Imperio Galáctico y restaurar la libertad y la justicia a toda la sociedad de la humanidad. Y cuando ese día amanezca, también te enseñaremos el significado de la justicia para ti, las amonitas de Phezzan. No te engañes pensando que el dinero puede defender la sociedad y los corazones de la gente”.

“Esa es una gran línea”, dijo el comerciante, con un arrebato de ridículo brillo en sus ojos. “Sin embargo, podría ser mejor con un pequeño cambio. Pon ‘violencia’ donde está ‘dinero’. Me imagino que puedes pensar en

tantos ejemplos”.

Enfurecido, el Capitán Evens puso una mano en su desintegrador, pero, naturalmente, no lo siguió, sino que solo le ordenó a sus soldados que echaran al mercader de su oficina. El hecho de que los precios fueran altos y los recursos consumibles escasos, sin embargo, no podía eliminarse tan fácilmente. Al final, lo que hizo fue arrestar a varios comerciantes fraudulentos y liberar los recursos que había solicitado, lo que no contribuyó en absoluto a resolver el problema fundamental.

Un rumor extraño e incluso preocupante comenzaba a circular: la afirmación de que había un informante dentro del Congreso Militar para el Rescate de la República que estaba filtrando información al gobierno de Trünicht.

En primer lugar, ¿cómo había logrado escapar Job Trünicht? Tras el golpe, esa pregunta había estado en la mente de todos. Tanto el director interino del cuartel general de operaciones conjuntas como el comandante en jefe de la armada espacial habían sido arrestados, entonces ¿por qué había sido posible que el presidente evadiera el ataque?

¿Significaba eso que Trünicht había recibido información sobre el golpe? Todo lo que cualquier persona podía pensar era que debía haber tenido un informante en el interior que le había dicho la fecha y la hora en que tendría lugar el golpe. Si no, nunca podría haber desaparecido de su oficina como si hubiera sido planeado. Incluso el almirante Bucock, comandante en jefe de la armada espacial, parecía haber recibido información vaga al respecto, no es que hubiera habido nada que pudiera haber hecho con eso. Desde esa perspectiva, Trünicht seguramente debe haber sabido bastante.

El almirante Greenhill le ordenó a un hombre llamado Capitan Bay que eliminara tales discusiones, ya que creía que nada bueno saldría si sus pocos compatriotas comenzaban a mirarse con sospecha. Las voces de los chismosos, sin embargo, solo fueron bajadas, y sin desaparecer por completo, una atmósfera insidiosa comenzó a circular entre los miembros del Congreso Militar.

Pasaron varios días en medio de la ansiedad y la inquietud, sin que la situación mejorara en lo más mínimo.

Y entonces la catástrofe golpeó. Era lo que las generaciones posteriores llamarían la masacre del estadio.

Estadio Memorial Heinessen, como el planeta en el que se encontraba, tomó su nombre del padre fundador de la alianza. Esto se debió en parte a que las ceremonias nacionales se llevaron a cabo allí en alguna ocasión, pero otra razón para ese nombre fue la idea de elevar la conciencia nacional. Eso hizo que este nombre, carente de originalidad, fuera inevitable.

El día que ocurrió fue el 22 de junio.

Los ciudadanos se reunían dentro de ese enorme estadio, que tenía capacidad para albergar a trescientos mil espectadores. La corriente de personas comenzó por la mañana, y al mediodía el número había llegado a doscientos mil.

La declaración de ley marcial prohibió grandes reuniones de personas. El Congreso Militar para el Rescate de la República se asombró de este acto abierto de desafío, y sus miembros se pusieron blancos de rabia cuando supieron el propósito de esta asamblea. El eslogan que decía “Asamblea de ciudadanos para restaurar la paz y la libertad y oponerse a la regla por la violencia” fue sorprendentemente audaz y provocativo.

¿Quién está detrás de esto…?

Observaron el asunto y luego surgieron gruñidos de la mesa en el resultado.

¡Esa mujer!

Jessica Edwards. La asambleísta elegida para representar al distrito de Terneuzen, había estado a la vanguardia del movimiento contra la guerra. Era la mujer que una vez había acusado públicamente al presidente de la

Comisión de Defensa, Trünicht, y nunca había dejado de criticar la estupidez de la guerra y los militares. A pesar de la declaración de ley marcial, ella había escapado del arresto hasta el momento porque en este momento era todo lo que el golpe podía lograr para capturar a los líderes más altos en el gobierno y el ejército; simplemente no tenían la mano de obra para perseguir a los líderes de los partidos minoritarios en la asamblea.

"Dispersen a la multitud y arresten a la asambleísta Edwards". El hombre que recibió esa orden y se apresuró al estadio liderando a tres mil soldados blindados fue el Capitán Christian, y esta fue una decisión personal que los líderes del Congreso Militar para el Rescate de la República vendrían a lamentarse después.

Desde el principio, el Capitán Christian no tenía la intención de iluminar gentilmente a la multitud.

Liderando a sus tropas blindadas, entró en el estadio, colocó guardias en la entrada y, después de intimidar a la multitud con su arma, ordenó a sus subordinados que encontraran a Jessica y la llevaran ante él.

Jessica se presentó ante el capitán voluntariamente y, en tono intransigente, le preguntó por qué los soldados armados estaban interfiriendo con una reunión pacífica de ciudadanos.

"Para restaurar el orden".

"¿Orden? ¿No fueron originalmente ustedes — ustedes, miembros del Congreso Militar para el Rescate de la República, quienes interrumpieron el orden público con su violencia? Cuando hablas de orden, ¿qué se supone que significa eso en el mundo?"

"El orden es lo que decidimos que es", replicó el capitán Christian con altanería. Albergando en sus ojos estaba la locura de alguien que creía que no había límites a su poder y autoridad. "Vivir bajo una mobocracia ha hecho que la sociedad de la alianza pierda toda moderación, y debe ser devuelta a la normalidad". Dirigiéndose a sus soldados, continuó: "Ahora voy a averiguar si la gente que habla de pacifismo irresponsable está

dispuesta a hacerlo. Así que a riesgo de sus vidas. Tráeme exactamente diez manifestantes y alinéalos aquí. Cualquiera de ellos lo hará.”

Los soldados que recibieron esa orden le arrastraron a cerca de diez de los participantes masculinos. Voces disidentes se alzaron entre los ciudadanos atrapados dentro del estadio, pero el capitán los ignoró. Después de mostrar que sacaba su desintegrador, se paró frente a aquellos hombres que, comprensiblemente, se habían puesto pálidos.

“Ciudadanos de altos ideales…” Se burló de ellos y miró a la multitud. “Piensas que un discurso pacífico es mejor que la violencia. Eso es lo que todos quieren decir, ¿no es así?”

“Eso es correcto”. Uno de los jóvenes que habían sido adelantados le había respondido con voz temblorosa. En ese instante, la muñeca del capitán destelló, y el culatazo de su desintegrador le rompió el pómulo al joven.

“Y el próximo hombre…”

Sin escatimar una mirada al hombre que había caído silenciosamente al suelo, el capitán le preguntó a un hombre flaco de mediana edad: “¿Todavía dices lo mismo?”

El capitán presionó su desintegrador contra la sien del hombre. El hombre parecía aterrorizado por la sangre en la culata. Todo su cuerpo comenzó a temblar, gotas de sudor frío brotaron de su rostro pálido, y suplicó: “Lo siento. Por favor, tengo una esposa y un niño. Por favor, no me mates…”

Riendo a carcajadas, el Capitán Christian levantó la pistola láser sobre su cabeza y puso la culata contra la cara del hombre. Su labio superior estalló, y la sangre salió volando con pedazos dispersos de dientes frontales. El hombre gritó y estaba a punto de caer, pero el capitán lo agarró por el cuello y le dio otro golpe. El sonido de su nariz rompiéndose era audible.

“Escuche, hablen así de grande cuando ni siquiera están listos para morir por eso… Vamos, intente decir esto: ‘La paz solo se conserva a través de la fuerza militar. La paz no puede existir separada de la flota’. Dígalo. ¡Dilo!”

“¡Para!”

Jessica atrapó al hombre cuando se derrumbó y, levantando la cabeza, lo tumbó suavemente en el suelo. Entonces ella se puso de pie. El capitán vio llamas de ira ardiendo en sus ojos.

“¿Crees que si estás listo para morir por eso, puedes hacer cualquier cosa estúpida? ¿Alguna cosa terrible?”

“Cállate, tú…”

“Hay una raza de personas que imponen su propia justicia a otros a través de la violencia. Vienen en todos los tamaños, desde grandes como el fundador del Imperio Galáctico, Rudolph von Goldenbaum, hasta pequeños como usted, Capitán… Usted es el propio hijo de Rudolph. Entiende eso. ¡Y luego sal de este lugar donde no tienes derecho a estar!”

“¡Tú puta!”

En el instante en que jadeó esa palabra, el hilo de su razón se rompió sin un sonido. Un desintegrador ya manchado con la sangre de otros dos fue golpeado en la cara de Jessica. Tres veces, luego cuatro, el capitán la golpeó con todas sus fuerzas, el brillo de la cordura se había desvanecido de sus ojos. La piel se separaba.

La sangre voló por el aire, formando puntos de colores por todo el uniforme del capitán.

Civiles y soldados miraban aturdidos el frenesí de la capitana, pero cuando por fin Jessica estaba tendida en el suelo cubierta de sangre fresca y la capitana aún pisoteaba su rostro con su bota de uniforme, un coro de gritos se elevó como una explosión, y uno de los civiles golpeó su propio cuerpo contra el capitán. El capitán se tambaleó, y luego, con las mejillas torcidas de furia, bajó su arma sobre la espalda del hombre. Hubo un ruido sordo, pero fue borrado por completo por innumerables gritos de rabia y pasos de una multitud que estaba empezando a estallar. Las cosas se convirtieron

rápidamente en un choque en toda regla. El capitán desapareció bajo los pies de la multitud.

Los soldados utilizaron rifles de rayos para cortar a los civiles, pero cuando los rifles se quedaron sin energía o fueron capturados por la fuerza por civiles, no había nada que pudieran hacer ante el furioso mar de personas. Fueron golpeados en el suelo y pisoteados.

El Congreso Militar para el Rescate de la República se sorprendió de manera uniforme cuando sus miembros se enteraron de los disturbios en el estadio. Intentaron calmar a la gente, pero cuando quedó claro que los civiles habían robado varias docenas de rifles, decidieron que no había espacio para el diálogo y que se redujo a la represión por la fuerza.

Un gran número de bombardeos de gas se dispararon al estadio. El gas en sí no tenía poder para matar, aunque no pocas muertes resultaron de los impactos directos de los proyectiles. Los que se derrumbaron después de respirar el gas fueron arrestados por cargos de violar la ley marcial y encarcelados, pero aun así, muchos de los involucrados lograron escapar. La falta de personal impidió que los militares los persiguieran y arrestaran, y la policía de seguridad no era simplemente poco cooperativa, sino que mostraba una tendencia hacia el sabotaje activo. E incluso si las transmisiones estuvieran estrictamente controladas, silenciar la voz de cada persona era simplemente imposible. Tratar con las consecuencias de este incidente fue extremadamente difícil. Solo en términos de muertes, las cifras aumentaron a más de 20,000 civiles y 1,500 soldados.

“¿Qué hacemos si toda la ciudad — o todo el planeta — se alzan juntos? No hay manera de que podamos manejar eso. Y tampoco podemos masacrarlos a todos…”

Los miembros del Congreso Militar para el Rescate de la República se habían dado cuenta demasiado tarde de que eran una minoría que nunca había tenido el apoyo del pueblo.

V

Bagdash, que había sido sedado con un agente adormecedor, por fin abrió los ojos. Cuando se le informó de la situación, se sentó aturdido por un rato y luego — inexplicablemente — pidió una reunión con Yang.

Esto ocurrió justo cuando Yang estaba terminando de mala gana su jugo de vegetales después de la cena. A diferencia del té oscuro, no podía gotear el brandy en el jugo de vegetales. Bagdash, quien apareció en ese momento acompañado por von Schönkopf, admitió claramente que el objetivo final de su misión había sido asesinar a Yang. Luego continuó diciendo: “Y la razón por la que participé en el golpe fue porque pensé que tenía posibilidades de éxito. No puedo pararme aquí y decir que fue solo un terrible malentendido. Sus estrategias inteligentes superaron todas nuestras predicciones, por lo que no hay nada que hacer al respecto ahora”.

Sin decir nada, Yang se quedó mirando el fondo de su vaso de papel.

“Honestamente, si no hubieras estado allí, todo hubiera funcionado perfectamente. Realmente te metiste.”

Al verlo derramar su sincera decepción y frustración, Yang no pudo evitar dejar que una sonrisa irónica se deslizara en su rostro.

“Entonces, ¿solicitó esta reunión para poder registrar quejas sobre mí… para mí?”

“No es eso”.

“Bueno, entonces, ¿qué es?”

“Quiero dar vuelta a la página. Quiero trabajar bajo su mando”.

Yang giró el vaso de papel vacío y sin sentido en su mano.

“Me pregunto si realmente eres capaz de deshacerte de la ideología y la

convicción y convertir eso fácilmente”, dijo.

“¿Ideología? ¿Convicción?” Dijo Bagdash con desprecio descarado. “Esos son solo los expedientes para pasar por la vida. Si se interponen en el camino de mi vida, entonces salen por la puerta”.

Fue de esta manera que Bagdash llegó a ser tratado como alguien que voluntariamente había bajado los brazos y se había rendido, y estaba confinado a cuartos en una cabina a bordo de *Hyperion.* Sin embargo, tenía una actitud insolente y se quejaba de que no había vino con sus comidas. También exigió que los soldados que le trajeran sus comidas fueran mujeres — y de extraordinariamente bellas, para arrancar. El oficial a cargo de cuidarlo se enojó y se quejó con Yang por su actitud, pero el joven comandante de cabello oscuro no dijo la palabra “¡Inexcusable!”

“Bueno, ¿por qué no?”, Dijo. “No estoy tan seguro de lo de las mujeres soldado, pero no me importa si al menos le das vino”.

La amabilidad hacia los hombres descarados e imprudentes de alguna manera parecía un punto extraño de comunalidad entre Reinhard y Yang.

Pasaron dos o tres días, y Bagdash apareció ante Yang una vez más. Yang estaba en su habitación privada, hasta su cuello en el trabajo de escritorio, mientras lidiaba con las consecuencias de la batalla, planeaba la siguiente operación, reorganizaba las unidades, etc.

“Para ser honesto”, dijo Bagdash, “estoy cansado de andar sin nada que hacer. He empezado a querer trabajar. ¿Crees que podrías darme algún tipo de deberes?”

“No te preocupes por eso. Pronto te daré un buen uso.” Yang sacó un arma del cajón de su escritorio.

“Mi arma. Te dejaré que lo tomes prestado. No me sirve de nada, incluso si lo llevo”. La reputación de Yang como un tirador de mala calidad estaba bien establecida.

“Yo, uh, lo aprecio…” Bagdash murmuró mientras tomaba el arma, comprobó que había una cápsula de energía cargada, y miró a Yang, cuyos ojos estaban fijos en sus papeles. En silencio, giró el cañón hacia él.

“¡Almirante Yang!”

Yang miró el sonido de su voz, pero aunque vio que el cañón se apuntaba a sí mismo, su expresión no cambió realmente, y volvió a mirar el papeleo una vez más.

“No le digas a nadie que te dejé tomar prestada esa pistola, oficial. A Murai y los demás les gusta molestar. Si entiendes eso por adelantado, estaremos bien. En cualquier caso, una vez que se decida su estado, se le entregará un arma oficialmente”.

Bagdash se rió un poco y puso la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, colocándola de manera que no se notara. Saludando a Yang, se volvió hacia la puerta. Y luego, su rostro se congeló por primera vez.

La aguda mirada de Julian Mintz penetraba la cara de Bagdash como una flecha. Tenía una pistola en la mano, y apuntaba con precisión directamente al corazón de Bagdash.

Bagdash se aclaró la garganta ruidosamente y le mostró ambas manos a Julian, agitándolas. “Whoa, Whoa. No me mires así. Entiendo si estabas mirando. Que era una broma. No hay manera de que le dispare al Almirante Yang. Yo le debo.”

“¿Puedes decir que no hablabas en serio, ni siquiera por un instante?”

“¿Qué?”

“Si fueras a matar al almirante Yang, tu nombre pasaría a la historia, incluso si no fuera por un buen camino ¿Puedes decirme honestamente que la tentación no pasó por tu mente?”

“Ahora espera un minuto…” dijo Bagdash en voz baja.

No había apertura en la postura de Julian, e incapaz de moverse tanto como un dedo, Bagdash se quedó allí.

“Almirante Yang, por favor diga algo”, dijo Julian, finalmente pidiendo ayuda. Pero antes de que Yang pudiera responder, Julian gritó: “Almirante, no confío en este hombre. Incluso si él jura lealtad ahora, no hay manera de saber qué hará en el futuro”.

Yang tiró sus documentos a un lado, levantó ambas piernas sobre su escritorio y se cruzó de brazos.

“El peligro futuro no es razón para matar a alguien en el presente, Julian”.

“Lo sé. Pero tengo una buena razón”.

“¿Cuál es?”

“Mientras aún estaba preso, tomó un arma que pertenecía al almirante Yang Wen-li y trató de asesinar al almirante con ella. Eso es digno de muerte”.

Mientras Bagdash observaba la expresión despiadada de Julian, brotaban gotas de sudor en su rostro. El argumento de Julian convencería a casi cualquiera. Entonces se dio cuenta de que lo habían colocado en una posición insostenible que ni siquiera podría haber imaginado.

Yang se echó a reír.

“Todo está bien. Seguro que puedes dejar pasar una cosita como esa. Bagdash también ha tenido miedo el tiempo suficiente. ¿No te sientes mal por él? sudoración de perezoso, ¿verdad?”

“Pero, Almirante…”

“Está bien, Julian. Comandante, eso será todo. Puedes irte ahora.”

Julian bajó el arma, pero los ojos que miraban a Bagdash no eran menos

duros y puntiagudos. El comandante respiró hondo.

“Bueno, bueno, estás más asustado de lo que pareces, niño”, dijo Bagdash en su salida. “Me aseguraré de no olvidar que tus ojos están en mi espalda.”

Julián se volvió hacia su tutor legal con insatisfacción. “Almirante, si acabara de dar la orden, no habría dejado que ese hombre salga de aquí”.

“Está bien. Bagdash es un hombre que conoce su aritmética. Mientras yo siga ganando, no nos va a traicionarme. Por ahora, eso es suficiente. Y además…”

Yang bajó las piernas, que habían sido apoyadas en su escritorio.

“En la medida de lo posible, no quiero obligarte a matar gente”.

Yang sabía que estaba siendo egoísta. Después de todo, estaba obligando a los hijos de otras familias a matar. Pero aún así, ahí era donde yacían honestamente los sentimientos de Yang.

Ya estaban en julio, cuando se conoció la hora de la Masacre del estadio en Heinessen, se deslizó a través de la red de controles de transmisión y se abrió camino a Yang. Cuando Yang se enteró de la muerte de Jessica Edwards, no dijo nada sobre el tema. Se puso las gafas de sol y ocultó la vista, y ni una sola vez se las quitó todo el día. Al día siguiente, su apariencia y comportamiento no fueron diferentes de lo habitual.

Yang, habiendo asegurado el medio ambiente detrás de él, ahora dirigió su atención hacia Heinessen, el cuarto planeta del sistema Baalat. Fue a finales de julio cuando comenzó a mover la flota, y fue claro ver que este despliegue resolvería las cosas de una manera u otra con respecto a la rebelión. Nadie entre la flota fue capaz de ocultar su ansiedad, excepto el propio Yang.

Capítulo 06: Valor y fidelidad.

I

AL COMIENZO DE JULIO, se envió una orden a Siegfried Kircheis, quien estaba encabezando un destacamento alejado de Reinhard para obtener el control de las regiones estelares periféricas.

Kircheis había tenido plena discreción sobre la administración táctica de los territorios ocupados bajo su mando. Algunos incluso lo llamaron, medio en broma, el “Rey de los remansos”. No es que alguien le hubiera dicho esto a la cara, por supuesto.

Respaldado por la plena confianza del joven mariscal imperial, el joven pelirrojo había trabajado diligentemente para someter la frontera. Aunque no había habido un combate a gran escala, había logrado victorias rotundas en cada una de las más de sesenta batallas que había peleado. Permitió que los ciudadanos de los planetas que ocupaba se gobernaran a sí mismos, mientras hacían todo lo que estaba a su alcance para salvaguardar la seguridad interplanetaria entre ellos. Su estricta prohibición del saqueo del territorio capturado lo distinguió del latón habitual y causó una gran impresión en la población.

Por eso Reinhard le había dado la tarea en primer lugar.

Después de leer sus órdenes, Kircheis llamó a sus dos vicealmirantes, August Samuel Wahlen y Kornelias Lutz.

Pueden haber sido mayores, pero, de nuevo, no había un solo almirante en el imperio ni en la alianza que era más joven que Reinhard y Kircheis.

“¿Qué pasa, Comandante?”

“Perdóneme, pero he recibido órdenes del Marqués von Lohengramm para nosotros”. A pesar de su estatus más alto, el joven pelirrojo supo comportarse con respeto con respecto a sus mayores. “Debido a la discordia entre él y el duque von Braunschweig, el marqués von Littenheim encabeza actualmente una flota de cincuenta mil naves en nuestro camino. Si bien esto es nominalmente con el propósito de recapturar las regiones estelares de la frontera, podemos decir con seguridad que es realmente una cubierta para las actividades de facción. Nos han ordenado participar y destruir”.

Lutz y Wahlen estaban incómodos. Sería su primera confrontación con una fuerza tan grande en esta guerra civil.

Una recopilación de inteligencia vital reveló que las fuerzas de von Littenheim habían ocupado el sistema Kifeuser — y específicamente la Fortaleza Garmisch dentro de él — como su base de operaciones.

“Una batalla decisiva nos espera en el sistema Kifeuser. Cuando llegue el momento, dirigiré un destacamento de ochocientas naves de la flota principal”.

“¿Sólo ochocientas naves?”

Wahlen y Lutz ampliaron sus ojos ante esta figura. Kircheis asintió, tranquila como siempre.

Aunque el enemigo había desplegado cincuenta mil barcos, no estaban desplegados en formaciones de acuerdo con la función. En su lugar, una mezcla de naves militares de diferentes grados de potencia de fuego y maniobrabilidad — cruceros de alta velocidad junto a naves de combate, acorazados al lado de naves torpederas — mezclados en un caos desordenado. Todo esto connota una falta de coherencia tanto en la planificación táctica del enemigo como en la cadena de mando.

“Es una muchedumbre indisciplinada, es lo que es. No tenemos por qué temer”, declaró Kircheis.

Lutz y Wahlen se encontraron con el enemigo de frente. En lugar de tomar la línea del frente, optaron por una formación escalonada, con Lutz empujando en el puerto y Wahlen retrocediendo en estribor. En caso de que el enemigo los atacara en masa, Lutz debía atacar primero. En el tiempo que le tomó a Wahlen unirse a la refriega, Kircheis giró sus propios ochocientos cruceros hacia el flanco derecho del enemigo. Luego, una vez que Wahlen hubiera entrado en combate, Kircheis cargaría el centro nervioso del enemigo, lanzaría un golpe paralizante y saldría por el flanco izquierdo. En ese momento de confusión, Lutz y Wahlen se lanzaron a una ofensiva total.

“Lo más probable es que podamos ganar con esta estrategia — solo debemos tener cuidado de no seguirlos demasiado”.

El joven pelirrojo sonrió abiertamente a sus dos vicealmirantes. Era todo lo que Lutz y Wahlen podían hacer para ocultar su asombro. Cuando propuso este formidable ataque de corte y carrera, un plan táctico que tenía el propio comandante al frente de la carga, este joven aparentemente de modales sonrió sin el más mínimo aire de nerviosismo.

Pensaban que no se podía esperar menos del vasallo más confiable del marqués von Lohengramm. Una vez más, había causado una profunda impresión, demostrando que su ascendencia era algo más que un beneficio de ser el amigo de la infancia de von Lohengramm.
El plan de Kircheis era tomar la estrategia de Yang Wen-li de dividir a toda su flota en fuerzas de soporte de alta velocidad para las fuerzas expedicionarias y de retaguardia, y desplegarla en el nivel táctico en su configuración más aguda.

La descarga de la batería principal de Von Littenheim actuó como una obertura del primer acto de la Batalla de Kifeuser. Miles y miles de estrías de luz se extendieron por el oscuro vacío, cayendo sobre los campos de

neutralización de energía que rodeaban las fuerzas de Kircheis. Las partículas se aniquilaron entre sí, y la flota de Kircheis fue envuelta gradualmente en una niebla espectral.

La flota de Kircheis tenía una formación diagonal y avanzaba con cautela. En poco tiempo, la flota del puerto de Lutz abrió sus bahías de armas a una distancia de seis millones de kilómetros.

Un dramático estallido de energía asaltó la flota de von Littenheim. Los explosivos grabaron un mosaico de luz cuando la flota de Lutz finalmente entró en contacto con el enemigo, y el combate a corta distancia de las peleas aereas se añadió a lo que hasta ahora había sido una batalla con cañones.

La flota de Wahlen todavía estaba alejada del enemigo, capturando solo una cantidad insignificante de los disparos.

Kircheis se levantó de la silla de su capitán en el buque insignia de *Barbarossa* y despejó su flota de alta velocidad de ochocientos para el lanzamiento. Se pusieron a la sombra de las fuerzas de avance de Wahlen, esperando el momento adecuado para emerger, trazando un arco para golpear a von Littenheim donde más le dolería.

Incluso cuando se volvieron para enfrentar a la enorme flota del enemigo, las fuerzas de von Littenheim fueron superadas por disparos desde una dirección inesperada. Los comandos para devolver el fuego volaron y los arcos de las naves giraron para encontrarse con el escuadrón de ataque sorpresa. Solo que esta vez, las vigas y los misiles en gran número se lanzaron sobre ellos desde el frente. La flota de Wahlen, ahora dentro del alcance, había comenzado su ataque.

Mayhem barrió las fuerzas de von Littenheim mientras se apresuraban a averiguar con quién tratar primero. Era más de lo que Kircheis podría haber esperado.

La batería principal del buque insignia *Barbarossa* lanzó tres descargas sucesivas. Los haces de luz cortan una fila de las naves de von Littenheim.

Esta cadena de explosiones se resolvió en un enorme agujero en el centro de la flota, permitiendo el acceso de *Barbarossa* cuando irrumpió en medio de sus adversarios. Ochocientos barcos hicieron lo mismo.
Una enorme cuña había sido empujada por la mitad de las fuerzas de von Littenheim, moviéndose con una velocidad cegadora. Los almirantes de Von Littenheim intentaron rodear a los invasores, pero incapaces de contar con su celeridad y hábiles maniobras, sus pérdidas solo aumentaron. La flota de Kircheis emergió del costado del puerto de la columna enemiga una vez, y con eso solo la estrategia había tenido éxito. Aun así, modificaron el rumbo y volvieron a romper el núcleo del enemigo. Kircheis y su flota de ochocientos efectivos se lanzaron en el corazón vulnerable del gran ejército.

El caos y la confusión se intensificaron. Una vez que se extendió al perímetro de la flota, Lutz y Wahlen cargaron con todo lo que tenían. Cuando el caos desde adentro chocó con eso desde afuera, el ejército de von Littenheim enfrentó cierta derrota. Su buque insignia, *Ostmark*, fue detectado a corta distancia por las naves de Kircheis.

“Ese es el buque insignia del marqués von Littenheim. No dejes que se escape. ¡Quiero al cabecilla que comenzó esta guerra!”

Cuando Kircheis cumplió sus órdenes sobre FTL, toda la flota cargó contra el buque insignia enemigo, su único objetivo era la victoria total.

El marqués von Littenheim se estremeció ante las imágenes en su pantalla mientras sus aliados acorazados se reducían a nubes de calor blanco en medio de la lluvia de fuego concentrado. A medida que el contacto con su nave insignia se hizo inminente, su consternación se convirtió en terror. Por orden de su comandante, ahora bordeando un grito, el Ostmark cambió de rumbo, como si estuviera fuera de la locura, y huyó.

Si voy a pelear con un mocoso, preferiría que hubiera sido el de cabello dorado. Ese secuaz pelirrojo suyo no está a la altura, pero tendrá que hacerlo.

Esas fueron las palabras que el marqués von Littenheim había pronunciado antes de intercambiar golpes con Kircheis.

La jactancia del marqués von Littenheim se había perdido en algún lugar de la zona de batalla. Antes de que pudiera retirarse, innumerables manchas de luz aparecieron ante él. Una flota de sus naves de suministro había sido estacionada en la parte trasera en preparación para la batalla prolongada. Pero ahora, para el marqués von Littenheim, no eran más que un obstáculo en su camino de retirada.

“¡Abran fuego!”

El oficial de artillería apenas podía creer lo que estaba oyendo.

“Pero están de nuestro lado, Su Excelencia. Disparar sobre ellos ahora significaría… ”

“Si están de nuestro lado, ¿por qué están bloqueando mis esca — Quiero decir, nuestro cambio de curso, por supuesto? No me importan quiénes sean. ¡Fuego! ¡Dije fuego!”

Así, la batalla de Kifeuser dio lugar a una tragedia aún mayor. Una flota de suministro desarmada fue atacada por su propio bando con el único propósito de abrir una ruta de escape. Era un símbolo grotesco del absurdo de la guerra misma.

Consciente de que sus aliados estaban tomando vuelo, la flota de suministro cambió lentamente de rumbo.

En medio de esa maniobra, sin embargo, los operadores gritaron con shock.

“¡Las ondas de energía y los misiles se están acercando rápidamente! ¡Maniobras evasivas imposibles!”

“¿El enemigo?”

Era natural que los oficiales hubieran reaccionado de esta manera. Situados como estaban en la retaguardia, esperaban ser salvados del fuego cruzado, lo que solo podía significar que los enemigos habían estado al acecho cerca.

“No, son nuestros aliados —”

Un destello los erradicó a todos antes de que el hombre pudiera terminar su última declaración.

La nave que ahora había sido sacrificado al fuego amigo era el *Passau 3* , atacado por ojivas de neutrones desplegadas desde cañones de riel.

En un solo momento, una furiosa tormenta de neutrones llenó la nave, derribando a toda la tripulación.

Significaba una muerte casi instantánea. Solo un hombre, un sargento Kurlich, que había estado inspeccionando las provisiones en la bodega de carga del barco, logró sobrevivir unos segundos más, rodeado por una pared interior gruesa y contenedores de transporte.

El sargento cayó al suelo, incapaz de comprender lo que le había sucedido. ¿No los había estado protegiendo la flota principal? ¿Quién podría haberlos atacado? ¿O ha habido algún tipo de accidente?

En cualquier caso, tenía que levantarse. Salir y averiguar qué había pasado. Para vivir y volver a casa, donde lo esperaban su esposa y sus gemelos recién nacidos.

Sin embargo, no pudo levantarse. Una mancha púrpura apareció en el dorso de la mano del sargento mientras se aferraba a la pared. La mancha se hizo más grande, cubriendo su piel y burbujeando hasta que penetró sus tejidos biológicos hasta la última célula.

En el momento de la explosión, el teniente Rinser del buque de suministro *Düren 8* fue arrojado contra una pared. Sintió un dolor punzante en su brazo derecho justo antes de perder el conocimiento.

Cuando llegó, se encontró rodeado de humo y cadáveres. Tosió

violentamente, perdiendo el equilibrio mientras trataba de ponerse de pie. Miró hacia abajo a su propio cuerpo y especialmente a su brazo derecho, ahora ausente desde el codo hacia abajo.

Durante la explosión, un pedazo de escombros voladores lo había cortado. Sus músculos se habían contraído de inmediato por lo repentino de todo esto, resultando en un dolor y sangrado sorprendentemente pequeños.

“¿Hay alguien ahí?”, Dijo el teniente Rinser, sentado en el suelo. Su tercer intento de este tipo produjo una débil respuesta, y una pequeña figura enmarcada se le acercó tambaleándose.

Rinser enarcó las cejas. Debajo del despeinado cabello dorado había una cara.

—Sólo la de un niño— empapado de sangre y ceniza.

“¿Qué hace un niño de tu edad en un lugar como este?”

“… Soy un estudiante. Estaba en camino a la Fortaleza de Garmisch para ser asignado como auxiliar de vuelo.”

“Ah, entiendo. ¿Y cuántos años tienes?”

“Tengo trece años— o los tendré en cinco días”.

“El mundo realmente debe estar terminando cuando los niños comienzan a aparecer en zonas de guerra”.

El teniente soltó un suspiro y, al darse cuenta de que no era el fin del mundo, supo que sus heridas y las del niño necesitaban atención. Indicó dónde había un botiquín de primeros auxilios e hizo que el niño se lo llevara.

Después de adormecer sus receptores de dolor con un spray de enfriamiento, desinfectó la herida y la envolvió en una gasa protectora. Las heridas y abrasiones del niño, junto con sus quemaduras de primer grado,

mostraron que el destino había estado de su lado. El niño quedó sin aliento ante la pantalla única que había logrado evitar ser dañado.

“Parece que el enemigo se está acercando”.

“¿Enemigo?” Dijo el teniente con cautela. “¿Quién es este enemigo? Los que nos hicieron esto son—”

Mientras se levantaba, luchando por mantener el equilibrio, Rinser activó el sistema de señal de emergencia y presionó un botón verde.

“Por la presente me entrego. Hemos sido herido a bordo y buscamos asilo en nombre de la humanidad”.

Humanidad. El teniente frunció los labios. Si rescatar al enemigo era la humanidad, ¿a qué llamas matar a tus propios camaradas?

“¿Te vas a rendir?”

“¿Estás en desacuerdo, niño?”

“Por favor, no me llames ‘niño’. Tengo un nombre propio. Es Konrad von Moder.”

“Bueno, eso es una coincidencia. Yo también soy Konrad. Konrad Rinser. Si el jóven Konrad piensa que rendirse está fuera de discusión, entonces, ¿qué propones que hagamos en su lugar? ”, Dijo el viejo Konrad burlonamente.

La cara del niño se puso roja de vergüenza.

“No lo sé. Me sentiría triste rendirme, pero tampoco es que podamos luchar. Estoy perdido.”

“Entonces déjame a mí”, dijo Rinser, abriendo torpemente una botella de alcohol con la mano restante. “Tengo catorce años más que tú, lo que se traduce en catorce años más de sabiduría y experiencia. No es que algo de

esa sabiduría me haya ayudado a ver los verdaderos colores de mi propio comandante”.

El otro Konrad observó, medio sorprendido, medio preocupado, mientras el joven teniente echaba hacia atrás el alcohol como si fuera una botella de vino.

“Oye, no me miras así. Sólo para fines medicinales. Nunca me ha fallado todavía”.

El sonido de un timbre se superpuso con el final de la oración del teniente.

El alivio había llegado.

Alivio enemigo.

II

Aunque el marqués von Littenheim había escapado a la fortaleza de Garmisch, su flota había sido destruida casi por completo. Entre sus cincuenta mil barcos, tres mil se lo habían llevado a Garmisch, mientras que cinco mil, después de huir de la zona de batalla, se habían dispersado a lugares aleatorios. Dieciocho mil habían sido aniquilados, mientras que el resto había sido capturado sumariamente o se había rendido. El desgraciado golpe y fuga del marqués von Littenheim contra las naves aliadas había debilitado la moral de sus hombres.

Kircheis tenía la fortaleza de Garmisch rodeada y estaba acelerando los preparativos para tomarla por la fuerza cuando un solo POW solicitaba una audiencia. El joven oficial, aún en sus veinte años, aún no había sido equipado con una mano artificial, y la manga derecha de su uniforme colgaba suelta.

“Creo que puedo serle de utilidad, Excelencia”, dijo el teniente Rinser a modo de introducción.

“¿Cómo es eso?”

“Sospecho que ya lo sabes. Soy un testigo vivo del hecho de que el marqués von Littenheim mató a sus subordinados para salvarse a sí mismo”.

“Entiendo. Así que estabas a bordo de uno de las naves de suministro.”

“Mi brazo fue volado en el ataque. Digo que mostremos esto “, dijo, levantando el muñón de su brazo,” a los hombres en la fortaleza”.

“¿Supongo que su lealtad al marqués von Littenheim fue arrastrada con eso?”

“¿Lealtad?” La voz de Rinser adquirió una clave cínica. “Esa palabra tiene un bonito timbre, pero se abusa con demasiada frecuencia por conveniencia. Creo que esta guerra civil es una buena oportunidad para que todos reconsideremos el valor de la lealtad. Ahora millones de personas verán que ciertos tipos de líderes no tienen derecho a exigir la lealtad de sus súbditos”.

Kircheis reconoció el punto de teniente. Sin duda, la lealtad nunca había sido algo que se diera incondicionalmente. Era necesario que su receptor lo mereciera.

“Muy bien entonces. Por la presente solicito su colaboración. Envía un FTL a los hombres de Garmisch que piden su rendición”.

“Entendido…”

Los sentimientos complicados brillaban en los ojos del teniente.

“Si incluso cinco hombres dentro de la fortaleza comparten nuestros sentimientos, entonces la cabeza del marqués von Littenheim ya habrá rodado”.

La fortaleza de Garmisch contuvo su aliento colectivo. Su comandante, el marqués von Littenheim, se vio abrumado por el miedo y la inminente derrota. Además, había caído en una espiral de vergüenza por su propio comportamiento y su pérdida de cara con respecto a von Braunschweig, y se había llevado a la botella por consuelo.

Había transcurrido medio día desde la huida del marqués von Littenheim cuando una única nave de guerra que había logrado escapar de la búsqueda de Kircheis se acercó a la fortaleza y un oficial solitario compareció ante el marqués.

La cabeza del oficial estaba envuelta en un vendaje empapado de sangre— y un cuerpo, en verdad, la mitad superior de uno— estaba colgado sobre su hombro derecho.

Este enorme oficial caminó por el pasillo silencioso, porque los guardias no se atrevieron a llamarlo, y se detuvieron ante los centinelas antes de hablar.

Soy el comandante Rauditz del batallón de francotiradores de Wesel. Deseo ver al marqués von Littenheim”.

El líder centinela tragó audiblemente.

“Estaría encantado de ser intermediario, pero con ese cuerpo inmundo y sangriento, no puedo permitir que…”

“¡¿Inmundo, dices?!” Los ojos del comandante se encendieron con amenaza. Después de un suspiro, sus duras palabras resonaron en todo el salón. “¡Inmundo! ¡Estos son los restos del fiel sujeto del marqués! Este era mi subordinado, que arriesgó su vida luchando contra el enemigo para que el marqués pudiera escapar”.

Asustados por la resolución del teniente, por no decir nada del cadáver, los guardias se separaron cuando Rauditz dio un paso adelante.

La puerta se abrió para revelar la figura del marqués von Littenheim sentada en el otro extremo de una mesa.

“¡Qué estás haciendo aquí, estúpido imbécil!”

La mesa era un verdadero bosque de botellas de vino y copas. La piel del marqués había perdido la tensión y el brillo del día anterior, sus ojos ahora estaban oscuros e inyectados en sangre, e incluso el tono en su voz se había apagado.

“Soldado Paulus… este es el marqués von Littenheim, el hombre por el que tiraste tu vida. ¡Recompénsalo con un beso de gratitud por tu lealtad!”

Antes de que hubiera terminado, el comandante arrojó el cuerpo de Paulus con toda la fuerza que pudo reunir ante su comandante.

Al no tener tiempo para esquivarlo, el marqués von Littenheim extendió los brazos y atrapó el cuerpo del soldado por reflejo.

Con un grito indescifrable, el marqués von Littenheim cayó de su lujoso asiento al suelo. Al darse cuenta de que el soldado muerto todavía estaba en sus brazos, dejó escapar un grito bastante diferente y dejó el cuerpo a un lado. El comandante soltó una carcajada.

“¡Mátalo! ¡Mata a este ingrato ahora!”, Gritó el marqués von Littenheim.

El teniente se mantuvo firme. En su rostro, cubierto de sangre seca y aceite, sus labios se contorsionaron en una extraña sonrisa desafiando a los desintegradores dirigidos a él…

Los tripulantes del puente dirigieron su atención a las pantallas principales.

El globo de plata de la Fortaleza de Garmisch flotaba en los centros de ambas pantallas. Una sección de la pared exterior estalló en un destello blanco, seguido de erupciones de rayos apagados pero masivos de luz roja y

amarilla.

“Explotó.”

El operador solo había dicho lo obvio, pero los hombres, sin embargo, observaban la imagen ante ellos en un estupor.

“Eso está cerca del centro de comando”.

El teniente Rinser bajó la voz por alguna razón.

“Entiende. Muy bien entonces.”

Kircheis no quería desperdiciar la oportunidad que se le ofrecía. Ordenó a toda su flota rodear y bombardear la fortaleza antes de enviar naves de aterrizaje y soldados armados.

La poca resistencia que encontraron fue esporádica. Los soldados, desprovistos de su voluntad de luchar, ignoraron los enojados rugidos de los oficiales y perdieron sus armas en sucesión. Los oficiales al mando, también, dándose cuenta de la inutilidad de cualquier resistencia, levantaron sus manos en señal de rendición.

Kircheis ocupó la fortaleza — o, mejor dicho, las tres cuartas partes de ella se salvaron de la explosión. Ni siquiera se recuperó el cadáver del marqués von Littenheim, disperso en todas direcciones, como probablemente lo había hecho por el infierno de partículas de Seffl quemadas.

De un solo golpe, las fuerzas confederadas de los nobles habían perdido su segundo al mando y un tercio de su fuerza militar.

III

“Las fuerzas aristocráticas son grandes en espíritu, pequeñas en estrategia”. Así lo había dicho una vez el heterocromático Oskar von Reuentahl.

Imbéciles de sangre caliente, todos ellos, una evaluación dura, sin duda, pero una batalla en la que se han librado hasta el momento parece estar confirmando la gran cantidad de éxitos militares que él y sus compañeros estaban anotando.

Aun así, cuando luchaba con las fuerzas enemigas en la región estelar de Schan’n-tau, von Reuentahl había descubierto algo inesperado que lo obligó a cambiar su forma de pensar.

De sangre caliente como siempre. Y, sin embargo, no pudo evitar reconocer que estaban organizados de manera eficiente y con un control inteligente. Von Reuentahl había rechazado tres oleadas de agresión enemiga, pero se sorprendió por su tenacidad y la coordinación cohesiva con la que lanzaron su ofensiva. Las pérdidas incurridas fueron mayores de lo esperado, y para von Reuentahl, llegó el momento de deliberar.

Von Reuentahl comprendió de inmediato que un cambio de mando estaba detrás de la nueva eficacia del enemigo, ya que probablemente era Merkatz quien ahora estaba en la línea del frente. Fuera de él, no había nadie más entre las fuerzas confederadas de los aristócratas capaces de movilizar a las tropas con tanta eficacia.

Lo que significaba que von Reuentahl estaba en desventaja solo en lo que se refería a una diferencia de la fuerza militar. Puede que no haya sido un visionario, pero podría evaluar correctamente las capacidades de sus adversarios.

“¿Deberíamos retirarnos?”

Decidir retirarse cuando uno debería: también la marca de un gran comandante.

Incluso el abandono de Schan’n-tau no fue, desde un punto de vista estratégico, un gran problema. No era un bastión táctico indispensable, sino

solo una señal en su creciente radar de influencia. Aunque a él no le importaría plegar sus cartas en este caso, von Reuentahl dudó en emitir juicios rápidos para poder causar una impresión psicológica duradera en sus oponentes.

Después de una serie de derrotas y retiros, la adquisición de la Región Estelar de Schan’n-tau daría la apariencia de victoria a los aristócratas confederados. Lo ultimo espíritu de los cuerpos se elevarían y se enfrentarían a su próxima batalla en su ola. El desplume y el espíritu a menudo pueden superar la cuidadosa planificación de un oponente y llevar a la victoria; La historia estaba llena de ejemplos.

Una sonrisa maliciosa apareció de repente en los ojos azules y negros de von Reuentahl.

“Muy bien, nos retiraremos. Schan’n-tau no vale las vidas que costaría defender. Dejaremos la recuperación al marqués von Lohengramm”.

Si un oficial superior perdiera un sector ocupado por un subordinado, el oficial superior perdería completamente la cara. Por otro lado, si un oficial superior rescatara un sector ocupado por un subordinado, el resultado final probaría que el oficial superior tiene habilidades mucho más allá de las del subordinado. El oficial superior probablemente estaría irritado por el revés temporal, pero si él dijera: “Está más allá de mi capacidad. Muéstrame el verdadero valor de tus tácticas “, eso inflaría el orgullo del oficial superior y dejaría una gran impresión a largo plazo.

Así lo había contado von Reuentahl. Dado que no se podía esperar una victoria abrumadora, ese parecía el curso de acción más sabio. No fue un cálculo que su militar promedio obstinado y egoísta podría haber ideado.

Así que decidiendo, von Reuentahl comenzó los preparativos para el retiro. Con Merkatz como su oponente, no sería tan fácil. Este prometió ser el momento definitorio de su carrera táctica.

El 9 de julio, von Reuentahl emprendió la ofensiva. En varios puntos, concentró su fuerza militar y le hizo daño al enemigo dondequiera que iba.

Las fuerzas confederadas de los aristócratas, sin embargo, no mostraban ninguno de sus desórdenes anteriores, interceptando sistemáticamente su fuego como eran. Al ver que las líneas del frente de von Reuentahl se habían estirado hasta sus límites, lanzaron un contraataque preciso. Esto solo demostró lo hábil que era un comandante Merkatz.

Von Reuentahl no hizo ningún intento de responder de manera amable y, en cambio, hizo retroceder a su flota central. Mientras tanto, las fuerzas restantes estaban cambiando sus ángulos ligeramente y extendiéndose lateralmente. Estas maniobras se llevaron a cabo en concierto, aunque solo por el bien del espectáculo. Si uno los hubiera mirado desde el punto de vista adecuado, las fuerzas de von Reuentahl se habrían visto asumiendo una formación cóncava, flanqueando al enemigo en tres lados.

Los oficiales del personal de Merkatz también estaban al tanto de esto. A su comandante, les propusieron que redujeran su velocidad de avance para no atentar contra la estrategia del enemigo.

En el puente de su nave insignia, Merkatz cruzó los brazos, los movimientos del ejército de von Reuentahl se reflejaron de forma antinatural en sus ojos. Von Reuentahl era un táctico formidable por derecho propio, y Merkatz se preguntó si toda esta lucha no era solo un truco para deshacerse de ellos cuando escapaban…

Al final, Merkatz prestó atención al consejo de sus asesores. Debido al temperamento impetuoso de sus aliados, la causa de tantos dolores de cabeza, Merkatz tuvo que ser discreto cuando se trataba de tácticas. Si von Reuentahl realmente tenía la intención de escapar, podría asegurar la Región Estelar de Schan’n-tau sin más derramamiento de sangre. Habría sido diferente si el oponente hubiera sido el mismo Reinhard, pero como ese no era el caso, quería evitar una apuesta peligrosa.

Las fuerzas aristocráticas habían frenado su búsqueda. Esto lo verificó von Reuentahl, y sin bajar la guardia, ajustó con flexibilidad su formación cóncava mientras hacía un retiro cuidadoso. Sus fuerzas pronto alcanzaron el borde exterior de Schan’n-tau, y cuando la distancia entre el enemigo y el

aliado se ensanchó, rápidamente reorganizó toda su flota en una formación esférica defensiva y huyó a la máxima velocidad.

La Región Estelar de Schan'n-tau había caído en manos de las fuerzas confederadas.

"Ese von Reuentahl ha tirado todo en mi regazo, ¿verdad?"

Al escuchar el informe, Reinhard dio una sonrisa irónica. Comprendió muy bien la decisión de von Reuentahl de abandonar Schan'n-tau.

Por supuesto, para Reinhard, un alma de mente amplia como la de von Reuentahl era más atractiva que la de un simple militar que solo entendía las cosas a nivel táctico. No se podía esperar la lealtad de un hombre así si no se recompensaba; para ser su oficial superior se requería una demostración constante del talento y la capacidad de su puesto. A Reinhard le gustaba más esa sensación de tensión entre superior y subordinado. Fue porque hizo que incluso el sin encanto Von Oberstein pudo trabajar debajo de él.

Fue ese mismo von Oberstein quien habló ahora.

"El almirante Merkatz ha sido reconocido como soldado desde antes de que nacieras, Su Excelencia. Las cosas pueden ser un poco problemáticas si le dan rienda suelta".

"¿Rienda suelta? Pero hay un problema. No creo que el duque von Braunschweig sea lo suficientemente inteligente como para dejar que Merkatz suelte su correa".

"Como usted dice. El oponente al que nos enfrentamos no es el almirante Merkatz, pero si los que están tirando de las cuerdas sobre él."

IV

A su regreso a Gaiesburg, Merkatz fue bañado con toda clase de lugares floridos por parte de sus hermanos extáticos, pero no le devolvió ni una pizca de sonrisa.

“No es tanto que nuestras fuerzas lo adquirieron como nuestro enemigo lo abandonó. Nunca debemos sobreestimar nuestras propias habilidades”.

Un discurso cliché, incluso para ti, pensó Merkatz para sí mismo, pero al ver la incertidumbre en los ojos de estos nobles, sintió que no tenía más remedio que comenzar con lo básico.

“Entiendo. Eres un hombre cauteloso, almirante “, dijo Duque von Braunschweig con un rastro de molestia. *Un hombre aburrido se parece más a eso* — seguramente pensó, lo cual no estaba muy lejos de la verdad, ya que Merkatz no sentía nada. Si tal rasgo era más o menos, no podía decirlo. A pesar de haber sido condecorado muchas veces, su aburrimiento probablemente se había interpuesto en el camino de convertirse en un mariscal imperial. Por otra parte, esas tendencias podrían muy bien haber sido lo que hasta ahora le había impedido ser atrapado en las conspiraciones habituales que ocurrían en la corte.

A fines de julio, Reinhard envió a los nobles a la fortaleza de Gaiesburg un antiguo desafío al duelo.

El desafío se repitió ante los principales hombres de las fuerzas aristocráticas en el VTR, y su mensaje fue más que suficiente para alimentar su ira.

“Nobles bufones y cobardes”, les dijo Reinhard. “Si tuvieras el coraje encontrado en la punta de la cola de una rata, dejarías la comodidad de tu fortaleza y lucharías gloriosamente. Y si careces de tanto coraje, harías bien en abandonar tu orgullo y rendirte sin fundamento. Es la única manera de salvar sus vidas. No solo te permitiré vivir, sino que incluso te permitiré

mantener suficiente de tu fortuna para alimentar esas bocas tontas. El otro día, el marqués von Littenheim murió de un modo miserable, como seguramente merecía un hombre de su naturaleza cobarde. Si no deseas enfrentar el mismo destino, incluso tus mentes débiles pueden descubrir el mejor camino para elegir en este momento…”

“¿Cómo se atreve ese mocoso a hablarnos así?”

Los jóvenes nobles se volvieron casi locos de ira. Eso era exactamente lo que Reinhard quería. Cuando los oponentes perdieron su razón tan fácilmente, un desafío obvio como ese era más que suficiente, que Merkatz reconoció a regañadientes. Entre los jóvenes nobles, hubo incluso uno que despegó al golpear a sus soldados con un látigo eléctrico. Ese joven se había estado divirtiendo desde su niñez al azotar a los siervos en las tierras de su padre.

Poco después, la flota de Mittermeier, la vanguardia de las fuerzas de Reinhard, comenzó a perseguir la región que rodea la Fortaleza de Gaiesburg. Estas fueron claras provocaciones. Se desfilarían justo fuera del alcance de sus cañones, acercándose más y luego alejándose, alejándose y luego acercándose más.

Merkatz prohibió explícitamente una salida de cualquier tipo. Seguramente había un truco aterrador detrás del juego aparentemente infantil de Mittermeier. Aunque le explicó esto a los nobles, ellos simplemente no lo escucharon.

En el tercer día, finalmente se rompieron. Un grupo de jóvenes aristócratas desobedeció la orden de prohibición y lanzó un ataque a la flota de Mittermeier.

Las fuerzas de Mittermeier aparentemente fueron tomadas por sorpresa y fácilmente cayeron en desorden. Mittermeier logró escapar, abandonando una cantidad considerable de armamentos en el proceso. Al menos, eso es lo que parecía a los ojos de los jóvenes nobles.

“Es rápido para volar. Realmente pone el ‘gale’ en ‘Gale Wolf’, ¿no es

así?”

“¿Usted llama a eso una trampa? No había nada de eso. El almirante Merkatz es demasiado cauteloso por su propio bien”.

Habiendo asegurado las naves y suministros militares en cantidades masivas, los jóvenes nobles hicieron un regreso triunfal, sus pechos se hincharon de orgullo. Sin embargo, un aviso redactado con dureza los esperaba a su regreso.

“Todos ustedes se han ido en contra de la prohibición del comandante, comprometiéndose con el enemigo cuando sabían que no debían hacerlo. Una grave transgresión, por cierto. Serán juzgados en total conformidad con la ley militar. Necesitaré que entregues sus insignias y sus armas. Prepárense para su corte marcial.”

Era natural que Merkatz se adhiriera al protocolo. A pesar de que habían salido victoriosos, ignorar la orden de un comandante podría resultar perjudicial en el futuro.

Los jóvenes nobles estaban naturalmente llenos de descontento. Ya habían inhalado los humos de la victoria y se habían comportado como héroes. El barón Flegel, que tenía el rango de contraalmirante, arrancó su insignia y la tiró al suelo, gritando como el protagonista en una tragedia clásica.

“No tenemos miedo de morir. Una cosa es luchar contra el enemigo y caer en el campo de batalla, pero ser juzgado por un comandante que no posee valentía ni orgullo es más de lo que puedo soportar. Ahórrame tu corte marcial. ¡Déjame matarme aquí mismo, ahora mismo!”

“¡El contralmirante Flegel habla por todos nosotros!”, Corearon los jóvenes aristócratas. “No debemos dejarlo morir solo. ¡Matémonos todos para que la posteridad pueda conocer el orgullo de los nobles imperiales!”

Fue el narcisismo al extremo. El duque de Braunschweig no los reprendió por ello.

“Como esta no es una cuestión de batalla, en última instancia es mi derecho y mi deber, como líder, emitir un juicio”.

Desde que se enteró de la muerte del marqués von Littenheim, casi todo lo que había hecho era meter la nariz en la toma de decisiones de Merkatz. Se paró frente a estos jóvenes excitados, hablando con su voz resonante.

“Caballeros, su coraje y orgullo han mostrado a todos la verdadera esencia de la nobleza imperial. Usted ha asestado un golpe aplastante a esos presumidos plebeyos. No tenemos por qué temer a Mittermeier, ni siquiera a ese mocoso de cabello dorado que asume los títulos de marqués y mariscal imperial. Nosotros ganaremos. Y al ganar, les mostraremos que la justicia está de nuestro lado. ¡Viva el imperio!”

“¡Viva el imperio!”, Fueron los gritos entusiastas de los jóvenes nobles.

Merkatz no tenía nada más que decir. Quizás ese fue el momento en que su decepción se convirtió en desesperación.

“En cualquier momento, Von Oberstein”, dijo Reinhard.

Ya lo creo , asintió el consejero en jefe con los ojos artificiales.

Después de reunirse en el buque insignia de *Brünhild*, los almirantes recibieron instrucciones precisas para dirigir sus flotas a sus respectivos teatros de guerra.

V

Fue el 15 de agosto cuando las noticias del rápido acercamiento de Mittermeier llegaron a la Fortaleza de Gaiesburg. A diferencia de antes, hoy

Mittermeier atacaría activamente con misiles de hidrógeno de largo alcance.

“El general derrotado ha venido una vez más por otra pérdida descarada. Marca mis palabras: no importa cuántas veces pelee, uno que pierde solo engendra más pérdida”.

Ya habían venido a ignorar las órdenes y reglas de Merkatz. Abordaron sus naves de guerra y, sin esperar las instrucciones del controlador espacial, se apresuraron a ser los primeros en atacar.

Fiel a su forma, Mittermeier no pudo evitar el desprecio.

“Si solo los hijos idiotas de la aristocracia hubieran permanecido en su agujero, podrían haber vivido más tiempo. ¿Salieron solo para convertirse en mucho polvo espacial?”

Aunque era de la misma generación que “esos hijos idiotas de la aristocracia”, su experiencia de combate y sus elogios fueron mucho mayores que los de cualquiera de ellos.

Luchar contra una pandilla que ni siquiera podía ver a través de la estratagema de su anterior retiro simulado que bordeaba lo absurdo.

Sin embargo, ese día habían confirmado que el Duque von Braunschweig también se dirigía hacia ellos. La responsabilidad de Mittermeier era por lo tanto enorme. Tendría que soportar dos o tres farsas más antes de que el enemigo lo atrapara.

Ambas flotas se enfrentaron.

Innumerables cañones desataron innumerables estrías de luz. Estas energías direccionales destruyeron las naves en ambos lados, aplastándolas, y los rayos de luz de las explosiones explosivas también fueron destrozados por nuevas luces.

Sin embargo, fue una batalla de corta duración, ya que el ejército de Mittermeier comenzó su retirada gradual, eligiendo no luchar contra el

ataque total de las fuerzas aristocráticas.

“Qué desgracia. Se han escapado tantas veces que ya ni siquiera es un punto de vergüenza para ellos. Acabemos con los tontos con un solo golpe. Cogeremos al mocoso dorado y lo colgaremos de las vigas”.

Los nobles soltaron un grito de alegría, apresuradamente a sus naves de guerra.

Sin embargo, hubo un hombre que albergaba sospechas sobre la flacidez de Mittermeier. El vicealmirante Fahrenheit, un oficial formidable que había compartido el campo de batalla con Reinhard y Merkatz, mantuvo una distancia igual entre el Duque von Braunschweig y Merkatz, y advirtió a sus jóvenes aliados de sangre caliente.

“Mantén la distancia — puede ser una trampa”.

Lo cual era totalmente posible. Tenían que estar preparados.

Efectivamente, cuando las fuerzas aristocráticas se mantuvieron en su persecución, Mittermeier se lanzó hacia ellos con un repentino contraataque. Los aristócratas respondieron con amabilidad y continuaron luchando mientras Mittermeier se retiraba, lo que instó a los aristócratas a avanzar. Repitieron este baile numerosas veces. El momento de Mittermeier fue nada menos que exquisito.

De esta manera, las fuerzas confederadas fueron atraídas más y más profundamente hacia el corazón de la formación que Reinhard y von Oberstein habían dispuesto cuidadosamente para ellos. Las líneas del frente se estiraron hasta sus límites, y una vez que las comunicaciones del enemigo se vieron afectadas negativamente, Mittermeier volvió a colocarlos en ellas.

¿Esto de nuevo? Cuando los aristócratas demasiado confiados, observando ociosamente, intentaron un contraataque, las fuerzas de Mittermeier se acercaron a ellos con una velocidad y potencia increíbles, pulverizando a su grupo líder con el primer golpe.

Muchos nobles se redujeron a columnas de fuego junto con sus naves de guerra sin saber nunca lo que les había sucedido. Para cuando los operadores de aquellas naves que habían sobrevivido al primer ataque gritaron que la situación había cambiado, su entorno ya se había convertido en un panorama de destrucción y masacre. Fragmentos de naves de guerra explotadas por ataques de rayos directos brillaban como fragmentos de vitrales cuando sus flotas fueron golpeadas por olas de explosiones nucleares.

“¿Cómo se mira ahora, hijos tontos? Así es como luchamos. Recuerden eso durante el tiempo que puedan en esos cerebros primitivos suyos.”

Mittermeier iba a saborear su venganza al máximo. Comparado con la pintura con los dedos de los jóvenes nobles, su dominio de la batalla era una obra de arte.

Las fuerzas confederadas de los aristócratas cayeron en columna tras columna de naves, y su cadena de mando se había derrumbado mucho antes de eso. Ante las ingeniosas tácticas de Mittermeier, estaban condenados a ser eliminados uno por uno.

La resistencia, por supuesto, no era una opción viable, ya que una nave y luego otro se añadieron al festival de la carnicería.

“¡Retirada, retirada! Olvídate de los demás— ¡sal de ahí mientras puedas!”

Fahrenheit, viendo el desfavorable giro de los acontecimientos, ordenó una rápida retirada, y los nobles estaban ansiosos por seguir su ejemplo.

Sin embargo, olas de disparos brillantes asaltaron las fuerzas restantes de ambos lados, disparadas simultáneamente por el Almirante Kempf desde la izquierda y el Almirante Mecklinger desde la derecha.

Las fuerzas confederadas se desintegraron aún más con cada segundo que pasaba, y sus gloriosas columnas de naves fueron perdiendo densidad gradualmente.

Los nobles tomaron vuelo. Cuando por fin pensaron que estaban a salvo del ataque de Kempf, las flotas de Wittenfeld y Müller se cerraron a ambos lados. En un instante, los aristócratas en pánico se transformaron, naves y todo, en masas de escombros a la deriva en el espacio.

En el puente del buque insignia de *Brünhild*, Reinhard mostraba una sonrisa de satisfacción. Previendo la ruta de escape del enemigo, había tendido una emboscada. En este caso, debido a que dicha ruta fue la misma que se tomó durante el avance inicial, la predicción fue fácil de hacer. Dejaron de interceptar su camino de escape para evitar cualquier contraataque de última hora. Dejando pasar a la vanguardia enemiga, habían atacado desde la parte delantera y trasera. Esto no solo les dio una ventaja posicional, sino que también les permitió superar psicológicamente a sus enemigos de manera más efectiva con ellos en la carrera en comparación con una batalla campal.

"Muerto o vivo", dijo Reinhard, "Quiero que al Duque von Braunschweig sea traído ante mí. Quienquiera que consiga hacer esto, aunque sea un simple cadete, será nombrado almirante y será recompensado generosamente. ¡Aprovechen esta oportunidad!"

Su espíritu de lucha ahora fue aumentado por la codicia. Los nobles confederados, que habían perdido la voluntad de luchar y huir, ahora no eran más que un juego para cazadores. Al no tener a dónde ir, fueron capturados y destruidos al final de cada contraataque corto y desesperado.

Cuando el Duque de Braunschweig se recuperó, no había una sola nave aliada cerca de su nave insignia, y los innumerables puntos de luz que eran las flotas de Mittermeier y Von Reuentahl se acercaban por detrás. Un impacto violento sacudió su nave cuando una única cáscara de cañón de ráfaga sopló completamente su torreta trasera. La lanza de un rayo de energía rozó el cuerpo de su nave, afeitándose de una pared exterior y enviando oleadas de polvo metálico. La mano gigantesca e invisible de la muerte se había apoderado de su nave.

En ese momento, un enorme muro de luz apareció delante de él. Merkatz,

oculto en la retaguardia, bañó al enemigo perseguidor con descargas de corto alcance. Mittermeier y Von Reuentahl apresuradamente dieron órdenes de retirarse, pero la intensidad de su cargo y la mentalidad de sus oficiales, cuya voluntad de luchar superaba con creces su calma, significaba que la orden fue parcialmente ignorada.

Al ver la repentina confusión de su enemigo, Merkatz dio órdenes a su flota, que estaba en perfecta formación para atacar. Sin naves de guerra más grandes a su disposición, su fuerza de destructores, naves torpederos y walküren de un solo asiento eran los más adecuados para el combate cuerpo a cuerpo.

Estos atacaron a las confusas fuerzas de Reinhard, destruyendo con la mayor precisión las naves que habían sido forzadas a una formación cerrada. Ahora eran las fuerzas de vanguardia de Reinhard las que tenían naves que explotaban en bolas de llamas. Era todo lo que podían hacer para defenderse, y ahora la búsqueda estaba fuera de cuestión.

Von Reuentahl y Mittermeier apretaron los dientes por la frustración de haber perdido al Duque von Braunschweig después de haberlo acorralado tan bien y enojados por el estado lamentable de sus propias formaciones. Aun así, sabían la tontería de rendirse a la emoción en el calor de la batalla. Mientras gritaban palabras mordaces de reprimenda todo el tiempo, apuntalaron sus filas de naves vulnerables, pidiendo la retirada y reagrupación simultáneas. Para los comandantes mediocres, habría sido una tarea imposible.

Si Merkatz hubiera poseído suficiente poderio, bien podría haber llevado a estos dos grandes almirantes a la derrota total. Sus soldados eran pocos, sin embargo, y él mismo no albergaba tales ilusiones. Él obedecería al duque von Braunschweig y se retiraría según las instrucciones.

“Merkatz ciertamente tiene la habilidad de sus años. Él es tan fuerte como siempre”.

Así lo hizo el joven mariscal elogiando al almirante enemigo. En cualquier caso, el enemigo había sido devuelto a Gaiesburg. No había la menor

necesidad de pánico.

VI

“¿Por qué no viniste en nuestra ayuda antes?”, Gritó el Duque von Braunschweig cuando se reunió con Merkatz de nuevo. Estas fueron las primeras palabras que salieron de su boca.

La cara del distinguido almirante no cambió de color. Más bien, con una expresión que decía que esperaba esto, inclinó la cabeza en silencio, incluso cuando los ojos del teniente comandante von Schneider a su lado se encendieron de indignación y dio un paso adelante. Sin embargo, el brazo de Von Schneider fue agarrado por la mano del oficial superior al que sirvió.

Cuando se retiraron a una habitación separada, Merkatz protestó por su ayudante, quien todavía temblaba de ira.

“No estés tan molesto. El duque von Braunschweig no se encuentra bien”.

“¿Malesto?”

“Mentalmente hablando”.

Como Merkatz lo vio, la patología del Duque von Braunschweig era la de alguien cuyo orgullo era fácilmente herido. Probablemente ni siquiera era consciente de ello, pero creía que era una presencia grande e infalible, lo que le hacía imposible sentir gratitud hacia los demás. Tampoco podía reconocer las ideas de quienes pensaban de manera diferente a él. Para él, esas personas eran traidores, y cualquier consejo de ellos lo interpretó como nada menos que una calumnia. En consecuencia, aunque von Streit y Ferner habían hecho planes en su nombre, no solo se rechazaron sus ideas, sino que finalmente se vieron obligados a abandonar el campamento de von

Braunschweig.

Un hombre de su disposición nunca reconocería que la sociedad prosperó con ideas y valores dispares.

“Es una enfermedad mantenida viva por una tradición de quinientos años de privilegio para la nobleza. Se podría decir que el duque es una víctima. Si hubiera vivido hace cien años, de esa manera podría haber funcionado. Es un hombre desafortunado”.

Von Schneider, que aún era joven, no era tan tolerante ni tan resignado como su comandante. Se despidió de Merkatz y subió en un ascensor hasta la sala de observación de la fortaleza. El brillo inorgánico de los grupos de estrellas superpuestas brillaba mucho más allá de la cúpula transparente.

“El duque von Braunschweig puede ser un hombre desafortunado. Pero, ¿no son aquellos cuyos futuros están en sus manos tanto más…?”

A la pregunta desalentadora del joven oficial, las estrellas respondieron solo con silencio.

Dentro de la fortaleza de Gaiesburg, había un hombre que había huido hacia adentro desde la dirección opuesta como el Duque von Braunschweig y sus hombres. El barón von Scheidt, sobrino del duque von Braunschweig, había sido asignado para proteger y gobernar el planeta de Westerland en nombre de su tío.

Westerland era un mundo árido que carecía de flora y agua, pero su población de dos millones era bastante grande para un territorio tan remoto. El cultivo intensivo y la recolección de minerales de tierras raras se llevaron a cabo en unos pocos oasis que existían. Si hubiera sido una edad pacífica, podrían haber transportado un billón de toneladas de agua a los lugares que la necesitaban, y el desarrollo habría florecido.

Aunque el barón von Scheidt no era un gobernante totalmente

incompetente, su juventud lo hizo bastante obstinado cuando se trataba de política. Y debido a que tenía toda la intención de seguir el ejemplo de su tío, su explotación de la población solo se intensificó.

Hasta ahora, las cosas se habían mantenido firmes de esta manera. Sin embargo, con el repentino ascenso de Reinhard al poder, incluso la población sabía que la correa gobernante de la nobleza se había debilitado, dando lugar a una guerra civil. Sorprendido e indignado porque la oposición popular estaba ganando terreno, von Scheidt intentó suprimir la resistencia, pero las presiones internas solo aumentaron.

Siguiendo a una y otra vez demasiados, por fin la población lanzó una revuelta a gran escala para pagarle a von Scheidt su gobierno tiránico. Los pocos guardias que tenía estaban envueltos por la inundación de ciudadanos enojados. Von Scheidt escapó solo en una lanzadera, pero había resultado gravemente herido y murió a causa de sus heridas poco después de su llegada a Gaiesburg.

“Esa chusma insolente… ¿Cómo se atreven a matar a mi sobrino con sus manos sucias?”

Con qué facilidad los que tienen privilegios niegan la existencia y la individualidad de los que no la tienen. El Duque von Braunschweig no solo no reconoció el derecho de la gente a resistirse a un régimen opresivo, sino que tampoco reconoció su derecho a vivir sin el permiso de los nobles boyardos. Estaba seguro de que los enfermos y ancianos, o que de otra manera no podían servir a la nobleza, no eran mejores que el ganado enfermo y, por lo tanto, no tenían valor en la vida.

¡Y pensar que unos ingratos tan humildes se habían opuesto al noble— y hasta el punto de matar a su propio sobrino! El Duque von Braunschweig estaba más que ofendido y creía que su ira estaba perfectamente justificada.

Estaba decidido a hacer que su autodenominada “hoja de justicia” cayera sobre aquellos que lo habían ofendido.

“Lance un ataque nuclear en Westerland a la vez, y no permita que ninguno

de esos ingratos sobreviva”.

No todos los aprobaban. Esto se debió en parte a que un ataque nuclear significaba el uso de armas termonucleares, un método que conducía a las consecuencias generalizadas que había sido un tabú desde que la Guerra de los Trece Días había destruido en la antigüedad a toda la raza humana en la Tierra. El comodoro Ansbach, que lo sabía en virtud de su prudencia, trató de disuadir a su líder indignado.

“Es natural que se sienta enojado, pero Westerland es el territorio de Su Excelencia. ¿De qué serviría lanzar un ataque nuclear?”

“Además, ahora que nos enfrentamos al Marqués von Lohengramm, no tenemos suficiente fuerza militar como estamos. Matar a todos los habitantes va demasiado lejos. ¿Por qué no castigar a sus cabecillas en su lugar?”

“¡Silencio!” Rugió el duque. “Westerland es mi territorio. Como tal, tengo el derecho de soplar a esos mestizos como mejor me parezca. ¿No mató Rudolf el Grande a millones de insurgentes para que pueda sentar las bases del imperio?”

Al darse cuenta de que era inútil intentar persuadirlo, Ansbach se despidió con un suspiro.

“La dinastía Goldenbaum termina aquí. ¿Cómo puede continuar de pie cuando se corta sus propias extremidades?”

En el momento en que estas palabras llegaron a los oídos de von Braunschweig a través de un informante, el duque se enfureció y arrestó a Ansbach, pero después de considerar sus logros y popularidad, decidió mantenerlo en confinamiento en lugar de ejecutarlo.

Merkatz solicitó una audiencia con el duque, con la esperanza de solicitar la liberación de Ansbach y el fin de los planes para un ataque nuclear en Westerland, pero el duque no quiso saberlo.

El Duque von Braunschweig avanzó a la fase de ejecución de su plan de venganza.

VII

Un soldado de origen occidental se escapó de Gaiesburg y huyó al campo de Reinhard el día antes de que se llevara a cabo el ataque nuclear.

Al escucharlo, Reinhard estaba a punto de enviar una flota a Westerland en un intento por evitar el ataque cuando su Jefe de Estado Mayor, Oberstein, lo convenció de lo contrario.

“Digo que dejemos que el Duque von Braunschweig, enojado como él, lleve a cabo su atrocidad”, dijo con frialdad. “Al grabarlo en el acto, demostramos la barbarie de los nobles boyardos. Sin duda, esto hará que los ciudadanos y los soldados comunes que están bajo su control deserten. Eso sería mucho más eficiente que interponerse en su camino y detener esto”.

El joven dorado no sabía que era el miedo, sin embargo, él retrocedió de todos modos.

“¿Quieres que permanezca de pie cuando mueren dos millones de personas, mujeres y niños entre ellos?”

“Si esta guerra civil se prolonga por más tiempo, incluso más personas morirán. Y si los nobles ganan, este tipo de tragedia ocurrirá muchas veces. Y así, al informar a todo el imperio sobre su brutalidad, demostraremos que no tienen derecho a gobernar el universo…”

“¿Entonces estás sugiriendo que haga la vista gorda?”

“Hazlo por el bien de los veinticinco mil millones de ciudadanos del imperio, Su Excelencia. Y además, por el rápido establecimiento de vuestra

hegemonía.”

“… Entiendo.”

Reinhard asintió. Su rostro había perdido su característico resplandor. Ojalá Kircheis hubiera estado a su lado. Nunca habría aconsejado medidas tan drásticas.

Había más de cincuenta oasis dispersos en la superficie de Westerland. Excluyendo aquellos, solo montañas de roca de color marrón rojizo, desiertos de color amarillo pálido y lagos de sal blanca, terreno donde no residía ninguna alma, se extendían hacia y más allá del horizonte.

Esto significó que golpearlo con misiles nucleares podría lograr el genocidio completo de los dos millones de habitantes del planeta.

Ese día, uno de esos oasis estaba teniendo lugar una reunión. Aunque habían expulsado a los nobles por su propia fuerza, los insurgentes no tenían planes establecidos sobre qué hacer a continuación. ¿A dónde deberían ir desde aquí? ¿Cómo podrían asegurar la paz y la felicidad de su gente? Estas fueron las principales preguntas en su agenda. Para aquellos que no habían participado en un debate independiente durante tanto tiempo bajo el dominio de un noble, la reunión fue una empresa enorme y, por lo tanto, algo que celebrar.

“¿No es el Marqués von Lohengramm un aliado del pueblo? Vamos a pedirle que nos proteja”.

Cuando se ofreció esa opinión, surgieron voces de aprobación de la multitud. Era su única esperanza. Cuando la conversación se calmó, un niño pequeño que estaba siendo retenido en los brazos de su madre apuntaba hacia el cielo.

“¿Mami, que es eso?”

Las personas miraron hacia arriba para ver un rayo de luz que corría en diagonal a través del cielo de cobalto.

Un destello blanco puro blanqueaba toda la escena.

Inmediatamente después, una cúpula roja se elevó por encima del horizonte, expandiéndose rápidamente hasta una altura de diez mil metros antes de formar una nube en forma de hongo de ceniza sobrecalentada.

La onda de choque llegó a ellos como un tsunami de intenso calor, viajando a setenta metros por segundo y superando las temperaturas de 800 grados centígrados, abrasando el suelo, la escasa vegetación, los edificios y los cuerpos de las personas. La ropa y el cabello estallan en llamas y se forman queloides en la piel burbujeante.

Los gritos de niños que ardían vivos colgaban en el aire abrasador, y de repente se reducían al silencio. Las voces de las madres que gritaban los nombres de sus hijos, de los padres que temían por sus familias, fueron interrumpidas poco después.

Grandes cantidades de tierra volaron hacia el aire, convirtiéndose en una cascada de arena que se derramó sobre la tierra, proporcionando un entierro para dos millones de cadáveres carbonizados.

Los jóvenes oficiales que observaban el monitor se levantaron de sus asientos, con el rostro pálido cuando se levantaron y comenzaron a vomitar en el suelo. Nadie podía culparlos. Todos permanecieron en silencio, con los ojos pegados a las imágenes enviadas por la sonda de reconocimiento. Solo ahora se dieron cuenta de que no había nada que ensuciara más las leyes del universo que los fuertes que se aprovechaban de los débiles.

“Vamos a transmitir estas imágenes a lo largo del imperio. Incluso un niño entenderá que la justicia está de nuestro lado. Los nobles han firmado su propia sentencia de muerte”, explicó von Oberstein en su habitual tono monótono, a lo que no hubo respuesta inmediata.

“¿Qué te pasa, Excelencia?”

La melancolía pesaba sobre la expresión de Reinhard.

“Me dijiste que desviara mis ojos. Y esta tragedia es el resultado. No hay nada que hacer al respecto ahora, pero ¿realmente no hay otra manera?”

“Tal vez había, pero estaba más allá de mis medios para llegar a uno. Como usted dice, no hay nada que hacer al respecto ahora. Debemos aprovechar al máximo esta situación”.

Reinhard miró a su consejero en jefe. No estaba claro si la hinchazón del odio en sus ojos azul hielo estaba dirigida a Von Oberstein o a sí mismo.

Las imágenes de la tragedia de Westerland se transmitieron a través de FTL, causando indignación y temblor en todos los rincones del imperio. El sentimiento popular rápidamente comenzó a separarse del antiguo régimen aristocrático, e incluso los nobles comenzaron a fomentar la opinión de que el Duque von Braunschweig había hecho.

Kircheis, que había conquistado las regiones estelares de la frontera, hizo que Gaiesburg se reuniera con Reinhard. Al ver esas imágenes, él también sintió una ira renovada hacia los nobles exaltados. Pero entonces, un día a medio camino, la flota de Wahlen capturó una lanzadera. Solo llevó a un solo oficial, quien dijo que aunque se había visto obligado a participar en el ataque nuclear de Westerland como un subordinado del Duque von Braunschweig, había desertado en el camino. Eso fue muy bien, pero había una cosa que dijo que Kircheis no podía ignorar. Apenas creyendo en sus propios oídos, le hizo más preguntas.

“Lo diré tantas veces como sea necesario. A pesar de haber sido informado de que las fuerzas nobles debían masacrar a los dos millones de habitantes de Westerland, el marqués von Lohengramm los dejó morir, y todo por el bien de la propaganda”.

“Eso debe haber sido porque no creyó en la inteligencia. ¿Hay alguna prueba de que el marqués dejó intencionalmente morir a la gente de Westerland?”

“¿Prueba?” Dijo el oficial con una risa burlona. ¿Las imágenes que estaban transmitiendo en toda la galaxia no eran suficientes? ¿Fueron realmente registrados por casualidad, tomados desde una corta distancia sobre el planeta, en algún lugar de la estratosfera?

Kircheis despidió silenciosamente al desertor y puso una orden de mordaza a sus tropas. Era increíble — algo que él no quería creer. ¿Pero era posible que esta fuera la verdad?

“Me reuniré con Reinhard muy pronto. Y cuando lo haga, confirmaré la verdad por mí mismo”.

Y si lo hizo, se preguntó Kircheis, ¿entonces qué? Estaba bien si esto era un falso rumor. Pero ¿y si fuera la verdad?

No hubo una respuesta clara.

Hasta ahora, Reinhard y Kircheis habían compartido el mismo sentido de justicia. ¿Llegaría el día en que podrían divergir, incluso si uno nunca pudiera existir sin el otro…?

Capítulo 07: ¿Una Victoria para Quién?

I

BORIS KONEV, EL JOVEN INDEPENDIENTE comerciante de Phezzan, no pudo ocultar su mal humor. Se había enfrentado a los peligros de atravesar un campo de batalla para transportar a la banda de peregrinos terraistas, pero sus ganancias habían sido exiguas, y una vez que había aclarado sus deudas, había pagado los salarios de sus subordinados y había atracado el Beryozka, la cantidad restante después de restar los gastos de vida eran apenas suficientes para comprar diez centímetros cuadrados de casco de la nave espacial.

“Parece que estás de mal humor”, dijo el hombre de voz profunda ante el escritorio.

Konev, nervioso, lo explicó lejos.

“No, esta es mi expresión normal. No tiene absolutamente nada que ver con estar en presencia de Su Excelencia”.

La última declaración claramente decía demasiado, y el orador lo lamentó bastante, pero el hombre a quien se le dijo— Landesherr Rubinsky—no tomó ninguna ofensa visible.

“Transportaste a la Tierra a los seguidores de la fe terraista, ¿correcto?”

“Sí”.

“¿Qué piensas de ellos?”

“No sé mucho sobre ellos. Pero en cuanto a la religión en general, creo que es una terrible contradicción para los pobres afectados creer en un Dios justo— dado que es más probable que Dios sea injusto y por eso existe la pobreza afectada”.

“Hay alguna razón en eso. ¿No crees en Dios, entonces?”

“No en lo más mínimo.”

“Ajá”.

“Quien haya creado la factura de bienes llamada Dios fue el mejor estafador de toda la historia. Su creatividad es admirable, aunque solo sea en términos de conocimiento empresarial. En todas las naciones, desde la antigüedad hasta nuestra era actual, ¿no es cierto que los que tienen riqueza siempre han sido la aristocracia, los terratenientes y las órdenes sacerdotales?”

Landesherr Rubinsky miró con interés al joven comerciante independiente. Konev sintió una sensación espinosa. El Landesherr era un hombre de aspecto viril en sus primeros años cuarenta, pero no había un solo pelo en su cabeza. Era natural que ser observado por este hombre inusual no fuera nada como, por ejemplo, ser mirado por una mujer hermosa.

“Ese es un punto de vista bastante interesante. ¿Es tu propia original?”

“No…”

Boris Konev hizo esta negación con un tinte de pesar.

“Ojalá lo fuera, pero la mayor parte es sabiduría recibida. Desde mi infancia. Deben ser dieciséis, hace diecisiete años, ya.”

“Hmm”.

“Crecí viajando de estrella a estrella con mi padre, pero en un momento, conocí a otro niño en circunstancias similares. El otro chico era dos años mayor, pero nos hicimos amigos. Solo pasamos cerca de dos o tres meses juntos, pero era un niño que sabía muchas cosas y pensaba mucho. Todas esas fueron cosas que dijo “, explicó Konev.

“¿Cómo se llamaba?”

“Yang Wen-li”.

La expresión de Konev fue la de un mago que acaba de sacar una nueva ilusión.

“Escuché que ahora encontró trabajo en el poco estimado campo del servicio militar, para el cual un hombre libre como yo no puede evitar sentir lástima”.

El joven capitán estaba algo decepcionado, porque el Landesherr no mostró mucha sorpresa. Después de unos momentos de silencio, Rubinsky abrió solemnemente la boca.

“Capitán Boris Konev, el gobierno de Phezzan ha decidido delegar un deber trascendental para usted”.

“¿Eh?” Konev parpadeó, más por precaución que por sorpresa. Llamado el “zorro negro de Fezzan” tanto por el imperio como por la alianza, este Landesherr llevaba, dentro de su físico amplio y robusto, cálculos y estratagemas enrollados y doblados sobre sí mismos como un poco de polvo — así se oyeron los rumores omnipresentes. El mismo Konev no pudo encontrar ningún motivo para negar estos rumores. Por un lado, este humilde comerciante ni siquiera sabía por qué había sido convocado por el Landesherr. No había sido por el simple hecho de escuchar sus reminiscencias. ¿Qué tipo de deber quería delegar?

Cuando finalmente se fue de las oficinas gubernamentales, Konev giró ambos brazos en grandes círculos, como si intentara desprenderse de

cadenas invisibles.

Un cachorro que caminaba por una mujer mayor comenzó a ladrarle estridente. Konev empuñó un puño en dirección al cachorro y, ante los gritos de reproche de la mujer, se marchó con un andar bastante hosco.

Cuando Konev regresó a la embarcación, una amplia sonrisa se extendió por el rostro envejecido del Oficial Marinesk. Había habido un aviso, dijo, de la Comisión de Energía, indicando que ya no tendrían que preocuparse por el combustible para *Beryozka* .

“¿Exactamente qué tipo de magia utilizó, señor? Para una nave comercial tan pequeña como nosotros, esto no es más que un milagro”.

“Me vendí al gobierno”.

“¿Eh?”

“Es el maldito zorro negro”.

Fue Marinesk quien, presa del pánico, miró a su alrededor; el mismo orador no hizo ningún esfuerzo por bajar la voz.

“Está tramando algún tipo de complot, sin duda alguna. Pero arrastrar a un ciudadano sobresaliente hacia él…”

“¿Qué fue lo que pasó allí, señor? Dices que te vendiste al gobierno. ¿Te has convertido en un funcionario público?”

“¡¿Un servidor público?!”
Al escuchar la forma única en que el oficial expresó la situación, la expresión de enojo de Konev se suavizó.

“No hay duda— soy un servidor público. Me han hecho un agente de inteligencia y me han dicho que vaya a los planetas libres”.

“¡Oh, ho!”

“Permítame decirle algo sobre el clan Konev… ¡Nos enorgullece decir que durante estos últimos doscientos años, nuestra familia nunca ha producido un solo criminal o un solo político!” Konev comenzó a gritar. “Hemos sido ciudadanos privados libres. ¡Ciudadanos privados libres, te lo digo! Y ahora solo mira lo que ha pasado— ¡un espía, dice! ¡Así que ahora soy ambas cosas a la vez!”

“Es *inteligencia operativa, señor — inteligencia operativa* “.

“¡Cambiar las palabras no arregla nada! ¿Llamar frío al cáncer lo convierte en frío? Si digo que un león es una rata, ¿eso me evitará que me saquen la cabeza?”

Marinesk no respondió, pero pensó; *Bueno, esas son algunas comparaciones horripilantes.*

“Él ya había revelado el hecho de que conocía a Yang Wen-li en mi infancia. Esto no es divertido. Tal vez solo le dé una pista a Yang en cada parte de esto”.

“Pero eso probablemente no será posible, señor”.

“¿Por qué no?”

“No es posible, señor. Te lo digo— te está convirtiendo en un agente de inteligencia. No es la suma total de todo esto. Los ojos de alguien te estarán mirando por detrás. Alguien a quien vigilar y repartir el castigo”.

“Así que escuchemos todos los detalles, por favor, señor”.

Marinesk había hecho café. Tenía una acidez desagradablemente fuerte; Estaba claro sin pedir que fuera lo barato. Saboreando cada sorbo, Marinesk

hizo que durara el doble de tiempo que lo hizo Konev, mientras escuchaba cómo estaban las cosas.

“Entiendo. Pero si puedo decirlo, capitán, no había necesidad de ir a mencionar el nombre de Yang Wen-li frente a Su Excelencia el Landesherr. Por supuesto, es probable que si no lo hubiera mencionado, la otra parte hubiera abordado el tema en cualquier caso”.

“Lo sé. *Labios flojos hunden naves* . Quiero ser más circunspecto en el futuro”.

Disgustado consigo mismo, Konev reconoció su error. Sin embargo, esto no significaba que estuviera justificando o aceptando las directivas de Rubinsky. Incluso si fueran invisibles, las cadenas eran cadenas, y ser incapaz de ganar dinero no era nada comparado con la incomodidad de estar atado por ellas.

Si la existencia de Boris Konev como ser humano tiene algún valor, está en ser un hombre libre, independiente y sin restricciones. Rubinsky, Landesherr de Phezzan, había pisoteado despreocupadamente esa fuente de orgullo. ¡Lo que era aún peor era que Rubinsky pensaba en esto, perversamente, como un favor que estaba dispensando!

Los seres humanos que poseen poder aparentemente pensaron que era un gran privilegio para un ciudadano el estar involucrado periféricamente con los mecanismos de ese poder. Parecía que incluso un hombre tan formidable como Rubinsky no podía librarse de este engaño.

Y entonces… ¿por qué no dejarle creer ese engaño por el momento? Konev sonrió sardónicamente.

Marinesk, mirando a su joven capitán con una mirada pensativa, recogió el hervidor.

“¿Qué tal una taza de café más?”

II

A principios de agosto, Yang Wen-li, quien había llegado a las afueras de la región estelar de Baalat, posicionó su flota y buscó la oportunidad de avanzar sobre Heinessen. La distancia a Heinessen fue de seis horas luz, aproximadamente 6.5 billones de kilómetros. Para una flota que astrogateaba el espacio interestelar, esto podría llamarse distancia de gritos.

Que Yang hubiera avanzado a este rango no solo tenía importancia militar sino también política.

Significaba que el Congreso Militar para el Rescate de la República, que ocupaba Heinessen, no ejercía ningún poder político más allá del nivel planetario y no podía ejercer un control efectivo ni siquiera sobre la Región Estelar de Baalat. Con la derrota de la Undécima Flota, habían perdido su capacidad militar en el espacio interestelar. Por las razones anteriores, la derrota total del Congreso Militar, el fracaso del golpe y la restauración del orden bajo la Carta de la Alianza fueron solo una cuestión de tiempo. A través de sus acciones, Yang había hecho alarde de estas realidades a toda la alianza.

El efecto fue profundo. El renombre de Yang— él mismo lo llamaría fama vacía — Servido, por supuesto, para amplificar ese efecto. Aquellos que hasta entonces habían estado indecisos sobre si apoyar al Alto Consejo o al golpe de estado, uno por uno dejaron en claro sus lealtades, acudiendo al lado de Yang de varios cuerpos de guardias planetarios, patrullas de la guarnición local y jubilados, oficiales y alistados, e incluso civiles. Con la esperanza de participar en las fuerzas voluntarias bajo el mando Yang.

Naturalmente, la organización de las fuerzas de voluntarios no fue fácil. A Yang no le gustaba involucrar a civiles en la guerra. Sentía que la composición psicológica de los civiles que querían tener algo que ver con la guerra era cuestionable, pero no podía negarles sus intenciones libremente elegidas. Fueron tan lejos como para sacar a la luz la disposición del “Derecho de resistencia” de la Carta de la Alianza— el derecho de los

ciudadanos a usar la fuerza para resistir los usos injustos del poder— para anular la vacilación del joven comandante.

En ese momento, Yang decidió agregar restricciones de edad a los requisitos para unirse al cuerpo de voluntarios. Intentó excluir a las personas menores de dieciocho o más de cincuenta y cinco años de edad, pero las personas mayores que no parecían tener un día menores de ochenta insistieron en que tenían cincuenta y cinco y, en el otro extremo, los aspirantes de diecisiete años que habían visto a Julian y de ninguna manera podría creer que él era más viejo que ellos mismos, todos se volvieron contra los funcionarios a cargo, forzando una risa irónica para que la teniente Frederica Greenhill dijera: “Bueno, esto no es fácil”.

Le dio placer a Yang cuando el mariscal retirado Sidney Sitolet, ex director de la sede operativa conjunta, proclamó su apoyo. Había sido director de la Academia de Oficiales cuando Yang era un estudiante. En un nivel, Yang lo admiró, pero también conservó una impresión de Sitolet como una tuerca difícil de romper. Yang estaba, por lo tanto, mucho más contento de haber evitado hacerse un enemigo de él. Tener que eso suceda con el Almirante Greenhill ya era más que suficiente problema.

Incluso había muchas personas que previamente habían mostrado simpatía de palabra o hecho por el Congreso Militar para el Rescate de la República que se unieron. Esto fue en parte resultado de la masacre del estadio que se dio a conocer; estas voces se hicieron cada vez más fuertes al criticar la facción del golpe de Estado. El serio Jefe de Estado Mayor, Murai, criticó cáusticamente su deserción y comportamiento oportunista, pero Yang dijo: “Todos tratan de garantizar su propia seguridad física. “Si estuviera en una posición de menos responsabilidad, incluso podría haber pensado en ponerme del lado de la facción que tenía la ventaja”.

En cuanto a la historia, las personas que vivieron en edades de agitación siempre habían hecho lo mismo. Si no lo hicieran, no sobrevivieran, y si lo llamaron “la capacidad de leer una situación” o “flexibilidad”, la práctica no fue nada para condenar. Por el contrario, la lista de bienes denominada “convicciones inquebrantables” había causado más daño a otros y a las sociedades.

Después de descartar el sistema gubernamental republicano en favor del Imperio Galáctico monárquico, Rudolf von Goldenbaum, asesino de cuatro mil millones de ciudadanos que se habían opuesto al gobierno autocrático, era insuperable en la fuerza de sus convicciones. Aquellos en la facción del golpe de Estado que ahora controlaban a Heinessen también estaban presumiblemente actuando por convicción.

En la historia humana, no hubo batallas de Armagedón entre el bien absoluto y el mal absoluto. Lo que había ocurrido era un conflicto entre un bien subjetivo y otro bien subjetivo— conflictos entre un lado y otro, ambos igualmente convencidos de su rectitud. Incluso en casos de guerras de agresión unilaterales, el agresor siempre creyó que estaba en lo cierto. Así, la humanidad estaba en un constante estado de guerra. Mientras los seres humanos siguieran creyendo en Dios y en la justicia, no había posibilidad de que desaparecieran los conflictos.

En cuanto a la convicción, hizo que el cabello de Yang se pusiera de punta para escuchar las palabras “creer en la victoria a toda costa”.

“Si uno pudiera ganar en virtud de la creencia, entonces nada podría ser más fácil, *ya que todos quieren ganar* “, eran los pensamientos de Yang. Como él lo diría, la convicción no era más que una forma poderosa de desear; no hubo una base objetiva para la idea de que influyó en los resultados. Cuanto más fuerte creció, más estrecha se hizo la perspectiva, hasta que se hizo imposible discernir con precisión lo que estaba sucediendo. En general, la *convicción* era una palabra embarazosa, y aunque su existencia en los diccionarios debe ser aceptada, no es una palabra que deba ser pronunciada seriamente. Cuando Yang lo dijera, Julian respondería con diversión: “Entonces, ¿esa es la convicción de Su Excelencia?”

Naturalmente, no importa cómo Yang trató de expresar su respuesta, el chico ya habría anticipado los puntos que estaba tratando de transmitir.

Aun así, el primer individuo en la historia en lanzar un asalto militar al Planeta Heinessen, que había sido nombrado por el padre fundador de la

alianza, no era del imperio.

“Es, sorprendentemente, Yang Wen-li— yo mismo”.

Yang dirigió una risa silenciosa a Julian. En su estado de ánimo actual, todo lo que podía hacer era reír. En su convicción de gobierno democrático, no dudó en tragarse su pena y atacar a su propia patria— la estética de la tragedia que rodeaba el asunto no se registró con él. Julian no hizo ningún intento torpe de consolarlo y respondió: “No lances ningún asalto a la capital del Imperio Galáctico hasta que haya crecido lo suficiente como para mantenerse solo. No será largo”.

“¿En Odín? Te lo dejo a ti. Atacar a Heinessen ya es demasiado para mí. Quiero jubilarme y comenzar la vida de ese jubilado que he soñado”.

“Oh, entonces, en ese caso, se me permite unirme al ejército, ¿verdad?”

Yang, nervioso, recuperó lo que había dicho. Julian soñaba con ser un oficial al mando de grandes flotas en el espacio, pero Yang aún no había podido tomar una decisión al respecto. Dejando de lado el hecho de que se trataba de Julian, no era la convención en sí misma— la lucha por la hegemonía a través de batallas decisivas entre grandes flotas— ¿una reliquia del pasado? Últimamente, Yang había empezado a creerlo.

Lo crucial era asegurar el espacio necesario en el momento necesario. Si un área particular del espacio podría ser utilizada en un momento particular, eso era suficiente. Fue solo porque algunos se propusieron asegurar áreas del espacio a perpetuidad que las rutas se restringieron, los espacios de batalla se delinearon y la lucha se hizo inevitable. Pero, no debería ser suficiente simplemente usar áreas sin enemigos— ¿solo durante los intervalos en que el enemigo no estaba presente?

Yang, por el momento, llamó a este concepto táctico “control del espacio” y quería sistematizarlo como un marco táctico. En flexibilidad y racionalidad, estaba un paso por encima del pensamiento actual de “comando del espacio” que dependía de las batallas de flota contra flota. No podía culpar a von Schönkopf si se burlaba de él por eso. Yang, por todo lo que odiaba la

guerra, no podía dejar de lado su entusiasmo por las tácticas y la estrategia como un juego intelectual.

Alrededor de este tiempo, en lo profundo de la superficie del planeta Heinessen, un hombre tranquilizaba a sus compañeros.

“Todavía no ha terminado”, dijo con fuerza el almirante Greenhill. “Todavía tenemos el collar de Artemisa. Mientras esté allí, incluso el gran Yang Wen-li no puede penetrar en el campo gravitatorio de Heinessen”. Al ver un toque de brillo en los rostros de todos los reunidos, repitió su sentimiento: “Todavía no estamos vencidos”.

III

Aún no hemos ganado, pensó Yang, mirando al hermoso planeta jade que flota en la pantalla.

No le prestó atención al Collar de Artemisa. Ya sea armamento o fortaleza, nunca había temido el hardware, por muy formidable que fuera. Había muchos medios para hacer que el Collar de Artemisa no tuviera poder. Tomar un planeta habitado por la fuerza militar no fue intrínsecamente una tarea fácil. En sí mismo, era una base de producción y suministro gigantesca, y una fuerza que la atacaba necesitaba enormes cantidades de municiones. En el período previo a la batalla campal en Amritsar, las fuerzas de la alianza habían podido tomar el control de numerosos planetas habitados, pero eso solo había sido el resultado de la retirada estratégica de las fuerzas imperiales. Los planetas habían sido simples bocados dispersos a lo largo del camino hacia una trampa, y los habían engullido indiscriminadamente.

La situación de Heinessen no iría tan bien. Pero la debilidad de Heinessen

era su fe en el hardware, a saber, el Collar de Artemisa. Si el objeto de esa fe pudiera romperse, la voluntad de resistir podría romperse en el mismo instante.

Doce satélites militares, que ofrecen una capacidad ofensiva omnidireccional de 360 grados. Doce esferas, completamente equipadas con armadura enchapada en espejo, equipadas con toda la gama de armamento— incluidos cañones láser, cañones de haz de partículas cargadas, cañones de haz de neutrones, cañones infrarrojos, misiles termonucleares disparados por láser, cañones de riel y mucho más— Y suministrado, por la luz solar, con una cantidad infinita de energía. Un sistema de matanza en masa, tan hermoso como costoso, esferas que brillaban con un toque de iridiscencia sobre una base de plata.

Pero esos satélites probablemente serían destruidos por la mano de Yang Wen-li, sin tener un solo momento de servicio distinguido. Lo que Yang temía eran los mil millones de seres humanos, militares y civiles, en el Planeta Heinessen. Todos ellos podrían convertirse en valiosos rehenes de la facción del golpe de Estado. Si esa facción amenazara con aniquilar al Planeta Heinessen y a todos sus habitantes con él… O si apuntaban con una pistola a la cabeza del Almirante Bucock y exigían negociaciones…

Yang Wen-li tendría que levantar las manos.

No quería creer que el almirante Greenhill llevaría las cosas tan lejos. Pero, de nuevo, la posición de Greenhill como uno de los autores intelectuales del golpe había sido más allá de la imaginación de Yang.

Contra esta eventualidad, Yang tuvo que tomar algún tipo de acción. ¿Qué se podría hacer para asestar un golpe a su tenacidad y evitar que presenten una resistencia inútil?

Este golpe— a pesar de la intención de sus instigadores— había sido planeado por el marqués Reinhard von Lohengramm del Imperio Galáctico. Yang tuvo que sacar ese hecho a la luz del día.

No hubo evidencia material. Pero de hecho, una guerra civil a gran escala

estaba ocurriendo dentro del imperio. Usar eso como evidencia circunstancial debería ser posible. O tal vez se podrían descubrir pruebas materiales después de sofocar el golpe. En cualquier caso, lo que Yang necesitaba era alguien a quien pudiera presentar como testigo.

“Hay algo que me gustaría que hicieras”.

“Estoy a su servicio, señor”. Mientras respondía, Bagdash miró alrededor de la habitación y se sintió aliviado al ver que Julian no estaba allí. Era absurdo sentirse tan impotente ante ese apuesto joven, pero una vez que alguien te ha atacado, el recuerdo tiene un impacto duradero. “¿Y qué es lo que quieres que haga? Iré tan lejos como para infiltrarme en Heinessen si así lo ordena, señor…”

“¿Y correr directamente al lado del Almirante Greenhill?”

“Eso es injusto, señor”.

“Estoy bromeando. La verdad es que quiero llamarte como testigo.”

“¿Un testigo? ¿A qué?”

“Un testigo del hecho de que el Congreso Militar para el Rescate del pequeño golpe de Estado de la república fue orquestado por nada menos que Reinhard von Lohengramm del Imperio Galáctico”.

Bagdash parpadeó varias veces. Cuando finalmente procesó lo que Yang estaba diciendo, se quedó boquiabierto. Consideró al comandante como si de repente estuviera mirando a un hombre diferente.

“Se le ha ocurrido una idea extraordinaria, señor”.

Una maniobra de propaganda para demoler por completo la legitimidad del golpe: así lo interpretó Bagdash. No podría ser nada más.

“Es un hecho. No tenemos ninguna evidencia material en este momento. Pero aún así, es un hecho”, dijo Yang, pero la mirada de sorpresa y duda no

dejó la cara de Bagdash. Yang estaba a punto de decir más, pero luego dejó de intentar convencer al hombre.

“Bueno lo que sea. Es comprensible si no puedes creerlo”. Se sentía bastante apático. Era dudoso que alguien además de Bagdash creyera lo que Yang estaba diciendo, tampoco. Los únicos que le creyeron eran probablemente Bucock, quien había escuchado esta afirmación de Yang antes del golpe, y Julian. Se preguntó si incluso von Schönkopf y Frederica lo harían. Von Schönkopf podría mostrar su desagradable sonrisa y decir: “Ese es un tema de conversación bien hecho, pero es demasiado sencillo. Teniendo en cuenta tu ligero exceso de optimismo, obtendría tal vez un 80 por ciento”.

Y Frederica podría objetar: “Por favor, no muestre tanto desdén por mi padre, señor. No hay forma de que se convierta en un peón del imperio”.

Yang sacudió la cabeza una vez para alejar estas caras que flotaban en el fondo de su mente.

“De todos modos, voy a tener que atestiguar esto. Si necesita un guion detallado o evidencia material, lo crearé por usted. Con mi reconocimiento de que no estamos jugando limpio. ¿Qué tal si puedes hacerlo?”

“Todo bien. Soy un renegado. Haré lo que pueda para ser de utilidad, señor.” No era que la expresión de Yang o su voz se hubieran vuelto particularmente severas. Pero había algo en el hombre que le dificultaba a Bagdash resistirse. Por el momento, al menos, Bagdash no tuvo más remedio que confiar su destino a Yang.

Sintiendo un indicio de autoestima por haber forzado la reverencia de Bagdash, Yang llamó al teniente Frederica Greenhill.

“Quiero discutir los problemas tecnológicos relacionados con los métodos de ataque al Collar de Artemisa. Reúne a todos en la sala de conferencias.”

“Sí señor.”

La tensión se manifestó en cada movimiento del cuerpo de Frederica, provocado por el desafío estresante de destruir esas docenas de satélites militares, famosos por el poder incomparable con el que se jactaban. Justo lo que el costo podría ser más allá de lo imaginable. Pero, como si hubiera intuido sus pensamientos, Yang habló.

“No se preocupe, teniente Greenhill. Prometo que no sacrificaremos un solo acorazado o una sola vida humana para sacar el Collar de Artemisa”.

No es que Yang creyera que una victoria sin sangre le ganaría una indulgencia por lo que estaba a punto de hacer…

La aparición del Comandante Bagdash en la pantalla del comunicador fue, para los asediados miembros del Congreso Militar para el Rescate de la República, una sorpresa extremadamente desagradable. Habiendo fracasado en su tarea vital de asesinar a Yang Wen-li, había dejado a sus antiguos aliados en una posición peligrosa, y ahora, con su absurda afirmación de que el golpe había sido provocado por las maquinaciones de Reinhard von Lohengramm, había socavado por completo la justicia de su causa.

“¡Ese traicionero descarado! Es increíble que Bagdash incluso pueda mostrar su rostro en público”. La voz enfurecida estaba teñida de tristeza. Los miembros del Congreso Militar sabían que no tenían forma de vengarse del traidor. También tenían que reconocer que incluso el Collar de Artemisa no podía hacer nada más que retrasar la fecha de su última y eventual derrota.

El Congreso Militar para el Rescate de la República ahora controlaba solo la superficie del Planeta Heinessen y una parte de sus áreas subsuperficiales. El espacio tridimensional estaba ahora completamente en manos de su adversario.

Ese adversario— el mero hijo de un comandante llamado Yang Wen-li— había hecho que el golpe fuera un fracaso. Había vencido a la Undécima Flota, robándole al Congreso Militar la única capacidad militar interestelar

que tenía, confinó el impacto del golpe al singular planeta de Heinessen y atrajo a las personas que habían estado en la cerca de su propio campamento. Sus acciones adeptas habían sido una maravilla para contemplar. Pero hubo una queja que Greenhill tuvo que hacer con respecto al carácter de Yang.

“Puede que haya juzgado mal Yang Wen-li. Que emplee una propaganda tan descarada, que nos llama peones del imperio— no había necesidad de mostrarnos ese grado de desprecio”.

El grupo entero asintió vigorosamente. Al ver esto, Greenhill continuó. “Comenzamos esto nosotros mismos. Fue facilitado por el contraalmirante después de regresar del imperio y nos dio un plan estratégico tan maravilloso. El marqués von Lohengramm no tuvo nada que ver con eso. Eso es así, ¿verdad, Lynch?”

Los ojos de Lynch, vidriosos por la embriaguez, ardían de rojo. Por la cara que hizo, parecía como si hubiera sido agarrado por algún tipo de impulso poderoso.

“Me siento honrado por tus elogios, pero no fui yo quien ideó esa estrategia”.

“¡¿Qué?!” Una ominosa mirada de duda se extendió oblicuamente en la cara del Almirante Greenhill. Después de unos segundos de vacilación, preguntó: “¿Entonces quién? ¿A quién se le ocurrió un plan tan logrado?”

Un momento considerable de silencio transcurrió entre esta pregunta y su respuesta.

“Marqués Reinhard von Lohengramm, mariscal imperial del Imperio Galáctico”.

“¡¿Q-qué dijiste?!”

“Yang Wen-li tiene razón. Este golpe fue una creación del Marqués von Lohengramm, el mocoso de oro. Quería causar luchas internas dentro de la

alianza mientras estaba arreglando las cosas con la aristocracia en la guerra civil del imperio. Todos ustedes han sido manipulados”.

“¿Está diciendo que nos ha hecho bailar en la palma de la mano de Von Lohengramm todo el tiempo?” La voz de la persona que pregunta era ronca y agrietada.

“Eso es correcto”, se quejó Lynch, su voz llena de veneno. “Y todos ustedes hicieron una gran actuación para nosotros. Los idiotas como el Capitán Christian también lo hicieron, por supuesto, que usted también, el Almirante Greenhill.”

Sopló un aliento que apestaba a alcohol, un diablillo invisible saltó por la habitación, pinchando corazones con su lanza mientras se dirigía. Alguien dejó escapar un gemido.

“Echa un vistazo a esto. Este es el plan estratégico que me dio el marqués von Lohengramm.” Una carpeta pequeña y delgada de archivos voló de la mano de Lynch e hizo una bofetada seca cuando cayó sobre el escritorio. Greenhill lo agarró y hojeó las páginas.

“Pero, Arthur, ¿por qué te uniste a los planes de von Lohengramm? ¿Qué te ofreció que era tan tentador? ¿Te prometió convertirte en un completo almirante en la Armada Imperial?”

“También estaba eso…” el tono de Lynch temblaba mientras hablaba; Siguió subiendo y bajando abruptamente. El hombre mismo no hizo ningún esfuerzo visible para controlarlo. “Pero eso no es todo. No voy a nombrar nombres, pero solo digamos que quería amedrentar a ciertas personas que están seguras de que siempre están en lo correcto y nunca lo dudan. El tipo de humillación que nunca puede ser explicado. En cuanto a lo que sería de mi carrera, o incluso de mi vida, simplemente ya no me importaba”.

Los ojos rojos de Lynch bebieron el brillo de las expresiones horrorizadas de los demás.

“Entonces, ¿qué tal, Almirante Greenhill? ¿Qué se siente al saber que esta

gloriosa lista de bienes llamada Congreso Militar para el Rescate de la República no fue más que una herramienta para un intrigante ambicioso en el imperio?”

Sus palabras se fueron apagando, convirtiéndose en una risa. Esa risa grotesca y arrítmica se comió como el ácido de los espíritus de todos. Este hombre, que había arrastrado su propio nombre a través del barro cuando huía de El Fácil, que había pasado nueve años en una inexcusable disolución alcohólica, ¿había guardado este rencor, sin nadie a quien dirigirlo, todo el tiempo?

“¡Señor Presidente! El ataque del enemigo ha comenzado “, dijo el oficial de comunicaciones gritó en voz rígida. Esta descongelo la reunión congelada. Greenhill se dio la vuelta y dejó escapar una voz como alguien que despierta de una pesadilla.

“¿A cuál de los doce satélites están atacando?”

La nota de perplejidad en la respuesta fue clara.

“… Están atacando a los doce a la vez, señor”.

El grupo reunido todos intercambiaron miradas. Había más desconcierto que sorpresa en sus caras. Los doce satélites, que se movían libremente en órbita, tenían la capacidad de defenderse y apoyarse entre sí. Por esta razón, tenía sentido atacar varios satélites simultáneamente, aunque eso corría el riesgo de disipar la proyección de la fuerza. ¿Pero los doce a la vez? Eso desafiaba todo sentido común. ¿En qué estaba pensando Yang Wen-li?

La pantalla se encendió, mostrando objetos que se movían en caminos rectos a través del espacio hacia los satélites. Cuando la naturaleza de esos objetos se volvió clara, un zumbido se extendió por la habitación.

“Hielo…”

El almirante Greenhill gruñó. Eran enormes — enormes bloques de hielo mucho más grandes que cualquier acorazado.

IV

Hace trescientos años. El Imperio Galáctico.

En el séptimo planeta helado de Altair, había un joven, un creyente en el gobierno representativo, que se había visto obligado a trabajar en la minería en condiciones equivalentes a la esclavitud. Su nombre era Ahle Heinessen.

Anhelaba escapar del planeta y construir un nuevo estado entre las estrellas lejanas para creyentes de ideas afines. Lo único que se interponía en su camino era la falta de materiales para construir una nave espacial y llevar a la gente allí.

Un día, Heinessen vio a un niño jugando con un barco de juguete, tallado en hielo, que el niño había hecho. El joven fue golpeado como si una revelación le hubiera sido enviada.

Construyó una nave espacial a partir del inagotable suministro de hielo seco natural en el séptimo planeta de Altair y luego emprendió un largo y largo viaje que se extendió a lo largo de cincuenta años de tiempo y diez mil años luz de espacio.

Esa fue la brillante leyenda de Ahle Heinessen, padre de la Alianza de Planetas Libres.

“Aprendí esta táctica de la historia de nuestro padre fundador, Heinessen”. Yang dijo esto no por orgullo sino por un poco de humor irónico.

El plan era el siguiente:

Srinagar, el sexto planeta del sistema Baalat, era un frígido mundo de hielo. De su superficie, una docena de bloques cilíndricos de hielo serían tallados.

Cada bloque tendría un volumen de un kilómetro cúbico y una masa de mil millones de toneladas.

Estos cilindros de hielo tallados se transportarían luego al espacio de gravedad cero, donde la temperatura se acercó a 273.15 grados Celsius — cero absoluto.

En este punto, los núcleos centrales serían perforados por láser, y se instalarían motores estatorreactor Bussard.

Estos motores proyectarían un campo magnético gigantesco en forma de canasta frente al cilindro para capturar materia interestelar cargada e ionizada. A medida que la materia se acercaba al cilindro de hielo, sería comprimida y calentada, y en un lapso de tiempo extremadamente corto, lograría las condiciones para que ocurra una fusión nuclear dentro del motor. Cuando se expulsó de la parte trasera del cilindro, el escape estaría en un nivel de energía mucho mayor que cuando había entrado por la parte delantera.

Durante este tiempo, la nave de hielo sin tripulación se aceleraría continuamente, sin cesar, y cuanto más se acercaran a la velocidad de la luz, más eficientemente dibujarían en materia interplanetaria. De esta manera, las naves de hielo alcanzarían velocidades cercanas a la luz.

Ahora, en este punto, recordemos un hecho básico de la teoría de la relatividad: a medida que la materia se acerca a la velocidad de la luz, su masa efectiva aumenta.

Por ejemplo, la masa de una nave que vuela al 99.9 por ciento de la velocidad de la luz aumenta a aproximadamente 22 veces su masa original. Con un 99.99 por ciento de la velocidad de la luz, alcanza 70 veces su valor original, y con un 99.999 por ciento, se vuelve 223 veces mayor.

Una porción de hielo de mil millones de toneladas, su masa aumentada en 223 veces, alcanza una masa de 223 billones de toneladas. ¿Qué pasaría si un trozo de hielo con la misma masa que tres millones de edificios de sesenta pisos combinados chocara con algo casi a la velocidad de la luz?

Los satélites militares que comprendían el Collar de Artemisa serían pulverizados, sin que quedara ni un fragmento.

Sin embargo, para evitar que estos trozos de hielo colisionen con el Planeta Heinessen, sus vectores de movimiento debían establecerse con extremo cuidado. Sin embargo, como todos los doce satélites y los doce bloques de hielo fueron desenroscados, no se derramaría ni una gota de sangre.

“¿Alguna pregunta?”

Von Schönkopf aplaudió suavemente en respuesta.

“¿No te importa que destruyamos a los doce?”, Preguntó — y sugirió sardónicamente que sería mejor dejar un puñado para uso futuro.

“No me importa un poco. Vamos a aplastarlos a todos.” Yang eliminó el problema sin dudarlo. El Collar de Artemisa, creía Yang, constituía una de las razones por las que las personas se habían engañado a sí mismas al pensar que este golpe tendría éxito.

Este collar simbolizaba una forma vergonzosa de pensar: que Heinessen podría sobrevivir solo, incluso si todos los demás sistemas estelares y todos los demás planetas estuvieran sujetos al control enemigo. Pero si un asalto enemigo llegara tan lejos, significaría que la alianza estaba a un paso de la derrota total. Lo mejor es nunca dejar que avance la invasión del enemigo hasta ahora — y la primera consideración para eso debería ser el esfuerzo político y diplomático para evitar la guerra desde el principio.

La confianza en los equipos militares para mantener la paz no era más que un producto de las pesadillas de los endurecidos militaristas. Ese tipo de pensamiento estaba en el nivel de algún programa de acción de solivisión para niños pequeños. *Un día, extraterrestres espantosos y guerreros, sin razón ni causa, fueron invadidos repentinamente desde los confines del universo, por lo que los humanos amantes de la paz y los amantes de la justicia no tuvieron más remedio que defenderse.* Y para ese propósito, se requerían armas poderosas y grandes instalaciones — así que fue el argumento.

Cada vez que veía ese enjambre de satélites que abarcaban este hermoso planeta, Yang se ponía de mal humor y lo asociaba con una serpiente que se contraía alrededor de la garganta de una diosa.

En resumen, a Yang no le gustó la bisutería barata que era el collar de Artemisa durante mucho tiempo, y tenía la intención de aprovechar esta oportunidad para romperla en pedazos, con la ventaja adicional de brindar terapia de choque al culto al hardware. Había ideado varias formas de hacer impotente el Collar de Artemisa. Pero por estas razones, Yang había elegido el método más espectacular de todos.

El plan se puso en marcha.

Los doce gigantescos bloques de hielo se dirigieron hacia los doce satélites militares.

Era un espectáculo que mendigaba la imaginación. A medida que aumentaba su velocidad, los cilindros congelados ganaban masa, convirtiéndose en armas cada vez más poderosas. Los sistemas de reconocimiento de radar y sensores con los que se equiparon los satélites se engancharon a los bloques de hielo que se cierran rápidamente. No eran ondas de energía ni objetos metálicos, sino compuestos de hidrógeno y oxígeno, inofensivos, en sí mismos. Aun así, su masa y velocidad fueron consideradas como factores de amenaza, y las computadoras de los satélites tomaron medidas.

Un cañón láser fijó su mira en un bloque de hielo y disparó una columna de energía sobrecalentada. Un agujero perfectamente circular de tres metros de diámetro abierto en la pared de hielo. Sin embargo, ni siquiera un cañón láser de alta potencia podría perforar todo el hielo. La unidireccionalidad característicamente estricta del láser impidió la propagación del efecto destructivo, lo que lleva, por el contrario, a resultados negativos. Pero eso no fue todo: una porción del hielo también se vaporizó, generando una gran cantidad de vapor, que robó al láser la energía térmica. Además, en un vacío

de cero absolutos, el vapor se congeló inmediatamente tan pronto como se formó, transformándose en una nube de cristales de hielo que, de acuerdo con la ley de inercia, continuaron acelerando a velocidades casi luminales. Aunque los misiles fueron disparados y los destellos de sus detonaciones iluminaron la superficie de la masa helada, tampoco tuvieron un efecto visible, ya que fueron destrozados por el paso a través de los cristales antes de golpear la masa central.

En el puente del buque insignia de Yang, *Hyperion* , la tripulación observó este espectáculo sin voz y la cabeza del oficial de comunicaciones nadó con los números rápidamente cambiantes mostrados por el lector de masas. Cuanto más cerca se acercaban los misiles de hielo a la velocidad de la luz, mayor era su masa aumentada.

Ellos chocaron.

El hielo se hizo añicos. Lo mismo hicieron los satélites. Fragmentos de hielo bailaban en el vacío, reflejando la luz solar y la luz planetaria, arrojando un brillo deslumbrante en todo el espacio circundante. Todos y cada uno de los fragmentos de hielo tenían cientos de toneladas de masa. Pero cuando brillaban maravillosamente en la pantalla, uno podía creer que eran más ligeros que los copos de nieve. Los fragmentos rotos del satélite ya eran indistinguibles.

V

“Aniquilado… El collar de Artemisa… no tiene un solo satélite restante… Se ha aniquilado…”

En un estado de distracción, el oficial de comunicaciones siguió repitiendo la palabra “aniquilado”. Los miembros del Congreso Militar para el Rescate de la República se quedaron inmóviles, como si se hubieran transformado en pilares de sal.

Comenzaban a creer que solo la palabra resonaría en sus oídos para siempre cuando se escuchara otro sonido — como un objeto pesado que golpea el suelo. Greenhill se había desplomado en su silla. En medio de las miradas concentradas de sus compañeros, se obligó a salir con voz ronca:

“Se acabó. Nuestra revolución militar ha fracasado. Hemos perdido Vamos a admitirlo”.

Después de unos segundos de intervalo, surgió un grito de oposición. El capitán Evens levantó la voz y trató de alentar a sus co-conspiradores.

“No, no ha terminado”, insistió el capitán. “Tenemos rehenes. Todos los mil millones de ciudadanos de Heinessen todavía están en nuestras manos”. Golpeó su palma abierta sobre la mesa. “Además de eso, hemos capturado al director de la sede operativa conjunta y al comandante en jefe de la armada espacial. Dependiendo de las condiciones, existe la posibilidad de que todavía podamos negociar. Todavía es demasiado pronto para rendirse”.

“Tenemos que renunciar. Cualquier resistencia más allá de esto no solo será inútil, sino que dañará el proceso de reconciliación entre el gobierno y los ciudadanos. Ya se terminó. Afrontemos al menos la cortina de cierre con gracia”.

Los hombros del capitán cayeron, y una voz débil se filtró entre sus labios coloreados.

“Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Rendirnos y ser juzgado?”

“Quienes lo deseen son bienvenidos. Elegiré una ruta diferente, pero hay algo que debo hacer de antemano. No podemos dejar evidencia o testigos que certifiquen que nuestro noble levantamiento fue orquestado por un ambicioso maestro titiritero del imperio”.

Los ojos de Greenhill miraron con repugnancia a Lynch. “Contralmirante Lynch, tenía muchas expectativas para usted desde el comienzo de su carrera— desde que tenía dos clases detrás de mí en la Academia de

Oficiales. Fue lamentable cuando ese incidente en El Fácil ocurrió hace nueve años. Es por eso que te puse bajo mi ala en esto, pensando que podríamos restaurar tu reputación, pero…”

“Simplemente no eres un juez de carácter”, señaló fríamente el ex almirante borracho.

La cara del almirante Greenhill cambió de color. Rabia, desesperación, derrota, aborrecimiento— todas estas emociones se fusionaron y armonizaron; uno podría pensar que algo había explotado dentro de él.

Dos destellos de luz pasaron por la habitación. Uno fue tragado en el espacio entre las cejas de Greenhill; el otro rozó la oreja izquierda de Lynch, cortando una porción de piel y carne. Detrás de su grito, múltiples luces estallan desde delante, desde atrás, desde la izquierda y la derecha, perforando túneles estrechos y ardientes hacia el cuerpo de Lynch. Unos segundos detrás de Greenhill, él también se desplomó en el suelo.

“Tontos…”

El contraalmirante Lynch escupió su última risa con burbujas de sangre y miró a los oficiales que le habían disparado.

“Acabo de salvar el honor de Greenhill, ¿no crees? En lugar de vivir… ser llevado a juicio, probablemente era mejor… que el bastardo muriera… Heh. Honor… tan estúpido”.

Una burbuja de sangre estalló, y una película comenzó a formarse sobre sus dos ojos abiertos. Caminando y escupiendo en la cara de Lynch, el Capitán Evens gritó: “Queme esta repugnante archivo hasta hacerlo cenizas. Deseche el cadáver de Lynch. Deshágase de todo lo que pueda comprometer la justicia de nuestra causa”.

“La flota del almirante Yang se ha desplegado en órbita”, dijo el oficial de comunicaciones con voz aguda. “Están a punto de comenzar operaciones de aterrizaje. ¿Qué haremos?”

Evens frunció el ceño, pero al momento asintió como si hubiera tomado una decisión.

“Abre un canal. Hablaré con el almirante Yang”.

Pronto, la forma del joven almirante apareció en la pantalla, vistiendo su boina militar negra con cierta inclinación. Su personal estaba parado detrás de él, y entre ellos estaba el rostro de la hija del almirante Greenhill. Evens se estremeció ligeramente.

“Soy el capitán Evens de la Armada de la Alianza. Como presidente interino del Congreso Militar para el Rescate de la República, solicito permiso para hablar. No hay necesidad de un asalto. Sabemos que estamos derrotados y hemos llegado a una decisión de renunciar a cualquier resistencia inútil. Todo ha terminado”.

“Eso está muy bien, pero …” Naturalmente, Yang tuvo algunas dudas. “¿Qué le pasó al presidente de su Congreso Militar, el almirante Greenhill? No lo veo allí”.

Después de un lapso de aliento, Evens respondió.

“Su Excelencia se quitó la vida. Fue un final espléndido”.

Al escuchar esto, Frederica Greenhill soltó un gemido bajo y se tapó la boca con una mano. Sus hombros temblaron.

“Almirante Yang, nuestros objetivos han sido limpiar el gobierno de nuestra república democrática y eliminar del universo el despotismo del Imperio Galáctico. Es lamentable que no hayamos podido realizar estos ideales. Almirante Yang, el resultado final de todo esto es que ha prestado su fuerza a la existencia continua del despotismo”.

“¿Qué es el despotismo? ¿No es así cuando los funcionarios gubernamentales no elegidos por la ciudadanía roban a las personas su libertad y tratan de controlarlas a través de la fuerza y la violencia? Eso es, en suma, exactamente lo que todos ustedes han hecho aquí en Heinessen “.

Silencio.

“Son ustedes, soldados nobles, que son déspotas. ¿Estoy equivocado?” La voz de Yang fue suave, pero no hubo perdón en las palabras que habló.

“¡Estás equivocado!”

“¿Dónde estoy equivocado?”

“Lo que queríamos no era poder para nosotros mismos. Este fue un expediente temporal. Era una forma provisional de gobierno que iba a estar vigente hasta que nuestra patria fuera rescatada de su gobierno corrupto de la mafia y el imperio derrocado”.

“Un expediente temporal…” Yang murmuró con una ligera amargura. En aras de la autojustificación, cualquier excusa podría ser utilizada. Sin embargo, incluso si esto fuera un expediente temporal, ¿cuántos sacrificios habrían exigido?

“Si puedo preguntar, hemos estado luchando contra el imperio durante mucho tiempo— 150 años— y no hemos logrado derrocarlo. Puede que nos quememos otros 150 años después de esto y aún no podamos derrocarlo. Después de que eso suceda, y su grupo se ha aferrado a sus posiciones de poder durante todo ese tiempo— y todo ese tiempo ha seguido privando a los ciudadanos de sus libertades— ¿insistirá incluso en que esto es un expediente temporal?”

El capitán Evens vaciló en su respuesta. Pero luego cambió de dirección e intentó una refutación.

“Todos saben lo corrupto que es el gobierno ahora. Para corregir eso, ¿qué otros métodos estaban disponibles?”

“El gobierno corrupto no se reduce a los políticos que aceptan sobornos. Eso no es más que corrupción individual. Lo que llamaría un gobierno corrupto es un estado de cosas en el que incluso si un político acepta un

soborno, está por encima de las críticas por hacerlo. Su grupo proclamó la regulación de la libertad de expresión. ¿No crees que solo con eso has perdido las bases para censurar a los déspotas del imperio y al gobierno actual de la alianza?”

“Estábamos poniendo en juego nuestras vidas y nuestra reputación…” La voz del capitán Evens se desvió hacia la rigidez. “En este punto, no permitiré que nadie nos calumnie. A nuestra causa no le faltó justicia. Solo nos faltó un poco de suerte y la capacidad de implementar nuestro plan. Eso fue todo.”

“Capitán Evens…”

“¡Viva la revolución militar!”

La pantalla de comunicaciones se puso gris.

Jefe de Estado Mayor Murai dejó escapar un suspiro.

“Nunca admitió su error, hasta el último”.

“Para cada uno su propio sentido de rectitud”, Yang respondió con tristeza y le dijo a von Schönkopf que los preparara para aterrizar. Así realizó la Flota Yang su aterrizaje sin sangre en la superficie de Heinessen.

A la luz de su estación y circunstancias, la falta de ceremonia de Yang bordeaba lo absurdo. Se movió enérgicamente por sí mismo, causando que sus subordinados se preocuparan por su seguridad— sobre todo porque era difícil juzgar dónde podrían estar al acecho los restantes partidarios de la facción golpista.

Haciendo caso omiso de las vociferantes advertencias del Jefe de Estado Mayor de Murai, Yang procedió por su propia cuenta al Cuartel General de Operaciones Conjuntas y organizó la ubicación del confinamiento del Almirante Bucock entre los pequeños oficiales rendidos. En poco tiempo,

Yang lo liberó y lo envió a un hospital.

El anciano almirante se había debilitado físicamente durante sus cuatro meses de encarcelamiento, y sin embargo, la fuerte luz en sus ojos y la claridad de su discurso tranquilizaron la mente de Yang.

“Estoy completamente avergonzado”, dijo Bucock. “No te serví para nada — ni siquiera con la información que me diste”.

“De ningún modo. Soy el que te hizo sentir miserable al tomarte tanto tiempo. ¿Hay algo que necesites?”

“Bueno, por el momento, me encantaría tomar un sorbo de whisky”.

“Traeré una botella de inmediato”.

“¿Qué le pasó al almirante Greenhill?”

“Él está muerto.”

“¿Es él? Huh Así que este viejo ha sobrevivido a otro”.

Yang estaba agradecido de que el almirante Greenhill había tenido la sensación de decencia de no tomar a ningún rehén — altos funcionarios o ciudadanos — con él. Sin embargo, lo sintió menos cuando liberó a Dawson, el director interino de la sede operativa conjunta.

Una montaña de asuntos que necesitaban resolverse después del incidente se alzaba ante Yang.

Necesitaría informar a toda la alianza sobre el fracaso del golpe y la reinstauración de la Carta de la Alianza, evaluar los daños, arrestar a los miembros sobrevivientes del Congreso Militar para el Rescate de la República y hacer que se realicen informes de autopsia por los muertos, incluidos el almirante Greenhill y el capitán Evens. Cuando lo pensó, también hubo muchas otras cosas. A Yang le dolía la cabeza.

Sin embargo, en un momento como este, los ojos de Yang se abrieron a la verdadera competencia de su ayudante, Frederica Greenhill. Justo después de enterarse de la muerte de su padre, ella le había dicho a Yang: “¿Me puede dar una— no, dos horas, señor? Sé que puedo recuperarme de esto, pero ahora mismo, simplemente no puedo. Así que…”

Yang había asentido. Cuando le informaron que Jessica Edwards había estado entre los masacrados, también se había visto obligado a calcular la cantidad de tiempo que le llevaría recuperarse.

Yang no creía que su padre se hubiera suicidado. No había manera de que él colocara el cañón de la pistola entre sus ojos y apretara el gatillo. Probablemente había sido asesinado a tiros por alguien más. Sin embargo, este fue un pensamiento que no fue necesario pronunciar en voz alta.

Cuando Frederica estaba a punto de despedirse, el joven almirante había dicho: “Uh, teniente, solo, cómo puedo poner esto… no se desanime”.

Era capaz de hacer que una vasta fuerza de un millón, de diez millones, se moviera tal como lo ordenó en un espacio de batalla interestelar. Pero hubo momentos en que ni siquiera podía controlar su propia lengua adecuadamente.

Una vez que pasaron dos horas, Frederica, que había salido de su habitación, emprendió su trabajo con la gracia de un río que fluía rápidamente. Una montaña de archivos firmados como “completados” comenzó a formarse frente a Yang. Mientras estaba hojeando las páginas, impresionado, vio que su destreza fue tan lejos como para seleccionar el curso del desfile de la victoria e incluso establecer el tiempo para ello. Tal vez esta ardua obra fue, en este momento, su salvación.

Llegaron noticias de von Schönkopf, que había salido a patrullar la ciudad. Dijo que Julian había encontrado al responsable de este incidente. A Yang, que se preguntaba en voz alta quién era, dijo: “Probablemente ni siquiera quiera escuchar su nombre, pero es el presidente del Consejo Superior,

señor”.

De hecho, era un nombre que Yang detestaba escuchar.

La palabra era que Job Trünicht, reportado como desaparecido desde antes del golpe, había aparecido. Julian, que había acompañado al almirante Bucock al hospital, había regresado a Yang cuando se llamó a su automóvil para que se detuviera cerca de un edificio antiguo.

“T-tú eres…” Al ver quién se dirigió a él, el joven tartamudeó. El individuo que su guardián odiaba más que cualquier otro en el mundo estaba parado allí, sonriéndole.

“Por supuesto que me reconocen”, dijo en voz baja Job Trünicht, presidente del Consejo Superior de la Alianza de Planetas Libres. “Soy tu jefe de estado”.

Julian sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Los sentimientos del chico habían sido fuertemente influenciados por Yang.

“Eres Julian ¿verdad? El pupilo del almirante Yang. He oído que eres un hombre joven con un futuro prometedor”.

Julian se quedó en silencio y agachó la cabeza simplemente por cortesía. Se sintió más cauteloso que sorprendido al saber que su existencia era conocida por el hombre.

Detrás de Trünicht se reunieron cinco personas, hombres y mujeres. Sus expresiones eran sin alegría.

“Estas buenas personas son miembros de la Iglesia Terra que me han protegido. He estado escondido en su iglesia clandestina, haciendo todos los esfuerzos posibles para derrocar a esos tiranos militares durante todo el tiempo”.

¿ Esfuerzos? ¿Qué esfuerzos has estado haciendo? ¿No te has estado escondiendo en un lugar seguro todo el tiempo? ¿No te estás arrastrando a

campo abierto ahora que todo ya ha terminado? Así que Julian quiso decir, pero pensó en la posición de Yang y guardó silencio.

“Pues bien, llévame a mi residencia oficial. Tengo a toda una ciudadanía para animarme con la buena noticia de que estoy ileso”.

Al no tener otra opción, Julian había dejado entrar al presidente en el vagón. Después de un corto viaje en coche, había empujado a Trünicht sobre von Schönkopf y sus subordinados, que estaban estacionados frente a la residencia oficial.

“Bien, bien. Un desastre termina y otro toma su lugar “, dijo Yang encogiéndose de hombros, pero algo en el interior no le permitía reírse. Se decía que Trünicht había sido salvado y protegido durante mucho tiempo por algunos terraistas fieles. ¿Significaba esto que la Iglesia de Terra también estaba siendo utilizada por Trünicht, al igual que los Caballeros Patrióticos?

¿O podría ser al revés?

Capítulo 08: Las Cataratas de Oro

I

SI SE PUEDE DECIR QUE UN SACRADO PRINCIPIO ORIENTADOR reside en todos los corazones, entonces, para el corazón de Siegfried Kircheis, el principio seguramente incorporado en él tomó la forma de las palabras que una hermosa joven había pronunciado hace once años:

"Sieg, por favor, sé un buen amigo para mi hermano".

El niño pelirrojo se había sentido tan orgulloso de tener a Annerose, de quince en ese momento, hablarle así. Kircheis casi nunca había tenido problemas para conciliar el sueño por la noche, pero solo esa vez, se había echado atrás y se había retrasado durante horas y, en algún lugar en la oscuridad, había hecho un voto privado para convertirse en un caballero leal para esos hermanos.

Reinhard, con sus rizos dorados y su tez de marfil, había sido un niño hermoso, como un ángel cuyas alas estaban ocultas. Si solo hubiera sido más amable con la gente, ciertamente habría sido popular con los niños de su edad. Sin embargo, mal adaptada a su apariencia era la actitud insolente y agresiva que tenía, y en poco tiempo, Reinhard había logrado hacer un gran número de enemigos. En poco tiempo, nunca estuvo seguro de que pudiera caminar por la calle a menos que Kircheis, que tenía influencia y popularidad entre los chicos de la ciudad, caminara a su lado.

Había un niño, un año mayor que Reinhard y Kircheis, que era más alto y más fuerte que los otros niños del vecindario. Solo Kircheis, un luchador

natural, podía vencerlo uno a uno, y un día, cuando Kircheis no estaba cerca, ese niño atrapó a Reinhard en el parque y se esforzó por enseñarle una lección. Tal vez estaba tratando de romper el espíritu del chico guapo y convertirlo en su títere.

Cuando el niño desató una cascada de amenazas y epítetos, Reinhard se miró la cara con ojos como piedras preciosas congeladas, y de repente lanzó una patada a la entrepierna del niño. Cuando el niño cayó hacia adelante, Reinhard agarró una roca y lo golpeó sin piedad. Incluso cuando su oponente estaba cubierto de sangre, gritando por ayuda y sin pensar siquiera en pelear, Reinhard no se detuvo. Otro niño corrió y le dijo a Kircheis lo que estaba pasando; Kircheis corrió de inmediato y finalmente sacó a Reinhard del acosador.

Reinhard no sufrió ni un solo rasguño. Actuó como si nada hubiera pasado y no mostró ningún remordimiento. Fue solo cuando Kircheis señaló la sangre en su ropa que Reinhard repentinamente perdió la compostura. Se metería en problemas si Annerose lo descubriera. Aunque su hermana no era del tipo que regañaba a su hermano con dureza, ella lo miraba con una sensación de decepción en momentos como este. Nada más funcionó en Reinhard de la forma en que lo hizo esa mirada.

Los dos muchachos realizaron una improvisada sesión de estrategia y, después de hablar de ello, saltaron a la fuente del parque con la ropa puesta. Eso enjuagaría la sangre de la ropa de Reinhard— sería mucho más fácil decirle a Annerose que se habían caído en la fuente que tratar de explicar esa terrible lucha.

Cuando Kircheis lo pensó, se dio cuenta de que no había necesidad de empaparse. Aun así, se sintió tan cómoda esa noche— envuelta con Reinhard en la misma manta, bebiendo el chocolate caliente que Annerose les había preparado, escuchando al segundo lavadero de von Müsels afirmando en voz alta su derecho a existir en el fondo.

Lo que preocupaba a Kircheis era lo que sucedería si la víctima les contaba a sus padres lo que Reinhard le había hecho. Sin embargo, nunca surgió nada de eso. El niño en cuestión siempre estaba encontrando maneras de

mostrar cuán fuerte era, y evidentemente su orgullo no le permitiría involucrar a sus padres. Sin embargo, eso no significaba que no intentaría vengarse, por lo que a partir de ese momento, Kircheis apenas dejó al lado de Reinhard. Si el niño trajera a sus lacayos, serían más de lo que Reinhard podría manejar solo. Al final, sin embargo, incluso esa preocupación demostró haber sido infundada. Aunque solo Reinhard podría ser un objetivo tentador, ninguno de esos rufianes era tan tonto como para hacer también a Kircheis su enemigo.

No mucho después, Annerose fue llevado a la corte interior del emperador Friedrich IV. Reinhard ingresó a la escuela militar, y luego regresó para traer a Kircheis. Ese había sido el final de los viejos tiempos.

Desde ese momento, Reinhard había subido corriendo la escalera de la ambición, arrastrando a su amigo pelirrojo solo un paso atrás.

Kircheis había correspondido. Esos hermanos de cabello dorado eran su hogar, su propia vida. En eso, sintió la alegría de la satisfacción profunda. Después de todo, ¿quién más podría haber seguido los pasos de Reinhard cuando estaba casi saltando por el cielo?

“Excelente trabajo, Kircheis”, dijo Reinhard, saludándolo con una sonrisa incandescente a su regreso de la frontera.

Al mando de una poderosa fuerza secundaria, Kircheis había estado luchando batallas aisladas en todo el imperio, ejecutando su misión tan impecablemente que el mismo Reinhard casi parecía haber estado en dos lugares a la vez. El marqués von Littenheim, segundo al mando de los confederados militares de los aristócratas, ahora no era más que polvo espacial, y Kircheis había incorporado aquellas fuerzas de brigada que habían estado dispuestas a rendirse a su propia flota. Una vez que había sofocado la última de las rebeliones fronterizas, se había dirigido a la Fortaleza de Gaiesburg para encontrarse con la flota principal de Reinhard.

“Los logros del almirante Kircheis son simplemente demasiado maravillosos”.

En el centro de mando de Reinhard, esos susurros últimamente se habían convertido en algo común. Eran palabras de alabanza, pero al mismo tiempo palabras de envidia e incluso de precaución.

Una razón importante por la que Reinhard pudo concentrarse en luchar contra la flota principal del duque de Braunschweig fue que Kircheis había conquistado y estabilizado todas las regiones circundantes. Ese hecho fue reconocido por todos, y el mismo Reinhard incluso lo decía a los demás. Después de todo, Reinhard sabía que no importa cuán grandes pudieran ser los logros de Kircheis, todos se hicieron en su nombre.

“Debes de estar exhausto. Ven, siéntate. Tengo vino y café, ¿qué será? Desearía tener algo del apfeltorte de Annerose para ofrecer, pero no podemos ser exigentes en las líneas del frente. Considérenlo como algo que esperamos cuando regresemos”.

“Lord Reinhard, hay algo de lo que necesito hablar con usted”.

Aunque Kircheis apreciaba la cálida bienvenida de Reinhard, no podía esperar un momento más para confirmar o negar un informe.

“¿Qué pasa?”

“Se trata de los veinte millones de personas que fueron asesinadas en Westerland”.

“¿Qué pasa con ellos?”

Por solo un instante, una sombra de irritación cruzó el hermoso rostro de Reinhard. Kircheis no se lo perdió. Sintió algo frío goteando en su corazón.

“Lord Reinhard, recibí un informe de alguien que afirma que sabía sobre el plan para atacar Westerland y, por razones de conveniencia política, permitió que sucediera”.

Reinhard no dijo nada.

"¿Es eso cierto?"

"… Lo es." Annerose y Kircheis fueron las únicas dos personas a las que Reinhard nunca había podido mentir.

La mirada de Kircheis se volvió muy seria— enojada, incluso — y era evidente que no iba a dejar de lado esto. Exhaló un suspiro que puso en movimiento todo su cuerpo.

"Lord Reinhard, bajo el imperio tal como es hoy… bajo la Dinastía Goldenbaum… es imposible que exista la verdadera justicia. Por eso creí que significaría algo si lo suplantaras."
"No necesito escuchar esto de ti".

Reinhard sabía que estaba en desventaja. Tal vez no debería tener esta discusión con Kircheis. Al enfrentarse solo a Kircheis, regresaría a los días de la infancia — los días en que eran iguales. Por lo general, eso era lo que Reinhard quería — era una segunda naturaleza para él. Sin embargo, ahora, era una relación vertical lo que ansiaba — una en la que simplemente podía despedir a un subordinado al descartar una orden. Era, por supuesto, una vergüenza por la masacre de Westerland lo que le hacía querer eso.

"La nobleza boyar será destruida. Eso es una inevitabilidad histórica — la liquidación de una deuda de quinientos años — por lo que entiendo que el derramamiento de sangre es inevitable. Pero no hay que sacrificar a la gente. Su nuevo sistema se construirá sobre la base de un pueblo liberado. Si los sacrificas con fines políticos, estás socavando el terreno en el que tendrás que defenderte".

"¡Yo sé eso!"

Reinhard vació su copa de vino de un solo trago y frunció el ceño a su amigo pelirrojo.

“Lord Reinhard”.

La voz de Kircheis llevaba un leve tono de ira y un gran repique de tristeza.

“La lucha de poder que se está desarrollando entre usted y el noble es una pelea en pie de igualdad. Puedes usar cualquier táctica que te guste y no sentir arrepentimientos. Pero cuando sacrificas a la gente, las manos se tiñen de sangre que ninguna cantidad de palabras florales o retórica puede lavar. ¿Por qué alguien de tu talla se rebajaría a eso, solo por un beneficio temporal?”
La cara del joven de cabello dorado se había puesto pálidamente enferma para este punto. Kircheis tenía razón; Estaba equivocado, y enfrentando la derrota. Esa realización, absurdamente, dio a luz a una resistencia más intensa. Miró a su amigo pelirrojo con ojos como los de un niño rebelde.

“¡Basta ya de tus sermones!”, Gritó Reinhard. Se sintió avergonzado en ese momento, y tratar de borrarlo lo puso aún más furioso. “En primer lugar, Kircheis, ¿cuándo solicité su opinión?”

Kircheis no dijo nada.

“Le pregunto: ¿cuándo solicité su opinión?”

“No lo hizo”.

“Está bien. Puedes compartir tus opiniones cuando te las pida. Lo hecho, hecho está. No vuelvas a hablar de eso”.

“Lord Reinhard, los nobles han hecho algo que nunca deberían haber hecho, pero tú… has fallado en hacer algo que deberías haber hecho. Me pregunto de quién es mayor el pecado.”

“¡Kircheis!”

“¿Sí?”

“¿Qué eres para mí?” El rostro pálido y la mirada feroz confeccionaron la

furia de Reinhard. Kircheis había golpeado justo donde más dolía. Para evitar que Kircheis se diera cuenta, Reinhard tuvo que mostrar un enojo aún mayor.

Como había llegado a eso, Kircheis, también, no tenía más remedio que rechazar.

“Soy el leal subordinado de Su Excelencia, Marqués von Lohengramm”.

Con esa pregunta, y con esa respuesta, ambos hombres sintieron algo invisible, algo precioso, crujido sin un sonido.

“Bueno. Así que lo entiendes”, dijo Reinhard, fingiendo no darse cuenta. “Hay habitaciones preparadas para ti. Ve y descansa allí hasta que tenga órdenes para ti.”
Kircheis hizo una reverencia en silencio y salió de la habitación.

La verdad era que Reinhard sabía lo que debía hacer. Debería ir a Kircheis y disculparse por lo que había hecho. Debería decir: “Solo fue esta vez. Nunca volveré a hacer algo como esto”. No había necesidad de decir eso con los demás mirando; Sólo los dos estarían bien. Eso solo disolvería todos los malos sentimientos. Eso solo…

Pero eso era lo único que Reinhard simplemente no podía hacer.

Reinhard también estaba pensando que Kircheis debería entender cómo se sentía.

Inconscientemente, dependía del apoyo de Kircheis.

¿Cuántas veces los dos se habían peleado como niños? Reinhard siempre había sido la causa; Kircheis siempre había sido la que le sonreía y lo perdonaba.

¿Pero las cosas irían así esta vez también? Inusualmente para él, Reinhard no se sentía confiado.

II

La Fortaleza de Gaiesburg, esa isla hecha por el hombre en los cielos, estaba aislada y bajo asedio.

La gente de dentro apenas podía creer lo que estaba sucediendo. ¿No habían llegado varios miles de nobles con sus fuerzas militares hace apenas medio año? ¿No había zumbado el aire con energía y actividad como si la propia capital imperial hubiera sido reubicada aquí? En la actualidad, la cascada en curso de levantamientos de ciudadanos, deserciones de tropas y derrotas militares estaba a punto de convertirla en una necrópolis gigantesca para los aristócratas.

“¿Por qué sucedió esto?” Se preguntaron los aristócratas, estupefactos.

“¿Que pasa ahora? ¿Qué piensa el duque de Braunschweig?”
“No ha dicho una palabra. No está claro si piensa algo en absoluto”.

Von Braunschweig había sufrido una severa pérdida de autoridad y la confianza depositada en él por otros. Numerosas fallas que previamente habían pasado desapercibidas o se habían considerado tan insignificantes como para ignorarlas ahora se amplificaban en la mente de las personas. Mala toma de decisiones, mala percepción, falta de capacidad de liderazgo. Cualquiera de estos fue más que suficiente para justificar las críticas.

Por supuesto, los que reprendieron demasiado a von Braunschweig se reprendieron simultáneamente por extensión, ya que fueron ellos quienes lo hicieron su líder y los que se lanzaron a una guerra civil bajo su mando. En última instancia, los aristócratas tuvieron que dejar de culpar a su líder, maldecirse por las decisiones que habían tomado, y de su conjunto de opciones cada vez más reducidas seleccionaron el desastre más pequeño que pudieron.

La muerte en la batalla. Suicidio. Vuelo. Rendición. De estos cuatro, ¿cuáles deberían elegir?

Quienes se decidieron por uno de los dos primeros tenían que preocuparse menos. Todos se estaban preparando de manera individual para muertes valientes pero inútiles. Fueron aquellos que decidieron elegir la vida quienes se lanzaban a grandes mares de duda.

“Incluso si anunciamos nuestra rendición”, dijo alguien, “¿el mocoso dorado— el marqués von Lohengramm— lo aceptará? Estamos en aguas completamente inexploradas ahora”.

“Tienes razón”, dijo otro. “Es dudoso que lo haga si vamos a él con las manos vacías. Pero si le llevamos un regalo…

“¿Un regalo?”

“Me refiero a la cabeza de von Braunschweig”.

Los oradores se callaron, y sus ojos se lanzaron a su alrededor. Su conciencia culpable, naturalmente, los tenía a medias esperando encontrar guardias escuchando cerca.

Ya empezaban los suicidios. Los primeros fueron los aristócratas ancianos y aquellos que ya habían perdido a sus hijos en esta guerra civil. Algunos de ellos simplemente abandonaron todo y bebieron veneno, mientras que otros hicieron lo que los antiguos romanos y se cortaron las muñecas mientras escupían odio y epítetos contra Reinhard.

Con cada nuevo suicidio, el sentimiento de los sobrevivientes de estar en caída libre se intensificó.

El duque von Braunschweig se estaba ahogando en el licor. Aunque no tenía forma de saberlo, esto era muy similar a cómo Marquis von Littenheim había pasado su último día. Sin embargo, el Duque von Braunschweig había alentado su espíritu de lucha y había gritado que

mataría “a ese mocoso dorado y hacer una copa de su cráneo”. La gente sensible frunció el ceño con preocupación y se volvió más pesimista acerca de hacia dónde se dirigía todo esto.

Fueron los jóvenes aristócratas, el barón Flegel el principal entre ellos, que todavía no habían renunciado a luchar para salir de esto. En particular, un segmento de este grupo se mantuvo escandalosamente optimista.

“Todo lo que tenemos que hacer es pelear una batalla y tomar la cabeza del mocoso dorado”, argumentó Flegel. “Hacer eso, y cambiamos la historia, y al mismo tiempo enmendamos todas nuestras derrotas pasadas. Tenemos que llevarles la batalla una última vez. No hay otra manera.”

Con estas palabras, el barón Flegel persuadió al Duke von Braunschweig sobre bebidos, luego se dispuso a reparar y preparar las embarcaciones restantes para una carga decisiva que daría nueva vida a la aristocracia.

Cuando Reinhard vio el primero de los mensajes seguros que le fueron entregados en su nave insignia, el joven mariscal imperial sonrió un poco.

“¿Oh? ¿Una carta de Fräulein von Mariendorf?”

Hilda — Hildegard von Mariendorf. Reinhard recordó con placer el brillo de sus ojos, ricos en intelecto y en vida. Después de colocar el chip en el reproductor, fue abordado por la imagen clara y nítida de la hija del Conde von Mariendorf.

La carta de Hilda, o la mayor parte de todos modos, se refería a la actividad o falta de ella de varios nobles y burócratas pro-Reinhard en Odín. No fue diferente a un documento de informe en ese sentido. Sin embargo, lo que llamó la atención de Reinhard fue la parte en la que habló del Duque Lichtenlade, el primer ministro imperial en funciones.

“Su Excelencia está llevando a cabo una revisión del gobierno en su conjunto en este momento. Al mismo tiempo, ha estado muy ocupado

corriendo entre los aristócratas en la capital. Parece que tiene un gran esquema en mente”.

Hubo un indicio de sarcasmo en las palabras de Hilda— en la inclinación de su sonrisa— y también había algo muy serio allí también. Estaba enviándole una advertencia a Reinhard.

“Ese viejo zorro”, murmuró Reinhard. “Parece que se está preparando para apuñalarme por la espalda”.

Reinhard sonrió fríamente cuando el rostro de aquel anciano estadista de setenta y seis años apareció en el fondo de su mente: la mirada dura, la nariz afilada, el cabello como la nieve recién caída. Reinhard había preparado sus propios planes para el intrigante ministro, aunque ahora es posible que deban acelerarse. El anciano tenía al emperador y al sello imperial bajo su pulgar. Un pedazo de papel era todo lo que necesitaría para robarle legalmente a Reinhard su posición.

Reinhard repasó el resto de sus cartas, ignorando la segunda hasta la sexta y, por último, seleccionando la séptima. Era de su hermana Annerose.

Después de preguntarle por su salud y ofrecerle palabras de preocupación y admonición, Annerose terminó su carta de esta manera:

“Por favor, nunca olvides lo que es más importante para ti. A veces, puede pensar que es una molestia, pero es mucho mejor reconocer y apreciar algo mientras todavía lo tiene que vivir con arrepentimientos cuando se ha ido. Habla de todo con Sieg y escucha lo que te dice. De todos modos eso es todo por ahora. Estoy deseando que vuelvas a casa. *Auf wiedersehen* “.

Perdido en sus pensamientos, Reinhard tocó su barbilla finamente formada con dedos flexibles.

Jugó el chip por segunda vez.

¿Era solo su imaginación, o tenía una sombra sombría en el rostro encantador de su dulce hermana? Aun así, en el estado en que se

encontraba, Reinhard se sintió más irritado que agradecido porque le pidieran que consultara a Siegfried Kircheis sobre todo. *¿Cree ella que él toma mejores decisiones que yo?* Inesperadamente, la masacre en Westerland cruzó por su mente, amargando aún más el estado de ánimo de Reinhard . *Tal vez Kircheis hace mejores elecciones. Pero no fue como lo hice porque quería hacerlo. Había razón suficiente.* Desde Westerland, el duque von Braunschweig había perdido completamente los corazones de la gente. Y con todos los levantamientos y las deserciones de tropas ocurridas como consecuencia de la masacre, la guerra ahora se perfila para terminar mucho antes que las proyecciones iniciales. Si sumó todos los números, ¿no fue esto una bendición para la ciudadanía en general? Kircheis estaba demasiado concentrado en ideales que no funcionaban en el mundo real; le estaba haciendo caer en una especie de moralismo formulado.

Sin embargo, otra cosa molestaba a Reinhard — en ninguna parte de ese mensaje, Annerose había dicho algo como “da lo mejor de ti Sieg”. ¿Eso significaba que había enviado una carta por separado a Kircheis? Si es así, ¿qué le había dicho ella? Reinhard quería saberlo, pero en este momento, debido a sus extraños sentimientos incómodos sobre Kircheis, simplemente no podía abordar el asunto.

Reinhard podría criticar a Kircheis hasta que se pusiera pálido, pero dejó que lo intentara Von Oberstein, y Reinhard se enfrentaría a su amigo pelirrojo cada vez.

“Incluso si todo el universo se volviera contra mí, Kircheis estaría a mi lado. Siempre lo ha hecho. Y es por eso que siempre lo he recompensado. ¿Qué está mal con eso?”

A las palabras acaloradas de Reinhard, el jefe de personal respondió con frialdad: “Su Excelencia, de ninguna manera le estoy sugiriendo que elimine o exilie al Almirante Kircheis. Simplemente le ofrezco una advertencia — que debe tratarle igual que a Von Reuentahl, a Mittermeier ya los demás. Trátelo como un subordinado. La organización no necesita un número dos. Es seguro que una persona así resultará perjudicial — el competente a su manera y el necio en el suyo. No debería haber nadie que pueda funcionar como un sustituto de la lealtad de los hombres al número

uno”.

“Entiendo”, Reinhard escupió de nuevo. “Eso es suficiente. Deja de fastidiarme por esto”. Lo que más irritó a Reinhard fue que el argumento de von Oberstein, como una pieza de lógica, era acertado. Sea como fuere, ¿por qué las palabras de ese hombre, a pesar de su corrección, no lograron causar una buena impresión?

Mittermeier había venido a la cabina de von Reuentahl, y los dos estaban disfrutando de un juego de póquer. Se había puesto una taza de café sobre la mesa, preparándose para la larga guerra que se avecinaba.

“Tengo la sensación de que algo no está bien entre el marqués von Lohengramm y Kircheis”, dijo Mittermeier, en el que apareció un brillo brillante en los ojos no coincidentes de von Reuentahl. “No crees que esa historia sea—”

“Todavía es un rumor”, dijo von Reuentahl, “al menos por ahora”.

“Incluso si lo es, es algo peligroso que circule”.

“Extremadamente peligroso. Me pregunto si hay algo que podamos hacer al respecto”.

“Es un problema delicado. Si no hay nada en ello, podría ser el trabajo de algún enemigo que intente desacreditar a Su Excelencia. Pero si lo hace, es cuando las cosas se ponen increíblemente difíciles. De cualquier manera, no podremos quedarnos fuera de esto”.

“Dicho esto”, respondió Von Reuentahl, “si actuamos de manera precipitada, podríamos terminar convirtiendo un pequeño incendio en un infierno”.

Los dos miraron sus cartas. Ambos descartaron tres cada uno, luego sacaron. El siguiente en hablar fue von Reuentahl.

“Esto me ha estado molestando desde hace algún tiempo, pero nuestro jefe de personal parece preocupado por el hecho de que el Marques von Lohengramm esté tan cerca de Kircheis— tanto en su vida personal como pública. Es esa idea suya que un número dos es perjudicial. Teóricamente, tiene un punto, pero…”

“¿Von Oberstein?” Había poco afecto en la voz de Mittermeier. “Es un hombre inteligente. Yo le daré eso. Pero tiene el mal hábito de crear problemas cuando no había ninguno antes. Las cosas han ido bien hasta ahora, ¿por qué forzar un cambio solo porque algo no encaja con una teoría? Especialmente cuando se trata de relaciones humanas”.

Mittermeier miró sus cartas, y la línea tensa de su boca se suavizó.

“Cuatro tomas. Parece que el vino del mañana está en ti”.

“Yo mismo tengo cuatro de una clase”, respondió el heterocromático con una pequeña sonrisa. “Tres reinas y un bromista. Muy mal, señor Gale Wolf.”

“Mierda”, dijo Mittermeier, tirando sus cartas sobre la mesa. En ese momento, una alarma comenzó a sonar. Una misión enemiga acababa de lanzarse desde la fortaleza de Gaiesburg.

Los jóvenes nobles extremistas, liderados por el barón Flegel, habían convencido al duque de Braunschweig para que intentara esta salida a medias.

Sin embargo, esto no significaba que todas las fuerzas aliadas de la aristocracia estaban participando. Merkatz siguió sus órdenes sin hacer comentarios, pero una figura influyente, el almirante Adalbert Fahrenheit, se negó a salir.

“¿Cuál es el punto de una salida ahora?” Fahrenheit le disparó a Von

Braunschweig, la ira y el desprecio rebosaban en sus ojos color aguamarina. “Deberíamos estar utilizando la fortaleza para nuestro beneficio — obligando al enemigo a derramar la mayor cantidad de sangre posible, mientras cavamos para una larga lucha y esperamos que la situación cambie. Todo lo que esta misión va a lograr es hacernos perder antes”.

Él no se detuvo allí, tampoco. De repente, Fahrenheit desató una larga lista de quejas que se habían estado acumulando durante bastante tiempo.

“En primer lugar, Duque von Braunschweig, usted y yo somos compañeros de armas — no maestro y siervo. El estado de nuestros nacimientos puede ser diferente, pero ambos somos vasallos de la corte del Imperio Galáctico, y ambos hemos luchado para proteger a la Dinastía Goldenbaum del Marqués von Lohengramm. Ese debe ser el objetivo que nos une. Como especialista en asuntos militares, le he dado esta advertencia para ayudarlo a evitar el peor resultado posible. Y sin embargo, todavía tomas ese tono imperioso y obligas tu voluntad a todos nosotros. ¿Qué es lo que has entendido mal?”

El duque von Braunschweig se puso blanco de furia ante las mordaces críticas de Fahrenheit. En ningún momento de su vida anterior había dejado que esa insolencia pasara sin respuesta. Cuando la ira se apoderó de él en el pasado, una de sus reacciones fue tirar botellas de vino o vasos de la mesa a sus sirvientes. El asesinato en masa de los habitantes de Westerland había sido, de hecho, una extensión de esa misma tendencia.

Ahora que el ataque se avecinaba, sin embargo, von Braunschwieg podía sentir en su piel que su apoyo se estaba despegando. Por encima de todo, ya no estaba seguro de la victoria. El duque respiró entrecortadamente, y luego, como si se burlara de su propia vacilación, dejó a Fahrenheit con las palabras: “No tengo ningún uso para los cobardes”.

Fue y ordenó la salida, ignorando el consejo de Fahrenheit.

III

La flota de nobles emergió de la fortaleza, colocó una descarga de ametralladoras y luego se lanzó hacia adelante, con las narices de sus naves alineadas en una fila. Estaban tratando de abrumar al enemigo por pura fuerza.

Reinhard respondió con tres rangos de cañoneras equipadas con cañones de haz de alto calibre y alto rendimiento, que lanzaron descargas continuas en las naves enemigos que se aproximaban.

Las fuerzas aristócratas no tenían falta de espíritu de lucha. Lanzaron ataques persistentes en oleadas, retrocediendo cada vez que recibían daño, reformando sus filas y luego avanzando una vez más. A medida que aumentaban la cantidad de estos ataques y las subsiguientes fallas, las espaldas de los nobles eran empujadas contra la pared — Este espíritu de lucha parecía, de alguna manera, incluso admirable.

Por fin, Reinhard dio instrucciones a un enjambre de cruceros de alta velocidad que había estado manteniendo en reserva para lanzar un contraataque a la máxima velocidad de batalla.

Su tiempo fue impecable. Seis veces, oleadas de fuerzas confederadas se lanzaron hacia adelante, solo para penetrar en una costa inflexible y drenar nuevamente una vez más. El agotamiento físico y mental había comenzado a establecerse en sus tripulaciones.

Peor aún para los aristócratas, los cruceros habían sido puestos bajo el mando del almirante senior Siegfried Kircheis.

Reinhard le había dado a su amigo pelirrojo el papel más importante en esta batalla. Normalmente, habría dado la orden directamente, pero con su maraña de emociones aún sin resolver, la había transmitido a través de Von Oberstein esta vez.

Con solo mencionar el nombre de Kircheis, los soldados en las fuerzas de los aristócratas se volvieron incapaces de ocultar su horror. Tal era el terror

que el joven, invicto almirante ya estaba empezando a golpear en los corazones de sus enemigos.

“¡No tienes nada que temer de ese cachorro pelirrojo! ¡Esta es la oportunidad perfecta para vengar al marqués von Littenheim!”

Pero aunque los comandantes lo hicieron para elevar la moral con tales gritos, no era más que una bravuconería vacía. Los cruceros de alta velocidad que comandaban Kircheis atacaron a las fuerzas de los nobles con una velocidad y ferocidad abrumadoras, y luego Mittermeier, von Reuentahl, Kempf y Wittenfeld también se unieron a la refriega. La flota de Reinhard se había ido a la ofensiva total, aprovechando rápidamente la ventaja ganada por Kircheis y asegurando la victoria casi instantáneamente.

Llegó una transmisión de von Reuentahl mientras perseguía a las naves enemigas que huían. Era del barón Flegel, uno de los comandantes enemigos. Cuando el barón apareció en pantalla, admitió su derrota, pero al mismo tiempo trajo su nave y desafió a von Reuentahl, solicitando un duelo uno a uno hasta la muerte entre sus respectivos acorazados.

Von Reuentahl respondió fríamente: “No seas absurdo. Ladra y gruñe todo lo que quieras, pero no tenemos nada que ganar luchando contra remanentes enemigos derrotados en igualdad de condiciones”.

Cortó la transmisión y continuó su avance, volando justo después del acorazado desde el que se había lanzado el guante de Flegel.

Después de Von Reuentahl, Fritz Josef Wittenfeld, líder del regimiento Schwarz Lanzenreiter, apareció al lado del barón Flegel. Sin embargo, al contrario de su reputación agresiva, ni siquiera Wittenfeld respondería al desafío demente de Flegel. El vencedor ya se había decidido y, en esta etapa, luchar contra enemigos ya resignados a la muerte no sería más que un inútil desperdicio de vidas de soldados.

“Eso es suficiente”, dijo el capitán Schumacher, uno de los oficiales del personal de Flegel. “Por favor, detén esto”.

Schumacher no podía soportar ver a su comandante enfurecerse en la pantalla.

“Nadie va a tener un duelo contigo”, dijo Schumacher. “No tendría sentido para ellos. Más importante aún, debemos estar agradecidos de estar vivos. Podemos escapar ahora a algún otro lugar y comenzar a hacer planes para nuestro regreso”.

“¡Silencio!”, Dijo el barón Flegel, apartando a un lado los consejos de su subordinado. “¿Qué quieres decir con “agradecido de seguir vivo”? No tengo miedo a la muerte. No hay nada para nosotros ahora, sino luchar hasta el último hombre y morir muertes hermosas, como han tenido los nobles del imperio a lo largo de nuestra gloriosa historia”.

“¿Hermosas muertes?” Schumacher se rió, pero su sonrisa era agridulce. “Si eso es lo que tienes que decir, puedo ver por qué perdimos. Todo lo que hace es poner una cara bonita a tus propios fracasos y permitirte revolcarte en algún tipo de fantasía trágica y heroica”.

“¡¿Q-qué dijiste…?!”

“Basta ya. Si quieres una muerte hermosa, sigue adelante y muere tú mismo, pero déjanos fuera de ello. ¿Por qué deberíamos estar de acuerdo con esto y desperdiciar nuestras vidas por tu fantasía egocéntrica?”

“¡Perro insolente!”, Gritó el barón. Intentó sacar su desintegrador pero torpemente lo tiró al suelo. Se apresuró a recogerlo, luego apuntó al pecho de su oficial de personal.

Antes de que pudiera disparar, sin embargo, el cuerpo de Barón Flegel fue perforado por rayos de energía disparados desde múltiples armas.

Con su uniforme lleno de agujeros, el barón tomó tres, luego cuatro pasos tambaleantes. Sus ojos abiertos no parecían mirar a sus subordinados sino a los días perdidos de gloria que nunca volverían a ocurrir. Cuando cayó al suelo, varios de ellos vieron que sus labios se movían, pero ninguno de ellos pudo captar su último susurro: “Salve al imperio”. El capitán Schumacher

se arrodilló a su lado y cerró los párpados del barón con la mano. Los soldados que acababan de fragmentar a su oficial al mando se reunieron a su alrededor.

“Señor, ¿qué vas a hacer ahora?”

Los soldados confiaban en el oficial de la cabeza clara.

“Probablemente sea demasiado tarde para unirme al campamento del Marques von Lohengramm. Me voy a esconder en el Dominio de la Tierra de Phezzan por un tiempo. Luego pensaré qué hacer a continuación”.

“¿Podemos ir contigo?”

“Ciertamente no me importa. Pero si hay alguien que no quiera hacerlo, hágamelo saber. Todos son libres de hacer lo que quieran, ya sea aliarse con Marques von Lohengramm o regresar a sus mundos natales”.

Por fin, el acorazado que una vez fue propiedad del barón Flegel salió del campo de batalla bajo un nuevo comandante, y su casco desgastado por la batalla y cicatrizado desapareció en las profundidades del espacio.

En otra nave, un drama diferente se había desarrollado. Un oficial subalterno miró con expresión fría y dura cuando el capitán de su nave había abogado por la autodestrucción y el suicidio en masa. Sin una palabra, había sacado su desintegrador y había volado la cabeza del capitán.

“¡Eso es traición!”, Había gritado el primer oficial — solo momentos antes de ser asesinado a tiros, con la mano todavía en su arma. Se desplomó sobre el cadáver del capitán. Para entonces, ya se estaban intercambiando destellos de fuego centelleante a través de la nave. La tripulación se había dividido en dos facciones (oficiales y soldados ordinarios) y la batalla abierta había estallado entre ellos.

Y ese no fue la única nave donde se iniciaron enfrentamientos armados entre soldados y oficiales de alto rango. Los de nacimientos comunes — oficiales de baja graduación, oficiales subalternos y soldados — se negaron

en el último momento a acompañar a los nobles boyar en su camino hacia la autodestrucción.

En una nave, un capitán que había abusado de sus soldados durante mucho tiempo fue arrojado de cabeza al reactor de fusión con vida. En otro, dos oficiales de alto rango que nunca habían sido particularmente populares entre su tropa se vieron obligados a luchar entre sí hasta que uno estuviera muerto. El ganador fue expulsado por la esclusa al aire del vacío duro. En otra embarcación, un soldado que había actuado como espía, informando al capitán de las palabras y los hechos de sus colegas, tenía una cuerda atada alrededor de su cuello y fue arrastrado por múltiples cubiertas antes de ser disparado y asesinado.

Con la locura de la batalla actuando como un catalizador, la ira, el descontento y los rencores que se habían acumulado durante quinientos años finalmente se desbordaron. Las naves de los aristócratas se convirtieron en escenas de motín, conflicto interno y linchamientos en masa.

Las muchas naves que fueron invadidas por sus soldados detuvieron sus motores, se lanzaron a la flota de Reinhard y la aclamaron diciendo: “Dejamos las armas y humildemente suplicamos su indulgencia…”

Sin embargo, había una nave donde la sed de venganza era tan fuerte que los soldados se olvidaron de transmitir un mensaje de rendición— explotó en una lluvia de cañones de la flota de Reinhard. Otro abrió fuego contra sus compañeros que huían, señalando a través de la acción su intención de cambiar de bando.

En el momento en que la derrota se convirtió en una certeza para las fuerzas de los aristócratas, la cuenta era debido durante cinco siglos pena de decadencia ininterrumpida bajo un sistema social injusto. No había nadie más a quien culpar; Fue simplemente el resultado trágico de sus propias acciones.

“Es tal como lo predijo Fräulein von Mariendorf”, dijo Reinhard, mirando la pantalla en el puente del buque insignia de Brünhild. “La cólera de la

tropa contra los agentes de la nobleza será un factor en mi victoria. Un espléndido buen ojo, milady.”

“Para ser honesto”, dijo von Oberstein, “no pensé que este enfrentamiento terminaría en cualquier momento de este año, pero ahora los asuntos se han resuelto sorprendentemente rapido. Al menos en lo que concierne a estos bandidos y usurpadores”.

“Bandidos y usurpadores”, murmuró Reinhard fríamente. Debido a su victoria — debido a la derrota de los boyardos— los registros oficiales del imperio mostrarían que el término que él había acuñado para ellos era justo. Juzgar a los vencidos era un derecho naturalmente otorgado al vencedor, y Reinhard tenía la intención de hacer un uso robusto de él.

Si Reinhard hubiera sido el único vencido, le habrían dado esa notoria denominación, junto con una muerte ignominiosa. Desde esa perspectiva, no había razón para dudar en usar su autoridad.

“El enemigo ante nosotros ya ha perdido su poder. En este momento, regresarás a Odín para hacer preparativos contra el enemigo que está detrás de nosotros”.

La sugerencia de Reinhard fue breve, pero von Oberstein lo entendió perfectamente.

“Como desées.”

La próxima batalla tendría lugar no en el espacio sino en el palacio, donde la conspiración reemplazaría el cañón de rayos como el arma de elección. Sería una batalla no menos espantosa que las que se libran entre vastas flotas de buques de guerra.

IV

Una flota enemiga triunfante y una desesperación total se desplegaron frente a la flota de Merkatz, bloqueando su camino de regreso a la Fortaleza de Gaiesburg.

Merkatz entró en su habitación privada, sacó su desintegrador y la miró. Este sería el último implemento que usó en su vida. Merkatz apretó su agarre y estaba presionando su cañón contra su sien cuando la puerta se abrió y su ayudante entró corriendo.

“Basta de eso, Su Excelencia. Muestre algo de respeto por tu propia vida”.

“Teniente Comandante von Schneider…”

“Perdóneme, Excelencia. Descargué las cápsulas de energía antes por temor a que pudieras probar algo como esto”. En la mano de von Schneider estaba el brillo apagado de las cápsulas.

Con una sonrisa irónica, Merkatz arrojó el inútil desintegrador sobre su escritorio. Von Schneider lo recogió.

La pequeña pantalla en su habitación privada mostraba escenas vívidas de la flota aristócrata, ya derrotada y ahora en camino a la destrucción.

“Así es como me imaginé que las cosas probablemente resultarían. Ahora todo se hace realidad. Todo lo que pude hacer fue retroceder un poco este día”. Merkatz se volvió para mirar a su ayudante. “En cualquier caso, ¿cuándo sacaste esas cápsulas? Ni siquiera me di cuenta.”

Sin decir nada, von Schneider abrió el barril y se lo mostró a Merkatz. Las cápsulas seguían alojadas en el interior. Los labios de Merkatz se separaron ligeramente.

“Me engañaste. ¿Irías tan lejos solo para decirme que viva, Teniente Comandante?”

“Sí señor. Lo haría, y lo hice”.

“¿Vivir para hacer qué? Soy el comandante de una fuerza derrotada, y desde el punto de vista de las nuevas autoridades, un bandolero irredimible. Ya no hay ningún lugar en el imperio donde pueda sobrevivir. Si tuviera que rendirme, el marqués von Lohengramm podría perdonarme, pero incluso yo sé qué vergüenza es para un guerrero”.

“Si me disculpan, mi Excelencia, Marqués von Lohengramm aún no gobierna todo el universo, y aunque nuestra galaxia puede ser estrecha, todavía hay lugares donde su alcance no se extiende. Por favor, abandona el imperio para que puedas seguir vivo y hacer planes para contraatacar contra él algún día”.

“… ¿Me estás diciendo que deserte?”

“Si lo hago, Su Excelencia”.

“Ya que estás hablando de hacer una reaparición, supongo que nuestro destino no es Phezzan. Eso significa que es la otra opción”.

“Sí, Excelencia”.

“La Alianza de Planetas Libres…” se dijo a sí mismo Merkatz. Ese nombre tenía un inesperado toque de novedad. Cuando había pensado en la alianza en el pasado, siempre había ignorado el hecho de lo que era, usando por defecto el término tradicional “la entidad rebelde”.

“He estado luchando contra esas personas durante más de cuarenta años. He visto matar a muchos de mis subordinados, y he matado a muchos de ellos. ¿Crees que aceptarían a alguien como yo?”

“Sugiero que confiemos en el ilustre almirante Yang Wen-li. He oído que es una persona de mente amplia, aunque un poco excéntrica. Además, incluso si se niega, solo volveremos al punto de partida. Y si se trata de eso, no morirás solo”.

“Idiota. Te mantienes vivo aún no tienes treinta años, ¿verdad? Con tu talento, el marqués von Lohengramm te contratará y te tratará bien”.

“No odio al marqués von Lohengramm, pero he decidido que solo un almirante será mi comandante en jefe. Por favor, Excelencia, decida.”

Von Schneider esperó, y al final su paciencia fue recompensada. Merkatz asintió y dijo: “Está bien. Estoy en tus manos. Probemos a Yang Wen-li y veamos qué pasa.”

V

La fortaleza de Gaiesburg estaba al borde de la muerte. Su capa exterior fue marcada por disparos de cañón. En su interior, un rugido constante de confusión y desorden no solo reinaba, sino que ejercía poderes dictatoriales a su antojo.

El Duque von Braunschweig, líder del ejército confederado de nobles, gritaba débilmente: “Comodoro Ansbach… ¿Dónde está Ansbach?”

Varios oficiales, así como soldados de rango, se movían por los alrededores, pero todos se escaparon sin escatimar una mirada al aristócrata abatido. Habían sido conducidos a la opción final y no les quedaba ninguna preocupación de sobra para nadie más.

“¡Comodoro Ansbach!”

“Estoy aquí, Su Excelencia”.

Ese duque se dio la vuelta y vio a su leal confidente parado allí. Varios subordinados también estaban con él.

“Oh, así que ahí es donde estabas. No te vi en la prisión, así que pensé que ya habías escapado”.

“Mis hombres vinieron y me dejaron salir”. El comodoro hizo una profunda reverencia, sin hacer mención de ningún rencor que pudiera haber tenido por haber sido encarcelado.

“Puedo imaginar el arrepentimiento que debe estar sintiendo, Su Excelencia”.

“Sí, nunca soñé que las cosas fueran así, pero ahora que lo han hecho, ya no hay otra opción. Tenemos que demandar por la paz”.

“¿Por la paz?” El comodoro parpadeó.

“Le ofreceré los términos más ventajosos”.

“¿Qué términos?”

“Reconoceré su autoridad. Comenzando conmigo mismo, la aristocracia lo apoyará plenamente. Esos términos no son malos en absoluto”.

“Excelencia…”

“Oh sí, eso es correcto. Le daré a mi hija, Elisabeth, también. Eso lo convertirá en el nieto del anterior emperador por matrimonio. Entonces tendrá un reclamo justo como sucesor de la línea de sangre imperial. Eso es mucho mejor para él que estar cargado con la notoriedad de un usurpador”.

Ansbach respondió con un profundo suspiro.

“Su Excelencia, eso no hará ningún bien. No hay forma de que el Marqués von Lohengramm acepte tales condiciones. Tal vez tendría seis meses atrás, pero ahora no necesita su apoyo. Él ha adquirido su posición a través de sus propias habilidades, y ahora no hay nadie que pueda interponerse en su camino”.

Había una sombra de lástima en los ojos del comodoro por la vana lucha de su señor. El duque se estremeció, y brotaron gotas de sudor que le cubrieron

la frente.

“Soy el duque Otto von Braunschweig, el jefe de una gran casa sin igual entre los nobles del imperio. ¿Estás diciendo que el mocoso dorado de cualquier manera va a matarme, a pesar de todo eso?”

Ansbach gimió. “¿Todavía no entiendes, Excelencia? ¡Es exactamente por eso que el marqués von Lohengramm nunca te dejará con vida!”

El duque parecía como si sus venas hubieran estado llenas de algún líquido pesado y viscoso. El color de su piel estaba cambiando de momento, como si el flujo de sangre a través de su cuerpo se detuviera y comenzara de nuevo a intervalos irregulares.

“Y también, porque eres un enemigo de la decencia humana”, agregó el comodoro, un poco despiadado.

“¡¿Qué?!”

“Estoy hablando de Westerland. No me digas que lo has olvidado”.

Alcanzando toda su fuerza, Von Braunschweig replicó: “¿Quieres decirme que matar a esa humilde plebe era un pecado contra la decencia común? Como aristócrata, y como su gobernante, simplemente hice uso de derechos que, naturalmente, son míos. *¿No lo hice?* ”

“Los plebeyos no lo crearan. Incluso el Marqués von Lohengramm estará del lado de ellos. Hasta ahora, el Imperio Galáctico ha operado de acuerdo con la lógica de la aristocracia, con Su Excelencia en primer lugar. Pero en la coyuntura actual, la mitad del universo se regirá por una nueva lógica. Esa es probablemente otra razón por la cual el Marqués von Lohengramm no permitirá que viva Su Excelencia — para aclarar este punto para todos. Él tiene que matarte. Si no lo hace, entonces no se logrará la causa que él defiende”.

Un largo, largo suspiro salió de la boca del duque.

“Muy bien entonces. Moriré. Pero no soportaré a ese mocoso dorado que usurpa el trono. Debe irse al infierno conmigo.”

Ansbach no sabía cómo responder.

“Ansbach, de alguna manera, quiero que evites que él usurpe el trono. Si me juras que lo harás, no voy a escatimar mi propia vida. Mátalo por mí, por favor.”

Ansbach miró fijamente a su líder mientras llamas de obsesión ardían en sus ojos, y al final asintió con calma y determinación.

“Como desees, milord. Juro que haré todo lo posible para quitarle la vida a Von Lohengramm. No importa quién se convierta en el próximo emperador, no será él”.

“¿Lo juras…? Muy bien.”

El hombre que había sido el más grande entre los nobles del Imperio Galáctico se lamió los labios secos. Aunque su mente estaba decidida, había una sombra de miedo que no había sacudido del todo.

“Quiero la muerte más fácil… lo más fácil posible”.

“Entiendo muy bien. Deberías usar veneno. De hecho, algunos ya han sido preparados”.

Todos se movieron de allí a los lujosos apartamentos del duque. Aunque los soldados desertores lo habían saqueado a fondo, botellas de vino y coñac aún permanecían en la estantería.

De su bolsillo, el comodoro sacó una pequeña cápsula que no era más grande que la uña de su dedo meñique. Era un compuesto de dos tipos de drogas. Uno bloqueaba que las células cerebrales absorbieran oxígeno, lo que provocaba una muerte cerebral rápida. El otro tuvo el efecto de paralizar los nervios a través de los cuales se transmitía el dolor.

“Vas a tener sueño muy rápido, y luego morirás sin ningún dolor. Por favor revuélvelo en un poco de vino y bebe.”

Ansbach seleccionó una botella del estante para vinos, verificó la etiqueta y vio que era una cosecha 410. Vertió un poco en un vaso, luego abrió la cápsula y expuso los gránulos dentro.

Al ver esto desde donde estaba sentado en una silla de respaldo alto, el duque Braunschweig comenzó a temblar de repente. La luz de la cordura había desaparecido de sus ojos.

“Ansbach, no. No quiero hacer esto “, dijo con voz estrangulada. “No quiero morir. Me rendire Renunciaré a mis tierras, a mis títulos… todo menos a mi vida…”

El comodoro respiró hondo y dio una señal a sus hombres de derecha e izquierda. Dos hombres grandes y poderosamente construidos se adelantaron y pusieron las manos sobre el Duque von Braunschweig para sostenerlo en la silla, aunque uno hubiera sido suficiente.

“¡Qué estás haciendo! No me entiendes, impertinente…”

“Como líder final de la familia gobernante del Ducado de Braunschweig, hágalo usted mismo con gracia y dignidad”.

Ansbach recogió la copa de vino y la llevó a los labios del duque inmovilizado. Von Braunschweig apretó los dientes con fuerza, decidido a no beber el veneno. Ansbach pellizcó la nariz del duque. Incapaz de respirar, su rostro se puso rojo, y en el instante en que ya no pudo contener el aliento, abrió la boca y el vino envenenado formó una cascada carmesí cuando se derramó profundamente en la garganta del boyar.

Grandes oleadas de terror rodaron en los ojos del duque, pero duraron solo unos segundos. Como un Ansbach con cara de piedra se quedó mirando, los párpados del duque se cerraron y sus músculos comenzaron a aflojarse. Cuando su cabeza comenzó a asentir con la cabeza, el comodoro dio órdenes de que el duque fuera llevado a la enfermería. Sus subordinados

vacilaron.

“Pero, señor, él ya está muerto…”

“Es por eso que quiero que lo hagas. Ahora haz lo que te dicen”.

Fue una extraña respuesta que el comodoro había dado. Sus ojos siguieron a sus subordinados mientras seguían su orden, con las cabezas inclinadas hacia un lado, sin comprender. En voz baja, murmuró para sí mismo: “La Rama Golden ahora está casi caída. Lo que viene a continuación se conocerá como… ¿qué? ¿El bosque verde?”

Gräfin von Grünewald — “Condesa de los bosques verdes” — ese era el título que Annerose, la hermana de Reinhard, había recibido del emperador anterior, Friedrich IV…

El viejo soldado llevaba una pequeña computadora de mano mientras caminaba solo por los pasillos, aparentemente sin saber qué hacer consigo mismo. Un oficial subalterno que conducía un automóvil de hidrógeno se detuvo y le gritó:

“¡Oye! ¿Qué crees que estás haciendo en un momento como este? ¿Qué tal si te postulas o haces una bandera blanca? ¡El ejército de Von Lohengramm cargará aquí en cualquier momento!”

El viejo soldado se dio la vuelta con todo su cuerpo pero no se movió ni un centímetro.

“¿Cuál es tu rango?”, Dijo.

“Sabrías si miraras mi insignia. Es el suboficial jefe. ¿Qué hay con eso?”

“¿El jefe de oficiales? Eso significaría 2.840 marcas imperiales”.

“¿Qué se supone que significa eso, veterano?”

“Mira aquí — este es un certificado de transferencia del Reichsbank. Entra en cualquier rama de cualquier planeta y, si tienes una de estas, puedes cambiarla por dinero en efectivo”.

El suboficial gimió. “Escucha, abuelo, ¿tienes alguna idea de lo que está sucediendo ahora? El mundo está a punto de cambiar hoy”.

“Hoy es el día de pago”, dijo el anciano con voz tranquila. “Estoy a cargo de la nómina. Usted dijo que el mundo está cambiando, pero todo lo que eso significa es que están intercambiando a la gente en la parte superior. Los subordinados como nosotros todavía tienen que comer, y usted no puede comer a menos que le paguen. Al menos en ese sentido, nada cambia, no importa quién esté a cargo”.

“Está bien, ya lo entiendo. Entra en el coche. Te llevaré a donde se reúnen los que quieren rendirse”.

Después de que el auto que llevaba al oficial subalterno y el viejo soldado se apresuró por el corredor, un joven noble con el rango de capitán apareció en el pasaje, buscando armas pesadas. Todavía no había renunciado a la resistencia.

“Creo que recuerdo que este almacén estaba vacío”, murmuró para sí mismo, sin embargo, abrió la puerta con la esperanza de que podría haber algo dejado allí de todos modos. Lo que vio, sin embargo, hizo que sus ojos se abrieran de par en par con sorpresa.

Dentro del almacén había una montaña de suministros militares. Había raciones, productos médicos, ropa, mantas y todo, desde armas pequeñas hasta municiones. Cinco o seis soldados y oficiales subalternos se quedaron paralizados en el centro, mirando sorprendido a este inesperado intruso.

El capitán comenzó a gritar.

“¿Cuál es el significado de esto? ¡¿De dónde vino este material?”!

La mirada en la cara del capitán asustó a los oficiales subalternos. Aun así, no dejaron caer las cajas de raciones portátiles que llevaban en ambos brazos, y esto solo indignó al capitán.

"¿Acaso el gato comió sus lenguas? Entonces déjame responder por ustedes. Estaban escondiendo estos suministros para guardarlos para ustedes mismos, en lugar de enviarlos a las líneas del frente. ¿Verdad?"

La respuesta a la pregunta del capitán estaba escrita con elocuencia en todas las caras de los oficiales subalternos. La ira del capitán hacia esa "gente común y astuta" irrumpió en los límites de la razón y se desbordó.

"Perros descarados, no se muevan de este lugar. ¡Les voy a enseñar mucha disciplina!"

Se oyeron gritos y vociferaciones de ida y vuelta, pero finalmente se arrojó una manta sobre la cabeza del capitán, y no habían transcurrido diez segundos antes de que lo mataran a tiros. Como aristócrata, el joven capitán había creído que, incluso bajo la sombra de la derrota total, los soldados no se resistirían a ser castigados por los oficiales.

La resistencia esporádica llegó a su fin, y los primeros almirantes que entraron en la fortaleza una vez que estuvieron completamente asegurados fueron Mittermeier y von Reuentahl.

A su derecha y su izquierda, los nobles capturados estaban alineados contra las paredes de un pasillo que conducía a una gran sala de recepción. Asustados por las armas que llevaban las tropas de Reinhard, los nobles heridos y sucios se habían hundido en el suelo.

Mittermeier negó con la cabeza lentamente.

"Nunca soñé que llegaría el día en que viera a los Nobles Boyar con un aspecto miserable. ¿Podemos realmente llamar a esto el comienzo de una nueva era?"

“Una cosa es segura — definitivamente es el final de la anterior”, dijo von Reuentahl. Los nobles los miraban sin un poco de hostilidad en sus ojos. Sólo había miedo e incertidumbre, así como un poco de esperanza para ganarse el favor de los vencedores. Cuando sus ojos se encontraron, incluso hubo algunos que construyeron sonrisas serviles. Mittermeier y von Reuentahl se asombraron al principio, luego se disgustaron. Pero cuando lo pensaron, ¿no era esto una prueba clara de su victoria?

“Su era ha terminado. De ahora en adelante, es nuestra era”.

Los dos jóvenes almirantes levantaron la cabeza con orgullo y continuaron caminando, pasando entre las filas de los derrotados.

Vol. 2 ✭ LOGH Capítulo 09: Despedida, de Lejanos Días

I

9 DE SEPTIEMBRE. FORTALEZA DE GAIESBURG.

En la entrada al salón de baile donde se celebraba la ceremonia de la victoria, los guardias estaban advirtiendo a Siegfried Kircheis que no trajera su arma a la sala. El joven pelirrojo se quitó el desintegrador del cinturón, pero luego decidió preguntar: “Soy el almirante Kircheis, ¿está seguro de que no puedo llevar mi arma?”

“No podemos hacer excepciones — ni siquiera para el Almirante Kircheis. Lo siento mucho, pero esas son nuestras órdenes…”

“Entiendo. Olvídalo entonces. Todo está bien.”

Kircheis tendió su pistola a la guardia. Hasta ahora, Reinhard siempre había permitido que Kircheis llevara su arma, incluso en momentos en que todos los demás almirantes tenían que ir desarmados. Esto había comunicado a los almirantes que Kircheis solo era superado por Reinhard. Sin embargo, la costumbre habitual parecía haber cambiado hoy.

Kircheis entró y se unió a las filas de los otros almirantes que habían llegado antes que él. Le saludaron cortésmente con la cabeza cuando él llegó, y él le devolvió el saludo. Hubo destellos sutiles en los ojos de von Reuentahl y Mittermeier. Sin duda sabían que había ocurrido algo entre

Reinhard y Kircheis.

No puedo dejar de pensar que tengo una posición privilegiada, se advirtió Kircheis. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer contra los destellos de tristeza que seguían disparando a través de su corazón.

¿Eran él y Reinhard ahora nada más que señor y súbdito?

Sin embargo, eso es todo lo que podríamos ser, pensó Kircheis, tratando de deshacerse de la tristeza que se aferraba a él . *Después de todo, los de abajo no deberían buscar relaciones iguales con los de arriba. Esperaré un rato antes de decir algo más. Lord Reinhard podría perderse y cometer errores, pero al final estoy seguro de que finalmente lo entenderá. Hasta ahora, ¿no ha sido él siempre, a lo largo de estos once años?*

¿Hasta ahora? Kircheis estaba empezando a descubrir una inquietud en su propio corazón. Hasta ahora, las cosas siempre habían resultado así, y él había creído que siempre lo harían. Aunque podría haberse estado adelantando a sí mismo…

El coordinador de ceremonias anunció la entrada de Reinhard con un grito tan fuerte que parecía estar mostrando su capacidad pulmonar.

"¡El comandante en jefe de las fuerzas armadas del Imperio Galáctico, Su Alteza el Marqués Reinhard von Lohengramm!"

Cuando Reinhard entró en el vestíbulo y bajó a zancadas por su alfombra escarlata, los oficiales que estaban en ambos lados se inclinaron ante él al unísono.

A su debido tiempo, se inclinaban cada vez más, hasta que al fin sus arcos se convirtieran en la reverencia más reverente de toda obediencia — lo que se hizo solo a la única persona en todo el universo que recibió la corona imperial. Otros dos o tres años, y este joven de cabello dorado, nacido de una familia empobrecida que solo era noble en su nombre, lograría todas sus ambiciones.

Justo cuando su mirada estaba a punto de conectarse con la de Kircheis, Reinhard desvió sus ojos inconscientemente. Había seguido el consejo de Von Oberstein para no dejar que Kircheis llevara armas en eventos donde sus colegas no podían. Reinhard fue el conquistador. Reinhard era el señor. Kircheis era solo uno de sus subordinados. Reinhard no debe darle derechos especiales ni el sentido de privilegio que los acompañaba. Hasta ahora, él había hecho muy poca distinción entre su ser público y privado. Desde este día en adelante, haría que Kircheis dejara de llamarlo “Reinhard”. Kircheis tendría que llamarlo “Marqués von Lohengramm” o “Su Excelencia” o “Mariscal Imperial”, al igual que todos los demás almirantes. El poder y la autoridad pertenecían solo al señor y al maestro.

Reinhard comenzó la ceremonia de victoria dando audiencia a los oficiales de alto rango que habían sido tomados prisioneros. Después de que varios de ellos se hubieran presentado, el almirante Adalbert Fahrenheit, un viejo conocido de Reinhard, llegó ante él.

“Fahrenheit… han pasado años, ¿no es así? La última vez que te vi en Astarte, creo.”

“Sí, milord…”

No había vergüenza en los ojos pálidos del almirante. De la misma manera, Reinhard tampoco miró con desprecio a este almirante derrotado, no cuando había luchado tan valientemente.

“Unirse al Duque von Braunschweig fue un error muy diferente a ti. ¿Por qué no me sigues y preservas la vida de un guerrero?”

“Soy un soldado del imperio. Como Su Excelencia ha tomado las riendas de la autoridad militar, la seguiré humildemente. Puede que haya tomado una forma indirecta de llegar hasta aquí, pero quiero comenzar a recuperar el tiempo perdido de inmediato”.

Reinhard asintió. Las cadenas de Fahrenheit fueron removidas, y él tomó su lugar entre las filas de oficiales. De manera similar, otros oficiales talentosos se agolparon en el campamento de Reinhard uno tras otro a

medida que avanzaba la ceremonia. No necesitaba confiar en Kircheis para todo, después de todo, ¿verdad? Aunque se arrepintió de haber dejado a Merkatz deslizarse entre sus dedos…

Una agitación de voces silenciosas se elevó desde el extremo más alejado de las filas reunidas. El cuerpo del duque von Braunschweig, sellado dentro de una caja de vidrio especial, acababa de ser llevado a la habitación. Profundamente conmovidos, la gente observó la forma sin vida del mayor aristócrata del imperio que yacía en el caso, vestido con su uniforme militar.

El comodoro Ansbach acompañó al ataúd.

De pie en la entrada del gran salón, Ansbach, quien dijo haber sido la mano derecha del difunto duque, dirigió una reverencia con cara de piedra hacia el joven conquistador y comenzó a caminar hacia él con pasos lentos.

Sonidos de risas silenciosas pero inconfundibles salieron de entre los asistentes, una expresión franca de la hostilidad de los guerreros hacia un hombrecito llorón que había venido a pedir misericordia, trayendo el cadáver de su maestro como regalo.

Como las pestañas de un flagelo invisible, esa risa golpea cada centímetro del cuerpo de Ansbach. El hecho de que Reinhard no lo detuviera se debía a un lado juvenil y despiadado de su personalidad.

Ansbach se presentó ante Reinhard, se inclinó reverentemente y presionó un botón. La tapa de la vitrina se abrió.

¿Dejar que el vencedor inspeccione el cadáver de su maestro derrotado?

No, no fue eso.

En el momento en que sucedió, los testigos no podían entender el significado de la vista. Las manos de Ansbach alcanzaron el cadáver de su maestro, rasgo su uniforme y saco de dentro un objeto de aspecto extraño compuesto de partes que se asemejaban a cajas y tubos. Un cañón de mano improvisado — un arma poderosa y miniaturizada de rayos de partículas

creada para usar en el combate de infantería.

Los valientes almirantes veteranos se quedaron paralizados en el lugar, mirando, estupefactos. Y no eran solo ellos. Reinhard mismo, aunque era consciente de todo lo que estaba sucediendo, era incapaz de moverse tanto como un músculo.

El barril giró hacia el joven de cabello dorado.

“¡Marqués von Lohengramm, reclamo su vida en nombre de mi señor y maestro, el duque von Braunschweig!” La voz de Ansbach sonó, abrumando el silencio, mientras el cañón de la mano rugía y escupía lenguas de fuego.

El cañón de mano tenía suficiente potencia de fuego para destruir un vehículo blindado o una nave espacial de un solo asiento en un solo disparo. El cuerpo de Reinhard debería haberse destrozado, dejando nada más que trozos de carne dispersos. Pero el tiro fallo. Un muro a unos dos metros a la izquierda de Reinhard se derrumbó en una explosión de mampostería destrozada y humo blanco. La onda de choque golpeó a Reinhard con fuerza en la mejilla.

Un grito de pesar brotó de los pulmones de Ansbach. En ese instante infinitamente largo cuando todos estaban paralizados, solo había un hombre que había logrado actuar.

El hombre que se había arrojado contra Ansbach y había apartado el cañón del cañón de mano era Siegfried Kircheis.

El cañón de mano cayó al suelo con un ruido ruidoso. El joven pelirrojo, superior a su oponente en velocidad y fuerza, agarró una muñeca del asesino fallido y la torció, tratando de obligarlo a caer al suelo. Sin embargo, una expresión feroz apareció en el rostro de Ansbach, y con un movimiento brusco y elegante, presionó el dorso de su mano libre contra el pecho de Kircheis.

Un rayo blanco plateado explotó en la espalda del joven pelirrojo. Ansbach

también había usado una pistola láser disfrazada de anillo.

Kircheis, empalado en medio de su pecho en ese haz de luz asesino, sintió un dolor desgarrador a través de su cuerpo, pero no soltó la muñeca del asesino. Nuevamente el anillo brilló con su luz ominosa, y esta vez el rayo atravesó su arteria carótida.

Se escuchó un sonido extraño, como varias cuerdas de arpa chasqueando a la vez, y luego una fuente de sangre roja brillante brotó de la parte posterior del cuello de Kircheis. Las gotas golpeaban el suelo de mármol como la lluvia de un repentino estallido.

Tal vez fue ese sonido el que finalmente rompió las cadenas de asombro que habían mantenido a los demás quietos durante los últimos diez segundos. Con las botas golpeando, los almirantes corrieron hacia adelante y lucharon contra Ansbach hasta el suelo. Hubo un chasquido sordo cuando su muñeca se rompió. A pesar de dos graves heridas y una importante pérdida de sangre, Kircheis todavía había mantenido su control.

Kircheis se había arrodillado, y Mittermeier presionó su pañuelo contra la nuca. La seda blanca se tiñó de color carmesí en ningún momento.

“¡Llamen a un médico! ¡Necesitamos un médico aquí!”

“Es… demasiado tarde”.

El joven estaba jadeando. No era solo su cabello el que estaba rojo ahora; Todo su cuerpo estaba teñido de carmesí. Los almirantes se quedaron sin palabras. Sabían por una larga experiencia que no se podía hacer nada por heridas como éstas.

Ansbach había sido arrastrado al charco de la sangre de Kircheis, y Kempf, Wittenfeld y el resto lo estaban sujetando. Pero otra sorpresa estaba esperando a los almirantes cuando Ansbach se echó a reír con voz seca.

“Duque von Braunschweig, perdona a este sirviente inútil que no pudo cumplir su juramento. ¡Parece que el mocoso dorado no se unirá a ti en el

infierno por unos años todavía!”

“¡Maldito canalla! ¡Cómo te atreves!”

Kempf lo golpeó con la palma de la mano. Mientras la golpeada cabeza de Ansbach se apoyaba contra el suelo, habló una vez más: “Aunque me faltaban habilidades, ahora voy a estar contigo…”

Al darse cuenta de lo que Ansbach pretendía, von Reuentahl gritó “¡Detenlo!” Y se lanzó hacia el cuerpo del asesino. Sin embargo, justo antes de que pudiera poner las manos sobre el hombre, la mandíbula inferior de Ansbach hizo un ligero movimiento mientras mordía una cápsula de veneno que estaba escondida entre sus molares. Von Reuentahl lo agarró por la garganta y trató de evitar que tragara, pero su persistencia no hizo ninguna diferencia al final.

Los ojos de Ansbach se abrieron de par en par y perdieron el foco.

Reinhard se quedó en la oscuridad.

Sus ojos azules no veían a los almirantes ni al hombre que había tratado de matarlo. Todo lo que podía ver era a su amigo — su pelirrojo mejor amigo… que acababa de salvarle la vida.

Él había salvado su vida — por supuesto que lo había hecho; No importaba la hora, ni el lugar, Kircheis siempre había venido corriendo para salvarlo. Desde el día en que se conocieron de niños, Kircheis siempre había sido su amigo pelirrojo — protegiéndolo de todos los enemigos que había creado, escuchando sus problemas, aguantando su egoísmo… ¿Su amigo? No, era más que un amigo… más que un hermano.

… ¡Era Siegfried Kircheis! Y había tratado de tratarlo como a todos los demás almirantes. Si Kircheis hubiera estado cargando su arma, el asesino habría muerto a tiros en el instante en que tomó el cañón de la mano. Ninguna gota de la sangre de Kircheis se habría derramado.

Todo era su culpa. Kircheis estaba en el suelo sangrando, y todo fue su culpa.

“Kircheis…”

“Lord Reinhard… gracias a Dios que estás a salvo…”

Inconsciente de la sangre que manchaba su uniforme, el joven de cabello dorado cayó de rodillas y tomó la mano de su amigo— aunque la visión de él ya estaba borrosa en el campo de visión de Kircheis. *¿Era esto lo que era morir* ? Pensó Kircheis. Las sensaciones de los cinco sentidos se estaban desvaneciendo como con la distancia. El mundo se estaba estrechando rápidamente, y todo se estaba oscureciendo. Las cosas que él quería ver, que ya no podía ver; Las cosas que él quería escuchar, no podía escuchar más. Curiosamente, no había miedo. Tal vez su mayor temor hubiera sido la posibilidad que ya había enfrentado— de no poder pasar el resto de su vida con Reinhard. Más importante aún, sin embargo, había algo que tenía que decir. Algo que tenía que decirle a Reinhard antes de que fluyera lo último de su fuerza.

“Lord Reinhard, no creo que pueda ayudarlo más… Por favor, perdóneme”.

“¡Idiota! ¡No hables de esa manera!” Reinhard había querido gritar esas palabras, pero apenas había logrado decirlas en un susurro tembloroso. La belleza preternatural del joven superaba todas las comodidades, la deslumbrante elegancia que le llegaba de una manera tan natural que abrumaba a los que lo conocían… pero en ese momento, Reinhard parecía tan indefenso como un niño pequeño, demasiado joven para caminar sin aferrarse a la pared.

“Los médicos llegarán pronto. Arreglarán esas heridas de inmediato. Tan pronto como se haya recuperado, iremos a ver a mi hermana y le diremos que hemos ganado. ¡Vamos a hacer eso!”

“Lord Reinhard…”

“No hables hasta que lleguen los médicos”.

“Toma este universo por tu cuenta—”

“Lo haré”.

“— Y luego dile a la señorita Annerose… dile que Sieg mantuvo la promesa que hizo cuando éramos jóvenes…”

“No.” Los labios sin sangre de Reinhard temblaban. “Me niego a decirle algo así. Hazlo tú. Dile tú mismo. No lo hare ¿Tú entiendes? ¡Vamos a ver a mi hermana juntos!”

Kircheis pareció sonreír levemente. Y cuando ese toque de sonrisa se desvaneció, Reinhard se dio cuenta con un fugaz estremecimiento de que la mitad de él se había perdido para siempre.

“Kircheis. ¡Respóndeme, Kircheis! ¿Por qué no respondes?”

Mittermeier no podía soportar ver más. Puso una mano en el hombro del joven mariscal imperial y dijo: “Es demasiado tarde, señor. Él se fue. Deberíamos dejarlo descansar en paz ahora—”

Pero el resto de sus palabras las tragó sin hacer ruido. Había una luz como nunca antes había visto en los ojos de su joven oficial superior.

“No me mientas, Mittermeier. Lo que dijiste es una mentira. Kircheis nunca moriría primero. Él nunca me dejaría atrás.”

II

“¿Cómo está el marqués von Lohengramm?”

“Todavía no hay cambios. Simplemente se sienta allí, inmóvil.”

Tanto la pregunta como la respuesta fueron habladas en tono grave.

Los almirantes se habían reunido en la Sala de armas, uno de los clubes de la Fortaleza de Gaiesburg para oficiales de alto rango. Los nobles boyar no habían escatimado gastos en la decoración de este amplio y lujoso salón, pero los que habían prevalecido sobre ellos ahora no tenían ningún interés en absoluto.

Los almirantes habían impuesto una estricta orden de mordaza con respecto a la tragedia en la ceremonia de la victoria, y la fortaleza se estaba gestionando conjuntamente de acuerdo con la disciplina militar. Aun así, habían pasado tres días, y todos sabían que las cosas estaban llegando a un punto de ruptura. No podían simplemente mantener el silencio de FTL con Odín por tiempo indefinido.

El cuerpo de Kircheis había sido colocado dentro de una caja refrigerada para preservarlo, pero Reinhard, vencido con pesar, permaneció justo a su lado, sin comer ni dormir día tras día. Los almirantes se estaban preocupando.

“Aun así, para ser honesto”, dijo Müller, “nunca imaginé que el marqués tuviera un lugar tan frágil en su corazón”.

“Él no estaría actuando así si hubiéramos muerto tú o yo”, respondió Mittermeier. “Siegfried Kircheis es — o era — algo especial. El marqués ha perdido la mitad de su propio yo, por así decirlo. Y debido a su propio error, nada menos”. Todos los demás almirantes reconocieron la solidez de esa percepción, aunque al hacerlo los hizo más inquietos acerca de perder el tiempo de esta manera.

Los ojos heterocromáticos de Von Reuentahl brillaron bruscamente entonces, y habló a sus colegas con un tono de voz fuerte: “Vamos a hacer que el Marques von Lohengramm vuelva a ponerse de pie. Tenemos que. Si no lo hacemos, eso significa que todos cantaremos un coro de destrucción a las profundidades de la galaxia”.

“Aún así, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo le ayudamos a superar esto?”
Esa voz pertenecía a Wittenfeld, quien parecía que estaba completamente perdido.

Kempf, Wahlen y Lutz mantuvieron un pesado silencio.

Cualquiera de estos almirantes reunidos podría levantar una mano para hacer que decenas de miles de barcos se movilicen y millones de soldados tomen las armas. Pero ni siquiera los héroes que podrían atravesar a voluntad el mar de estrellas — destruyendo mundos y conquistando sistemas estelares enteros — podrían pensar en una manera de volver a poner a un hombre joven cuando fue vencido por el dolor y la pérdida.

Finalmente, fue von Reuentahl quien murmuró: “Si hay una solución, sé quién la tendrá”.

La cabeza de Mittermeier se inclinó. “¿A quién tienes en mente?”

“Ustedes deben saber. Él es el único que no está aquí ahora mismo — el Jefe de Estado Mayor Oberstein”.

Los almirantes se miraron.

“¿Estás diciendo que necesitamos su ayuda?” Mittermeier no pudo ocultar la nota de disgusto en su voz.

“No tenemos otra opción. Además, él sabe muy bien que el Marqués von Lohengramm es la única razón por la que está aquí. Y siendo ese el caso, sospecho que hay una razón por la que no ha hecho algo ya — está esperando a que acudamos a él”.

“En ese caso, ¿no implica eso que va a esperar algo a cambio? ¿Qué hacemos si él quiere el derecho de anular nuestras decisiones en ciertos casos?”

“Todos nosotros, incluido Von Oberstein, estamos viaja en una buena nave

el *Lohengramm*. Para salvarse, uno tiene que salvar la nave. Y suponiendo que Von Oberstein intentara aprovecharse de la situación para su propio beneficio, sería simplemente una cuestión de tomar las medidas adecuadas para responderle”.

Von Reuentahl terminó de hablar y los demás almirantes se saludaron. Fue entonces cuando apareció un oficial de seguridad y anunció la llegada de von Oberstein.

“Apareciste justo en el momento adecuado”, dijo Mittermeier. Su falta de afecto era clara por su tono.

Von Oberstein entró en la habitación, miró a los que estaban allí reunidos y comenzó a criticarlos sin reservas.

“Teniendo en cuenta el tiempo que ha durado su discusión, supongo que no se llega a ninguna conclusión”.

“Bueno, ya que nuestra fuerza actualmente no tiene su número uno y número dos, parece que no tenemos a nadie que presida aquí”. Las palabras de Von Reuentahl fueron duras; estaba tomando un puñetazo por el hecho de que la teoría del “número dos” de von Oberstein había llevado a la muerte de Kircheis. “Entonces, ¿el jefe de personal tiene una buena idea?”

“No puedo decir que no”.

“¿Oh? ¿Y que sería eso?”

“Preguntarle a la hermana del marqués von Lohengramm”.

“¿Condesa von Grünewald? Pensamos en eso también, pero ¿será eso solo suficiente para llevarnos a cualquier parte?”

Las palabras fueron de von Reuentahl, pero el hecho era que nadie quería asumir el trabajo de informar a Annerose de lo que había sucedido.

“Déjame eso a mí, pero tengo algo para que todos ustedes hagan: necesito

que capturen al hombre que mató a Kircheis”.

Incluso el astuto Von Reuentahl no pudo captar el significado de esa frase de inmediato. Sus ojos heterocromáticos se abren ligeramente más anchos a pesar de sí mismo.

“Eso es algo extraño de decir. El asesino fue Ansbach, ¿verdad?”

“Ansbach era pequeño pecesillo. Vamos a convertir a alguien más en el verdadero conspirador. Un pez muy grande”.

“¿Qué quieres decir?”

“Es una forma de perversión psicológica”, explicó von Oberstein, “pero en su corazón, Reinhard está gritando que el asesino sea alguien grande. No puede soportar la idea de que Kircheis fue asesinado por personas como Ansbach— un simple subordinado del Duque von Braunschweig. Esto crea la necesidad de que Kircheis haya sido asesinado por un enemigo mucho más importante. Por lo tanto, necesitamos encontrar a alguien grande que estuviera trabajando detrás de Ansbach en las sombras. Tal individuo, de hecho, no existe. Es por eso que simplemente tendremos que fabricar uno”.

“Hmm. ¿Pero a quién podemos encuadrar como cabecilla? Los nobles boyar están casi extintos ahora. ¿Hay alguien que encaje en ese escenario?”

“Oh, tengo un excelente candidato”.

“¿Quién?”, Preguntó Mittermeier, dudoso.

“El primer ministro imperial, duque Klaus Lichtenlade”.

Todos en la sala se quedaron sin palabras por un momento. Mittermeier parecía que había sido golpeado físicamente. Las miradas de los otros almirantes también se centraban en el jefe de personal, con su ojo artificial. Podían adivinar qué pretendía: quería poner esta crisis a trabajar para ellos para eliminar a un enemigo latente.

“No me gustaría convertirte en mi enemigo”, dijo Mittermeier.

“No hay manera de que alguna vez gane”.

Al menos en la superficie, von Oberstein ignoró la profunda malicia evidente en las palabras de Mittermeier.

“Duque Lichtenlade tendrá que ser eliminado tarde o temprano. Y tampoco es como si su corazón fuera tan puro como el de un ángel. No hay duda de que está tejiendo conspiraciones propias para eliminar a Marquis von Lohengramm”.

“Entonces, lo que estás diciendo es que esta no sería una acusación totalmente falsa. Puedo ver eso. Ese viejo es ciertamente un intrigante”. Von Reuentahl, hablando en voz baja, sonaba como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

“Regresamos a Odín lo más rápido posible, arrestamos al Duque Lichtenlade y tomamos el sello imperial. Haz eso, y podemos establecer poderes dictatoriales para el marqués von Lohengramm”.

Mittermeier, en un intento de sarcasmo, dijo: “¿Pero qué hacemos si la persona que toma el sello imperial se queda en Odín y trata de convertirse en un dictador?”

Von Oberstein respondió: “No hay temor de eso. Incluso si uno de ustedes tuviera tales ambiciones, sería detenido por almirantes de rango similar. Ninguno de ustedes simplemente se mantendría obedientemente al margen de un hombre que hasta ahora había sido su igual. De hecho, esa es la razón por la que digo que no necesitamos el número dos”.

El poder se justifica no por cómo lo obtienes, sino por cómo lo usas.

Los almirantes reconocieron la verdad de ese dicho, y los llevó a tomar una decisión monumental.

La conspiración y el engaño eran inevitables. Ahora era el momento de purgar la corte de los enemigos ocultos del marqués von Lohengramm y apoderarse de todo el poder del gobierno. La estrategia de Von Oberstein era exactamente lo que necesitaban. Si permanecieran de pie y no hicieran nada, simplemente estarían entregando la iniciativa al enemigo.

Los almirantes entraron en acción. Von Oberstein, Mecklinger y Lutz se quedaron atrás en Gaiesburg para dirigir la seguridad, mientras que los otros, liderando la crema innata de sus fuerzas militares de élite, se apresuraron hacia Odín.

De esta manera, hicieron el movimiento de apertura contra el golpe de palacio que el Duque Lichtenlade seguramente intentaría tarde o temprano. Impulsados por su determinación, hicieron el viaje de veinte días de Gaiesberg a Odín en catorce.

“Gale Wolf” Mittermeier dijo mordazmente a sus subordinados: “Deja atrás cualquier nave que caiga de la columna. Solo espero que puedan llegar a Odin en algún momento”.

Cuando partió de Gaiesburg, estaba al mando de una flota de cruceros de alta velocidad que sumaban veinte mil, pero esa cantidad disminuía con cada deformación sucesiva, y cuando llegaron a la región estelar de Valhalla, donde se encontraba Odín, solo tres mil barcos, se mantuvo.

Müller utilizó ochocientos para tomar el control de la órbita del satélite, mientras que los otros almirantes se lanzaron a la atmósfera. Que muchos aterrizajes simultáneos estaban más allá de la capacidad de manejo de los controladores de tráfico del puerto espacial, y la mitad de la flota se vio obligada a realizar aterrizajes en los lagos.

Era medianoche donde se encontraba el palacio *Neue Sans Souci* . Mittermeier se dirigió directamente a la oficina del primer ministro. Fue von Reuentahl quien dirigió la redada en la residencia de Duque Lichtenlade. El primer ministro estaba sentado en la cama leyendo cuando el joven oficial con ojos heterocromáticos pateó la puerta y cargó dentro.

“¡¿Cuál es el significado de esto?! ¿Sobre qué están bromeando los tontos?”, El primer ministro regañó a von Reuentahl.

“Su Excelencia, Primer Ministro Klaus Lichtenlade: lo estoy arrestando”.

Lo que pasó por la mente del anciano gobernante en ese momento no fue tanto una sorpresa como un sentimiento de derrota. El anciano esperaba monopolizar todo el poder y la autoridad, y provocar la caída de Reinhard con un solo empujón desde atrás — pero ahora había sido golpeado por la perspicacia de von Oberstein y las acciones de los almirantes.

“¿Por qué motivos?”, Dijo.

“Usted fue el patrocinador del fallido intento de asesinato contra Su Excelencia, Marqués Reinhard von Lohengramm”.

Los ojos del anciano primer ministro se agrandaron. Durante un largo momento se quedó mirando a la cara de von Reuentahl. Luego, un escalofrío recorrió su esbelto cuerpo, y él escupió: “Maldito tonto. ¿Qué prueba tienes para estar diciendo esas tonterías? Soy el primer ministro imperial. Estoy por encima de ti para ayudar a Su Alteza .

“Y al mismo tiempo son un conspirador sin ley”, dijo von Reuentahl con frialdad.

Gritó a sus soldados: “¡Arrestenlo!”

Soldados de nacimiento común tomaron violentamente el brazo del viejo aristócrata de alta jerarquía, un hombre al que una vez ni siquiera pudieron haberse acercado.

Al mismo tiempo, un escuadrón encabezado por Mittermeier estaba cargando en el edificio que alberga las oficinas del primer ministro y su personal.

“¿Dónde está el sello imperial?” Mittermeier exigió a un burócrata anciano

que estaba trabajando en el turno de noche. Aunque se puso blanco como una sábana cuando se encontró rodeado de cañones de armas, se negó a divulgar el paradero del sello.

“¿Con qué autoridad pides? Esta es, de hecho, la Sala del Sello Imperial y la oficina del primer ministro. No es un lugar donde los oficiales militares que no están relacionados con nuestro trabajo pueden entrar en medio de la noche. Por favor, retírate ahora”.

En ese momento, Mittermeier actuó rápidamente para evitar que la sed de sangre de sus hombres se escapara de las manos. Reconoció el coraje del viejo burócrata y no quiso verlo lastimado. Aun así, eso no significaba que iba a echarse atrás. Hizo una señal a sus hombres, y los soldados entraron en la habitación, se desplegaron y comenzaron a saquear lo que, hasta hace poco, era un lugar sagrado al que ni siquiera un jefe de ministerio o un mariscal imperial se hubiera atrevido a entrar sin permiso. Se voltearon los gabinetes y los escritorios, y no se permitió que documentos importantes fuera de la habitación se derramaran en el piso, para ser pisados debajo de las suelas de botas militares.

“Por favor, detén esto”, gritó el anciano. “¿Es esto lo que piensas— de la autoridad del imperio— de la familia imperial? Ustedes deberían avergonzarse de ustedes mismos. Este es un acto indigno de los sujetos imperiales”.

“¿La autoridad de la familia imperial? Creo que he oído hablar de eso. Era algo que solían tener hace mucho tiempo”. Mittermeier hablaba en voz alta ahora. “Pero en última instancia, es el uso de la fuerza lo que le da a la autoridad su significado, no al revés— Solo mire allí, creo que lo entenderá bastante bien”.

Un soldado gritó alegremente y levantó una pequeña caja en su mano. Estaba adornado en la tapa y alrededor de sus bordes con un patrón clásico de arabescos de uva.

“¡Eso es todo! ¡Lo hemos encontrado!”

Con un grito, el viejo burócrata corrió hacia el soldado y trató de agarrarlo, pero otros soldados lo golpearon en el suelo. Fiel a su oficina, el anciano se arrastró por el suelo, con la sangre cayendo de un corte en la frente.

Mittermeier abrió la caja y, sin sentirse particularmente conmovido o impresionado, miró el sello bañado en oro que encontró envuelto en terciopelo carmesí en su interior. El águila de dos cabezas que formaba su asa le devolvió la mirada como una criatura viviente.

¿Así que este es el sello imperial? él pensó.

Mittermeier soltó una carcajada, miró al hombre tendido en el suelo y ordenó que llamaran a un médico.

Para la capital imperial de Odín, la guerra civil comenzó y terminó en medio de la subyugación de los almirantes de Reinhard.

Hilda, la hija del conde von Mariendorf, ya estaba en la cama cuando comenzó, pero una vez que le informaron sobre los disturbios en la ciudad, se puso una bata sobre el camisón y salió al balcón de la mansión.

Allí podía escuchar todos los sonidos de los militares: el fuerte y el suave, el fuerte y el débil — una sinfonía transmitida a sus oídos en el viento de la noche.

Mientras ella escuchaba, un mensajero vino y dijo con voz temerosa: “¿De dónde vinieron, milady?”

“Los ejércitos no salen del suelo”, dijo. “Aparte del Marqués von Lohengramm, no puede haber ninguna fuerza con números como estos”.

Hilda continuó con su cabello corto ante las vacilantes caricias del viento de la noche, y continuó hablando, como para sí misma.

“Parece que nos esperan algunos tiempos animados. Por supuesto, las cosas seguramente se volverán un poco locas, pero de todos modos me haré cargo del estancamiento en cualquier momento”.

III

… ¿Había estado soñando?

Reinhard miró a su alrededor. La habitación estaba oscura, fría y completamente silenciosa. Aparte de él, solo había Kircheis — acostado en un estuche hecho de vidrio especial — y el aire frío y seco. Su amigo pelirrojo no se movió, ni habló, ni respiró.

Así que había sido un sueño, después de todo. Reinhard dejó caer los hombros y levantó el cuello de su capa de uniforme mientras cerraba los ojos.

… Annerose, habiendo recibido permiso del emperador, había invitado a Reinhard y Kircheis a una villa de montaña en Freuden. Era la primera vez que se veían en un año y medio. El chico rubio y el pelirrojo, vestidos con sus uniformes escolares militares, ajustándose el sombrero y el cuello, habían salido corriendo de su dormitorio rígido y formal.

Fue un viaje de seis horas en coche terrestre. Esto se debía a que el vuelo sobre las tierras de la familia imperial estaba prohibido. Allí había jardines de flores y montañas cubiertas de nieve durante todo el año. Pero la belleza contrastante del blanco puro y los colores del arco iris pronto fue borrada por los grises oscuros de la lluvia intensa que llegaron con el trueno. Los tres pasaron toda la vacación encerrados dentro de la villa. Sin embargo, eso había sido agradable a su manera. Arrojando leña a la chimenea, habían cantado todas las canciones que sabían, mientras los reflejos de llamas doradas bailaban en sus ojos…

Los recuerdos de Reinhard, sin embargo, fueron repentinamente interrumpidos.

“Von Oberstein aquí, Su Excelencia”, dijo una voz sin emoción ni vida. “Ha llegado un FTL para ti desde Odín”.

Después de un momento de vacilación, Reinhard respondió: “¿De quién es?”

“Su hermana, la condesa von Grünewald”.

El joven que durante horas— durante días— no había movido ni un solo músculo se puso de pie abruptamente. Era como si de repente una escultura hubiera cobrado vida. Llamas azules enojadas prácticamente saltaron de sus ojos.

“¡Se lo has dicho a ella! Le has contado a mi hermana sobre Kircheis, ¿verdad?”

El jefe de personal tomó toda la fuerza de la ira hirviente de Reinhard sin siquiera estremecerse.

“Si lo hice. En un FTL justo ahora”.

“¡Cómo te atreves! ¡Eso no es asunto tuyo!”

“Tal vez, pero ciertamente no puedes ocultarlo para siempre.”

“¡Cállate!”

“¿Tienes miedo? De su hermana, quiero decir.”

“¡Que acabas de decir!”

“Si no, por favor habla con ella. Su Excelencia, no me he rendido todavía. Me parece digno de elogio que solo te culpes a ti mismo y no estés tratando de forzarme. Sin embargo, si continúas viviendo en el pasado y te niegas a enfrentar el futuro, entonces se acabó para ti. El universo caerá en manos de otro hombre. Y el almirante Kircheis mirará desde Valhalla y se avergonzará de haberte conocido.”

Reinhard lanzó una mirada a Von Oberstein que podría haberlo incinerado donde estaba, pero luego pasó a su lado y entró en su sala de comunicaciones privada.

La pantalla de comunicación mostraba la belleza fresca y sin adornos de la cara de Annerose. El joven mariscal imperial luchó por reprimir un estremecimiento y trató de controlar su corazón palpitante.

“Annerose…”

Eso fue todo lo que Reinhard dijo antes de que no pudiera mover la lengua.

Annerose miró a su hermano. Sus mejillas eran blancas — demasiado blancas. No había lágrimas en sus ojos azules. Lo que había allí era algo más grande.

“Mi pobre, pobre Reinhard…” murmuró Annerose. Esa voz baja apuñaló al joven de cabello dorado a través del corazón. Entendió perfectamente el significado de las palabras de su hermana. Por el bien del poder, por la autoridad, había tratado a tratar a su otro yo como un simple lacayo y había recibido represalias horribles por tal pobreza de espíritu.

“Has perdido todo lo que tenías que perder ahora, ¿verdad?”

Por fin, Reinhard logró hablar.

“… No, todavía te tengo. Yo sí… ¿no es cierto, Annerose? ¿No?”

“Está bien. No nos queda nada más que el uno a otro ahora”.

Algo en su tono hizo que Reinhard jadeara. ¿Y había notado Annerose el cambio en la expresión de su hermano?

“Reinhard, me voy a mudar de la mansión en Schwarzen. Me pregunto si podría tener una pequeña cabaña en algún lugar.”

“Annerose…”

“Y también, por el momento, no creo que debamos vernos”.

“¡Annerose!”

“Es mejor si no estoy a tu lado. La forma en que vivimos nuestras vidas es demasiado diferente… Todo lo que tengo es el pasado. Pero tienes un futuro”. Nuevamente, Reinhard se quedó sin palabras.

“Cuando estés cansado, ven a verme. Pero todavía es demasiado temprano para que estés cansado”.

Ella tenía razón. Reinhard había perdido el derecho a anhelar el pasado e incluso la capacidad de descansar cuando estaba cansado. Como Kircheis había mantenido su voto, ahora también tenía que cumplir su voto para Kircheis.

Tenía que hacer suyo este universo. Lo que fuera necesario, tenía que hacer lo necesario para lograr ese objetivo. Después de todo, cuando pensaba en la inmensidad de lo que había perdido, sería una lástima que a cambio no pudiera hacer algo así.

“Entiendo. Si eso es lo que quieres, haré lo que desees. Iré a buscarte cuando el universo sea mío. Pero antes de irte, por favor, dime una cosa”.

Reinhard tragó y estabilizó su respiración. ”

“¿Tú… tú amaste a Kircheis?”

Y luego, temeroso, temeroso, miró a su hermana a los ojos.

Ella no respondió. Aun así, Reinhard nunca había visto a su hermana tan blanca como la porcelana en ese momento, ni tampoco había visto tanta tristeza en su rostro. Sabía que probablemente llevaría el recuerdo de esa expresión mientras viviera.

Y en esa suposición, él tenía razón.

Von Reuentahl asumió el trabajo de informar a la Fortaleza de Gaiesburg, pero no de buena gana. Después de intentar durante un tiempo empujar ese deber el uno contra el otro, los almirantes finalmente decidieron resolver el asunto en la mesa de juego, y allí la suerte del joven heterocromático lo había abandonado por completo.

Llamó a Gaiesburg del almirante de Reinhard. Reinhard apareció en la pantalla de inmediato. El brillo afilado de la razón y el espíritu brillaba en sus ojos azul hielo, y cuando vio esos ojos, Von Reuentahl supo que su joven señor se había encontrado de nuevo. El discurso de Reinhard también fue lúcido, y su voz recuperó su fuerza. Sin embargo, von Reuentahl sintió que algo todavía no estaba bien.

“Soy consciente de la situación”, dijo. “Me enteré de esto por parte de von Oberstein. El día que te fuiste.”
“Entiendo…”

“Su servicio distinguido será ricamente recompensado. Pronto volveré a Odín también. ¿Puedo hacer que envíes a alguien para que se encuentre conmigo en el camino?”

“Sí, milord. Enviaré a Mittermeier”.

Después de darle ese deber a su colega, von Reuentahl le dijo a Reinhard la razón por la que había llamado.

“Hemos arrestado e internado a toda la familia del Duque Lichtenlade. Una vez que haya regresado, le pediremos que emita un juicio sobre ellos”.

“No hay necesidad de esperarme. Puedo hacerlo desde aquí ahora mismo y permítele que haga sus oraciones. ¿Cómo está eso?”

“Muy bien, milord. ¿Qué deberíamos hacer con el mismo duque

Lichtenlade?”
“No podemos ejecutar a alguien que fue primer ministro imperial. Aconséjale que se suicide. De alguna manera indolora.”

“Como desées. ¿Y su familia?”

“Exilia a las mujeres y los niños a la frontera”, la voz de Reinhard se parecía al sonido que se hacía cuando los trozos de hielo se golpean entre sí. “Y ejecuta a todos los varones de diez años en adelante”.

“… Como desees.” Como era de esperar, von Reuentahl no pudo responder a eso de inmediato.

“Las edades de nueve años y menores no deben ser dañados, ¿entonces?”, Dijo, tal vez buscando una especie de indulgencia indirecta. Von Reuentahl era un valiente almirante que no se complacía en un derramamiento de sangre innecesaria.

“Tenía diez años cuando entré en la escuela militar”, dijo Reinhard. “Hasta esa edad, se podría decir que todavía no estaba completamente formado. Así que los salvaré. Si quieren intentar matarme una vez que hayan crecido, que vengan. Después de todo, si un conquistador carece de habilidad, es natural que él mismo sea derrocado”.

Reinhard se echó a reír. Era una risa elegante, pero parecía tener un anillo ligeramente diferente al que tenía en el pasado.

“Y lo mismo va para todos ustedes. Si tienes la confianza y estás listo para arriesgar todo, adelante. Desafíenme en cualquier momento”.

Una sonrisa delgada brillaba como un espejismo de calor en sus gráciles labios. Los escalofríos corrían como ondas a través de cada nervio en el cuerpo de von Reuentahl. No se dio cuenta de lo tensa que sonaba su voz cuando dijo: “Seguramente debes estar bromeando”.

Reinhard se había arrancado su vieja piel. Habiendo perdido la mitad de su propio yo, ahora estaba tratando de llenar ese vacío mediante la adquisición

de algo nuevo. Este nuevo cambio sería bienvenido por algunos y aborrecido por otros. Pero en cuanto a quién, Von Reuentahl no pudo decir.

Cuando terminó la llamada, Von Oberstein entró y se presentó ante Reinhard.

Miró al joven señor como si estuviera realizando una observación científica.

“Su Excelencia, *Brünhild* puede dejar el puerto en una hora”.

“Muy bien. Voy a bajar en treinta minutos”.

“Y, Excelencia, ¿está realmente cómodo con su decisión con respecto a la familia Lichtenlade?”

“He derramado mucha sangre hasta este punto, y es probable que tenga que derramar mucho más en el futuro. ¿Qué cambia con la sangre de la familia Lichtenlade? Es solo agregar algunas lágrimas más al cubo”.

“Espero que crea eso”.

“Déjame ahora. Ve y haz tu trabajo.”

Von Oberstein se inclinó en silencio. Cuando bajó la cabeza, sus ojos artificiales emitieron una luz extraña e inexplicable.

Reinhard, después de haber enviado a su jefe de personal por el camino, dejó que su flaco cuerpo volviera a hundirse en su silla y giró sus ojos hacia la pantalla de observación para contemplar un mar de estrellas que tenía que conquistar.

Su corazón estaba hambriento. Kircheis se había ido para siempre, y ahora incluso había perdido a su hermana también.

Si acabó con la Dinastía Goldenbaum, creó un nuevo Imperio Galáctico, conquistó la Alianza de Planetas Libres, se anexó el Dominio de la Tierra de Fezzan y se convirtió en el gobernante de toda la raza humana…

¿entonces se saciaría ese hambre en su corazón?

No, no lo haría, pensó Reinhard. *Incluso entonces, esta hambre del alma no sería satisfecha. Lo más probable, no lo sería, no podría, nunca lo será.*

Y, sin embargo, para Reinhard ya no quedaba ningún otro camino. Todo lo que podía hacer para resistir ese vacío en su corazón era seguir luchando, seguir ganando y seguir conquistando.

Para eso, necesitaba enemigos. Los enemigos poderosos y competentes eran lo único que podía hacerle olvidar su hambre. Incluso si enfocó sus energías por un tiempo en apuntalar las cosas a nivel nacional, fue fácil ver que un enfrentamiento militar con la Alianza de Planetas Libres vendría tan pronto como el próximo año. Y en la alianza era el enemigo más poderoso y competente de todos.

IV

El enemigo poderoso en quien Reinhard estaba pensando estaba de muy mal humor en ese momento.

Después de recuperar a Heinessen, había viajado a Neptis, Kaffar y Palmerend; aceptó la rendición de los regimientos rebeldes en los tres mundos; y acababa de regresar a la capital. Fue entonces cuando alguien que se hacía llamar enviado especial para el gobierno se presentó y le pidió que le diera la mano públicamente al presidente Trünicht en una ceremonia patrocinada por el gobierno. Fue un evento planeado para conmemorar la victoria de la democracia sobre las fuerzas del militarismo, así como la restauración del orden bajo la Carta de la Alianza.

La reacción de Yang había sido espectacularmente infantil.

“¿Por qué yo y ese estúpido Trünicht” — donde se dio cuenta de que estaba

gritando y moduló su tono — “y el presidente Trünicht tiene que darse la mano?”

Yang lo había considerado una grave desgracia cuando Trünicht salió de su escondite subterráneo. Naturalmente, no se alegró por el hecho de que su presentimiento había sido acertado. Una cortina deslumbrante y colorida estaba a punto de caer sobre las farsas horribles de un programa completo.

No actualmente. Si cayera el telón, todo esto terminaría en un teatro; en realidad, no había ninguna garantía de que una repetición no siguiera.

Yang sintió disgustado desde el fondo de su corazón cuando pensó en el monstruoso ego de Trünicht. Las cosas se habían puesto tan mal que realmente había estallado un golpe de Estado, pero en lugar de echar un buen vistazo a sus propias posiciones políticas, aquí estaba haciendo trucos políticos y manipulando a las masas para mantener su control sobre el poder. Darle la mano a ese hombre en un escenario frente a una multitud no era diferente a Yang que vender su alma.

Sin embargo, a medida que avanzaba, cuantas más batallas ganaba, más alto se alzaba en la posición — en resumen, cuanto más políticamente útil se volvía — más se encontraría en este tipo de situación. ¿Qué podría hacer para evitar que eso suceda?

Bueno, para empezar, él podría perder. Sube a la batalla y pierde miserablemente. Si lo hiciera, su reputación volvería a caer a la tierra y las voces que lo alababan ahora se convertirían en sus críticos más duros de la noche a la mañana. Se le aplicaría la evaluación perfectamente apropiada de “¡Asesino!”, Y todos pensarán que es natural que presente su renuncia. Muy poca gente, si es que alguien, trataría de detenerlo.

Así se rescataría a Yang del infierno del servicio público. Una vida tranquila, aislada de la vista pública en algún rincón de la sociedad, no sería nada mala. Podía vivir en una casita entre los arrozales, donde echaba hacia atrás un vaso de brandy en las noches frías mientras escuchaba el viento que soplaba afuera. En los días de lluvia, bebía vino mientras se sentía nostálgico, pensando en el viaje épico del agua a través de la atmósfera.

“Solo escúchame… todo lo que haría es beber”.

Yang sonrió irónicamente, y sacó de su mente esas tranquilas reflexiones. Perder seguramente lo salvaría, pero ¿cuántas decenas de miles se perderían como resultado? Perder significaría la muerte de muchas personas, con esposas privadas de esposos, madres privadas de hijos e hijos privados de padres.

Si iba a pelear, tenía que ganar. ¿Y qué significaría la victoria? Significaría matar a muchos soldados enemigos, devastar el tejido de la sociedad del enemigo y arruinar a muchas familias enemigas. La dirección era diferente pero el vector igual.

Así que en última instancia, ¿está mal hacer cualquiera de las dos?

Habían pasado casi exactamente diez años desde que Yang se graduó en la Academia de Oficiales y se convirtió en soldado, pero este problema aún no podía resolver. No era una aritmética de nivel principiante, por lo que no hubo una respuesta clara, incluso cuando se enfrentó seriamente a ella. Y aunque sabía que tratar de descifrar esa pregunta lo perdería en un laberinto de pensamientos, no pudo evitar pensar en ello.

¡Dejando de lado, sin embargo, la idea de que tuvo que darle la mano a Job Trünicht…!

No le temía a ningún reembolso que pudiera seguir si se negaba. Pero dado que el objetivo de este mitin era mostrar la cooperación entre el gobierno y los militares, tampoco podía simplemente llevar una bola de demolición a ese espíritu de armonía. Yang creía que los militares debían estar al servicio del gobierno — Y por extensión, la gente. Por eso, para empezar, había luchado contra la facción del golpe de Estado.

La ceremonia se celebró al aire libre.

Fue un hermoso día, con la suave luz del sol de principios de otoño envolviendo a los asistentes, agregando una película de oro a las hojas de los árboles. Sin embargo, el corazón de Yang no se parecía en nada al cielo despejado.

No estoy dándole la mano a Trünicht — estoy dándole la mano al presidente del Consejo Superior en su papel de jefe de estado.

Al pensar de esa manera, Yang pudo de alguna manera luchar con sus emociones hasta el suelo. Esa línea de razonamiento era solo una forma de evitar la verdad, por supuesto, y la conciencia de Yang de eso solo hizo que su irritación aumentara.

Fue porque tuvo que soportar este tipo de cosas que las promociones no valían la pena. “Te estás adelantando a la manada ahora” y “Oh, te estás moviendo en un mundo” dirían personas envidiosas, pero lo que pasa con las pirámides es que cuanto más te acercas a la cima, más estrecha y traicionera se vuelve la base. Para Yang, era una raza extraña que podría estar tan obsesionada con elevar su estatus sin siquiera considerar su situación precaria.

Aparte de eso, no podía olvidar lo incómodo que se sentía en los asientos VIP. El año pasado, en la ceremonia conmemorativa posterior a la Batalla de Astarté, el lugar de Yang todavía estaba en la sección de asistencia general. Comparado con el ahora, su estado en ese momento había sido mucho más fácil de tratar…

Trünicht estaba hablando ahora. Era la elocuencia vacía de un agitador de segunda categoría. Elogió a los muertos, elogió los sacrificios hechos por el estado, le dijo a la gente que no insistiera en sus libertades y sus derechos, porque estaban en medio de una guerra santa para derribar el Imperio Galáctico. Él había estado repitiendo lo mismo durante años.

La gente muere, pensó Yang. *Las estrellas también tienen vidas útiles. Incluso el universo mismo dejará de existir algún día. No hay forma de que un estado sea lo único que sobrevivirá para siempre. Entonces, si un estado no puede sobrevivir sin hacer gigantescos sacrificios, ¿por qué debería*

importarme lo más mínimo si cae mañana?

Una voz llamó a Yang mientras pensaba en estas cosas.

“Almirante Yang…”

Una sonrisa amistosa desbordaba la hermosa cara del presidente Trünicht, que había regresado a los asientos VIP. Era una sonrisa que había hechizado durante mucho tiempo a un electorado de miles de millones. A veces se decía que sus partidarios emitían su precioso voto no por políticas e ideas, sino por esa sonrisa. Yang, por supuesto, nunca había estado en ese número desde que había llegado a la edad de votar.

“Almirante Yang”, dijo Trünicht, “estoy seguro de que hay muchas cosas que me gustaría decirme, pero hoy es un día feliz — la patria está conmemorando la liberación de la dictadura militarista. No creo que debamos mostrar a nuestros enemigos comunes que el gobierno civil y los militares no están de acuerdo. Lo usarán contra nosotros”.

Yang no respondió.

“Así que solo por hoy, ambos debemos mantener sonrisas en nuestras caras y hacer todo lo posible para no molestar a nuestros soberanos — el pueblo”.

Yang ciertamente admiraba a un hombre que era capaz de hacer un buen argumento. Pero ¿qué pasa con alguien que hizo un buen argumento sin creer en él por un minuto? Esa duda le molestaba a Yang cada vez que veía a Trünicht.

“Y ahora, todos, aquí hay dos luchadores, dos guerreros que luchan todos los días por la democracia— por la independencia de nuestra nación y por Su libertad… y estamos a punto de verlos estrecharse la mano aquí mismo. ¡Recibamos un gran aplauso para nuestro líder civil, el Sr. Trünicht, y para el Sr. Yang, que representa a nuestros hombres y mujeres en uniforme!”

El que gritaba estas palabras era Aron Doumeck, quien estaba presentando el evento. Doumeck comenzó como un erudito literario, se transformó en un

comentarista político y finalmente se convirtió en un político de carrera. Estaba en el círculo íntimo de Trünicht y había descubierto su razón de ser para atacar y difamar a los enemigos políticos de su jefe, así como a todos los órganos de los medios que lo criticaban.

Trünicht se levantó de su asiento, saludó a la multitud y extendió su mano hacia Yang. Yang también logró ponerse de pie, pero apenas estaba controlando las ganas de salir corriendo del escenario y nunca mirar hacia atrás.

Cuando los dos se estrecharon las manos, los vítores de la multitud se hincharon aún más, y el sonido de sus aplausos abrumó el cielo abierto. Yang no quería sostener esa mano ni un segundo más de lo que tenía que hacerlo, pero cuando finalmente fue liberado de esa tortura incruenta, se le ocurrió algo totalmente inesperado.

¿Había estado subestimando a Trünicht todo el tiempo?

Ese pensamiento entró en la mente de Yang como un rayo de sol a través de un descanso en las nubes. Sorprendido por la sorpresa tan grande que en realidad dejó de respirar por un segundo, echó otro vistazo a lo que estaba pensando. Sin saber por qué había pensado tal cosa, comenzó a reexaminar eventos pasados.

Durante el golpe de Estado, Trünicht no había hecho nada. Albergado por miembros de la Iglesia de Terra, simplemente había estado bajo tierra.

Fue Yang Wen-li quien dirigió la flota y peleó la batalla, y fue Jessica Edwards la que defendió a la gente y se defendió con discursos y asambleas. Trünicht no había contribuido tanto como un gramo a la resolución final. Sin embargo, aquí estaba él, vivo y siendo bañado con la adulación de la multitud, mientras Jessica, brutalmente asesinada, ahora yacía en su tumba.

¿Y qué hay de la ignominiosa batalla de Amritsar? Hasta entonces, Trünicht nunca pudo ayudar a insertar su retórica proguerra en cada pequeña cosa, sin embargo, cuando llegó el momento de votar sobre la invasión del

imperio, hizo un cambio de actitud y votó en contra del despliegue. ¿Y el resultado de esa paliza a fondo que habían tomado? Los apologistas de proguerra habían perdido la confianza de la gente y su causa había perdido terreno. Mientras tanto, la popularidad de Trünicht ha aumentado en relación con ellos, y ahora el ex presidente del Comité de Defensa se había convertido en presidente del Consejo Superior y del jefe de estado de la alianza.

Y luego, se produjo el reciente golpe de estado…

Nada ha dañado a Trünicht. Cada vez que algo explotaba, los que estaban dañados — los que caían — siempre eran personas distintas de Trünicht. A pesar de que él fue el que llamó a la tormenta, siempre fue acurrucado en algún lugar seguro en el momento en que golpeó. Luego, cuando el cielo estaba despejado, saldría de nuevo.

Cada vez que había una crisis, siempre parecía ser el último hombre de pie sin haber levantado un dedo, y sin que se le pusiera un dedo encima.

Yang se estremeció. Nunca había temido ser asesinado. Nunca había retrocedido ante las fuerzas enemigas varias veces más grande que la suya. Pero ahora, a plena luz del día con el sol brillando, Yang se sintió atrapado por una sensación de terror profundo.

Trünicht volvió a hablar con Yang. Llevaba una sonrisa perfectamente controlada que no tenía un poco de sinceridad.

“Almirante Yang, la multitud te está llamando. ¿No les puedes dar lo que quieren?”

Las olas de adulación aumentaron y disminuyeron en todo Yang. Mecánicamente, Yang les devolvió el saludo a estas personas que no podían dejar de alabar su imagen virtual.

Quizás esta vez estaba sobreestimando a Trünicht. A Yang le hubiera gustado pensar que sí. Aún así, le parecía que sería solo un escape temporal si lo hiciera. Yang se había ido y olió una rata. Su hedor había inundado la

atmósfera y se estaba volviendo tan espeso que apenas podía respirar.

V

Cuando Yang regresó a su casa, se dirigió directamente al baño y se lavó las manos repetidamente con desinfectante. En el sentido de que intentaba lavar la inmundicia de haber estrechado la mano de Trünicht, la mentalidad de Yang en ese punto no era diferente de la de un niño.

Mientras Yang estaba escondido en el baño, Julian estaba tratando con un invitado no invitado en el vestíbulo — un editor de adquisiciones de tal y como editor que había llegado a sugerir que Yang escribir sus memorias.

“Estamos planeando una primera impresión de cinco millones de copias”, dijo.

Si Yang fuera el tipo de historiador de variedades de jardín que quería ser, cualquier libro que publicara no movería ni una milésima parte de ese número.

“El almirante no acepta huéspedes de negocios privados en su residencia oficial. Por favor, déjalo tranquilo”.

Julian ahuyentó al editor con peticiones de formalidad, aunque la pistola enfundada en la cadera del chico podría haber sido más persuasiva que su actitud resuelta. Si bien claramente le dolió hacerlo, al final, el editor lo dejó.

Julián regresó a la sala y se puso un poco de té. Yang salió del baño. La razón por la que soplaba en el dorso de sus manos era que se había frotado demasiado y le había quemado la piel.

Yang puso brandy y Julian leche en su té y bebió. Ambos estaban

extrañamente tranquilos hoy, y durante un tiempo el único sonido que llenó la habitación fue el de un reloj antiguo que cuenta los segundos.

Los dos terminaron sus primeras copas casi al mismo tiempo.

Cuando Julian comenzó a verter recambios, Yang finalmente abrió la boca.

“Era peligroso estar allí hoy”, dijo.

¿Algo casi lo lastimó? se preguntó el chico. Lleno de sorpresa y una sombra de nerviosismo, miró a su tutor.

“No, no fue eso”, dijo Yang, borrando la ansiedad del chico. Volvió a hablar mientras giraba su taza de té vacía alrededor y alrededor. “Cuando estaba con Trünicht, me sentía cada vez más disgustado, y entonces algo me golpeó de la nada. Era como, ¿qué vale la democracia cuando le da autoridad legal a un hombre así? ¿Y cuánto valen las personas cuando lo apoyan?”

Él exhaló suavemente.

“Y luego me acerqué y me sentí aterrorizada. Como estaría dispuesto a apostarlo hace mucho tiempo, Rudolf von Goldenbaum — y más recientemente, ese grupo que organizó el golpe — pensó exactamente lo mismo y llegó exactamente a la misma conclusión: *Solo yo puedo detener esto.* Es absolutamente paradójico, pero lo que convirtió a Rudolf en un dictador cruel fue su sentido de responsabilidad y deber hacia toda la raza humana”.

Cuando las palabras de Yang se desvanecieron, Julian, pensativo, le preguntó: “¿El presidente Trünicht siente ese tipo de responsabilidad y deber?”

“Bueno, no sé de él”.

Yang no tenía ganas de hablar directamente sobre la extraña sensación de terror que había sentido hacia el hombre. Eso no haría más que preocupar al

chico aún más. *Solo guardaré esto en mis propios pensamientos por un tiempo.*

Tal vez Trünicht era para la sociedad lo que una célula cancerosa podría ser para el cuerpo: consumir la nutrición de las células sanas para que solo se multiplicara, se hiciera más fuerte y más grande, y finalmente matara a su huésped. Trünicht se agitaría por la guerra un día, insistiría en la democracia al siguiente y aumentaría su poder e influencia de manera constante, sin asumir nunca la responsabilidad de nada de lo que decía. Por lo tanto, cuanto más fuerte se hiciera, más débil se volvería la sociedad, hasta que finalmente la consumiría.

Y entonces esos terraistas que lo abrigaron…

“¿Almirante…?”

Julian lo estaba mirando con una expresión de preocupación en su rostro.

“¿Pasa algo malo?”

Reflexivamente, Yang dio la respuesta que todos hicieron en tales situaciones, la respuesta que nunca ayudó en absoluto: “No, no es nada”.

En ese momento, el visifono en la habitación de al lado comenzó a sonar.

Julian se levantó y fue a buscarlo. Yang, mirándolo mientras se iba, rápidamente bebió su segunda taza de té tibio y sirvió brandy hasta el borde de su taza de té.

Justo cuando estaba colocando la botella sobre la mesa, Julian regresó corriendo a la sala de estar.
“¡Almirante, ven rápido! Es el contraalmirante Murai en la sede operativa conjunta—”

Cuando se llevó la taza a la boca, Yang dijo con un tono de voz servil:
“¿Por qué estás molesto? No hay nada en este mundo que valga la pena correr y gritar”. Las palabras sonaban vagamente como algo que un filósofo

podría decir. Cuando Julian disparó un “pero” a su manera como vanguardia de una objeción, Yang rápidamente asumió la mirada de alguien que pensaba profundamente.

“Excelencia, ¿conoce al almirante Merkatz?”

“Es un famoso almirante de la Armada Imperial. No es tan elegante y grande como el marqués von Lohengramm, pero tiene edad y experiencia, y no tiene debilidades reales. Y a la gente le gusta. ¿Qué hay del almirante Merkatz?”

“Bueno, ese famoso almirante de la Armada Imperial” — la voz de Julian estaba empezando a sonar agudo — “¡Ha venido aquí a desertar! ¡Quiere tu ayuda desertando del imperio! Ha habido un comunicado del almirante Caselnes que dice que acaba de llegar a Iserlohn”.

Yang había sido instantáneamente traicionado por su propia filosofía. Se levantó apresuradamente y golpeó su pierna con fuerza contra la pata de la mesa.

VI

Cuando el almirante Merkatz llegó a la fortaleza de Iserlohn, fue recibido por Caselnes, quien era el comandante interino mientras Yang estaba ausente. Después de que le pidieron a Merkatz que entregara las armas que llevaba, su ayudante von Schneider gritó con una ira sin disfraz: “¡¿Qué dijiste?! ¡Eso es insultante! Su Excelencia el Almirante Merkatz no es un prisionero de guerra. Ha desertado por su propia voluntad. El *decoro* apropiado exige que se le trate como invitado. ¿O no existe el decoro en la Alianza de Planetas Libres?”

Caselnes reconoció que Von Schneider estaba en lo cierto, se disculpó y, mientras estaba entreteniendo al grupo de Merkatz como invitados, le enviaron un FTL a Yang, que estaba en Heinessen.

Yang convocó una reunión de sus asesores. El contraalmirante Murai, que había escuchado la historia directamente de Caselnes, dijo que era difícil de creer.

“Dígame”, le dijo Yang a Murai, “¿el almirante Merkatz tenía a su familia con él?”

“No, yo mismo le pregunté al almirante Caselnes y él dijo que su familia todavía está en el imperio…”

“¿Eso hizo? Eso es bueno escuchar.”

“No, señor, no lo es. Decir que su familia está en el imperio es lo mismo que decir que los dejó como rehenes, por así decirlo. No es lo natural — lo obvio — ¿que asumamos que ha venido aquí por razones no pacíficas?”

“No, no, no lo es. En primer lugar, si realmente quisiera engañarme, nunca diría que su familia todavía estaba en el imperio. Probablemente se presentaría con una familia falsa que también lo tendría bajo vigilancia. Algo como eso.”

Yang se volvió para mirar a uno de los oficiales de su personal.

“Señor. Bagdash, eso es lo que haría la inteligencia si estuviéramos tramando algo, ¿verdad?”

“Bueno, eso o algo similar”, dijo el hombre que no había matado a Yang, había cambiado de bando, y en algún punto del camino había terminado como subordinado de Yang. El almirante Merkatz es un guerrero teñido de lana. No tiene nada que ver con espiar o sabotear. Creo que podemos confiar en él —”

“¡Mucho más de lo que nosotros podemos!”

Bagdash frunció el ceño. “Eso va más allá de una broma, comodoro von Schönkopf”.

“¿Quién dice que estoy bromeando?”, Dijo indiferente von Schönkopf. Bagdash frunció el ceño.

Después de tomar en cuenta los puntos de vista opuestos, Yang tomó su decisión. “Voy a confiar en el almirante Merkatz. Y en la medida en que sea capaz, protegeré sus derechos. Si un almirante experimentado y condecorado del imperio quiere que lo cuide, no puedo decepcionarlo”.

“¿Estás decidido a seguir adelante con esto?” Preguntó Murai, pareciendo bastante disgustada.

“Soy débil contra la adulación”.

Dicho esto, Yang tenía un canal directo de FTL abierto entre Heinessen e Iserlohn.

Después de que terminó de hablar con Caselnes, un hombre de aspecto robusto de la mediana edad apareció en la pantalla. Yang se levantó y le dio un saludo educado.

“El almirante Merkatz, supongo. Mi nombre es Yang Wen-li. Estoy muy contento de conocerte.”

Merkatz entrecerró los ojos mientras miraba a un joven de cabello oscuro que no se parecía en nada a una criatura del ejército. Si hubiera tenido un hijo, ¿habría tenido razón en esa edad?

Merkatz habló: “Este sobreviviente de la derrota está bajo su poder, Excelencia. Dejo todo lo relacionado con mi disposición en tus manos. Solo te pido que muestres indulgencia con mis subordinados.”

“Tienes algunos buenos, parece”.

Atrapando la mirada de Yang, von Schneider se enderezó en la esquina de la pantalla.

“En cualquier caso, por la presente acepto cuidar de ti. No tienes nada que temer”. Algo sobre la forma de hablar de Yang hizo que Merkatz quisiera confiar en él.

El almirante desertor se dio cuenta de que el consejo de su ayudante había sido acertado.

Al mismo tiempo que Yang se reunía con Merkatz por primera vez, varios políticos se reunían en la residencia de Trünicht en Heinessen: Negroponte, Capran, Bonet, Doumeck e Islas — todos ellos líderes en la facción de Trünicht.

La discusión de ese día tenía que ver con un enemigo que los amenazaba. Por “enemigo”, no se referían al Imperio Galáctico ni a las fuerzas domésticas del militarismo; se referían en cambio a un joven llamado Yang Wen-li.

Érase una vez, el objetivo de estos jóvenes políticos había sido adquirir poder político con Trünicht como su líder. Hoy en día, sin embargo, el objetivo se había desplazado a mantener su poder político ganado con tanto esfuerzo. Para hacerlo, había, por supuesto, la necesidad de eliminar a otros que posiblemente podrían quitarles ese poder. Hasta ahora, habían estado en guardia contra Jessica Edwards, la cara del movimiento contra la guerra, pero había sido brutalmente asesinada por la facción del golpe de estado en el estadio. Su enemigo les había hecho el favor de matar a su enemigo.

Su jefe colocó un vaso de whisky mezclado con agua en la mesa y dijo: “Como esta vez fue un conflicto interno, podemos darle una medalla al Almirante Yang y terminar con ella. Sin embargo, la próxima vez que tenga un éxito militar, no tendremos más remedio que promoverlo de nuevo”.

“Un mariscal, ¿cuándo acaba de cumplir los treinta?” Los labios de Capran se torcieron en una sonrisa.

“Después de lo cual se retira del servicio activo y entra a la política. Un

almirante famoso, invicto, joven, y además de eso, soltero. No hay duda de que sería elegido por un amplio margen".

"Sería elegido, pero el problema después de eso sería su perspicacia política. Después de todo, un gran general en el campo de batalla no se traduce necesariamente en un pura sangre en la esfera política".

"Aun así, la gente se reunirá a su alrededor, atraída por su fama. Gente sin ideales, solo hambre de poder. Una vez que eso suceda, será una fuerza a tener en cuenta. En términos de cantidad de soporte, si no de calidad".

Su jefe de ninguna manera les estaba diciendo esto como resultado de haber reflexionado seriamente sobre el propio gobierno de este grupo. Aquellos que escucharon no encontraron eso de ninguna manera extraño, tampoco. Para ellos, la justicia era lo que protegía su privilegio, y ese tipo de pensamiento era el punto de partida común para todas sus ideas.

"¿Sabes lo que les dijo a todos sus oficiales y soldados justo antes de la batalla de Doria? Que la supervivencia del estado fue insignificante en comparación con la libertad y los derechos individuales. Creo que eso fue inexcusable".

"Es una idea peligrosa", estuvo de acuerdo Doumeck, inclinándose hacia adelante. "Sigue eso hasta su conclusión lógica, y significa que mientras las libertades y los derechos individuales estén protegidos, estaría bien si la alianza se derrumbara y fuera reemplazada por el imperio. No puedo evitar sentir una pequeña duda sobre su lealtad a la patria".

"Y eso es material que debemos hacer un punto de recordar. A medida que las cosas se desarrollan, es probable que salgan más cosas".

Yang, que había escuchado este tipo de conversación antes, no tenía intención de convertirse en político; si se retirara del servicio activo, viviría de su pensión mientras se convirtiera en un historiador aficionado. Pero incluso si él les dijera eso claramente, no sería creído; todo lo que harían era sonreírle sardónicamente. Ya que se usaron a sí mismos como el estándar, no creían que existiera algo así como una persona que no ansiaba el poder.

Trünicht mismo habló por primera vez. “La alianza necesita las habilidades del almirante Yang. Después de todo, tenemos otro enemigo — el Imperio Galáctico. Sin embargo, le hace bien a un hombre fallar en algo de vez en cuando, siempre y cuando no sea algo crítico”. Ambos extremos de la boca de Trünicht giraron hacia arriba, formando una sonrisa de máscara con la forma de una luna creciente. “Sin embargo, no hay necesidad de entrar en pánico de ninguna manera. No dejes que les afecte. Esperemos un poco y veamos cómo se desarrollan las cosas”.

Todos los presentes asintieron, y el tema cambió a un par de cantantes que últimamente habían dividido el apoyo de los amantes de la música de Heinessen.

En cuanto a Trünicht, estaba pensando en Yang Wen-li, y la charla del grupo entró por un oído y por el otro. Una vez, cuando él había estado dando un discurso, ese joven había sido el único en la multitud que se había sentado cuando llegó el momento de que el público se pusiera de pie. Incluso cuando había estrechado la mano en la ceremonia de la victoria, no se había abierto. En su talento, en su composición psicológica, en todo tipo de formas, era un hombre de peligros ocultos. No había necesidad de entrar en pánico, pero al final se tendría que tomar una decisión: ¿hacer que se alineara o lo eliminaría? Si dependiera de Trünicht, elegiría el primero. De esa manera le proporcionaría un aliado poderoso, igual incluso a los terraístas que lo habían ayudado cuando necesitaba recostarse. No como estos perros falderos delante de él ahora…

Para que eso suceda, tendría que usar una estrategia pequeña pero… generosa.

VII

Año imperial 488, octubre.

Reinhard von Lohengramm fue nombrado duque en la aristocracia, tras lo cual asumió el cargo de primer ministro imperial. El título que ya había ganado de comandante supremo de la Armada Imperial permaneció en sus manos, sin cambios. Así, los jóvenes de cabello dorado monopolizaron las dos grandes potencias del gobierno civil y el militar.

Fue aquí donde el sistema de autocracia de Lohengramm llegó a buen término. El emperador de seis años, Erwin Josef II, era la marioneta de un vasallo jefe que sostenía las cuerdas del poder real — un estado sin cambios desde el año anterior. Lo único diferente era que el número de cadenas se había reducido de dos a una.

Gerlach, quien había servido como viceprimer ministro bajo Lichtenlade, logró salvar las vidas de él y su familia al renunciar voluntariamente a su posición y aceptar el arresto domiciliario. Los que habían apoyado al duque Reinhard von Lohengramm también recibieron nuevas posiciones.

Von Reuentahl, Mittermeier y von Oberstein fueron ascendidos a almirante principal, mientras que Kempf, Wittenfeld, Wahlen, Lutz, Mecklinger, Müller, Kessler y Fahrenheit, que se habían rendido, se convirtieron en almirantes completos.

Otorgado al difunto Siegfried Kircheis fue el rango de mariscal imperial, que se agregó a los títulos que había mantenido a lo largo de su vida: ministro de Asuntos Militares, director del Cuartel General del Comando, comandante en jefe de la Armada del Espacio Imperial. Además, le dieron otros dos títulos: comandante supremo interino del Ejército Imperial y asesor especial del primer ministro imperial. Sin importar cuántos honores mundanos pudiera otorgarle, Reinhard sintió que era imposible recompensar a su amigo pelirrojo por completo. Sin embargo, el epitafio que eligió para la tumba de Kircheis fue la simplicidad en sí misma:

MI AMIGO

Eso fue todo.

Annerose se mudó a la villa de montaña en Freuden, donde ella y los niños pasaron sus vacaciones.

Yang Wen-li, por otro lado, seguía siendo un almirante. Si el enemigo al que derrotó hubiera sido el Imperio Galáctico, y si otros oficiales de servicio activo hubieran estado en el servicio, Yang seguramente habría recibido el rango de oficial de mando. Sin embargo, el director del Cuartel general de operaciones conjuntas y el comandante en jefe de la armada espacial fueron ambos almirantes, por lo que no sería bueno otorgar un rango más alto a un líder de las fuerzas de combate que tenía que responder a ambos— así era como El gobierno lo explicó. Para Yang, no importaba en absoluto.

Lo que Yang recibió fue una serie de medallas con un nombre ostentoso: Libertador Guerrero de Primera Clase, Gloria de la Republica, el Heinessen Memorial Award por Servicio Militar Destacado, y más. Cuando llegó a casa, Yang se dio cuenta de que las cajitas en las que recibían las medallas tenían el tamaño adecuado, por lo que las usó para guardar pastillas de jabón y las arrojó a un rincón de su casillero. Julian supuso que la única razón por la que no los tiró fue porque planeaba venderlos a un vendedor de antigüedades y usar el dinero para comprar libros de historia y licores.

En lo que Yang había estado más feliz que con las medallas era que había logrado que Merkatz obtuviera el estatus de "almirante invitado"— lo que significaba que debía ser tratado como vicealmirante. También lo había nombrado "asesor especial del comandante de la fortaleza de Iserlohn". Finalmente, seguramente se convertiría en almirante oficialmente, y teniendo la experiencia de Merkatz en la lucha contra enemigos, así como su prudencia al tratar con aliados en la popa, Seguramente sería de gran ayuda para Yang. En particular, ya que una gran batalla contra el duque de Lohengramm del imperio podría venir el próximo año.

Los subordinados de Yang también fueron enterrados bajo montañas de medallas y cartas de agradecimiento, pero como Yang no fue promovido, sus filas también se mantuvieron igual… con una excepción. Debido a sus logros en la batalla para liberar a Shanpool, von Schönkopf avanzó para reclutar al almirante. Esto se debió a que los residentes de Shanpool lo habían exigido enérgicamente, se explicó, pero dado que solo había una

promoción, apareció una grieta en la unidad de la Flota Yang, y una teoría incluso afirmó que la promoción había sido ordenada por el Almirante Dawson. , director en funciones de la sede operativa conjunta. El almirante Cubresly había sido dado de alta del hospital y volvería pronto al servicio activo, por lo que este fue el acto final del almirante Dawson como director interino.

Además, aunque ciertamente no se trata de oficiales de alto rango, la equivalencia militar de Julian se cambió de cuerpo de lanza a sargento. Ahora él era un oficial subalterno. Se dijo que el presidente Trünicht había puesto personalmente una buena palabra para él, pero independientemente de cómo había llegado Julian, esto significaba que ahora tenía la calificación necesaria para abordar embarcaciones de asalto como los espartanos. Para Yang, esto significaba que la decisión sobre si honrar o no el deseo del chico de alistarse se estaba acercando a él.

Además, el Capitán Bay avanzó hasta el contralmirante y fue nombrado jefe de seguridad de Trünicht. Aunque al principio se creía que había participado en el golpe de Estado, de hecho había informado al presidente del consejo sobre el complot, y en reconocimiento de haber ayudado a escapar al jefe de Estado, no solo había sido perdonado sino que había sido condenado. Dada una posición completamente nueva.

También fue durante este período que un comerciante de Phezzan llamado Boris Konev llegó a Heinessen y tomó un trabajo en la oficina del comisionado…

En un planeta fronterizo a varios miles de años luz de la capital imperial de Odín, se estaba celebrando una reunión en un antiguo edificio de piedra en un rincón apartado de una desolada región montañosa.

Después de escuchar lo que los hombres con túnicas negras tenían que decir, un anciano que también vestía de negro dijo con voz seca: “No es que no entienda sus quejas. En la lucha reciente, Rubinsky no era necesariamente eficiente. Eso es ciertamente cierto”.

“No es sólo eso, Su Santidad. Es más bien la falta de pasión que engendra. Todo lo que puedo pensar es que ha olvidado nuestro objetivo y se ha ido corriendo en pos de sus propios intereses. “Otros dos o tres años”. “Otros dos o tres años”. Eso es todo lo que dice”.

Llena de indignación, una voz relativamente joven respondió: “No te impacientes. Hemos esperado ochocientos años — otros dos o tres no significan nada. Por ahora, démosle tiempo a Rubinsky. Si ha abandonado a la Madre Tierra, el próximo viaje que hará será a la tumba”.

El gran obispo miró al horizonte occidental más allá de la ventana. Un brillante disco de color naranja teñía la tierra y el cielo con brillantes colores del atardecer. El sol no mostró el menor signo de envejecimiento, pero ¿qué hay de la Tierra? Aunque elogiado en la canción por traer vida al universo, ahora era simplemente la descendencia geriatrica y esquiva de ese sol brillante.

Los árboles se habían marchitado, el suelo había perdido sus nutrientes y las aves y los peces prácticamente habían desaparecido del cielo y del mar. Y después de contaminar y destruir el mundo que era su madre, la raza humana había abandonado este planeta, corriendo a toda prisa hacia sus matanzas insensatas entre las estrellas.

Sin embargo, eso solo duraría un poco más. La patria de la humanidad sería revivida, y una vez más, sería desde la Tierra que comenzó la historia. Los últimos ocho siglos de historia errónea, la historia de ese período en que la humanidad abandonó la Tierra, tuvo que ser borrada.

No fue como si no hubiera ningún progreso en ese frente. Después de todo, el líder de uno de los dos grandes poderes había caído bajo su hechizo. Eventualmente, el otro seguramente también lo haría. Debajo de la piel seca y marchita del gran obispo, crecía una certeza ardiente.

SE 797, IC 488. Un año inusual, en el que las llamas de la guerra no

ardieron entre los dos poderes que dividen a la humanidad. Tanto las guerras civiles como sus resoluciones habían gastado grandes energías, pero a diferencia de los años anteriores, no habían podido lanzar expediciones militares a gran escala entre sí.

Ambas guerras civiles habían producido vencedores, pero si esos vencedores estaban satisfechos con sus victorias era otro asunto. A medida que uno ganaba algo enorme mientras perdía algo querido, el otro aumentaba en aliados, mientras que el peligro desde atrás también aumentaba.

En cualquier caso, en tiempos como estos, la tranquilidad de un año no hizo nada para garantizar la paz para el año siguiente. El Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres, y ambos de sus pueblos, sintieron que este año de tregua no declarada era solo una promesa de más guerra en el próximo año y no podía evitar sentirse más incómodo en lugar de menos.

Ese año, Reinhard von Lohengramm tenía veintiún años, y Yang Wen-li tenía treinta. Ambos aún tenían más futuro en sus vidas que en el pasado.
